

SIN ENGAÑOS



KARLA MARTÍNEZ

montena

Índice

Cubierta

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

Epílogo

Créditos

Advertencia:

este libro incluye escenas con contenido sexual,
ansiedad y consumo de alcohol.

1

¿Es que ningún hombre sabe dónde se encuentra el clítoris?

Entorno los ojos mientras Parker (mi nueva víctima) busca agresivamente y sin éxito esa zona sensible en mi entrepierna que hará que me revuelque de placer. Después de varios minutos dándole instrucciones —más arriba, no tan rápido, un poco más suave— me rindo y finjo un orgasmo para irme a casa lo antes posible a leer una novela erótica que me provocará más excitación que las manos de mi acompañante.

—¿Te corriste? —pregunta con una sonrisa presumida que quiero borrar de su cara.

Dios, bendice a todas las mujeres que tienen sexo mediocre.

Me rompe el corazón saber que las próximas parejas de Parker tendrán el mismo resultado que yo, así que lo miro con seriedad por un par de segundos mientras me levanto de la cama en busca de mi ropa interior.

Debato entre herir su ego con la verdad o permitir, por una noche, que sienta la satisfacción de creer que es un genio en la cama.

—No —respondo finalmente y veo como sus labios carnosos se curvan en un gesto de decepción y confusión.

Conocí a Parker hace un par de horas en Sky's, uno de los bares más lujosos de la ciudad y que, de casualidad, se encuentra en el hotel de Nicolás de Santis, el novio de mi mejor amiga. Por ende, tengo tragos gratis: ese hombre está dispuesto a ver el mundo arder con tal de hacer feliz a Emily.

Sky's tiene celebraciones temáticas mensuales para atraer nuevos consumidores. Son un total éxito y la de este mes fue un baile de máscaras. Fui con el único objetivo de encontrar un hombre con quien pasar la noche y Parker, con su sonrisa cálida, nariz delgada, ojos seductores y, mucho más importante, un espectacular traje gris Tom Ford que gritaba dinero con todas sus fuerzas, me pareció el candidato perfecto.

Pasamos gran parte de la velada coqueteando, bebiendo vodka y bailando en la pista de baile destinada a las parejas. A eso de las dos de la mañana le susurré que tenía un minuto para besarme antes de que me cansara de enviarle indirectas y me dirigiera a los brazos de otra persona. Él reaccionó, como esperaba, de inmediato.

Y así fue cómo me guio hasta una de las suites del Hotel de Santis para pasar los siguientes minutos recorriendo el cuerpo del otro con nuestras lenguas. Todo iba bien... hasta que caí en la cuenta de que Parker, al igual que la mayoría de los hombres con los que me he acostado, no

sabe qué mierda está haciendo. Usualmente, cuando mi acompañante nocturno no resulta tan satisfactorio como imagino me encargo de guiar cada uno de sus movimientos para alcanzar el orgasmo y pasar una velada entretenida. Lo intenté durante cinco minutos con Parker, pero esta noche no tengo energía para hacer otra cosa que volver a ponerme el vestido rojo —que elegí sabiendo el efecto que tendría en los hombres—, despedirme sin entregarle ningún número de contacto o apellido, e irme hacia mi departamento.

Cuando estoy en el ascensor este se detiene en el piso treinta y, al abrirse las puertas, me revelan a un despeinado, desabrochado y desaliñado Gabriel de Santis. Me encantaría decir que su físico es tan horrible como lo es él por dentro, pero no puedo. Sus ojos verde esmeralda brillan tan fuerte que mis piernas se debilitan por un segundo.

Sacudo la cabeza y me convengo de que es culpa del alcohol más que de su presencia.

Cuando su mirada choca con la mía, Gabriel suspira fuerte y entorna los ojos, como si fuera mi culpa que el ascensor hubiese decidido unir a las dos personas que no soportan estar más de un minuto en presencia de la otra.

Las puertas se están cerrando cuando decide estirar el brazo y entrar.

—Le diré a mi hermano que mejore la seguridad de este lugar. Es intolerable que se les dé acceso a criminales que asusten a la clientela.

Maldito *drama queen*.

Vale, en parte entiendo su rechazo hacia mi persona.

Después de todo, reventé las llantas de su Mustang. ¿Golpe bajo? Quizá. En mi defensa, el maldito hijo de puta chocó mi auto en Halloween y, a pesar de mis incesantes mensajes (le pedí su número de teléfono a Nicolás), llamadas a su departamento (de nuevo, gracias, Nicolás) y numerosas visitas a la empresa de seguridad en la que trabaja (siempre siendo rechazada por su asistente) nunca tuve respuesta.

Cansada de esperar que le crezca una buena neurona, decidí tomar acciones con mis propias manos. Es lo que cualquier persona haría, ¿no?

Quizá soy una perra vengativa.

Después de llamar a su oficina por décima vez, caminé hacia la primera tienda de cuchillos que encontré. Me acerqué a uno de los jóvenes vendedores y le pregunté qué instrumento me serviría para reventar las llantas de un auto. Me miró en silencio por unos segundos, probablemente debatiendo si llamar o no a la policía, antes de asentir y dirigirse a uno de los mostradores en búsqueda de una pequeña navaja. Me explicó que tenía un filo de hoja ancha, ideal para lo que buscaba. Luego, pasó a mostrarme el método más efectivo para reventar una llanta. No sabía si mostrarme sorprendida o asustada. Me decidí por lo primero y asentí haciendo notas mentales de sus comentarios. Resulta que el mejor método es clavar la navaja en la goma y rajarla apoyando el peso del cuerpo para producir fuerza.

Al día siguiente, fui al edificio de Gabriel de Santis con ánimos de tener una conversación

civilizada y resolver el tema antes de recurrir a la violencia. Sin embargo, fui informada por el conserje del edificio que el señor de Santis se encontraba fuera de la ciudad y desconocía la fecha de su regreso. El enojo hizo hervir la sangre en mis venas y llegó a mis pulmones. Mi acelerado corazón me dio la valentía para bajar al subterráneo, detenerme frente a su auto deportivo y aplicar la técnica que había repasado mil veces en mi mente antes de quedarme dormida.

Funcionó a la perfección. Me fui de ese edificio con la cabeza en alto y sin mirar atrás.

Nunca le dije a Gabriel que fui yo quien dañó supreciado auto, pero estoy segura de que solicitó ver las cámaras de seguridad y, como no oculté mi rostro, lo descubrió todo.

—Buenas noches para ti también —respondo con la sonrisa más falsa que tengo.

Le presto atención y noto que está igual de desgastado que yo. Nos vemos tan similares que no me sorprendería saber que su noche acabó de manera parecida a la mía. De seguro encontró a una chica guapa en el bar y, después de seducirla con esa voz grave que le eriza la piel a cualquiera, la llevó a la habitación para follar en cada postura imaginable. Por supuesto, al ser hombre no tiene la necesidad de fingir el orgasmo y, por lo mismo, supongo que su noche terminó de una manera más satisfactoria que la mía.

¿Por qué mierda estoy pensando en la vida sexual del hombre que detesto?

Acomodo mi revelador vestido para no exponer accidentalmente uno de mis pechos. Sería en extremo incómodo.

—Hablaré con Liam —continúa.

—Justo lo que todos queremos escuchar; tus palabras. —interrumpo lo que sea que haya querido decir.

—Hablaré con él para que deje de regalarte tragos. Es irresponsable de su parte manejar un negocio de esa manera. Después de todo, es el encargado del bar.

—Oh, ¿te refieres al chico que se acuesta con mi amigo? ¿Es el mismo Liam con quien fui la semana pasada al cine? No te halagues, *príncipe*. No tienes tanto poder.

—No vuelvas a llamarme así.

—Pero es lo que eres, ¿no? Quieres que todo el mundo responda tus comandos como si fuéramos tus súbditos y te juremos lealtad incondicional. —Me acerco un poco a él, irritada por su aire de desprecio—. No eres *nadie*, de Santis. Deja de pensar que lo eres.

No quito mi vista de su rostro, esperando una reacción. Aprovecho el silencio para observarlo de cerca. Tiene barba de hace un par de días y, aunque odio admitirlo, le sienta bien. Le da un aire de madurez que necesita con urgencia, ya que comporta siempre como un adolescente mimado.

Me pregunto cómo una persona que creció en un ambiente igual al de Nicolás es tan distinto. Su hermano es de las personas más carismáticas con las que me he encontrado. Sonríe a todo el mundo, ayuda a las señoras a cruzar la calle y está asquerosamente infatuado con mi mejor amiga. Busca cualquier excusa para celebrarla, presumirla y amarla tanto en público como en

privado. Es el tipo de hombre que cualquier persona se merece y me hace tan feliz que Emmy haya encontrado a alguien que esté dispuesto a mover mar y tierra por ella luego de la adolescencia que tuvo. Nicolás la atesora como si fuera el cristal más frágil de todos y, a la vez, nunca la amarra a él. Le da la libertad que ella siempre ha anhelado para seguir creciendo por su cuenta.

Es difícil no envidiar una pareja de ese calibre, sobre todo si desde adolescente no has tenido más que malas experiencias con personas del sexo opuesto. Cuando entré a la universidad salí con una chica con la esperanza de sentirme atraída por ella y poder, al fin, dejar de lado a los hombres. Lamentablemente, no dio frutos. Resulta que mi cuerpo solo se siente atraído por el peor tipo de hombre: el que te utiliza, te rompe en un millón de pedazos y te deja a ti recogiendo los pedruzcos.

Como Gabriel de Santis.

No me asombra que él sea de esas personas que utiliza a una mujer solo por su cuerpo. Y está bien, siempre y cuando sea consensuado y ambas partes estén de acuerdo. En mi caso, nunca lo fue. Nunca acepté ser víctima de los apodos con los que me llamaron durante mi época escolar. Nunca esperé que la aprobación masculina que deseaba se transformara en la razón por la cual los hombres se acercaban a mí. Nunca consentí eso. Tampoco acepté ser utilizada por una persona que debió haberme protegido.

Y me rompió.

Por eso, entre otras razones, es que detesto a Gabriel de Santis. Él es el tipo de hombre que destroza a mujeres sensibles como yo.

A raíz de eso he dejado de ser ese ángel que abría sus alas a cualquier persona que se le acercara con supuestas buenas intenciones. En cambio, aprovecho de disfrutar el envoltorio que me otorgó la vida para atraer a los hombres y luego... devorarlos.

Estoy cansada de que se aprovechen de mí y traten mi cuerpo como si fuera de ellos.

Estoy cansada de necesitar esa puta validación.

Estoy cansada de escuchar todas las noches que soy fácil.

El problema es que me gusta el sexo. Sé que eso no es de por sí un problema, pero después de tantos años manchando mi imagen por ser la mujer que soy —esa que disfruta la compañía nocturna de un hombre— me resulta difícil vociferar a los cuatro vientos que gozo el calor de otra persona entre mis piernas.

Cuando encontré a Jonathan, mi novio de dos años y casi esposo, enredado en las sábanas de nuestra cama, gritando el nombre de Ashley, mi supuesta mejor amiga, mientras ella le suplicaba que se moviera más rápido, decidí dejar de caer en las trampas de los hombres.

La verdad es que no conozco a mi padre.

Nunca pensé que su ausencia me afectaría; sin embargo, después de varios años de terapia, me he dado cuenta de que busco su fantasma en cada hombre con el que hablo. Llevo toda la vida

anhelando la atención de cualquiera que decida darme más de un minuto de su tiempo. Deseo que alguien me quiera como él nunca lo hizo.

¿Es injusto culparlo por esto? No lo creo. Fue su decisión no querer conocerme y dejar a mi adorada madre, que se dedica a cuidar de otros con su trabajo de enfermera, abandonada para criar a una recién nacida.

El maldito hijo de puta me dejó traumas solo por existir.

Y acá estoy, trabajando de manera constante en mí para no caer rendida en los brazos del primer hombre que se me acerque con una radiante sonrisa y cálidos ojos. Aprendí la lección. Estoy recuperando el control de mi cuerpo después de que me lo quitaran por tantos años.

El sexo es bajo mis reglas.

Yo estoy en control de la situación.

Yo decido cuándo comenzar, cuándo detenernos y qué límites se pueden cruzar.

No permitiré que otro hombre me dañe.

—Lo que daría por tener audífonos en este momento para no escuchar tu chillona voz —añade Gabriel a regañadientes.

Entorno los ojos y dirijo mi atención a la pequeña pantalla que indica en qué piso estamos, desesperada por llegar al primero y tomar una bocanada de aire.

—Si te callaras, no tendría razón para hablarte —suelto.

Espero una respuesta sarcástica de su parte. Un comentario que me *recuerde cuál es mi lugar en el mundo*, como si fuera un animal. Cuando creo que está por estallar, Gabriel me sorprende levantando las comisuras de sus labios. ¿*Se está entreteniendo?* En el año que nos conocemos, nunca lo he visto dedicarme algo remotamente similar a una sonrisa. Claro, me ha amenazado con sus palabras y cruzado con sus ojos, pero sus hoyuelos nunca habían estado presentes. No debería distraerme y, aun así, me quedo pegada viendo el cambio de su rostro que curiosamente no refleja ganas de asesinarme. Se ve más joven... casi guapo. El ceño fruncido, que es una constante en su físico, desaparece, y en su lugar sus cejas relajadas me recuerdan la libertad que representa Nicolás.

Por más que no me desagrade ver una versión de él en la que no parece estar constipado, me pregunto por qué me está permitiendo ver esto.

—¿Acaso estás... sonriendo? —pregunto, incapaz de morderme la lengua—. No sabía que eras capaz.

Se le cae el rostro de inmediato. Me castigo por arruinar lo que sea que estuviera pasando, aunque a la vez pienso *¿por qué me importa?* Gabriel no ha hecho más que recordarme lo mucho que me desprecia. Y cada vez que Emily menciona al hermano de su novio, le recuerdo que es mi enemigo número uno. ¿Por qué, entonces, tengo el pequeño impulso de querer ver esa sonrisa de nuevo?

Claramente la falta de sueño está afectando mi comportamiento.

Se me parten los labios al verlo caminar en mi dirección sin intención de detenerse. Retrocedo hasta chocar con una de las paredes del ascensor, y ni eso lo detiene.

— Oh, *piccola ladra*, no sabes de qué soy capaz.

2

Mi cerebro hace un cortocircuito.

Su desconcertante cercanía y ese aroma embriagador marea mis sentidos y, por culpa del orgasmo pendiente, mi cuerpo anhelante confunde esta situación con algo que *jamás* debe ser. Siento los desbocados latidos de mi corazón amenazar mi pecho con su escape y mi entrepierna palpita de una manera preocupante.

Avery, compórtate.

Sigo uno de los ejercicios de respiración que aprendí gracias a mi instructora de yoga, levanto levemente la cabeza y mantengo la compostura.

Sé hacer esto. Sé manipular a un hombre para que crea que es el objeto de mi deseo, mi máxima perdición y mi razón de existir. Después de todo, no hay criatura más egocéntrica que la misma que destruye constantemente los derechos de una mujer con el propósito de quedarse en la cima del universo.

El pequeño lapso de concentración no es más que un desliz temporal, un giro inesperado de acontecimientos. Llevo mis manos hacia los botones de su camisa, jugando delicadamente con esta. La suave tela me resulta una perfecta distracción para no enfocarme en los notables músculos que se esconden detrás.

Noto de manera clara su perplejidad ante la situación. Aprovecho estos segundos de despiste para deslizar mis manos por su pecho hasta llegar al cinturón que lleva puesto.

Escucho el momento exacto en que su respiración se detiene.

No me está tocando, pero corre fuego por mis venas por la manera en la que mantiene la mirada en mí. Me siento más acalorada de lo que estuve con Parker.

Una vez que engancho dos de mis dedos en su cinturón, lo acerco. No tanto como para sentir su cuerpo contra el mío, solo lo suficiente como para desear haberlo acercado más.

—Explícame, príncipe —susurro en su oído—. Cuéntame de qué eres capaz.

Sonríe.

No es la misma expresión de hace tan solo unos instantes. No. Esa representaba a un hombre bajando sus defensas. Esta, por el contrario, me recuerda a un animal hambriento que acaba de encontrar su presa. *Oh, Dios.*

Su mano callosa acaricia mi mentón de una manera tan suave y dulce que, si fuéramos otras personas, provocaría que me inclinara ante su tacto para exigirle más.

No somos otras personas.

Mi instinto ruega que me aleje del calor de su cuerpo. Y por más que mi cerebro les pide a gritos a mis piernas que se muevan para crear distancia, me veo paralizada por completo. Hipnotizada.

—Quizá algún día —murmura con voz ronca.

Después de lo que parecen ser horas, las puertas del ascensor se abren y tanto Gabriel como yo nos quedamos quietos, sin hacer un esfuerzo por salir corriendo de estas cuatro paredes claustrofóbicas.

Eso, hasta que un grupo de personas se sube al ascensor y me despierto del trance en el que me encontraba. *¿Qué mierda?*

—¿Estás ebrio? —Empujo a Gabriel para hacer espacio y salir corriendo.

Doy un par de pasos cuando una mano agarra mi muñeca y detiene mis movimientos. Gabriel, una vez más, se acerca peligrosamente a mí. ¿Es que no conoce el significado de espacio personal? ¿Será que no le enseñaron en el colegio que lo cordial es mantener al menos un metro de distancia? Sobre todo considerando que somos *enemigos*. O, bueno, así lo veo yo en mi intento de dramatizar la vida. La verdad es que me desagrada.

—No estoy ebrio, Avery.

Por la manera en que lo dice, no me cabe duda alguna de que está diciendo la verdad. Su tono es tan serio que noto que no solo quiere que lo escuche, sino también que le crea. Por alguna razón eso es importante para él.

Una conversación antigua con Emily me recuerda que sus padres fallecieron por culpa de un conductor ebrio en un accidente de coches. Haría sentido que ahora midiera el alcohol que ingiere.

Asiento, sin saber qué más agregar a la discusión.

Retrocede un par de pasos, y cuando sus labios no están a centímetros de los míos, finalmente me permito respirar. Qué hombre más despreciable, desorientándome de esta manera.

—Nunca más vuelvas a acercarte tanto a mí —indico tensando la mandíbula.

En esta ocasión, levanta la vista y me encuentro con sus ojos esmeralda clavados en los míos, con sus pupilas dilatadas. Cruza los brazos y su camisa negra se tensa en la parte de los músculos.

Lo odio.

Eso no significa que no encuentre su cuerpo atractivo.

—¿Acaso te aterra la forma en que tu cuerpo reacciona a mi presencia? —inquire levantando una de sus cejas con una expresión arrogante.

—Sí —admito, acercándome yo a él. Doy un par de pasos con mis tacones negros hasta que la punta de estos choca con sus zapatos. Ni por un segundo desvío mi mirada de sus ojos—. Temo sentirme tan repulsada por ti que mi cuerpo se vea obligado a vomitar. Sería una lástima arruinar este maravilloso vestido, ¿no lo crees?

Con mis palabras llega la reacción esperada. Gabriel se ve impulsado a bajar la vista hacia mi impactante vestido burdeos que deja poco a la imaginación. Además, mis pechos se ven fenomenales con el escote en V.

Me observa como la mayoría de los hombres suele hacerlo: con deseo carnal y necesidad hambrienta. Sin embargo, Gabriel podría ser considerado como el primero que detesta sentirse atraído hacia mí. No es su culpa, en realidad, que su cuerpo reaccione ante el mío.

Me acerco a su oreja y le susurro:

—Cuidado, príncipe. No queremos que termines tú con una reacción física.

Retrocedo y noto cómo traga con dificultad.

—*Sei un rompicoglioni* —musita entre dientes en italiano. No entiendo qué significa, pero su tono me da a entender que no fue un cumplido.

Entorno los ojos y camino en dirección a la salida del hotel. Una vez que regreso a las ruidosas calles de Manhattan veo de reojo que Gabriel saca un cigarrillo de su bolsillo y lo enciende en sus labios.

—Esas cosas te matarán —digo haciendo un gesto de desagrado en el momento en que el humo llega a mi nariz.

—Eso espero —susurra tan bajo que creo haber escuchado mal.

Me volteo, esperando una aclaración, pero él se queda en silencio con la vista en las estrellas.

Sin saber cómo reaccionar, me acerco a la calle para detener un taxi que se viene acercando. Una vez dentro, lo guío hacia el departamento que comparto con Emily en Upper West Side (financiado parcialmente por su novio, Nicolás de Santis).

Durante todo el trayecto intento distraerme pensando en el trabajo que tengo pendiente y en la clase de yoga a la que debo ir por la mañana, a las siete. En cambio, mi mente gira en torno a las dos palabras de Gabriel:

Eso espero.

3

—¿Quién quiere comenzar? —pregunto mirando alrededor de la mesa.

Nos encontramos en una cafetería en la esquina del departamento que comparto con mi mejor amiga y en el que pasamos casi todas las tardes.

Emily se sienta a mi derecha y busca en la aplicación de notas de su teléfono los apuntes que tomó de la novela. Frente a ella está su novio, Nicolás, cuyo libro está tan doblado, marcado y subrayado que no me sorprendería que haya sido manoseado por todas las personas de Nueva York. Según él, es una muestra de cariño hacia la obra. En mi opinión, es un comportamiento psicópata. Camille, la menor de los hermanos de Santis, está sentada frente a mí, tiene una obra de arte. Su versión del libro está llena de dibujos que fue creando a medida que avanzaba la historia. Si bien no tiene miedo de escribir en él, definitivamente tiene más estructura que su hermano. Finalmente, Alex, en una de las esquinas, es el peor de todos. Una taza de café cayó sobre su libro y está tan inflado por la humedad que no sé cómo fue capaz de leerlo después de ese incidente.

Mi libro tiene un par de anotaciones pequeñas.

Nos reunimos el último jueves de cada mes para comentar el libro correspondiente. Es una pequeña tradición que inició hace unos meses en el cumpleaños de Nicolás.

—Creo que es el peor libro que hemos leído —comenta Alex con un pedazo de muffin de arándanos en la boca.

Veo a Emily y Nicolás compartir una sonrisa cómplice, pero ninguno dice nada.

—Alexander Bennet —interrumpo con un tono serio—. Al ingresar a este club de lectura te advertimos explícitamente que la mayoría de los libros que leeríamos tendrían alto contenido erótico.

Levanta las manos, derrotado, a la vez que Camille suelta una pequeña carcajada.

—Lo sé, Avery... —Hace una mueca, como si estuviera pensando—. Apellido desconocido.

Ah, así que eso estaba intentando recordar. Mi apellido.

—Guau y pensar que te consideré un amigo —digo cruzándome de brazos y ocultando la sonrisa que se está asomando.

—Es realmente una lástima que este sea el fin de una era —agrega Emily a mi lado con rostro contemplativo—. Fue un gusto conocerte, Alex.

Él abre la boca en un gesto de *shock* e indignación, lo que me impulsa a sacarle la lengua solo para provocarlo más.

—¿La escogerías a ella? —chilla Alex apuntándome como si mi mera presencia fuera un inconveniente para él.

—¡Me conoce hace más tiempo! —exclamo con una sonrisa victoriosa.

—Yo la conocí cuando era un muro impenetrable —contraataca—. Pregúntale a cualquier persona de la oficina. Dios, Emily era insoportable. Aun así me acerqué a ella con ánimos de ser buena persona.

—No te estás defendiendo bien —suelta Emily, incapaz de ocultar la gracia que esto le causa.

Con Alex estamos en constantes batallas ficticias sobre a quién estima más Em. Si la persona que creció con ella y conoció sus fases más incómodas de la adolescencia o la persona que estuvo a su lado cuando ni ella soportaba su propia compañía.

—¿Acaso sabes en qué calle vivió toda su infancia? ¿El hecho de que estuvo gran parte de su adolescencia ocultando que estaba enamorada de One Direction? Oh, no me mires así, Emily. Encontré una vez el póster que tenías escondido de Harry Styles en tu armario.

—¡Me habías dicho que no te gustaban las *boy bands*! —dice Nicolás con una sonrisa radiante en su rostro.

De seguro molestará a su novia con este pedazo de información.

—Volviendo al tema inicial... —anuncia mi mejor amiga con ese tono de jefatura.

—Sí, el tema inicial, Emily Montgomery. ¿La escogerías a ella por sobre mí?

Emily levanta las cejas. De seguro se está cuestionando por qué decide pasar de manera voluntaria tanto tiempo con nosotros, dos de los *drama queens* más grandes de Estados Unidos.

Aunque sea una pelea sin valor alguno, hay cierto peso en las palabras que se pronuncian. Conozco a Emily de toda la vida, crecimos como hermanas. Pijamadas todas las semanas, juntas para chismear, citas de estudio. Es una extensión de mi alma.

Alex estuvo ahí en momentos en los que nadie más estuvo. Se puede decir que la abandoné después de la muerte de su novio y, aunque tenía mis propios problemas en esa época, nada lo justifica.

Nos reencontramos hace un año, después de pasar cinco separadas. Eso crea una marca. Una cicatriz que por más que quieras olvidar estará siempre presente, sobre todo en los momentos de más vulnerabilidad. Emily es de las personas más leales que conozco y su amistad significa el mundo entero para mí. De momento, es la persona que me ancla. La que me recuerda que hay algo bueno en el mundo, y es por eso que no puedo soportar perderla. No una segunda vez.

—Pasé de ser Avery *apellido desconocido* a «ella». Me siento realmente honrada —digo intentando sonreír.

—¿Qué mierda está pasando? —pregunta Camille con timidez a Nicolás, quien decide que ese es el momento indicado para poner una canción de NSYNC en su teléfono. Se pone a bailar cuando suenan las primeras notas musicales, haciéndole algunos gestos a Emily.

El ambiente de inmediato se relaja. Emily cubre su rostro con ambas manos y se sacude en una

risa silenciosa.

—¿También te gustaba Justin Timberlake, amor?

—No, pero le gustaba JC Chasez. —La empujo con mi codo para llamar su atención.

Nunca había visto a Nicolás con una sonrisa tan grande.

Me disocio de la conversación cuando Nick le pregunta a su novia sobre todas las *boy bands* existentes para ver de cuál es fan y me fijo en el exterior, solo para darme cuenta de que estoy viviendo un tipo de sueño en este momento. Estoy con las personas que más atesoro en el mundo, discutiendo un libro erótico con una taza de capuchino, y de fondo veo las calles blancas con capas de nieve, decoración navideña y luces centelleantes.

Siento que estoy sumergida en una postal invernal.

Pese a eso, hay un pequeño vacío en mi corazón. Siempre ha estado ahí. A través de los tiempos lo he atribuido a distintos problemas, pero ninguna de las acciones que he tomado ha logrado llenar ese espacio.

—Alguno de estos días, Avery, debemos juntarnos —dice Nicolás volviéndome al presente—. Hay mucho que me encantaría saber acerca de mi amada novia.

—Vale —respondo.

—Estoy del lado de Camille —interrumpe mi amiga—. ¿Qué mierda está pasando? En primer lugar, Alexander, por supuesto que no te escogería sobre Avery. Mocosa, ni se te ocurra decir una palabra. No hay mundo en el que decidiría por alguno de ustedes dos. O los tengo a ambos o a ninguno. Dejen de decir estupideces. —Ambos asentimos con sonrisas gloriosas. Con Alex sabemos que no podemos competir por su amor. Nos quiere a los dos de su leal e incondicional manera. Nos gusta que lo admita y siempre buscamos nuevas formas de hacerlo—. En segundo lugar, por favor, no desvirtuemos la junta. Vamos a hablar del libro.

—Está bien —dice Alex.

—Personalmente, considero que la protagonista no debió haber sobrevivido a su accidente —suelta Emily.

—¿Disculpa? —consulta Cam con ojos abiertos.

—Era tediosa, ¿no crees?

—No sé si lo suficiente como para ser asesinada.

—Hubiese sido un poco más interesante —añade Em.

Dejo pasar su comentario por el mero hecho de que suele leer más libros de suspenso y misterio que otra cosa. De todos modos, le aconsejaré que no deje de ir a terapia.

—Montgomery, enfoquémonos en lo importante. El capítulo 18 —comenta Nick mientras busca una página en particular.

—¡El capítulo 18! —chilla Camille—. Me gustó la degradación de este capítulo. En particular que Mason le demandara que gateara hacia él y....

—Dios, Cam, *estoy acá al lado* —gime Nicolás fingiendo taparse las orejas.

Soltamos carcajadas de esas que no te permiten respirar. Veo que a Alex le caen un par de lágrimas de risa por los gestos que pone Nicolás, a pesar de que esto mismo viene pasando hace meses.

—Todos los meses lo mismo, Nick —confirma Camille.

—No creo que un hermano pueda simplemente acostumbrarse a escuchar a su hermana hablar de... ya sabes —dice Nicolás.

—¿Sexo?

—Por todos los santos.

—No puedo creerlo —suelta Cam—. ¿Acaso no recuerdas que tú interrumpiste mi primera vez?

Eso detiene todo movimiento. A Alex y a mí se nos cae la mandíbula, dejando nuestra boca abierta en expresión de *shock*. Emily, en cambio, entrecierra los ojos intentando entender.

—Espera, ¿qué? —preguntamos Alex y yo.

—¡NO DIGAS ESO! —exclama Nicolás, rojo como un tomate.

Se cubre el rostro con las manos mientras todos dirigimos nuestra atención a su hermana.

—Estaba semidesnuda, con tan solo mi ropa interior. El chico, Ezra, se estaba poniendo el condón.

—¡¿ESTABA QUÉ?! —chilla Nick. Su rostro está tan rojo que descubro la existencia de una nueva gama de colores—. Yo no vi eso. De lo contrario, lo hubiera echado a patadas del departamento.

—Han pasado ocho años, Nicolás. Compórtate.

Cam entorna los ojos y toma un par de sorbos de su té antes de volver a centrar su atención en nosotros.

—Resulta que estábamos por hacerlo, cuando este sujeto —anuncia apuntando a su hermano mayor— entra a la habitación *sin siquiera golpear* y arruina mi romántica velada.

—¿Romántica? No mientas, mujer. A los meses admitiste que fueron a Burger King y se rehusó a pagar lo que comiste.

—¿Dividieron la cuenta? —pregunto con curiosidad.

Asiente, avergonzada.

—No hay nada de malo, claro. Es solo que...

—No es lo que imaginabas —continúo sus pensamientos.

Sé más de lo que me gustaría admitir sobre citas mediocres. En el colegio una vez un chico me invitó a cenar, pero a la hora de pagar la cuenta se retiró para ir al baño... y nunca volvió. Asumí que él iba a cubrir los gastos, principalmente porque fue él quien planeó todo, por lo que andaba sin dinero en ese momento y tuve que llamar a mamá para que me fuera a ayudar. El chico nunca volvió. Las pocas veces que lo vi en el colegio me evitaba y, a decir verdad, no tenía la energía para pelear con una persona más en esa época.

Pienso en Camille mientras recuerdo mi miserable adolescencia. Aun cuando he compartido con ella en los últimos meses, no hemos tenido la oportunidad de hablar a solas y lograr conocernos mejor. Sin embargo, por lo poco que he aprendido gracias a estas juntas mensuales, sé que es una romántica empedernida como yo, por lo que entiendo su decepción.

Durante la siguiente hora continuamos conversando sobre la historia, los personajes y, más importante, las escenas candentes del libro. En cierto momento, Nicolás pretende recibir una llamada urgente para dejar de escuchar a Camille compartir ciertas historias sexuales. No voy a mentir, la chica se ve más inocente de lo que es.

Nos reímos, comemos un montón y terminamos la velada con las mejillas cansadas y los estómagos llenos. La cura a cualquier corazón roto.

Estas reuniones se han convertido en un espacio seguro. Un escape de la vida y sus problemas. Y, aunque la lectura me brinda esa misma oportunidad para escapar, compartir esa experiencia con otras personas que te entienden es una satisfacción que no muchos conocen.

* * *

—Me quedaré con Nicolás esta noche —avisa Emily al llegar a nuestro departamento.

El Upper West Side es un sector en el que nunca pensé vivir. Debido a que tiene uno de los códigos postales más costosos de Estados Unidos, esperaba tener cuarenta años la primera vez que pusiera un pie en este lugar.

Resulta que Nicolás de Santis no solo es dueño del Hotel de Santis, sino que de un montón de inmobiliarios más, al igual que sus hermanos. Heredaron una fortuna tan grande en dinero y en activos que no es necesario que ninguno tenga un trabajo estable para sobrevivir. De hecho, tienen edificios y casas repartidas por el mundo, incluso en Italia. Nicolás se sentía algo avergonzado de ser un ricachón, razón por la cual solo a los ocho meses de salir con mi amiga se lo admitió. ¡Nicolás hasta tiene una página en Wikipedia! *Wikipedia*. Ese es otro nivel de fama, según mis estándares. Y no, no se la creó él mismo.

En un inicio Emily se rehusaba a vivir en un edificio de su propiedad, por lo que Nicolás tuvo que repetir sus argumentos varios meses antes de que mi amiga aceptara. En primer lugar, quedaba más cerca de donde vivía él, en el Upper East Side, por lo que podría llegar más rápido en caso de cualquier emergencia —incluso ofreció comprarle un auto, pero mi amiga consideró que eso hubiese sido mucho—. En segundo lugar, argumentó que el departamento llevaba meses sin arrendatarios y era mejor que una persona le diera vida al espacio que dejarlo ahí acumulando polvo. Tercero, todo tipo de papeleo sería directamente con la corredora de propiedades para que no fuera incómodo. La condición que agregó Emily es que debemos pagar un arriendo justo. Debo admitir que yo estaba muy en contra de esa cláusula. No tengo grandes problemas de dinero, pero si el chico quiere andar regalando departamentos, ¿quiénes somos nosotras para

negarnos a su generosidad? Por supuesto que acepté sus condiciones y Nicolás también, aunque nos hizo una generosa reducción en la renta.

El espacioso lugar nos permite vivir juntas y a la vez tener nuestros propios espacios. Es un departamento mariposa; cada una tiene una habitación del mismo tamaño y hay una tercera que podría considerarse una oficina. Mi trabajo requiere presencialidad solo cuando me encuentro con clientes, por lo que necesito un espacio en casa, y Emily está impulsando trabajo remoto en la consultora en la que trabaja.

Todos sabemos que el piso es un lujo en Nueva York. Mi departamento anterior medía veinte metros y nadie quiere saber lo cerca que estaba el baño de la cocina. Ahora, en cambio, ¡tenemos la cocina en una habitación propia! No solo eso, sino que también cumplí mi sueño de tener una gran habitación llena de libros y plantas para brindarle vida. El living para mí es una especie de santuario en medio de la ciudad. Un refugio para nosotras en el que el tiempo se desacelera y los problemas se desvanecen. Las paredes están adornadas con estanterías de madera, pinturas que he encontrado en ferias y plantas que se yerguen con gracia.

—No entiendo por qué aún no te vas a vivir con él —expreso mientras me sirvo un té.

Voy hacia el living para hablar con mi amiga. Emily encoge los hombros y continúa regando las plantas.

—No quiero dejarte sola —responde, poco convincente.

Entorno los ojos de manera dramática. Sé que esa no es la razón por la cual no ha podido dar ese paso. He mencionado que no tengo problemas en vivir sola. Nunca lo he hecho por temas de dinero, pero no quiero que eso sea un impedimento en la vida de mi amiga. Estoy dispuesta a irme a un departamento de diez metros si es necesario.

—Millie... —susurro acercándome a ella para que vea la honestidad en mis ojos —. Realmente me importa una mierda vivir sola. Vivo contigo porque me gusta, pero puedo estar por mi cuenta un tiempo.

Lanza una carcajada ante mis palabras y quiero abrazarla hasta que su corazón sane por completo. Aún hay mucho de su pasado sin resolver, pero con terapia está avanzando para solucionar ciertas cosas.

—La verdad es que me da miedo —admite mordiendo su labio inferior.

Le hago señas para que nos sentemos en el sofá beige que se encuentra repleto de cojines de distintos colores.

—¿Qué te da miedo? —pregunto con mi taza de té en mano.

—No lo sé. Supongo que me aterra que todo cambie... que nos convirtamos en mis padres. Pretendiendo estar felices, pero ocultándonos secretos.

El padre de Emily engañó a su madre con su secretaria y luego las abandonó para estar con ella. Es algo que jamás ha podido superar del todo.

—O... puedes terminar como los padres de Nicolás, quienes se amaron hasta su último aliento

—contrapongo.

—Quiero eso, Ave —admite en voz baja—. Desesperadamente. Es solo... complicado. Me cuesta desaprender todo eso de lo que me estuve convenciendo por cinco años, ¿sabes? A veces despierto en la mitad de la noche pensando que el último año y medio ha sido una mentira. Que nunca apareciste, que Alex nunca se atrevió a hablarme, que Nicolás nunca miró dos veces en mi dirección y... me aterra esa realidad. Aún me da miedo dar grandes saltos y que se acabe todo aquello a lo que le tengo cariño.

Dejo la taza en la mesa de centro de madera antes de cubrirnos con una gran mantita de lana. Apoyo mi cabeza en su hombro y le tomo las manos con seguridad.

—Está bien, Em —digo—. Estoy orgullosa de lo que has logrado.

Pasamos varios minutos en silencio, nuestras miradas fijas en la vista blanca de afuera, los copos de nieve bailando con el aire que recorre la ciudad.

—Tú aún no me cuentas nada de ti —indica cambiando el tema—. De tus últimos años. De tu casi esposo. No has compartido nada.

Es cierto. Y no es que no quiera. Más que nada también tengo miedo de decir en voz alta aquellas cosas que llevan años atormentándome en silencio. Hace un año Emily tuvo la valentía de pronunciar, por más que le costara, todos sus miedos, confiando en que estaría ahí para ayudarla a salir adelante. Sé que ella devolvería el favor.

Pero no estoy lista.

—Lo haré.

4

Hace diez años

Estoy en la librería la primera vez que noto la atención de un hombre en mí.

Tengo catorce años.

Él debe tener treinta.

Le he rogado a mamá que pasáramos por ahí antes de ir a casa, dado que se ha publicado la última parte de una de mis trilogías de fantasía favoritas. He encontrado el libro hace más de veinte minutos, pero aprovecho de refugiarme entre los pasillos de ese lugar que se siente como casa para apreciar las estanterías repletas de libros que esperan ser descubiertos. Huelo páginas y páginas y todos mis sentidos se relajan ante ese aroma que evoca tanto cariño.

Toda la vida he amado la lectura. Desde que mamá me leía por la noche historias de valientes princesas que salvaban los mundos, de príncipes que las acompañaban y ayudaban, y de dragones que las protegían. Vivir entre las páginas de un libro se volvió una necesidad. Cada vez que tenía un mal día y necesitaba desconectarme de mi realidad sabía que podía contar con mis libros para ser transportada a un universo en el que mis problemas desaparecían. No había nada que se sintiera como acompañar a mis personajes favoritos en sus más alocadas aventuras.

A los catorce años mis gustos habían evolucionado. Si bien sigo interesada en las historias fantásticas, son aquellas con contenido romántico las que me han cautivado totalmente. Supongo que es culpa de Aiden, uno de los chicos de mi curso que provoca mariposas en mi estómago cada vez que dirige su mirada en mi dirección.

Llevo tres libros en mis brazos cuando siento *sus* ojos sobre mí.

Creo que podría considerarse convencionalmente atractivo. Es más alto que cualquier hombre que haya visto y sus rasgos esculpidos con delicadeza contrastan con la gran barba que lleva, similar a la de Noah en *Diario de una pasión*. Su camisa azul resalta unos ojos del mismo color, haciendo que brillen con más intensidad bajo la cálida luz.

En primera instancia creo que el hombre desconocido que me mira me confunde con otra persona. No hay razón para que clave su vista en mí por tanto tiempo sin pronunciar siquiera una palabra. Eso, hasta que veo sus ojos recorrer mi cuerpo, poniendo énfasis en las curvas de mis caderas y en mis pechos, que crecieron durante el verano. Oh. Es acá cuando recuerdo el vestido muy, muy corto que llevo puesto. Le había dicho a mamá que debíamos ir de compras, que crecí demasiado en el verano (en todo sentido) como para seguir con la misma ropa.

Ahora soy más alta de lo que era antes, creo que incluso le saco una cabeza entera a Emmy. Los sujetadores que solía usar el año pasado me quedan pequeños. Lo mismo mis pantalones y camisetas. Mi cuerpo creció sin que me diera cuenta y ahora no sé cómo cubrirme de la minuciosa examinación del extraño.

Al identificar que es a mí a quien busca en vez de a otra persona, me fijo más en su mirada. Es una que he visto un montón de veces en las películas de romance con las que estoy obsesionada desde pequeña gracias a mamá. Se muerde el labio cuando se da cuenta de que lo estoy observando de vuelta. Al ver que me sonrío, me siento tan incómoda que quiero buscar a mamá y pedirle que me lleve lejos de aquí.

Mi corazón se acelera y él no deja de mirarme. Paso las palmas de mis manos por mi vestido para limpiar el sudor. Quiero gritar y esconderme detrás de alguno de los estantes para dejar de sentir que estoy siendo observada con lupa.

Y es en este momento cuando todo cambia. Lo siguiente que pasa modifica el rumbo de mi vida por siempre.

Se cruza frente a mí una niña de no más de seis años con un vestido de flores, similar al mío, caminando de la mano de su padre. Este le señala unos estantes llenos de libros coloridos y ella le sonrío como si él fuera su universo entero. El padre se agacha ante ella y le dice algo que la hace soltar una carcajada antes de abrazarla con fuerza y darle un beso en la sien.

No reconozco lo que siento cuando los veo. Mis órganos se revuelven con fuerza, mi respiración se entrecorta y tengo la repentina necesidad de apretar los puños para no ponerme a gritar. *¿Qué me pasa?*

Sigo observando a padre e hija compartiendo un momento que para cualquier persona podría resultar normal, cotidiano, mientras que mi corazón sangra por una carencia que no sabía que tenía. *¿Cómo hubiese cambiado mi vida si hubiese tenido la presencia de mis dos padres? ¿Acaso hice algo mal en mi vida pasada que me impide intercambiar vivencias como la de esta niña? Es injusto, pero la odio, porque sé que nunca tendré eso que la hace tan feliz. ¿Cómo se sentirá tener esa devoción por parte de un hombre?*

Quito mi vista de ellos, lista para encontrar a mamá y pedirle que nos vayamos. En cambio, mi mirada vuelve a chocar con la del atractivo extraño, quien continúa observándome detenidamente. Su sonrisa ahora es más tímida.

En esta ocasión, le sonrío de vuelta.

No es una sonrisa genuina como las que comparto con Emily cada vez que tenemos pijamadas y pasamos la noche viendo películas. No. Es una sonrisa coqueta. O eso espero. Solo intento replicar lo que he visto un millón de veces en películas. Levanto la comisura de mis labios y me paro recta para sacar más mis pechos. Logro relajarme después de unos segundos, cuando noto que no se ha espantado tras mis esfuerzos de parecer mayor y segura de mí misma. De hecho, creo que empiezo a disfrutar de su atención y de sentir que tengo algún tipo de poder sobre él.

Imito lo que hace Elle Woods en *Legalmente rubia* sin quitar mi vista de él. Pretendo que se me caen los libros de las manos y, con toda delicadeza, me agacho para recogerlos con la espalda recta, el trasero fuera y el estómago dentro. *Inclinar y posar*.

Es ahí cuando veo que toma una decisión y da unos pasos en mi dirección. Sus ojos no se apartan de mí. Las mariposas en mi estómago vuelan y mi sonrisa se agranda. Me siento orgullosa por haber provocado una reacción tan grande en él que lo llevó a la necesidad de acercarse. ¿Me hablará? ¿Será este el inicio de mi primer amor?

De pronto, mi madre aparece frente a mí.

—¿Estás lista, amor? —pregunta observando los libros que tengo en las manos.

Me toma tan por sorpresa que solo asiento sin decir nada.

Cuando el extraño nos alcanza, pasa por mi lado con la cabeza en alto y sin hacer contacto visual.

Paso el resto del día enojada con mi madre.

5

Voy entrando a la oficina cuando lo veo.

Está sentado junto a algunos de mis compañeros, perdido en una agitada conversación de la que no soy parte. Una conversación que no escucho, porque mi mente ha retrocedido ocho años y estoy frente a una persona que juré nunca más ver.

La primera persona que amé. La primera persona que pensé que me amaba de vuelta.

Ethan.

Ethan Reynolds.

Me detengo bruscamente para observarlo desde mi posición, escondida, preocupándome de no ser vista desde la oficina en la que se encuentra. Debería moverme, debería correr, esconderme, huir y dejar este lugar atrás por siempre.

No... no puedo. Mi cuerpo dejó de funcionar apenas lo vi.

—Ave, ¿estás bien? —pregunta Eleanor, una compañera de trabajo—. ¿Por qué lloras?

Parpadeo y caigo en cuenta de las lágrimas que caen por mi rostro.

Le hago una señal de silencio y me marcho apresuradamente.

Espero que él no me haya visto, que haya pasado desapercibida.

Camino sin detenerme hasta llegar al baño de chicas. Cierro con pestillo y paso unos segundos en *shock* antes de largarme a llorar sin preocuparme de que alguien pueda escucharme. Mierda. Siento como si no pudiera tomar aire suficiente, como si mis pulmones no se llenaran por completo. Mi respiración se vuelve cada vez más rápida, provocando una creciente ansiedad que me es difícil controlar. Con cada respiro siento que el mundo se da vueltas, que se cae sobre mis hombros... qué voy a ser aplastada. Me siento tan abrumada que olvido dónde estoy, por qué estoy así y qué puedo hacer.

Reconozco los síntomas. Después de batallar por años con mi salud mental, por supuesto que sé cuándo estoy teniendo un ataque de pánico.

Intento detener los pensamientos catastróficos que amenazan con mi fin, pero *no puedo dejar de preguntarme por qué, por qué, por qué*. Inhalo profundamente, recordando cada uno de los ejercicios que me han funcionado en el pasado, pero *¿por qué?*

Mis pulmones hacen un esfuerzo por agrandarse y tragar el aire de mi alrededor, pero *su cara, esa sonrisa que le quiero cortar de la cara, no me deja*.

Voy hacia el lavamanos a humedecer mi rostro, intentando encontrar calma en medio del caos. Me repito que esto pasará, que estaré bien, que tengo las habilidades para manejarlo. *Vamos a*

estar bien. Ralentizo mi respiración a propósito y me concentro en mis sentidos, en el aquí y ahora. Mis pensamientos de a poco se vuelven más claros y soy capaz, al fin, de ver una salida de esta oscuridad. Respiro hondo, sintiéndome cada vez mejor y más capaz de enfrentar lo que venga.

Oh, Dios. ¿Qué está haciendo acá?

Cuando todo se fue a la mierda entre nosotros, pensé que sería una persona que se quedaría en mi pasado, enterrado al igual que los recuerdos. No pensé que lo volvería a ver. ¿Desde cuándo está en Manhattan? ¿Por qué acá? Calmo mi respiración lo suficiente como para poder pensar en qué hacer sin volver a hiperventilarme.

Ethan Reynolds.

¿Por qué su presencia me afecta tanto después de todos estos años?

Limpio el maquillaje que se corrió debido a las lágrimas mientras pienso en las alternativas. Puedo quedarme encerrada todo el día y esperar a que se vaya por su cuenta, evitando así cualquier tipo de confrontación. La sorpresa de verlo sin aviso me paralizó y me impidió ir hacia él y golpearlo hasta dejarlo inconsciente, pero no estoy segura de cómo reaccionaría una segunda vez.

Mentira. Por más que quiera enfrentarlo y recordarle todo lo que me hizo y todo el daño que eso provocó, sabe mejor que nadie cómo manipularme. Y me rehúso a ser la Avery insegura, indefensa y necesitada que era en su presencia. Me costó años reconocer que lo que pasó entre nosotros *no* estuvo bien, pero eran sus palabras las que escuchaba más que las mías. Me convencía de que debía oír su verdad más que las enseñanzas de mi madre. Lo que más me da miedo es que, en su presencia, vuelva a caer en sus mentiras, sus palabras y sus encantos. No sé qué podría provocar en mí volver a tenerlo otra vez cerca.

Pero no puedo quedarme acá encerrada por ocho horas... ¿cierto? No, claro que no. Saco mi teléfono y le mando un mensaje de texto a mi jefa cuando decido qué hacer.

Avery: Grace, ¡no podré ir hoy a la oficina! Un virus me tuvo vomitando toda la noche. Estaré conectada desde casa por cualquier cosa.

Agradezco que Grace no sea el tipo de jefa que cree que solo eres productivo estando en la oficina y que, por el contrario, nos pida trabajar de manera presencial los días que nos acomoden. Le mando el mensaje solo porque le había dicho que vendría hoy y saldríamos a almorzar juntas.

Grace: ¡Espero que mejores! Tómame el día si te sientes muy mal xx.

La amo.

Ahora queda el tema de salir de la oficina sin ser vista por algún compañero y delatarme por mi propia cuenta. En el caso de Eleanor, le pediré que pretenda no haberme visto. Nos conocemos hace años y estoy segura de que no tendrá problemas en esta ocasión, menos considerando que la cubrí hace tan solo dos semanas después de que festejó toda una noche y no pudo asistir a una reunión.

Esta es la mejor alternativa posible.

Hago un par de ejercicios más de respiración para centrarme y con la pizca de valentía que me queda abro la puerta rezándole a todos los dioses existentes que el camino hacia la salida esté desierto.

Con cuidado miro a mis alrededores y me escondo detrás de una pared cada vez que escucho la voz de alguien acercándose. Agradezco que nuestra oficina no sea tan grande y que tras solo dar unos pasos más pueda llegar a la salida sin inconvenientes. Esto parece una muy mala película de espías encubiertos.

Le mando un rápido mensaje de texto a Eleanor pidiéndole que pretenda no haberme visto hoy, asegurando que le explicaría todo más tarde.

Una vez en el ascensor siento que puedo volver a respirar después de tantos minutos de estrés.

No sé qué pensar de la situación. Salgo del edificio en dirección a la cafetería más cercana para comprarme un chocolate caliente que relaje mis músculos. Tengo tanta energía acumulada por la adrenalina que quiero correr a casa y contarle a Emily sobre lo sucedido. Necesito desahogarme y *gritar y pedir ayuda y llorar* sabiendo que seré reconfortada por los brazos más cálidos. Pero ella aún no sabe lo que pasó durante todos esos años en que no estuvimos juntas. No le he contado por miedo a su reacción.

Conociéndola, hay dos opciones. La primera es que se culpe por lo que me sucedió y por no haber estado ahí para mí. No, no es su culpa y no puedo aceptar que cargue otro peso sobre sus hombros. La segunda alternativa, y quizá la que más me aterra, es que decida buscar a Ethan por su cuenta y encontrar la manera de destrozarlo. Mi amiga no ocupa sus puños, sino que sus recursos. Su voz, su inteligencia, sus conocimientos y sus contactos. De seguro conseguiría que despidan a Ethan del trabajo e impediría que encontrara otro a futuro. No es una mala idea, es solo que... no sé bien cómo debo manejar la situación, porque nunca pensé que estaría acá otra vez.

Está bien. Mañana volveré a la oficina y preguntaré por Ethan para entender qué andaba buscando en una empresa que desarrolla videojuegos.

* * *

La fría mañana de invierno me relaja un poco, sobre todo porque los edificios están envueltos en luces parpadeantes y el aroma a castañas asadas y chocolate caliente flota en el aire, indicando el inicio de la mejor época del año. Nueva York siempre es mágico, pero lo es más cuando sus bulliciosas calles se llenan de decoraciones festivas y suenan los villancicos de las tiendas cercanas.

Este tipo de clima no solo me hace sentir que estoy inmersa en una película, sino también que me toparé en cualquier momento con el amor de mi vida (que además es indudablemente un príncipe multimillonario en búsqueda de una esposa para reinar su país). Oh, tendremos bebés adorables. Ignoro ese ridículo pensamiento y busco una *playlist* con música relajante para no alterarme más. Empiezan a sonar las primeras notas de una canción cuando choco con otra persona.

No es ni primera ni segunda vez que esto me pasa. Después de todo, Nueva York es una de las ciudades más habitadas del país y, si soy sincera, no soy la persona más cautelosa. Dado esto, no me molesta tener este tipo de accidentes, más bien suelo disculparme y seguir mi camino sin preocupaciones. Sin embargo, hoy no ha sido mi día, necesito un puto descanso y no ser empujada por un desconocido que no estaba prestando atención por donde andaba. Esa es la única razón que necesito para gritarle groserías a quien sea que me haya chocado.

Pero cuando veo su rostro me detengo.

—¿Gabriel? —pregunto con el ceño fruncido.

Como si el día no pudiera empeorar, el universo decide ponerme a prueba arrojándome a otro hombre en el camino. Uno que me brinda más frustración y dolor de cabeza.

Su rostro confundido intenta expresar que no estaba caminando por ahí persiguiéndome como un acosador, sino que fue un casual encuentro. *Un desafortunado encuentro.*

—¡Fíjate por donde caminas! —exclamo irritada.

—Tú estabas pegada en el celular —dice con un tono agotado.

Lleva sus manos entumecidas y rojas por el frío cerca de su boca y sopla en ellas, su cálido aliento visible por culpa de las bajas temperaturas.

—¿O sea que me viste y decidiste voluntariamente ponerte frente a mí? —inquiero, sin saber cómo detener mis secas palabras.

Nada de lo que ha pasado hoy es culpa de Gabriel, pero apareció frente a mí como si el universo estuviese ofreciéndome un saco de boxeo y no puedo evitar desquitarme con él. Cualquiera argumentaría que no se lo merece.

Yo creo que sí.

—No, *mia cara*. Estaba tomando una fotografía cuando te interpusiste en mi camino.

Es ahí que me fijo en la cámara que tiene colgando de su cuello. A decir verdad, no sé nada de fotografía, por lo que no sabría decir si es una buena cámara o no, pero el tamaño me hace pensar que no solo es de buena calidad, sino que también debió haber costado una fortuna.

—¿Le estabas sacando foto a las mujeres, pervertido?

Entorna los ojos y tensa la mandíbula antes de hablar.

—Le estaba sacando foto a la mierda de las palomas para luego enviártelas a casa —responde con seriedad.

No sé por qué eso provoca una carcajada en mí. No tenía intenciones de reírme en su compañía, pero me sorprende que aflore su sentido del humor porque todo el tiempo pareciera tener un palo en el trasero.

—¡Eres tan considerado! —proclamo con una falsa sonrisa en mi rostro—. Esa es justamente la decoración que le hace falta a nuestro departamento.

—Iría firmado —asegura.

Curiosamente, me siento algo mejor tras este pequeño encuentro con Gabriel. Habrá sido la conversación o la distracción, no lo sé, mas cuando estoy por marcharme mi pecho se siente un poco más ligero.

Y lo escucho llamarme.

—¿Avery?

No es la voz de Gabriel.

No. No.

Es la voz de Ethan. La voz que reconocería en cualquier parte, no por su tono grave que solía conquistar mis instintos, sino porque los pelos en mi cuello se erizan al oírlo.

Dice mi nombre una vez más. No me atrevo a voltearme, a enfrentarlo, a verlo después de tantos años y pretender que estoy bien. ¿Por qué mierda me está saludando? ¿Cómo tiene la audacia de acercarse a mí después de todo lo que me hizo pasar? ¿Es que cree que no tengo las agallas para enfrentarme a él y denunciarlo como debí haber hecho en el pasado?

Supongo que no las tengo.

Y lo sabe.

Nuevamente me paralizó.

Solo cuando Gabriel me mira con algo semejante a la preocupación es que sé que debo estar pálida. Intento hablar y advertirle que se acerca el peligro, pero las palabras se quedan atoradas en mi garganta. Siento que estoy en esas pesadillas en las que quieres gritar y pedir ayuda al ser perseguida por un monstruo, solo para darte cuenta de que te han quitado la voz. Que no hay manera de escapar.

—Avery, ¿estás bien? —Gabriel da un par de pasos y agarra mi mentón con sus manos para analizarme, como si fuera un doctor y yo su paciente.

Su calor contra mi cuerpo me despierta de mi entresueño.

—Yo... —Me cuesta decir las siguientes palabras, pero necesito que alguien entienda. Que alguien se quede. Que alguien me *ayude*. Y aunque Gabriel no es el candidato ideal, no tengo muchas opciones de momento—. No dejes que se acerque.

—¿Quién? —pregunta, fijándose en cada transeúnte que camina cerca de nosotros, intentando identificar a quién me refiero.

—¡Avery, tanto tiempo! —exclama Ethan detrás de mí, sobresaltándose.

Abro los ojos en dirección a Gabe para que sepa que es a esa persona a quién me refiero. Me volteo, porque no tengo opción. Porque está acá con la sonrisa que solía ser mi debilidad y Gabriel lo está viendo con el ceño fruncido y... ¿puedo ignorarlos y esconderme bajo algún escritorio?

—E...Ethan. —Aclaro mi garganta para pronunciar su nombre sin dificultad.

—¿Cómo has estado? —inquieta, como si fuéramos dos viejos amigos reencontrándose después de años.

Se aproxima para abrazarme y mi cuerpo se congela. El terror invade mis sentidos, paralizándome una vez más, demostrándome lo débil que soy y que, detrás de esta fachada, no hay más que una adolescente en búsqueda de algún tipo de validación.

Cuando está a centímetros de mí y su perfume rancio alcanza mi nariz, las manos de Gabriel me salvan. Me aleja de Ethan y me atrae a él. Agarra con su mano una de mis caderas, casi como una medida defensiva y me mantiene cerca de él. Oler su fragancia amaderada después de sentir que me ahogaba en la de Ethan resulta tan aliviador que me despierta un poco.

—Deberíamos juntarnos a tomar café —sugiere, sin indicación de verse ofendido por lo que acaba de pasar.

Me aferro a Gabriel de manera inconsciente. Una de mis manos está tocando su espalda de manera gentil, mientras que la otra sujeta una de sus manos disponibles para mantenerme de pie.

—No puedo —digo con una seguridad que no siento.

—Aun no propongo una fecha —bromea el maldito hijo de puta. Sonríe porque sabe precisamente el efecto que tiene en mí.

—Estoy bastante ocupada —respondo con una voz tan baja que estoy segura de que no me escucha.

Intento evitar hacer contacto visual con Ethan; impedir que vea cuánto me afecta su cercanía, encontrármelo una vez más cuando pesaba que había sanado. Me enfoco, en cambio, en el rostro armónico de Gabriel. En su mandíbula definida, sus ojos almendrados, su nariz respingada y en su rostro que captura la atención y despierta el interés de cualquier persona.

—¿Quién eres? —pregunta Gabriel con un tono que nunca había escuchado, cargado de molestia y algo más que no soy capaz de reconocer.

—Un amigo de la infancia —miente Ethan. No tengo el valor para corregirlo y gritar la verdad —. ¿Y tú?

Abro la boca para responderle, pero Gabriel se me adelanta.

—Su novio.

6

—Oh —suelta Ethan con las cejas levantadas.

Para mi suerte, no lo cuestiona ni nos hace preguntas sobre nuestra supuesta relación.

¿Tan evidente será mi incomodidad que Gabriel siente la necesidad de intervenir y saltar a defenderme? ¿El hombre que nunca ha hecho más que mostrar desinterés hacia mí? Pone más presión en mi cadera y me acerca hacia él. En cualquier otra ocasión, el gesto reflejaría control, *posesividad* incluso. Ese no es el caso actual. No. *Gabriel me está ayudando*, pese a que no tiene ninguna obligación de hacerlo. Aun así, siento su apoyo a través de su tacto, a través de sus acciones y todas aquellas palabras que no pronuncia en voz alta. ¿Quién lo diría? Gabriel, de toda la gente.

Aunque resulte extraño, estoy agradecida. Agradecida de no tener que enfrentar esto sola.

—Sí. —Aclaro mi garganta—. Ethan, él es Gabriel, mi novio.

Ethan extiende su brazo a modo de saludo y Gabe se le queda mirando por varios segundos sin pronunciar una palabra hasta que Ethan baja el brazo, derrotado. Por primera vez en el día tengo ganas de sonreír. Estoy segura de que Ethan no es de las personas que el resto ignora, por lo que esto debió haber sido un golpe bajo. No lo demuestra, claro, pretende ser más maduro que eso, pero sé que por dentro está gritándole groserías a mi salvador.

—Un gusto —dice Ethan sin la más mínima convicción antes de volver su atención a mí—. Creo haberte visto en las oficinas de GameCraft. Eras tú, ¿no?

Di que no.

Di «No era yo, te debiste haber confundido con otra persona. Ahora, si me disculpas, me debo marchar. Que estés bien».

Mi boca ingenua me falla.

—Eh... sí.

—¡Qué coincidencia! —exclama emocionado. *Maldito psicópata* —. Supongo que nos estaremos viendo más a menudo.

Me tenso aún más. Gabriel lo debe notar, porque es primera vez que quita su vista de Ethan y me evalúa en silencio. No dice nada, lo cual agradezco, pero su pulgar hace círculos en mi cadera y *Dios, qué manera de agradecer ese gesto*.

—Disculpa, ¿por qué verás a mi novia más a menudo? —pregunta Gabe con voz de pocos amigos.

Los clientes con los que trabajamos no tienden a visitar las oficinas hasta que el trabajo está

listo y lo pasan a revisión.

—Mi esposa trabaja en el edificio —suelta y mi estómago gruñe—. ¿Recuerdas a Maya? Dudo que sea la última vez que nos veamos.

Maya Arlette.

No puedo creer que este hijo de puta siga casado con Maya. No puedo creer que Maya vuelva a él a pesar de todo lo que ha hecho.

Asiento, presionando las mandíbulas para no gritar.

—Nos tenemos que ir, *mia cara*. No queremos llegar tarde a la... cosa —interrumpe Gabriel.

Nunca había estado agradecida por su presencia, menos aún por escucharlo hablar.

—Es cierto —contesto—. ¡La cosa!

Ethan asiente, sabiendo que está siendo descartado.

—Espero verte pronto, querida Avery.

* * *

Vomito en el callejón más cercano.

La última vez que vomité fue cuando vi a mi ex teniendo sexo con una de mis amigas más cercanas en la cama que compartíamos todas las noches. Había olvidado lo asqueroso que se sentía expulsarlo todo y lo doloroso que puede resultar para la garganta. Un par de personas me miran con asco, pero me importa una mierda. Después de haberlo botado todo me siento un poco mejor y, para no ser tan indecente, cubro mi vómito con la nieve que hay alrededor.

Limpio mi boca y acelero mi paso hacia la cafetería sin detenerme a pensar en lo que acaba de pasar: en el hecho de que Maya está a tan solo unos pisos de distancia de mí y que Ethan buscará más razones para aparecer con el único propósito de atormentarme. ¿Es realmente tan ciego a mis sentimientos? ¿O simplemente no le importa?

Pido un capuchino con extra *shot* de cafeína y espero impaciente que me entreguen la orden. No pasan más de diez segundos cuando siento su presencia detrás de mí.

Gabriel.

Por un segundo olvidé que estaba con él. ¿Acaso me vio vomitar? *Oh, que vergüenza.*

Me volteo en su dirección para decirle que se puede marchar, que estaré bien, que no tiene que fingir preocupación. No obstante, su frente arrugada, sus cejas fruncidas, sus ojos vacilantes y sus labios ligeramente entreabiertos me hacen pensar que de verdad está preocupado. ¿Por qué? ¿Qué razón tiene para quedarse a mi lado y no abandonarme? ¿*No me odias?*, le quiero gritar.

No soy una persona vengativa. La única razón por la cual pasé más de un año detestando la mera existencia de este individuo es porque chocó mi automóvil y no tuvo la decencia de disculparse con palabras. Mandó un cheque a mi dirección y dio la situación por olvidada. Y, vale, pude reparar mi Honda Civic, pero eso no significa que todo haya quedado resuelto. Nunca

escuché las palabras «lo siento» salir de su gloriosa boca, por ende, no hay perdón. Además, ese maldito rostro arrogante me persigue hasta en mis pesadillas. Gabriel no es más que otro ricachón que nunca ha tenido que usar más de una neurona, porque tiene a gente para eso.

Empieza a sacarse las distintas capas de abrigo gracias al cálido clima de la cafetería que nos hace olvidar por un rato que estamos en pleno invierno. Intento no observarlo con detención, pero los tatuajes de sus brazos me sorprenden. Nunca lo había visto con las mangas descubiertas y me asombra la cantidad de tinta que tiene y lo bien que le queda.

—Gracias por eso —susurro, desviando mi atención de su cuerpo.

—¿Estás bien?

Esa es su primera pregunta.

No exige que le explique la situación y tampoco que le compense de alguna manera su ayuda. Sé que es una pregunta que cualquier humano decente haría bajo las circunstancias, pero llevo tanto tiempo sin rodearme de hombres decentes que había olvidado lo que se sentía.

Oh, mis estándares están por el suelo.

—Lo estaré —respondo honestamente.

Me quedo inmóvil hasta que llaman mi nombre y voy a buscar mi capuchino y rollito de canela. Si bien esta cafetería no es de mis favoritas, el suave murmullo de conversaciones animadas y el tintineo de tazas y platos llenan el aire creando una atmósfera acogedora que me hace sentir como en casa. Señalo una de las mesas disponibles y Gabriel me acompaña sin cuestionarme. ¿Lo que más me sorprende? Gentilmente desliza la silla hacia atrás, dejándola lista para mí. Esto es lo más considerado que un hombre ha hecho por mí. Y sí, eso incluye a los hombres con los que he estado en una relación. Su gesto amable no pasa desapercibido y una sonrisa se forma en mis labios mientras tomo asiento, agradecida por su consideración.

Gabriel se pasa las manos por el rostro, reflejando la misma incertidumbre y confusión que siento en este momento. Durante más de un año hemos mantenido una relación tensa, casi hostil. Esos sentimientos no desaparecen de un segundo para otro, pero ¿por qué hay una suavidad inusual en sus ojos? ¿Acaso es compasión lo que veo? ¿Pena?

—¿Quieres una explicación? —pregunto antes de darle un mordisco a mi comida.

Sé que estoy en una situación complicada, pero con cada bocado del suave y delicioso pastel siento cómo mis preocupaciones se desvanecen y me sumerjo en una momentánea felicidad.

Los sentimientos desaparecen una vez que Gabriel abre la boca.

—Necesito saber quién era ese hombre y por qué parecía que te estaba acosando —declara con solemnidad, su mandíbula tensa—. ¿Quién es?

Me tomo un tiempo antes de responder, pensando en qué mentira brindarle.

—Es una larga historia —comento al fin.

—Resúmela —exige.

Un caballero. Observo cómo su rostro pasa de la preocupación a *algo más* en segundos.

Parece casi enojado por la situación en la que nos encontramos.

—Es un ex —declaro un poco avergonzada.

Asiente. Había asumido ese hecho con la incómoda conversación de hace un rato, pero no tiene idea de cuál es la historia completa.

No le revelo la verdad, por supuesto.

Nadie la sabe, salvo la psicóloga que me atendió hace unos años cuando me diagnosticaron depresión. Aun así, no le he contado todo. Creo que todo hubiese terminado muy distinto si es que le hubiese confesado la verdad. Pero no podía soportar más cambios y sufrimiento, por eso decidí omitir ciertas partes. Esa fue, sin dudas, una de las épocas más oscuras de mi vida. Me pasaba las tardes llorando, acurrucada con una manta, sin tener una amiga a quien contarle de todo, sin tener a alguien con quien compartir el dolor.

Estaba sola.

—¿Las cosas terminaron mal? —pregunta Gabriel.

El malentendido del siglo.

—Podría decirse. Él era... no es una buena persona —admito en voz baja.

Me da miedo que no me haya escuchado, pero más que sí lo haya hecho. Que haga suposiciones, que sepa ciertas cosas de mí que no he sido capaz ni de admitirle a mi madre, a mi mejor amiga, a mi propio reflejo.

Gabriel arrima su silla hacia mí, asegurándose de que nuestra conversación sea más privada y no pueda ser escuchada por los demás.

—¿Te... lastimó? —inquire con cuidado.

Se ha dado cuenta de lo gatillante que es este tema para mí e intenta manejar la situación con delicadeza. Toda mi percepción de su persona ha cambiado a causa de los minutos que hemos compartido en esta jornada. No es posible que la misma persona que me acusó de ladrona sea quien está sentada frente a mí con los ojos más dulces y compasivos que he visto.

—Sí —confieso, con otra lágrima cayendo por mi rostro—. No de la manera en la que piensas, pero lo hizo.

Tomo lo que queda de mi capuchino y me recuerdo que he sido capaz de salir adelante ante las adversidades. Estoy acá, estoy bien, y el aire que inhalo no será el último.

—Es raro esto, ¿no? —pregunto para cambiar el tema de conversación.

—¿Qué cosa?

—El no odiarnos.

Esboza una sonrisa que invita a mis labios a expandirse y, por tan solo unos segundos, olvidar todo lo que ha sucedido.

—Para tu tranquilidad, no te odio —murmura.

Una pequeña carcajada sale de lo más profundo de mi garganta.

—Gracias, ahora podré dormir en paz —digo con sarcasmo.

Asiente sin quitar su vista de mis ojos. Si lo conociera mejor pensaría que está casi aliviado de verme así, sonriendo.

—Sé que te atormentaba por las noches —continúa.

—No tienes idea —digo entornando los ojos.

Muerdo mis uñas, otro comportamiento que se presenta con la ansiedad. Es un pequeño acto sobre el que *sí* tengo control en momentos en los que siento que se me va de las manos.

—Si no me odias... ¿por qué has sido un imbécil todo este tiempo? —pregunto con un tono un poco más serio.

Gabriel yergue la espalda, incómodo con mi pregunta. Me intriga su respuesta y conocer su lado de la historia. Quizá en su versión de los acontecimientos soy la villana que le arruinó la vida. O quizá soy un *extra* en su historia, un personaje sin importancia que pasa desapercibido.

—Es más fácil —responde suavemente.

—¿A qué te refieres?

Niega con la cabeza y me quita el pequeño pedazo restante de mi rollito de canela. A cualquier otra persona se lo quitaría de las manos, pero se lo permito a modo de agradecimiento.

—¿Qué haremos al respecto? —pregunta con la boca llena.

Nunca imaginé que vería a Gabriel así... tan *informal*. Cada vez que me lo encuentro lleva puesto un traje Tom Ford o Ralph Lauren, pelo imaculado y postura recta y dominante, un contraste monumental con la persona casual que está frente a mí.

—Nuevamente, ¿a qué te refieres? —consulto, confundida.

—Vamos, Avery. Pensé que eras más astuta que eso.

Este es territorio familiar. Insultarnos, despreciarnos y molestarnos no es más que la manera en que estamos acostumbrados a tratar con el otro.

—¿Vas a seguir insultándome o vas a poner tus neuronas a trabajar y explicarme de una vez por todas *a qué te refieres*? —pregunto, impaciente.

Se muerde los labios y asiente por unos segundos antes de volver a abrir la boca.

—Hablo sobre el hijo de puta con canas que no recuerdo cómo se llama.

Su descripción de Ethan me causa gracia. Siempre pensé que sus pelos blancos eran un atributo atractivo; me alegra saber que no todo el mundo lo ve de esa manera. Que no es el príncipe azul que creía que era.

—Ethan —le recuerdo.

Dios, pronunciar su nombre se siente como un golpe en el estómago.

—El mismísimo —concuerta.

—Sigo sin entender, príncipe.

—¿Qué harás con él?

Estoy segura de que hace unos instantes preguntó *qué haremos...* en plural. Que ahora se quite de la ecuación desprende sentimientos confusos en los que prefiero no indagar en este momento.

—Compraré un chip de rastreo y la próxima vez que lo vea lo colocaré en algún lugar de su cuerpo y así podré conocer todos sus pasos. Podré evitarlo sin problema —declaro levantando los hombros, como si fuera tarea fácil.

—Vale. ¿Dónde comprarás el chip? —No sé si me enoja o divierte la manera en que me sigue el juego.

—Esa es información clasificada —revelo.

—No sabes dónde.

—No asumas erróneamente.

—Avery...

—Primero, ¿por qué ha de importarte? —interrumpo, un poco irritada. Odio la situación en la que me encuentro. Odio saber que, probablemente, esta no será la última vez en que me encuentre con Ethan. Pero no sé qué escapatoria hay—. Segundo, no hay nada qué hacer, salvo esconderme cada vez que lo vea.

Espero que me responda que estoy siendo poco práctica, que debiese tener otro plan de acción para enfrentarlo. En cambio, sus ojos brillan con malicia.

—Tengo una mejor idea.

8

—Absolutamente no —manifiesto tras escuchar su propuesta.

—Déjame explicarte cómo funcionaría esto.

—¿Estás loco? ¡Estas cosas no funcionan en la vida real!

No puedo evitar entrecerrar los ojos al observarlo, esperando que me confiese que todo es una broma de mal gusto. No lo hace. La convicción con la que habla me asegura que va en serio.

Que realmente quiere fingir tener una relación conmigo.

—¿Acaso has fingido salir con muchas personas? —inquire ante mis dudas.

Entorno los ojos, cuestionándome si este día es real o si quizá estoy teniendo una pesadilla de la cual despertaré en cualquier segundo.

—¿Por qué aceptaría esto? —murmuro agitada.

—¡Déjame explicarte! Si quieres te enumero las razones por las cuales podría ser conveniente.

Mis pensamientos se vuelven un torbellino de confusión y estoy tan perpleja que no sé cómo reaccionar a lo que me dice. Pienso en aquellas novelas que contienen situaciones similares solo para recordar qué suele responder la protagonista y así no quedarme inmóvil, paralizada y con la boca entreabierta por el *shock*. Por lo general, las protagonistas se encontraban en apuros, por lo que no les quedaba más opción que aceptar. Ese no es el caso ahora. Si bien Ethan es un inconveniente inesperado, no justifica hacer el esfuerzo para inventar que estoy saliendo con Gabe.

Además, ¿qué quiere sacar él con esto?

—Eres un imbécil, ¿lo sabías? —declaro, aún sin palabras.

—Hace tan solo unos segundos estabas agradeciéndome. ¿Ahora te dignas a atacarme?

Dios, ¿qué está pasando? Siento como si estuviera en una película: el chico popular acercándose a la nerd para pedirle que le ayude a no reprobar una asignatura, pero esta vez no hay guion que seguir.

—¿Es que nunca puedes explicarte? —Lo presiono, esperando una respuesta clara de su parte, pero él solo se ríe antes de responder.

Por más atractivo que se vea cada vez que sonrío, me cuesta tomarlo en serio cuando sus dientes se asoman. Tengo que recordar que esta es la misma persona a la que le robé la billetera en una fiesta de Halloween porque no dejaba de gritar groserías en mi dirección. Es el mismo hombre que entorna los ojos cada vez que hablo sobre, literalmente, cualquier cosa. Quien sea que esté sentado frente a mí en este momento no es más que su gemelo menos gruñón y más...

carismático. Me cuesta entender que son la misma persona. ¿Es este el Gabriel real? ¿El que se esconde tras una fachada de indiferencia? No sé si me siento orgullosa y honrada por conocer esta faceta o simplemente aterrada al respecto.

—Fingiré ser tu novio por un tiempo determinado acordado entre ambos. —Abro la boca para contraatacarlo, pero este levanta un dedo en mi dirección—. No me interrumpas hasta que termine de mencionar cómo podrías beneficiarte de este acuerdo, *mia cara*.

—Adelante —indico.

No es que esté realmente considerando aceptar, sino que me provoca curiosidad entender sus motivaciones.

—Vendré a dejarte a la oficina todas las mañanas y a buscarte por las tardes. De esa manera, no te tienes que enfrentar al canoso ese por tu cuenta. Y, créeme, querida, puedo deshacerme fácilmente de él con mis palabras. Prometo que no nos va a molestar —lo dice con énfasis y, por alguna razón, le creo. Sé que si hacemos esto, Gabe estará ahí para apoyarme. Dios, ¿qué está pasando con el mundo?

Lo admito, es una oferta tentadora... no lo suficiente para convencerme de semejante locura.

—¿Qué sacas tú de esto? —Hago la pregunta que más me interesa.

Hace un gesto con su lengua, desviando mi atención hacia sus labios por apenas un fugaz instante (lo prometo). Antes de hablar, arrima su silla a la mía con tal cercanía que nuestras rodillas chocan por un segundo casi imperceptible, aunque lo suficiente como para sentir electricidad con su tacto. Intento convencerme de que su presencia no me afecta, que su fragancia dulce me resulta desagradable, que su personalidad es lo peor que la humanidad tiene para ofrecer. Pero no puedo. No cuando lo acontecido hoy me insta a cuestionarlo todo y a contemplarlo como un hombre casi decidido a ser benevolente. ¿O será que todo esto es parte de su plan maligno? ¿Será que me está manipulando emocionalmente para luego usarme a su favor y finalmente descartarme como si fuera basura?

Dios, qué chica más traumada soy.

—Por supuesto, esto tiene que ser conveniente para mí también. Puedo ser una buena persona, pero no hago nada gratis —añade Gabriel.

—Creo que tenemos diferentes definiciones de lo que es ser una buena persona —ataco.

—Pensé que tú lo eras hasta que escuché esa boca venenosa.

Agarra un mechón suelto de mi cabello y lo enreda en su dedo como si fuera un juego. ¿Por qué ese gesto debilita mis rodillas?

Avery, compórtate. Esto se debe solo al hecho de haber tenido un día emocionalmente agotador.

Es cierto. Toda la vulnerabilidad que pueda o no sentir ahora es culpa de Ethan, por ende, no tengo que creer una sola palabra que diga Gabriel.

—Ve al grano, de Santis —escupo alejándome de él. Muevo mi silla para crear espacio, gesto

que él toma como un claro rechazo.

Aclara su garganta y parece también despertar de un ensueño.

—Como sabes, Nicolás es dueño de Hotel de Santis —continúa con su tono familiar. Me relajo un poco por haber puesto límites—. Está buscando a una persona que lo apoye con el manejo del negocio en Nueva York ahora que Madeline está en Las Vegas negociando la posibilidad de expandirnos allá.

—Una vez más, ve al grano.

—Quiero manejar el hotel de Manhattan —admite con seguridad.

Abro la boca, en *shock*.

—¿En serio?

—Sí —responde.

Lo miro incrédula, segura de haberlo escuchado mal. No puede ser que quiera recuperar la herencia que dejaron sus padres después de todo el daño que ha hecho a la familia desde entonces.

—¿Sabes que Nicolás no te toma en serio?

¿Será que Gabriel desconoce el daño que le ha infligido a sus hermanos a lo largo de los años? Desde el fallecimiento de sus padres, Gabe se ha distanciado de sus hermanos, sumergiéndose en litros y litros de alcohol y deambulando de fiesta en fiesta. Cada vez que reaparece, Nick y Cam comprenden que algo anda mal, que algún error cometió el hermano del medio. Su último acto desastroso fue intentar vender la casa en Los Hamptons, el hogar de su infancia, el lugar que contiene todos los recuerdos de sus padres. Esta decisión golpeó duro a la familia y si bien Gabe se retractó luego de varias conversaciones con Nicolás, el daño ya estaba hecho.

—Ese es el problema con el que tú me ayudarás —comenta serio.

Observo que juega con sus manos y los anillos que tiene en algunos de sus dedos. ¿Estará nervioso?

—No te estoy siguiendo.

—Nicolás no confía en mí porque asume que soy una persona irresponsable y poco comprometida. Me sigue viendo como el chico que pasa todos sus días de fiesta y bebiendo.

—Y tiene derecho a hacerlo —indico, sorprendida con la audacia de algunas personas—. ¿No intentaste vender la casa de tus padres?

—No hables de mis padres —suelta secamente—. Lo siento, pero no... no hables.

Concuerdo mediante un movimiento de cabeza, entendiendo que el tema sigue siendo delicado.

—¿Qué pasó con la casa? —pregunto. Conozco la historia que compartió su hermano mayor, pero me gustaría saber su versión.

Quiero desesperadamente entender qué fue lo que provocó que todos los hermanos de Santis tomaran rumbos tan distintos frente a una experiencia compartida. Nicolás empezó a manejar

negocios desde joven para mantener a sus hermanos, Gabriel cayó en la bebida y Camille se refugió en los libros. ¿Qué los llevó a elegir esos caminos?

—Quiero que mi hermano entienda que estoy pensando en mi futuro y sentando cabeza. Tú me puedes ayudar con eso —explica con determinación.

—Para recapitular: quieres que Nicolás piense que estamos juntos —aclaró—. ¿Por qué yo?

—Porque vives con Emily. Si ella sabe sobre *nosotros* y lo bien que funcionamos como pareja, puede que Nick se dé cuenta de que estoy tomando las riendas de mi vida y... puede que me considere para el cargo.

Me lanzo a reír, incrédula. ¿Cómo puede pensar que soy tan influenciable? Como si no tuviera valores, creencias y lealtades.

—No. Ninguna posibilidad —digo con seguridad—. No voy a traicionar a mi mejor amiga de esa manera.

—Eso no es lo que estaría pasando —argumenta.

—Me estás pidiendo que le mienta. No lo haré.

—Mentir es una palabra muy fea. Más bien, necesito que omitas información. Y finjas que ciertas cosas han sucedido.

—¡Esa es la literal definición de mentir! —exclamo, de pronto irritada por su comportamiento y la presión que pone en mí.

—Necesito trabajar en el hotel.

—Y yo necesito a mi mejor amiga. No la voy a perder por esto.

No después de haberla perdido por cinco años. No estoy dispuesta.

—¿Y qué pasa con Ethan?

—Por más bizarra que parezca esta propuesta, aceptaría solo para ver cómo te desenvuelves en una relación... pero no puedo. En cuanto a Ethan, estoy segura de que lo puedo solucionar por mi cuenta.

—Avery... —suplica.

—No, Gabriel. De todo corazón, agradezco lo que hiciste hoy por mí. Sin tu compañía, la situación podría haber terminado de manera muy distinta. Pero no sabes cuánto tardé en recuperar mi amistad con Emily. Y eso significa más que cualquier potencial amenaza de Ethan.

Me paro de la silla y me marchó de la cafetería sin decir otra palabra.

9

Al día siguiente, Gabriel está en la entrada del edificio donde trabajo.

Parece tan absorto mirando el cielo que me sorprende que no haya un alienígena acercándose a nosotros con intenciones de conquistar el mundo. No, el cielo luce tan ordinario y normal que podría considerarse una vista aburrida. El esmog de la ciudad crea nubes grises que de seguro son increíbles para nuestros pulmones, y el sol está tan escondido que es un milagro que no nos estemos congelando con las frías temperaturas.

Camino en su dirección y me aprovecho de su vulnerabilidad para apreciarlo.

Viste un polerón grueso negro que se ajusta perfectamente en los lugares correctos: hombros, bíceps y torso. Lleva unos pantalones estilo militar que resaltan su *bien formado* trasero y lentes de sol sobre su cabello corto. Aunque me cueste admitirlo, Gabriel es ridículamente guapo. Y no soy la única que lo nota. Observo a dos mujeres chocar por tener su atención clavada en él y, a decir verdad, no las juzgo. Podría fácilmente haber sido una de ellas si no conociera un poco de su personalidad.

Algo parece llamar su atención hacia tierra firme y fija sus ojos en mí.

Ignoro las mariposas que revolotean furiosas en mi estómago y me aseguro de asesinar a cada una de ellas recordándome lo dañino que ha sido Gabriel conmigo en el pasado.

Levanta sus cejas y no aparta la mirada de mi cuerpo mientras me acerco. Hoy he cambiado mis prendas coloridas y florales por pantalones y blazer negros; un atuendo sugerido por mi mejor amiga, quien ama lucir formal, como si cada día tuviera una reunión ejecutiva de alta importancia.

Después de lo ocurrido ayer, no me sentiría cómoda con vestuarios tan... llenos de vida. Suelen llamar la atención de personas a mi alrededor, y yo quiero pasar desapercibida. Quiero mezclarme con los típicos transeúntes de Nueva York y que nadie volteé en mi dirección.

—¿Qué haces acá? —pregunto fulminándolo con la mirada.

Debí haber asumido que insistiría en su pequeña propuesta de ayer. Es un de Santis, después de todo. Nicolás, su hermano mayor, persiguió por tanto tiempo a mi amiga que ella aceptó a regañadientes estar con él. Y ahora son la definición de pareja enamorada.

Nuestra situación es distinta, claro. Ninguno tiene planes de conquistar al otro. Más bien, *utilizar*. Sí, creo que es una palabra adecuada para definir nuestra situación.

—¿Esos son mis saludos matutinos? —suelta entrecerrando los ojos.

—Responde la pregunta —insisto.

—Buenos días —indica entregándome un vaso térmico.

Lo acepto, insegura, y vuelvo mi atención a él.

—¿Esperas que tome lo que sea que contenga este vaso? He visto *Criminal Minds* unas quinientas veces. No me vas a engañar de esta manera.

Me mira con impaciencia, como si no pudiera creer que tiene que iniciar su día de esa manera. Bueno, él se lo buscó. Quiero decirle un par de cosas más, pero se me adelanta y quita el vaso de mis manos. Le da un par de largos sorbos y desvío mi atención de su manzana de Adán (¿cómo hace para que todos sus movimientos parezcan los de un seductor?). Luego me lo entrega y suelta.

—Es café, Avery.

Oh. Lo acerco a mi nariz, aún con sospechas. El olor a granos de café es tan reconfortante que me provoca ganas de tomármelo de inmediato. Gabriel puede ser maleducado y un gruñón, pero no es tan estúpido como para haberse drogado a sí mismo. Es solo por eso que me atrevo a darle una oportunidad al café.

Y lo escupo.

—¿Qué es esto?! —exclamo horrorizada, analizando el vaso para saber de dónde provino esa abominación.

—Café —dice como si fuera obvio.

—¿Según quién? Por favor indícame dónde compraste esto para demandarlos y exigir algún tipo de compensación por los daños a mi paladar.

Le doy otro trago, por curiosidad y, síp, sigue estando asqueroso. Voy al basurero más cercano a botarlo sin pensarlo dos veces.

—Lo hice yo —responde en voz baja, casi tímido.

Oh, no. Me acerco a él y sonrío. Incluso suelto una pequeña carcajada que tiene a Gabriel de lo más confundido. Hace un minuto lo estaba insultando y ahora me río en su cara.

—¿Qué? —musita entre dientes.

—¿Me vas a decir que no solo viniste hasta mi lugar de trabajo como un guardaespaldas sobreprotector, sino que también tomaste cinco minutos de tu tiempo para prepararme café?

—Diez minutos —aclara—. Se quemó el primer lote.

Contengo la sonrisa que amenaza con asomarse, ya que *me hizo café con sus propias manos*. No sé por qué su gesto me afecta tanto. Sé que no es más que una táctica para manipularme con sus favores; aun así, supongo que me entretiene la idea de que haya dedicado unos minutos de su vida a pensar qué podría ofrecerme y luego prepararlo con sus propias manos de príncipe.

—Por favor, nunca más hagas café —ruego con suavidad.

—Después de tu reacción, creo que botaré la máquina que tengo.

—Es un favor para la sociedad —agrego, apoyando con violencia esa moción.

—Ya.

—Y también para las chicas a las que les ofreces café cuando las echas de tu hogar —suelto con ánimos de provocarlo. Dios, hay algo tan entretenido en verlo perder los estribos por lo más mínimo.

Para mi sorpresa, no se altera ni se enoja. Solo me analiza con interés.

—Ninguna «chica» se queda en mi departamento —contesta.

Bufo con incredulidad. No creerá que soy tan ilusa, ¿cierto? ¿Se le habrá olvidado que nos encontramos semana por medio en Hotel de Santis y veo el desfile de mujeres que lleva a una habitación? No digo que esté mal, solo que no me puede decir que *nadie* se queda en su departamento.

—¿No me crees? —pregunta al notar mi rostro poco convencido.

—No —digo honestamente.

—No es mi trabajo convencerte de eso.

Tampoco tiene razones para mentirme. ¿Por qué, entonces, no lleva compañía a su hogar? Intento detener las próximas palabras, pero mi bocota chismosa requiere respuestas.

—¿Por qué? ¿Es que no lavas tus sábanas y tienes toda la ropa tirada por el suelo?

—No quiero que nadie encuentre los cadáveres —indica con seriedad.

De inmediato saca un cigarro de su bolsillo y lo enciende con toda la calma del mundo. Está tan tranquilo que me pregunto si de verdad está escondiendo cadáveres en su vivienda.

Hago una mueca de asco y se lanza a reír.

—Dios, tu rostro. Eres tan ingenua —comenta tras exhalar el humo.

—¿No es cierto?

—No, *mia cara*, no es cierto. —Da un par de caladas a su cigarro antes de continuar—. Solo personas en quienes confío van a mi hogar. Es un lugar sagrado que comparto con un grupo selecto.

Hago un gesto con la mano para alejar el olor del humo, cosa que no pasa desapercibida por Gabriel, que apaga el cigarro con la suela de su zapato y lo bota en el basurero.

Quiero agradecerle, pero no lo hago. En cambio, añado:

—¿Qué debe hacer uno para que le sea otorgado dicho honor? ¿Sacrificar vírgenes y beber la sangre de ovejas?

Un atisbo de sonrisa se asoma en su rostro.

—No necesariamente vírgenes. Más bien deben ser rubias altas que ingieren café a través de una inyección intravenosa.

—Ah —digo con entendimiento. Alzo un dedo y lo muevo entre nosotros—. Este acercamiento es parte de tu plan maligno para engañarme y sacrificarme, ¿no?

—Al parecer el plan no está resultando como esperaba.

—Lamento decepcionar.

—Buscaré otra manera de llevarte a mi guarida para sacrificarte —bromea—. ¿Por qué crees

que me veo tan joven?

Señala su rostro y me fijo en sus ojos verdes como esmeralda, su mandíbula recién afeitada, sus labios gruesos y nariz puntiaguda.

—El colágeno de tus amantes —respondo para no quedarme pegada en sus facciones.

Nos quedamos mirándonos por más tiempo del normal. Mi boca se abre ligeramente al imaginar cómo se sentirían esos labios contra los míos, esos brazos llenos de tatuajes recorriendo mi cuerpo, esa lengua... la bocina de un taxista me despierta de mi ensueño. Recuerdo dónde estoy y con quién estoy y, *oh, por Dios, ¿acabo de tener una fantasía sexual con Gabriel?*

—Creo que es momento de explicarme qué haces acá cuando ayer explícitamente te dije que no quería aceptar tu trato cuestionable —indico para distraerme un poco de mis estúpidos y traicioneros pensamientos.

Cruza sus musculosos brazos sobre su pecho ancho como si quisiera intimidarme con su físico. En cambio, mi atención vuelve a los predominantes tatuajes que se escapan por su muñeca y me pregunto cuál será la historia detrás de cada uno de ellos. Aclaro mi garganta como si eso borrara los abrumadores pensamientos lujuriosos que pasaron por mi mente. Solo espero que Gabriel no haya notado el desvío de mi atención.

Levanto la mirada hasta encontrarme con sus ojos verdes fijos en los míos. Relajo los hombros y levanto las cejas, esperando que me explique qué mierda hace aquí. Estoy dispuesta a escucharlo porque hizo un esfuerzo y, vamos, me intriga lo suficiente como para llegar un par de minutos atrasada al trabajo.

—A pesar de que creas que soy un ser humano basura, quería asegurarme de que estuviera todo bien.

Después de ayer, mi mala imagen de Gabriel se ha ido aclarando. Resulta que no es tan desagradable como parece ser.

Es más fácil, me dijo el otro día. ¿Será esa la razón por la cual tiene a la gente a un brazo de distancia todo el tiempo? No es que lo sepa. La verdad es que no he hecho un intento por conocerlo más. No después de habernos conocido en condiciones desfavorables.

—¿Viniste en caso de que necesitara apoyo? —pregunto incrédula.

Asiente despacio. O sea que tomó tiempo de su mañana para escoltarme como si fuera una celebridad en algún tipo de riesgo. ¿Cómo voy a continuar odiándolo después de esto?

—Asumí que podrías necesitar algo de ayuda —admite, tomando un sorbo de su propio vaso térmico—. Esto no está tan mal.

—Primero, eso es... muy dulce de tu parte. ¿Seguro que no quieres que te regale dinero o algo por el estilo a cambio de tu generosidad? Si ese es el caso, te informo desde ya que estás hablando con la persona incorrecta. Lo único que tengo en mi cuenta bancaria son deudas —aclaro, solo por si acaso—. Y, en segundo lugar, si consideras que ese café tiene buen sabor,

ruego que vayas al hospital más cercano a removerte quirúrgicamente la lengua. Es evidente que no sabes usarla bien.

Es muy temprano para reaccionar a tiempo a su invasión de mi espacio personal, pero es cuando sus ojos bajan hasta mis labios que caigo en cuenta de lo que acabo de decir. *Es evidente que no sabes usarla bien.*

—Estoy seguro de que muchas mujeres podrán desmentir esa declaración. —Se acerca y susurra en mi sien, pero eso no impide al resto de mi cuerpo sentir el efecto de sus palabras.

Imágenes de su lengua en distintos lugares de mi cuerpo invaden mi mente y la situación solo empeora al inhalar ese perfume que me recuerda a mis librerías favoritas. Estoy desconcentrada haciendo un esfuerzo por detener las fantasías de todo lo que su lengua diestra podría provocar en mi entrepierna. ¿Dónde está mi criterio?

—Eres un cerdo —murmuro sin fuerza.

Retrocede unos pasos para darme espacio y permitirme respirar una vez más. Me sonríe como si lo que acabara de suceder hubiese sido una broma graciosa en vez de una confusión mental.

—¿Quieres que te lleve a tu piso? —Cambia de tema radicalmente.

Estoy por negarme cuando veo de reojo a Ethan en una conversación agitada con su esposa, Maya. Me escondo sin pensarlo detrás de Gabriel, como si eso fuera a taparme de su vista, a protegerme de esos ojos indeseados.

Gabriel toma eso como una señal para agarrar mi codo y guiarme hacia los ascensores. Le rezo a cualquier persona que escuche para que Ethan no alcance a entrar en el mismo ascensor que nosotros, pero cuando las puertas se están cerrando veo un brazo extendiéndose, deteniendo las puertas e ingresando. Y el enemigo número uno es quien aparece. *Mierda.*

Mi acompañante rodea mi cintura al igual que ayer y, de la misma manera, me acerca a su cuerpo. A esa distancia huelo la crema de afeitar y su perfume que me recuerda al otoño. De alguna manera, me reconforta.

Ethan parece sorprendido al vernos. Sus ojos se fijan en la mano de Gabriel sobre mí, quien toma eso como una señal para acariciar mi brazo en círculos relajantes.

—¿Avery? —pregunta Maya asombrada.

—Maya Arlette —saludo con una gran sonrisa en mi rostro.

—Es Reynolds ahora —aclarar con ojos sinceros—. Lo cambié hace un par de años para reforzar mi amor hacia este hombre de acá.

Ethan le besa la frente sin quitar su vista de mí. No tengo nada en contra de Maya. Escuché que fue profesora del colegio en el que estudié por unos años antes de renunciar a la academia y entrar al mundo corporativo. No la culpo. Si su atuendo de hoy es un indicador, el sueldo es considerablemente mayor acá.

Es solo que... es la esposa de Ethan.

Por más que intente estar de su lado y sonreírle para ponernos al día sobre nuestros pasados,

no puedo dejar de pensar en que *sabe* sobre él y no lo ha dejado. No ha hecho nada al respecto, lo cual no puedo perdonar. Después de todo el daño que nos hizo.

La subida hasta mi piso es dolorosamente incómoda. Nadie dice otra palabra, pero es obvio que Ethan intenta hacerlo. Cada vez que veo su boca moverse, noto que Gabe le dedica una mirada poco amigable, por lo que termina sin decir nada.

En el piso veinte ellos se bajan primero, menos mal.

Saco mi teléfono para revisar la hora y Gabriel me lo quita de las manos.

—¡Ey! —exclamo intentado recuperarlo.

—Toma —dice entregándomelo a los segundos—. Añadí mi número.

Oh. Se anotó bajo el nombre *Príncipe Azul*.

—¿Por qué?

—Me gustaría saber si quieres que te venga a buscar por la tarde.

Las puertas del ascensor se vuelven a abrir, esta vez en mi piso. El logo de GameCraft me da la bienvenida. A pesar de que nunca pensé que amaría dedicarme a la creación de juegos, creo haber encontrado mi pasión en la vida. El diseño de conceptos, la mecánica del juego, crear el arte y gráficos, todo resulta gratificante, sobre todo cuando luego leo comentarios de personas que están disfrutando mis creaciones. Es por esto que odio que este lugar se pueda convertir en una pesadilla si continúan los encuentros desafortunados con Ethan.

—¿Por qué haces esto, Gabriel? —le pregunto una vez más antes de separarnos.

—No soy una mala persona —murmura. Y parece casi una súplica, como si quisiera que le creyera.

—Nunca dije que lo fueras.

Lo pensé un millón de veces, solo que nunca fui tan grosera como para comunicárselo de frente.

—Que tengas un buen día —anuncia con expresión estoica.

—Gabriel...

Pero las puertas del ascensor ya están cerradas.

10

Paso una semana tranquila, sin exponerme a ningún tipo de encuentros casuales al trabajar desde casa. He estado estancada en los códigos del juego que estoy desarrollando, por lo que he optado por quedarme en un espacio pacífico para resolverlo.

Hoy, sin embargo, se nos solicitó a todos ir a la oficina para participar en las distintas actividades que se llevarán a cabo por el décimo aniversario de la compañía. Habrá comida, concursos, se mostrarán los próximos lanzamientos y parece que presentarán a nuevos miembros que se sumaron recientemente.

Camino entusiasmada por el día que se viene por delante. Estamos a una semana de Navidad y, por más llena que se encuentre la ciudad con un montón de personas corriendo de un lado a otro para hacer compras a último minuto, nada podría desanimarme. Sobre todo cuando pienso que este año pasaré Nochebuena en el lujoso departamento de Camille y compartiré una deliciosa velada con mis personas favoritas.

Una vez llego al edificio me decepciona no encontrarme con Gabriel. Es un pensamiento tan ridículo e irracional que me castigo por haberlo deseado, cuando ni siquiera le envié un mensaje para pedirle ayuda como sugirió hace una semana. Por supuesto que asumí que no la necesitaba. Y no la necesito. Puedo enfrentarme a Ethan por mi cuenta... creo.

Aun así, agradezco no haberme encontrado con Ethan y haber alcanzado mi piso sin problemas. Paso el resto del día disfrutando con mi equipo de trabajo, felicitando a los nuevos ingresos y probando aquellos juegos que están prontos a salir al mercado.

A final del día, el gerente anuncia un evento que se realizará a finales de enero para celebrar el aniversario y el cierre de nuestro año más exitoso hasta la fecha. Lo único que me preocupa es que no será un evento cerrado, sino que se llevará a cabo en un hotel y se extenderá la invitación a todos los clientes con los que hemos trabajado a modo de agradecimiento, a todos nuestros inversores para mostrarles lo que se viene y a potenciales clientes que han mostrado interés en nuestro trabajo.

Esto me hace pensar en solo una cosa: *Ethan*.

Por cierto, debo recordar hablar con Jean, el chico que estaba teniendo una reunión con Ethan la vez que lo vi en la oficina, para averiguar qué trama.

—Pueden traer un acompañante si desean —continúa Peter, el gerente—. Los correos con invitación saldrán en un par de minutos. Es necesario que confirmen su asistencia de acá hasta el próximo viernes para organizar la comida.

Me encojo en mi asiento, buscando alguna excusa en mi mente que me pueda salvar de este evento, pero nada se me ocurre.

—Jean, ¿cómo estás? —pregunto, acercándome al desarrollador júnior que lleva una célula de juegos educativos.

—¡Ave-Dave! Tanto tiempo —saluda con un abrazo.

Dios, había olvidado ese sobrenombre. Cuando llegué a la empresa estaba tan nerviosa que, al presentarme, anuncié que mi nombre era Dave. Estaba debatiendo si decir Avery o Ave cuando escuché a alguien gritar Derek de fondo y mi cerebro hizo cortocircuito y agregó esa D al inicio del nombre. Desde entonces, varias personas me llaman Dave o Ave-Dave.

—Todo bien, todo fluyendo, compañero —digo, como si tuviera diez años en vez de mis veintiséis. Sería una terrible espía encubierta, eso seguro—. Felicidades por el lanzamiento de Fortdeigh, sé que le irá excelente.

Sí, lo estoy adulando innecesariamente, pero necesito respuestas. A medida que la conversación avanza, utilizo halagos y elogios calculados para alimentar su ego. Le indico que ha hecho un excelente trabajo en la compañía y él devora mis palabras sin cuestionar las intenciones ocultas. Cuando creo que le he subido el ego lo suficiente, le pregunto:

—Duda... Ethan Reynolds, ¿te suena?

Entrecierra los ojos, como si el nombre le fuera familiar, pero desconoce por qué.

—Ah, sí —indica después de varios segundos—. Vino hace poco con una petición de juego. ¿Lo conoces?

Ahora debo proceder con cautela. Hay algunos equipos de trabajo altamente competitivos que no discuten los proyectos en los que están trabajando para no caer en plagios o algo por el estilo. Esta es la típica gente que era popular en el colegio y siguen sintiendo la necesidad de menospreciar y molestar a otros por su trabajo. Jean, menos mal, no forma parte de esos equipos, pero sé que igual debo ser cuidadosa con mis palabras.

—Sí, fuimos amigos en la adolescencia —miento fácilmente—. Hace un tiempo que no hablo con él, pero me encantaría ponerme al día.

—¿Es de tu generación? —duda, inclinando la cabeza—. Tenía canas.

—Mala genética. —Río y apoyo una mano en su brazo—. Es un par de años mayor, pero solíamos ir de fiesta— continuo, inventando totalmente esta supuesta amistad con Ethan—. ¿Qué quería? ¿Hay algo en lo que te pueda ayudar?

Me acerco más a él con una sonrisa amable, fingiendo un interés que no siento realmente. Me siento un poco repulsada cuando él nota mis esfuerzos y da un paso en mi dirección, pero estoy dispuesta a mantener esta fachada de coqueteo hasta tener respuestas.

—Me comentó que partirá haciendo clases en la Universidad de Nueva York el próximo año y quiere que lo ayudemos a diseñar un juego educativo para usar en clases. Bastante entretenido, ¿eh? Hubiese amado tener un profesor así.

Trago saliva con dificultad. Doy un paso atrás para que el aire llene mis pulmones.

—Totalmente —confirmo—. ¿Cuándo tendrás listo el juego?

—Considerando la poca complejidad que tiene lo que nos está pidiendo, le comenté que estaría listo en unos cuatro meses, más que nada porque no es lo único que está codificando el equipo ahora.

—Hace sentido.

Veo la hora en un obvio gesto de que debo marcharme, pero Jean se para frente a mí para darme más información.

—Vendrá mensualmente a ver avances —comenta con entusiasmo.

—Oh, ¿ya tienen agendada la próxima visita? —pregunto con interés.

—Sí, creo que será el veinticinco de enero.

—Excelente. Gracias, Jean.

Le sonrío una última vez antes de voltearme y caminar en dirección a la salida.

—¿Quieres ir por un trago? —inquire justo cuando alcanzo la puerta camino al ascensor.

—Tengo clases de yoga, pero gracias por la invitación.

* * *

—Espero verte con Gabriel en la celebración.

Me tenso al escuchar su voz ronca. Ethan se posiciona frente a mí con los brazos cruzados y no puedo evitar pensar en lo amplia que le queda la camisa de lino azul versus Gabriel, que siempre parece necesitar una talla más grande por la manera en que se ajusta la tela a sus músculos.

Ethan esboza esa devastadora sonrisa que solía debilitarme las rodillas y se acerca un poco más a mí. Sus ojos cafés brillan con el reflejo del atardecer y se ve tan guapo, que recuerdo efímeramente por qué me enamoré de él hace tantos años. A pesar de cómo terminó lo nuestro, me ayudó a salir adelante en esos momentos en que lo único que quería era rendirme.

Detente. Ethan te hizo daño, no empatices con él.

Borro esos pensamientos de mi cabeza y me enfoco en el hombre que está frente a mí. Estaba tan cerca de salir de este lugar sin ninguna casualidad...

—¿Disculpa? —pregunto a secas, desesperada por ir a mi clase de yoga y dejar de lado las repentinas ganas que tengo de golpear a este hombre con mis manos.

Su sonrisa no se desvanece ni titubea a pesar de la impaciencia que debe verse reflejada en mi rostro. Por Dios, ¿cuándo seré capaz de decirle todas esas cosas que llevo años acumulando en mi corazón? ¿Por qué mi cerebro hace cortocircuito cada vez que huelo ese destacado aroma de menta?

Levanto la vista al cielo, buscando esa serenidad que parece brindarle a Gabriel ver las nubes y

los pájaros volar. No da frutos. Sigo con el cuerpo tenso, los puños apretados y los hombros encogidos.

—Me ha llegado la invitación para el aniversario —señala agitado—. ¿Irás?

De verdad no entiendo cómo es capaz de simular que lo que pasó entre nosotros no existió. No entiendo por qué cree que me quedaré en silencio por siempre. ¿Será que nunca vio lo que pasó entre nosotros como algo negativo y es por eso que actúa como si nada? ¿Porque en su mente no lo fue?

Eso explicaría un montón. No obstante, no creo que sea tan estúpido como para no comprender lo que hizo.

Para variar, mi cerebro decide olvidar el abecedario y cómo conjugar palabras, así que tartamudeo:

—S...sí.

Mierda. ¿Por qué no mentiste?

—Excelente. Nos vemos ahí. —Se despide con un estúpido gesto con la mano antes de marcharse.

Entra al edificio en busca de Maya, supongo, y me deja ahí parada con el corazón apretado y las lágrimas amenazando con caer. Entre la marea de gente saliendo de sus respectivos trabajos, me dejo llevar.

Recorro llorando el trayecto al Upper West Side. Seguro debo lucir súper atractiva en el metro, especialmente porque hoy Nueva York decide comportarse lo menos neoyorquino posible. Resulta que ninguna persona parece poder meterse en sus propios asuntos, considerando que están todos observando mis resoplidos y escuchando los sonidos que provienen de mi nariz.

Suspiro aliviada cuando llego al departamento.

—¿Ave? —Escucho un grito desde la cocina—. No vas a creer quién me llamó hoy. ¡Mamá! —Suelta una risita maniaca—. Mi *madre*, Avery. La mujer que me parió, y con quien no hablo hace más de catorce meses. ¿Qué crees que me dijo? Si piensas que quería saber de mí, pues entonces te equivocas. Me llamó para pedirme dinero prestado. Por supuesto le di algo de mis ahorros, pero... no sé qué hacer.

—Hola —murmuro agotada y a la vez preocupada por las noticias que me está entregado Emily. ¿Será que Mia está en apuros?

Emily se voltea a saludarme, pero su rostro enfurecido se transforma en uno de preocupación.

—¿Quién? —pregunta, sin si quiera terminar la oración. Entiendo de todos modos su significado: ¿quién fue? ¿Quién te hizo daño? ¿Quién es el culpable de que mi amiga esté con el rímel corrido por sus mejillas y los ojos hinchados?

Pero Em no lo sabe. No sabe lo que pasó hace tantos años y, considerando su estrés actual, no puedo arrojarle una bomba nuclear sin algún tipo de preparación.

—El trabajo —miento con facilidad—. Un cliente difícil, pero nada que no se pueda arreglar.

Limpio mi rostro con la palma de mis manos y doy zancadas hasta nuestra máquina de café para recuperar algo de energía. A modo de reflejo pienso en Gabriel con el primer sorbo. Este café, a diferencia del suyo, tiene un sabor excepcional que me llena de satisfacción.

—¿Quieres ver una película? —inquire con las cejas levantadas.

Asiento y me acerco hasta el hueco de su cuello para apoyarme en él. Emily se demora un par de segundos en devolver el abrazo, pero debo admitir que ya no duda tanto antes de envolverme en su cálido cariño. Eso se lo debo agradecer a Alex.

—Sí —digo alejándome unos pasos—. Pero antes necesito que me cuentes bien qué pasó con Mia.

Tensa la mandíbula y se toma el cabello antes de guiarme hacia la mesa de madera del comedor. Dejamos nuestras tazas y apoyo mi rostro en mi mano para prestarle atención.

—¿Cómo estás? —es lo primero que pregunto.

Si bien Emily ha tratado su miedo al abandono y ha empezado a confiar en las personas, evita tocar el tema de Mia a toda costa. Lo entiendo, pero debo admitir que también me duele. Me duele porque Mia fue un tipo de segunda madre para mí, dado que mamá tenía muchos turnos de noche y no quería dejarme sola en casa. Esa fue una de las cosas que más reforzó mi vínculo con Em; la cantidad de pijamadas que teníamos en su casa maratoneando películas de Disney (a elección de mi amiga) y comedias románticas (mis favoritas). En esos escenarios, Mia siempre se presentaba de alguna manera, ya fuera con su rol de madre, preocupándose por nosotras y asegurándose de alimentarnos, o en ciertas ocasiones sumándose a nuestras charlas y quedándose el resto de la noche chismeando o compartiendo anécdotas de su adolescencia.

Entiendo el dolor que debió haber sentido mi mejor amiga tras el abandono emocional de su madre una vez que su padre se marchó. Entiendo el dolor que sigue sintiendo años después al darse cuenta de que las cosas no mejoraron. Mia cayó en el alcohol y no fue capaz de salir nunca de ese agujero. Han pasado unos ocho años desde que la vi, y mi corazón se rompe por la mujer que dejó de ser. Esa mujer brillante, vibrante y llena de amor que habitaba su cuerpo. Ese cuerpo que está siendo habitado por un parásito que devora lentamente lo que va quedando de ella.

—No lo sé —dice con la voz quebrada. Pasa las manos por su rostro antes de continuar—. Contesté sin fijarme en el emisor y... cuando escuché su voz—. Se detiene para darle unos sorbos a su chocolate caliente—. Cuando escuché su voz se me vino el mundo abajo. Por un lado, me alivia saber que está viva y lo suficientemente sobria como para pedirme dinero. Por otro lado, ¿cómo manejo esta situación? No sabes cuántas veces le he pedido que vaya a rehabilitación para tener de una vez por todas a mi madre de vuelta. Ya... ya ni recuerdo cómo era antes.

—Oh, cariño. —Extiendo mis brazos para acariciarle sus suaves manos temblorosas—. ¿Qué quieres hacer?

Su rostro se endurece una vez más. Es su muro impenetrable levantando barreras.

—Nada. Si no quiere estar bien, es asunto de ella —responde a secas.

Y nunca la juzgaré por eso. Menos cuando sé la cantidad de años que dedicó a recuperar a su madre, solo para que el resultado fuera peor en cada situación. ¿En qué momento debemos rendirnos y seguir adelante? ¿Cuándo aceptamos que la otra persona no quiere ayuda? O peor aún, ¿cuándo debemos dejar ir a esa persona sin importar cuánto acuda a nosotros?

Siempre he sido fiel creyente de que la sangre no es igual a familia y, por eso mismo, ¿quién soy yo para juzgar si mi mejor amiga quiere cortar lazos con la madre que no ha hecho más que causarle dolor?

—¿Y estás bien con eso?

—No puedo hacerme cargo de su vida, Avery.

Asiento sin agregar nada más.

—Si necesitas algo —murmuro tras unos minutos de cómodo silencio—, sabes que estoy acá.

—Lo sé, mocosa —recalca con una suave sonrisa.

Sus ojos cafés brillan con lágrimas contenidas y le doy espacio para que procese sus sentimientos y pensamientos a su manera. Sé que compartirá lo que necesite a su tiempo.

Nos tomamos lo restante de nuestros bebestibles en silencio con la espléndida vista de Central Park frente a nosotras, el cielo oscuro prometiendo lluvia con cada segundo que pasa.

—Es hora de la película, ¿no lo crees? —pregunto después de un rato.

Mi amiga me regala esa sonrisa que sé que reserva para sus cercanos y no comparte con nadie más.

—Vamos —dice, levantándose del asiento.

Hace nueve años.

Mi primer beso es con el capitán del equipo de fútbol americano bajo las gradas de la cancha, sus compañeros están a pasos celebrando la victoria del partido.

Él tiene dieciocho.

Yo acabo de cumplir quince.

—¡Felicidades, Cory! —exclamo por millonésima vez.

Admito que no tengo ni la mínima idea de cómo se juega fútbol americano ni cuáles son las reglas de este deporte. Decidí venir tras un impulso, más que nada porque Chloe, una de mis amigas más cercanas, me convenció de que es de los partidos más legendarios del siglo y que, básicamente, si me perdía ese juego sería la paria de la ciudad, una exiliada social. Claro, ahora me doy cuenta de que en todo este rato no ha dejado de mirar a una de las chicas del equipo de *cheerleaders*. Maldita mentirosa. Le pedí que por lo menos me indicara a qué equipo le debía hacer barra. Después de analizar a los jugadores, apuntó a los chicos con camisetas rojas. Desde entonces, he estado entrando en el espíritu del juego, gritando groserías cada cierto rato y actuando enojada cuando el equipo contrario anota un punto. ¿Un gol? Ni idea. La verdad es que disocié después de un rato y, cuando fui una vez más consciente de mi entorno, todo el mundo gritaba victoriosamente, Chloe me sacudía los hombros emocionada.

Y acá estoy ahora. Escondiéndome con Cory Williams. *El gran* Cory Williams. El chico con el que he pasado toda mi adolescencia obsesionada. Emily y Chloe están tan cansadas de que mencione su nombre cada vez que nos juntamos, que decidieron que debo hacer diez lagartijas cada vez que me refiero a él en una conversación. Ya creo tener músculos en los brazos.

Cory tiene la piel tan oscura como el chocolate, pelo un tanto rizado y una sonrisa que podría detener guerras. Está guapísimo.

Sus brazos musculosos me abrazan y me acercan más a su cuerpo. Huelo la cerveza que estaba bebiendo cuando posa sus labios sobre los míos. Al ser mi primer beso, no sé bien qué debo hacer con mis labios y mi lengua. Mis incógnitas se responden una vez que la lengua de Cory intenta ingresar a mi boca, por lo que abro los labios y le doy espacio.

Oh.

Esto, extrañamente, cambia todo. Nuestro beso se profundiza con cada segundo y me siento tan hambrienta que abrazo su cuello y gimo suavemente para que sepa que me la estoy pasando increíble.

Levanta mis piernas con sus manos y las enrolla en sus caderas antes de arrodillarse en el pasto y suavemente acostarme en este. Posa su cuerpo sobre el mío. Es en este momento en el que siento *algo* en su entrepierna y, avergonzada, me doy cuenta de que es su pene. Dios, nunca había sentido uno sobre mí y no sé qué significa, pero mi interior se prende en llamas ante su tacto y mi cuerpo de manera involuntaria se frota contra él.

—Mierda, Avery —carraspea moviendo sus caderas sobre mí—. Si sigues así me voy a correr.

Por alguna razón, sus palabras encienden aún más mi cuerpo. Nunca me había sentido así, ni con la cabeza de la manguera de la ducha había sentido un placer tan poderoso. Mis piernas se tensan con cada segundo que pasa y, antes de que sea capaz de controlar la situación, me corro contra él.

* * *

La semana siguiente todo el colegio estaba enterado de lo que pasó.

Al parecer, Cory les contó a sus amigos, quienes compartieron la información con sus amigos, y así hasta que cada persona de Long Island High y sus alrededores se convenció de que «Avery es una putita que entrega su cuerpo en lugares públicos tras un par de cervezas».

De un día para otro estoy en boca de todos. Las mujeres me miran con recelo y los hombres se me acercan para hablarme con miradas insinuantes. En estos tres días, al menos cinco chicos me han invitado a salir. De momento, he negado todo tipo de ofrecimiento. Aún estoy procesando el hecho de que todo el mundo me conozca cuando hace tan solo unos días era una persona que se mimetizaba con el resto. Nunca he sido invisible, pero tampoco he hecho un gran esfuerzo por destacar.

—¡Cuánto te han crecido las tetas! —exclama un tipo desconocido mientras camino por los pasillos del colegio.

Cubro mis pechos cruzando mis brazos. ¡Ni siquiera están tan expuestos!

—¡Cierra el pico! —grita Emily, levantándole el dedo del corazón.

—No es necesario que me defiendas, Em —le indico a mi amiga, que observa amenazadoramente a cada persona con la que nos topamos en el camino.

—Ese tal Williams es un hijo de puta —bufa enfurecida—. Y no puedo creer que el resto de este estúpido colegio te juzgue a ti cuando él también fue partícipe de lo que pasó.

Asiento, de acuerdo con sus palabras. ¡Qué injusto que solo *mi* imagen y reputación se vean afectadas por algo que lo involucró a él tanto como a mí! ¿Por qué soy yo la que es castigada y él es alabado por todos sus compañeros?

—Ya está —murmuro con la cabeza baja—. Dentro de una semana lo olvidarán.

Mis labios tiemblan mientras lucho por contener el sollozo que amenaza con escaparse con cada mirada y comentario que escucho.

Emily se para frente a mí con las piernas levemente separadas y postura firme. A pesar de su baja estatura, me siento un tanto intimidada con su presencia. Toma mi mano y nos guía a un salón vacío. Tenemos como máximo dos minutos antes de que este lugar sea arrasado por la próxima clase.

—Escúchame —exige acercándose más a mí—. No tienes la culpa de nada, Ave. Estos pedazos de mierda no respetan que alguien decida usar su cuerpo como lo desee. No los escuches.

Muerdo mis labios, insegura de qué decir. Cierro los ojos con fuerza, intentando bloquear desesperadamente las miradas que fueron lanzadas en mi dirección. Eso no impide que las lágrimas caigan sin piedad y que encuentren su camino por mis mejillas hasta caer al suelo. Intento limpiarlas con discreción, pero Emily lo nota y me contiene con fuerza en su abrazo.

—Estoy bien —susurro en su pecho.

Ambas nos reímos ante mi falsa confesión, lo cual ayuda un poco.

—Y si alguien te insulta, vienes de inmediato a buscarme. Sabes que algunos me temen.

—Eso es porque golpeaste a Jackson.

—Por besar a Chloe sin consentimiento —argumenta—. Lo haría de nuevo.

—Tuviste detención por un mes.

—Y nunca más volvió a molestarnos —dice victoriosa.

Salgo del abrazo sintiéndome un poco más valiente ahora que sé que mi amiga está a mi lado. La observo con una tímida sonrisa. Emily es al menos quince centímetros más pequeña que yo, pero saca las garras cuando cree que las necesita y es tan temeraria como una persona de tres metros. Me arrojo una vez más sobre ella para abrazarla, esperando nunca terminar con esta amistad que no me ha brindado más que confort y seguridad.

—Te quiero, babosa —susurro contra su cuello.

—Y yo, mocosa.

13

Lo primero que hago al despertarme es escribirle a Gabriel.

Avery: Necesito hablar contigo.

Gabriel: ¿De quién es este número?

Mierda. Pensé que estaría durmiendo y que me respondería más tarde, tal vez cuando ya me sintiera más valiente para tener esta conversación. Ahora le escribí por un impulso, esperando borrar el mensaje apenas me arrepintiera. Ya no puedo hacerlo sin que se vea extraño y sospechoso.

Avery: Dios santo, ¿le entregas tu número a tantas personas que ya no sabes quién te habla?

Gabriel: ¿Avery?

Avery: ¡Bingoooooooo!

Gabriel: Son las seis de la mañana. ¿Por qué me fastidias tan temprano?

Avery: ¿Prefieres que lo haga por la tarde?

Gabriel: Prefiero tomar mi desayuno sin interrupciones.

Avery: Yo *prefería* cuando no hablábamos y había paz en mi mente.

Gabriel: Sin embargo eres tú quien me habla.

Avery: Solo porque tú pusiste tu número en mi teléfono.

Gabriel: ¿Me hablas solo para conversar o hay algún punto?

Avery: Eres un pan de Dios.

Gabriel: Gracias. Necesitaba ese recordatorio hoy.

Avery: Eres un imbécil.

Gabriel: ¿Y con esa actitud me vas a pedir favores?

Avery: ¿Cómo sabes que te quiero pedir algo?

Gabriel: ¿Acaso quieres que te invite a cenar?

Avery: JAJAJÁ... no tienes lo que se necesita para salir conmigo.

Gabriel: Haré como que no me miras con deseo.

Avery: Literalmente nunca lo he hecho. Por favor, anda a terapia. Creo que tienes narcisismo no diagnosticado.

Gabriel: ...

Avery: ???

Gabriel: *Mia cara*, ¿serías tan amable de explicarme por qué me hablas a las seis de la mañana?

Avery: ¿¿¿Qué haces despierto tan temprano???? ¿No necesitas tus diez horas de sueño de belleza?

No puedo creer que esté hablando con él por *voluntad propia*, menos preguntándole sobre su sueño reparador para verse siempre tan bien. De todos modos, me parece extraño que esté desayunando tan temprano. Dios, ¿en qué trabaja Gabe? Sé que estaba dentro de la industria de seguridad, pero desconozco su cargo o si es que sigue empleado. Suponía que no, por el hecho de que me lo he encontrado a todas horas, siempre con un aire despreocupado, caminando sin rumbo ni apuros.

¿Entonces qué estará haciendo?

Gabriel: ¿Y a ti qué te importa?

Avery: No sé cómo esperas que no me refiera a ti como imbécil si cada vez que abres la boca dices estupideces. **Avery:** ¿Qué haces despierto a esta hora?

Gabriel: ¿Qué haces tú despierta a esta hora?

Entorno los ojos.

Avery: Nunca puedes responder directamente, ¿cierto?

Gabriel: ¿La gente hace eso? Qué aburrida debió haber sido tu vida antes de conocerme.

Avery: No tienes idea. Creo que me salió mi primera cana desde que te conocí.
¡¡¡MUY EMOCIONANTE!!!

Gabriel: Cuéntame qué necesitas.

Avery: Como mencioné en el primer mensaje de texto, quiero hablar. ¿Puedes hoy?

Gabriel: Te paso a buscar al trabajo.

* * *

A dos días de Navidad, las calles son una marea de gente que corre a todos lados. Al salir del edificio de mi trabajo no me queda más opción que enviar codazos en todas direcciones para hacer espacio entre la muchedumbre. Cuando llego a la esquina veo a Gabriel acercándose con dos vasos en las manos, intentando hacerse espacio entre la gente. No mentiré, suelto una pequeña carcajada cuando le gritan groserías tras pisar a una persona, pero luego decido tener piedad de él y acercarme para ayudarlo.

—Espero que este café no lo hayas preparado tú —comento mirando los vasos con una pequeña sonrisa en mi rostro.

Gabriel me entrega uno. Escondo mi satisfacción cuando noto que los cafés son de la misma cafetería a la que fuimos el otro día cuando me planteó su ridículo plan.

—Tan hiriente, Avery —dice, dando un trago.

—Hola —saludo, esperando verme amigable.

—Hola —responde sin siquiera levantar la comisura de sus labios.

Simular estar enamorada de él resultará increíblemente difícil si es que no hace un esfuerzo.

—¿Me acompañas? —Indico Central Park, a unas cuantas cuadras. Esta es una conversación que debemos tener en un espacio sin oídos cerca, por si acaso.

Caminamos a paso lento, dejando pasar a cada persona apresurada. Solo cuando llegamos al magnífico parque mis hombros se relajan un poco. Además, la vista en esta época es simplemente grandiosa. En el centro del parque se encuentra un árbol navideño decorado con luces brillantes y guirnaldas coloridas. Todos los senderos de este lugar están bordeados con decoraciones festivas y la nieve no hace más que sumar a la experiencia de «blanca Navidad».

Pasamos una pista de patinaje hasta encontrar un banco aislado y nos sentamos, rodeados por el bullicio suave de la gente. Observo a Gabriel en silencio, pensando en cómo abordar la conversación que me carcome por dentro. Me sorprende cuando se levanta a fotografiar el paisaje, como si fuera lo más natural del mundo, como si lo hiciera todos los días.

Quizá lo hace.

—¿Llevas esa cámara a todos lados? —pregunto genuinamente interesada.

Toma otro sorbo de su vaso mientras contempla la gente a nuestro alrededor.

—Normalmente, sí.

—No sabía que te gustaba la fotografía.

—Hay mucho que no conocemos del otro.

—Es cierto —admito—. ¿Qué haces luego con las fotos?

Mis preguntas salen sin pensar, impulsadas por un deseo repentino de saber más de él. ¿En qué trabaja? ¿A qué se dedica? ¿Cuál es su motivo para despertarse antes de las seis de la mañana?

¿Por qué lleva esa cámara a todos lados? ¿Quién es? Por alguna razón, *necesito conocer las respuestas a estas preguntas.*

—Me gusta pintar lo que fotografío —comenta sin quitar esos ojos verdes de mi vista.

Oh.

Su confesión me sorprende. Honestamente, no estaba esperando respuesta de su parte, más bien una queja por meterme en sus asuntos. Sin embargo, me deja con más preguntas.

—¿Y qué haces con las pinturas?

Me observa con renovado interés, como si estuviera conociendo un lado previamente oculto. Y es cierto. Nunca había mostrado tanto interés por su persona y por lo que hace.

—Algunas las cuelgo en mi departamento. La mayoría las vendo.

—¿Y las tienes en galerías?

—Sí.

—¿Ese es tu trabajo? —sigo indagando, mi cuerpo inclinado hacia él para escucharlo todo—. Pensé que estabas en algo de seguridad.

—Estás en lo correcto, trabajo en «algo» de seguridad. La pintura es más un pasatiempo que otra cosa.

—¿Y es posi...?

—¿Hay alguna razón por la cual estás interrogándome? —interrumpe con cejas levantadas, esperando una explicación.

Supongo que esto sí suena como una interrogación. ¿Por qué de repente Gabriel parece ser interesante y no el hueco chico millonario que pensé que era? ¿Cuándo sacó una personalidad? ¡Y es un artista! Nunca pensé que un cretino como él pudiera ser tan sensible a las artes.

Hay una manera de equilibrar esta situación para poder seguir conociéndolo: contarle de mí.

—Uno de mis pasatiempos es leer —confieso.

—Lo sé.

—¿Oh?

—Tienes un pequeño club de lectura con mis hermanos —murmura con un tono de rencor.

¿Será que alberga resentimiento por no haber sido incluido en nuestro club de lectura? Sería ridículo, ¿cierto? Somos cinco personas que no tienen con quién discutir sus opiniones, no un club exclusivo al que todo el mundo quiere pertenecer. El hecho de que no sea parte del club no es más que un reflejo de las tensiones duraderas entre los hermanos de Santis.

Quiero hacerle entender que esto es *su* culpa, de nadie más.

Estoy abriendo la boca para dejarle ciertas cosas claras cuando saca su teléfono para ver la hora y observo que tiene como fondo de pantalla una fotografía con sus hermanos. Presumo que son ellos, realmente. Son dos chicos preadolescentes abrazando a su hermana menor que lleva un vestido de princesa. Los tres sonríen como si fuera el mejor día de sus vidas, y me pregunto si

hay un universo alternativo en el que los tres hermanos sigan siendo así de cercanos. Espero que sí.

Mi corazón late con sentimientos encontrados. *Tiene una foto con sus hermanos.* Es evidente que se preocupa por ellos... entonces, ¿por qué no hacen las paces?

El silencio incómodo me obliga a cambiar el tema de conversación.

—¿En qué trabajas?

Me mira de reojo con confusión y asiente despacio.

—Seguridad.

—Sé que hablas en monosílabos, pero te invito a decir más de una palabra por oración. Créeme que puede ser muy iluminador.

Pone los ojos en blanco y estoy segura de que musita improperios en italiano.

—Yo... —Se detiene—. Soy Gerente de Tecnología de una empresa de seguridad y manejo propiedades que heredé de mis padres.

—Y eres pintor.

—No lo considero como un trabajo.

—Generas ingresos.

—Supongo —dice sin convicción—. No es algo que la gente tome muy en serio.

Inclino la cabeza, intentando descifrar sus pensamientos y comprender su razonamiento. Gabriel no parece ser un tipo preocupado por la opinión del resto, pero me doy cuenta de que hay demasiadas facetas de él que no dejan de sorprenderme.

—Lo importante es que tú te lo tomes en serio —argumento—. ¿Pintas hace mucho tiempo?

—Desde que tengo memoria —expresa con incertidumbre. Es como si no supiera qué decir ante mis preguntas, como si nadie se las hubiera hecho—. Tú... eh... ¿te gusta?

—¿Me estás intentando preguntar por mis pasatiempos? —inquiero intentando aguantar una risa.

Tomo otro sorbo de mi café para pasar desapercibida. Gabriel asiente sin mirarme y por fin siento que entiendo. Oh, esto es adorable. Gabe no es necesariamente desagradable porque quiere: también tiene inseguridad social y no sabe cómo tener conversaciones reales con la gente.

—Leo un montón —comento igual de emocionada cada vez que hablo de lo que me apasiona—. Cada noche antes de acostarme intento leer al menos unas cincuenta páginas. De chica pasaba mucho tiempo sola y una de las pocas cosas que me mantenía entretenida eran las historias de romance. Eh... ¡también hago yoga! Voy tres veces a la semana a un estudio cerca del trabajo para liberar el estrés del día. Ah, y cocinar los fines de semana me brinda una paz que no encuentro con nada más.

En algún momento de mi cotorreo Gabe ha vuelto a centrar su atención en mí, pues ahora su mirada se encuentra en cada centímetro de mi rostro: mis labios fríos por el clima, las pecas que

de pequeña me avergonzaban y que ahora me gustan, los ojos que de seguro brillan por la emoción de mis palabras.

—¿De verdad? —pregunta con interés—. A mí también me gusta cocinar.

—¿Qué cocinas?

—De todo. Aunque la comida italiana es mi especialidad.

—Honrando el apellido de Santis.

—Mamá me enseñó a cocinar un verano y... —Se detiene, perdido en un recuerdo de hace muchos años. Un momento que lo significó todo.

—Entiendo.

Quiero indagar más en su infancia. ¿Cómo fue crecer en un hogar con padres presentes? ¿Qué lo inspiró a agarrar un pincel y dejarse llevar en un lienzo? ¿La cultura italiana de sus padres le impactó de alguna manera?

Pero aparece una pareja peleando frente a nosotros y el momento se acaba. La armonía que compartimos se ha quebrado como un cristal y nos veo retractarnos de las personas que somos cuando bajamos nuestras barreras.

Supongo que no me queda otra opción más que hablar sobre lo que me trajo acá en primer lugar.

—¿Qué implicaría? —suelto sin contexto alguno.

—¿De qué hablamos?

Intento en múltiples ocasiones decir las palabras en voz alta, pero ninguna es pronunciada.

—De aceptar. —Suspiro frustrada, preguntándome por qué me cuesta tanto decir las siguientes palabras—. Aceptar... ser tu novia falsa.

Sus ojos se agrandan tras mis palabras, como si hubiese estado esperando cualquier cosa salvo esto.

—Cambiaste de parecer —comenta con cautela.

¿Y saben qué? Mejor quitarme el parche rápido.

—Hay un evento de la empresa dentro de unas semanas y todos los clientes han sido invitados. Eso incluye a Ethan. *Debo* ir a este evento, es una gran oportunidad para seguir creciendo en el rubro y hacer *networking*. Y le dije a Ethan que irías conmigo.

Espero impaciente su respuesta y agradezco que no me haga esperar demasiado.

—Como tu novio.

—Algo así.

—Vale —asiente, pensativo??. Tengo una propuesta un poco más elaborada.

—Soy todo oídos —digo. Después de todo, ya estoy acá. ¿Qué pierdo escuchando otra propuesta?

—Acepto ir al evento, al igual que ir a dejarte y a buscarte todos los días a la oficina, mientras él siga yendo.

Eso podría ser de por vida.

—Y a cambio... —inquiero.

—A cambio me gustaría que fingieras ser mi novia por tres meses.

—¿TRES MESES?! —chillo.

—Sí.

—¿Tres meses? —repito, incrédula.

—Sí —responde con impaciencia.

—¿Por tres...?

—Por cincuenta mil dólares —interrumpe la pregunta que iba a hacer por tercera vez.

—¿Qué? —cuestiono si lo he escuchado correctamente.

—Tres meses —continúa sin titubear—. No es necesario que nos veamos todos los días, pero se viene Navidad, Año Nuevo, tu cumpleaños y otros eventos importantes en los que me gustaría participar a tu lado.

Quiero preguntarle cómo sabe cuál es la fecha de mi cumpleaños, pero creo que no es lo más pertinente en este momento.

—Esto con el propósito...

—De que Nicolás se dé cuenta de que estoy listo para sentar cabeza y me quiera en la dirección del hotel —admite.

Este es su plan maestro. Acompañarme a eventos sociales en los que asista su hermano con tal de demostrarle que es suficientemente responsable como para administrar un hotel. Dios, la gente rica es absurda.

—No puedo mentirle a Emily por tanto tiempo —pienso en voz alta.

—No puede saber. Si lo sabe le dirá a Nicolás.

Y ahí recuerdo el otro pedazo de información importante.

—¿Cuánto dinero tienes si andas ofreciendo a todo el mundo cincuenta mil dólares?

—Suficiente —contesta, aburrido—. Puedes decirle que hemos estado hablando casualmente después de un encuentro fortuito fuera de tu oficina.

—¿Fortuito? Para nada ególatra de tu parte. —Río con sarcasmo.

—*Mia cara*, ayudémonos mutuamente.

Observo a la gente que camina por el parque, mientras pienso en qué responderle a Gabriel. Veo personas apresuradas por llegar a casa, otras que están paseando a sus mascotas, unas cuantas cargadas con bolsas de regalos, y me pregunto si a alguna de ellas le habrán propuesto un plan semejante a este. ¿Cuántas personas pueden decir que han tenido exitosamente un novio falso?

Es increíble que esté considerando esto. ¡Es algo que solo ocurre en las novelas, no algo que deba escapar de la ficción! ¿Quién sabe cuáles son los riesgos?

—¿Qué le dirías a Ethan? —pregunta, regresándome al presente.

Sé a qué se refiere. ¿Qué le diría a Ethan en caso de no aceptar el plan de Gabe y me vea sola en el evento?

—Que terminamos. Podría llevar otra cita —respondo, preguntándome si es plausible.

Podría. Podría descargar una aplicación de citas e invitar a otro hombre al evento, sin embargo, Ethan ya conoce a Gabriel y lo está esperando específicamente a él. Además, es la única persona que tiene algún tipo de conocimiento sobre nuestra relación. Más bien, es el único que sabe de su existencia.

—Soy tu mejor opción y tú eres la mía —persuade con voz suave.

Asiento, rendida.

—Pensaré en qué decirle a Emily —comento con arrepentimiento.

—Está bien. Escríbeme cuando tomes una decisión. ¿Tu cumpleaños es en tres meses, cierto?

—22 de marzo, sí.

—Esa puede ser nuestra fecha límite. Mi regalo de cumpleaños para ti.

—Qué considerado.

—Navidad es en dos días. Camille celebra cada año en su departamento con sus seres queridos. Asumo que fuiste invitada. —Espera mi confirmación antes de continuar—. También he sido invitado. Y me gustaría que para este sábado fuer... actuaras como mi novia.

En dos días. No me está dando tiempo para planificarme mentalmente y pensar en todos los escenarios catastróficos en los que esto podría terminar. ¿En qué me estoy metiendo?

—Te doy una respuesta hoy.

No le escribo a Gabriel esa noche.

Espero una señal del universo para hacerlo. Que me caiga un rayo para indicarme que debo rechazar el trato o que un unicornio aparezca en mis sueños para aceptar. Pero nada.

Y es al día siguiente que el mundo se me cae.

El jueves por la tarde camino por las ruidosas calles de Brooklyn luego de haber comprado un set de yoga en una de mis boutiquerías favoritas. Es más caro de lo que se imaginan, pero una chica tiene que darse algunos lujos de vez en cuando, sobre todo si los ánimos no están como debiesen. Entre el constante dolor de cabeza que me provoca reunirme con clientes, la inesperada aparición de Ethan en mi vida y la extraña propuesta de Gabriel (que no logro sacar de mi cabeza) decidí concertar una cita conmigo misma y derrochar el poco dinero que tengo en actividades y cosas materiales que me brindan felicidad efímera, como nuevos pantalones y tops de yoga.

Paso por una pequeña plaza en dirección al Starbucks más cercano, sintiendo por fin que mis compras innecesarias están alegrándome los ánimos, cuando me detengo en seco.

La pequeña sonrisa que estaba comenzando a asomarse en mi rostro se cae, al igual que mi corazón.

Frente a mí veo a una señora de unos cincuenta años con una botella de vodka en la mano... hablando con un árbol. Bajo circunstancias normales, evitaría el contacto visual con la persona y caminaría un poco más rápido para ahorrarme cualquier problema.

Pero es Mia.

Mia, la mujer que en innumerables ocasiones me acogió en su casa con brazos abiertos cuando mamá tenía turnos por las noches y no quería dejarme sola.

Mia, la mujer que fue un apoyo en esas instancias en las que necesitaba consejos maternos.

Mia, la madre de mi mejor amiga.

Oh, no.

Emily me ha comentado la situación de su madre: es alcohólica y no ha logrado ponerse en pie después del abandono de su marido. Desde entonces no ha hecho más que seguir cavando su propia tumba. Tengo entendido que Emmy le ha ofrecido, en numerosas ocasiones, llevarla a rehabilitación para que busque la ayuda que tan desesperadamente necesita. En ningún caso ha recibido respuesta positiva.

Por supuesto que le creía a mi amiga cuando me comentaba que las cosas no estaban bien y

que, por la falta de preocupación de su madre, se cansó de hacer un esfuerzo por ayudarla. Es solo que... al verla en este estado de ebriedad, tan perdida que habla con un árbol como si fuera una persona, mi corazón se quiebra por mi mejor amiga. Entiendo, a grandes rasgos, el sufrimiento por el que debió haber pasado al ver a su madre, siempre compuesta y arreglada, convertirse en esta persona.

—¡Deja de gritarme! —exclama Mia, dándole un golpe a uno de los majestuosos arces rojos que tiene este parque.

Lleva tan solo un chaleco delgado, por lo que me pregunto cómo es que no se ha muerto de hipotermia, cómo ha tenido tanta suerte de seguir con vida si este es su estado diario.

—¿Mia?

Me acerco sigilosamente, con miedo de su reacción. Camino por la nieve, agradecida de las botas que llevo puestas que me protegen del frío.

Se voltea a verme y, una vez más, mi corazón se rompe al ver esos ojos cafés con pupilas dilatadas e iris rojo; su cabello, que antes cuidaba con productos especiales, ahora lo lleva largo y enredado con un sinfín de nudos que parecen telarañas. Aunque no ha pronunciado una palabra en mi dirección, siento un aliento que podría despertar a cualquier muerto.

Se voltea de manera brusca, perdiendo el equilibrio y cayéndose contra el tronco del arce. Extiendo mi mano ofreciéndole ayuda, solo para que me descarte y se quede sentada en la suave nieve.

—¿Quién eres? —pregunta con voz más alta de lo requerido y arrastrando cada palabra.

Frunce el ceño y estoy segura de que está concentradísima intentado descifrar quién está parada frente a ella.

—Avery —respondo, con mi voz temblorosa al ver a una mujer que por muchos años admiré caer en esta situación—. La mejor amiga de infancia de Emily.

Sus ojos me miran con renovado interés tras mencionar a su hija. Estoy convencida de que también se llenan de lágrimas, pero eso podría ser por parte de mi imaginación.

—Emily, ¿eres tú?

Tras su pregunta hace un esfuerzo por levantarse del árbol y después de varios intentos fallidos lo logra. Me mira confundida, pero se acerca con paso seguro (o lo más seguro que puede viniendo de una persona borracha) y agarra mi rostro con sus sucias manos. Intento no retroceder por el fuerte olor que emana su cercanía, pero el asco de sentir sus manos (que no sé por dónde han estado, qué han tocado o cuándo fue la última vez que se limpiaron) me gana y doy un par de pasos atrás.

—No, no soy ella. Soy Avery, ¿me recuerdas? Iba a tu casa casi todos los días después de clases a pasar el rato.

—Av...Ave... — Hace un par de intentos más por decir mi nombre.

Me empiezo a preocupar cuando veo su piel palidecer y su cuerpo temblar. Al cabo de unos

segundos se desmaya sobre mí.

* * *

Genial.

Empujo con todas mis fuerzas (que no son muchas, aunque el yoga ha potenciado mis músculos) y logro sacar a Mia de encima de mí. Balbucea un par de palabras sin sentido y me relajo al comprobar que no falleció.

Mierda. ¿Qué hago?

Saco el móvil de mi cartera para llamar a Emily y averiguar qué hacer, pero me detengo cuando escucho mi nombre. Giro mi rostro en búsqueda de la voz masculina que gritó por mí y... no. Por Dios, ¿es que una mujer no puede tener un día para desconectarse de sus problemas?

La caminata segura de mi ex prometido en mi dirección me responde que no, no se puede.

—Avery, ¡tanto tiempo! —expresa con una emoción que no debiese sentir.

¿Será porque me engañaste con mi mejor amiga unos meses antes de nuestro matrimonio? Imbécil.

La sonrisa que me cautivó desde la primera vez que hicimos contacto visual en la universidad hace tres años me pide a gritos que lo perdone, que vuelva a sus brazos, que era una opción segura, una persona que cometió un error, pero que todo podría solucionarse con unas cuantas conversaciones.

No.

Detén ese tren de pensamiento, Avery.

Jonathan te engañó en numerosas ocasiones y la única razón por la que te enteraste fue por una casualidad. De lo contrario, hubiese seguido acostándose con la chica que pensaste era tu mejor amiga. Un puto cliché.

Inhalo profundo, sintiendo cómo el aire frío llena mis pulmones, mientras que mi pecho se expande con cada bocanada. Cierro los ojos un instante, tratando de calmar el torbellino de emociones que se agita dentro de mí.

Me recuerdo que estoy bien; que haber terminado con este pedazo de mierda fue la mejor decisión que tomé, la cual me llevó a reencontrarme con Emily y de rodearme de personas genuinamente interesadas en mi bienestar.

Pero cómo duele recordar.

—Jonathan, me encantaría decir que es un gusto volver a verte, pero no me gusta mentir —escupo con calma.

—Bebé... —dice con tristeza.

Entorno los ojos, esperando que se largue al ver mi rostro desinteresado. No lo hace.

—Por más que amaría seguir conversando contigo, tengo una situación —digo señalando a

Mia.

Es ahí cuando sus ojos encuentran a la mujer que sigue en el suelo, ahora roncando pacíficamente, como si no existieran preocupaciones en el mundo.

—¿Está muerta?

Si bien es una pregunta válida, escuchar su voz provoca tanto resentimiento que no puedo hacer más que poner los ojos en blanco. Maldigo en voz baja por encontrarme con la última persona que quiero ver en el peor momento posible. ¿Qué hice en mi vida pasada para merecer esto?

—Dios, por supuesto que no, imbécil.

—¿Necesitas llevarla a algún lugar?

No puedo irme y dejarla acá, sobre todo considerando el estado inconsciente en el que se encuentra. Me agacho para revisar los bolsillos de Mia y, por suerte, encuentro unas llaves.

—¿Dónde vives? —le pregunto, esperando que gane suficiente conciencia como para responderme.

En cambio, balbucea palabras que no soy capaz de entender.

Saco mi teléfono y llamo a Emily. Diez veces. Y no contesta.

Acudo a la siguiente persona que podría saber qué hacer.

—¿Ave? —dice Alex a modo de saludo.

—Necesito tu ayuda —declaro saltándome todas las cordialidades.

—¿Qué pasa? —Su tono de voz cambia a uno alerta.

—¿Sabes dónde solía vivir Emily con su madre en Brooklyn?

—¿Qué está pasando?

—Responde la pregunta.

—Debo tener la dirección anotada en algún lado. Dame un segundo. —Escucho movimiento al otro lado de la línea mientras Alex busca algo en su desorden. —¡Acá está!

Suspiro aliviada frente a la buena noticia. De lo contrario, no sabría qué hacer con Mia.

—Necesito que me envíes un mensaje inmediatamente con esa dirección.

—Estoy preocupándome —comenta con una entonación que no le había escuchado antes.

—Estará bien. Te cuento más rato. Por favor, envía la dirección.

—Listo.

Veo que el mensaje me llega y me tranquilizo un poco. *Estará bien.*

—Gracias, Alex. Te debo una.

Corto antes de que me pida más explicaciones.

—¿Aún tienes a *Chubs*? —pregunto en dirección a Jonathan, que sigue mirando con preocupación a Mia.

—Por supuesto —responde sacando el pecho en señal de orgullo.

Chubs es el nombre de su auto, un Volkswagen de segunda mano que contiene recuerdos que

amaría olvidar.

—Necesito que lo traigas y me ayudes a llevar a Mia a su hogar —exijo, odiándome por pasar tiempo con él.

Medidas desesperadas.

—Tengo que ir a...

—Jonathan, es lo mínimo que puedes hacer por mí después de todo —interrumpo con enojo. Me acerco a él para que no logre escapar de mi mirada y vea la vulnerabilidad tras mis ojos. Lo mucho que me rompió. Lo mucho que me dañó.

—Vale —asiente después de un rato.

Imbécil.

Cuarenta minutos más tarde estamos frente al edificio de Mia, cargándola entre nuestros brazos hasta su departamento. Una vez que la dejamos en la casa me quedo mirando a Jonathan para que se marche.

—Avery... —comienza.

—Agradezco infinitamente tu ayuda con esto, pero de todo corazón, espero no volver a verte más.

Me observa con algo similar a la tristeza, pero no bajaré mis escudos.

—Lamento el daño que te hice —dice con voz temblorosa.

—Igual lo lamento. Te deseo una vida llena de felicidad.

Lejos de mí.

15

—No podemos decirle a Emily —comenta Alex, preocupado.

Llegó un rato después de la partida de mi ex prometido. No sabía qué hacer por mi cuenta, por lo que decidí volver a llamarlo y contarle la situación. El hecho de que haya corrido hacia acá para ayudarme demuestra la increíble lealtad que tiene hacia mi amiga.

—¿A qué te refieres? —pregunto.

Llevo una hora sentada en este sofá y recién caigo en cuenta de la gran mancha de café que tiene una de las almohadas. Me levanto rápido y me paro frente a Alex, quien somete a escrutinio cada centímetro de este lugar.

Cuando abrí la puerta del departamento me dio la bienvenida un olor a polvo y abandono. En una palabra, este lugar es deprimente. El suelo está cubierto de capas de polvillo, los muebles tienen manchas de mugre y el aire se siente pesado, como si estuviera impregnado de años de descuido. Además, he perdido la cuenta de cuántas veces me he tropezado con botellas de alcohol esparcidas por el suelo.

¿Hace cuánto que Mia vive en estas condiciones? Parece como si el tiempo se hubiese detenido en este lugar, dejando atrás una huella de negligencia e indiferencia, un fuerte contraste con el hogar que conocí cuando era pequeña; siempre limpio y lleno de vida.

—Por fin Emily está en paz en su vida —continúa Alex, ordenando un poco el espacio—. Tiene su trabajo de ensueño, un novio que se muere de ganas por pedirle matrimonio, y tiene a sus amigos más cercanos apoyándola en todas sus decisiones. ¿Sabes cuánto tiempo le tomó? *Diez años*. No podemos interrumpir su tranquilidad. No cuando lleva la mitad de su vida peleando por ella.

Entiendo lo que quiere decir; sé que lo único que quiere es proteger a Emily de más sufrimiento. Y por supuesto que deseo lo mismo para ella, pero...

—Tiene derecho a saber —comento con lágrimas en los ojos.

—Ave, sabe perfectamente bien en qué estado se encuentra Mia. Lleva años intentando ayudar a su madre sin resultados exitosos. No puede internarla en rehabilitación sin su consentimiento... y Mia nunca ha querido ayuda.

—Tenemos que hacer algo —suplico.

—No podemos salvar a la persona que no quiere ser salvada.

* * *

Paso el resto de la tarde en el departamento de Mia, dedicándome a limpiar cada rincón de este lugar descuidado. Aunque me convenzo de que me quedo para asegurarme que esté bien, la verdad es que también estoy evitando a mi amiga. No puedo volver a nuestro departamento y fingir que no he pasado todo el día cuidando de su madre alcohólica.

Me sumerjo en la tarea durante al menos cuatro horas, aspirando el polvo acumulado y lavando montañas de platos sucios que parecieran llevar meses ahí. Remuevo la grasa que se adueña de cada centímetro de la cocina y me atrevo a botar toda la comida expirada.

Al terminar, el espacio se ve remotamente habitable.

Es mientras estoy limpiando el baño que escucho un sonido proveniente de la habitación de Mia.

—¿Emily? —pregunta sin fuerzas.

Me acerco a ella con un vaso de agua y dos aspirinas que tenía preparadas para este momento. Ella acepta mi ofrecimiento sin cuestionarlo.

—¡Estás despierta! —exclamo con un entusiasmo que no siento.

—¿Avery? —inquieta confundida.

Se le acumulan lágrimas en los ojos tras ser reconocida por ella. ¿Será que aún no la hemos perdido del todo? ¿Habrà algo de la Mia que conocí detrás de esta persona?

—Sí, Mia. Soy Avery. —Sonrío en su dirección, esperando verme reconfortante más que cualquier otra cosa.

Asiente a modo de reconocimiento y luego se dirige al refrigerador a sacar una cerveza. Aunque boté al basurero algunas bebidas alcohólicas destiladas, me dio miedo deshacerme de todo, pues no sé cómo reacciona Mia ante la abstinencia.

—¿Qué haces acá? —pregunta después de varios sorbos.

Quiero suplicarle que se bañe, que se arregle, que se cambie esa ropa que parece haber sido arrastrada por el lodo.

En cambio, le explico el estado en que la encontré y lo que ocurrió a continuación. Hace un gesto con la mano para quitarle importancia y las ganas de sacudirle los hombros es tan grande que me sorprende no estar haciéndolo.

—Mia, anda a rehabilitación —suplico, quitándole la cerveza de las manos.

Me mira enfurecida antes de sacar otra cerveza del refrigerador.

—No —responde, sin dar espacio a debatir.

—¿Por qué no?

—No quiero... —Se detiene, sin saber cómo continuar.

—¿Qué cosa? —pregunto, desesperada por *entenderla*.

Finalmente parece encontrar las palabras, porque se ríe antes de tragar más sorbos de alcohol.

—No quiero sentir.

Oh, Mia.

Sé que debería dejarla en paz. Sé que debería marcharme y respetar los deseos de mi amiga.

Pero Mia también fue como una madre para mí durante casi quince años. ¿Cómo puedo permitir que siga así? ¿Qué tipo de amiga sería para Emily si ni siquiera lo intento?

Estuve las últimas cuatro horas pensando qué podría decirle para convencerla de buscar ayuda, cuál podría ser la motivación de una persona que cree haberlo perdido todo.

Quizá la solución sea darle algo.

Y se me ocurrió.

—Emily está embarazada.

Avery: Acepto.

—¿Qué te hizo cambiar de parecer?

Esta vez nos juntamos en Hotel de Santis. Cuando le escribí ayer por la noche a Gabriel, me respondió con su plan para hacer que esto funcione. Con Nicolás y Emily ya conscientes de cómo nos comportamos en la presencia del otro, convencerlos de que estamos enamorados se volverá más que difícil. Debemos avanzar con cautela, para que no descubran nuestra artimaña de inmediato.

Por eso decidimos juntarnos esta noche aquí, en un lugar donde los ojos curiosos están siempre presentes, con testigos que pueden dar fe de nuestra cercanía. Fingiremos encontrarnos por casualidad en el hotel y después de una breve disputa nos sentaremos a tomar unos tragos. Una cosa llevará a la otra y Gabriel me llevará a una habitación reservada para él, supuestamente para «pasar un buen rato». Por supuesto, no haremos nada de eso; solo parecerá que sí. De esta manera, cualquier observador podría suponer que estamos en un tipo de cita o, en el peor de los casos, que existe una atracción mutua entre nosotros.

Este es el origen de nuestra relación y, cuando nos pregunten más sobre nosotros, tendremos esta historia como respaldo.

—No es de tu incumbencia —suelto, amargada—. Pero necesito el dinero que me prometiste —susurro mirando a todos lados para asegurarme de no haber sido escuchada.

Tensa, observo con algo similar a celos a Gabriel. No por su supuesta preocupación, más bien por ser una persona que se puede dar el lujo de ofrecer una suma considerable de dinero sin pensarlo dos veces. Nunca he tenido problemas de dinero. No como Emily que, al ser abandonada por su padre, tuvo que buscar trabajos para salir a flote y no quedar sin hogar. En cambio, mamá siempre se ha mantenido estable. Su trabajo, aunque es demandante, nos permite vivir con algo de calma. Hasta ahora, por lo menos.

—¿Estás bien? —pregunta con el ceño fruncido.

—Lo estaré con ese dinero, príncipe. —Bufo y, al ver que su rostro parece dolorido, me enfoco en respirar y recordarme que Gabriel no tiene la culpa en esta situación y que me está proveyendo una solución rápida y efectiva—. Lo siento, han sido unas horas difíciles.

—El dinero está incluido —confirma.

Me fijo por primera vez en el tatuaje que está en el interior de su dedo del corazón. Es tan pequeño y está tan oculto que había pasado desapercibido hasta este momento. Son... ¿números? 2 - 0 - 1 - 5.

2015.

Oh, no. Creo que ese es el año en que fallecieron sus padres. Recuerdo que Emily me contó que Gabriel estaba en el auto con ellos cuando sucedió. Dios, lo difícil que debió haber sido eso para él.

Y ahí es cuando veo el tatuaje escondido en el último dedo, el meñique.

Un *semicolon*.

* * *

Me quedo concentrada observando su historia a través de la tinta. Levanto la vista para analizar *de otra manera* a este hombre que ha sobrevivido a una de las experiencias más devastadoras. Si los tatuajes son una indicación, no ha sido fácil para él. Y acá esta.

Observando al cielo con algo similar a la esperanza.

Inmortalizando los momentos con la fotografía y pintura.

Se da cuenta de lo que hago y cubre sus manos metiéndolas en los bolsillos del pantalón. Pretendo no haberme dado cuenta de sus tatuajes y le sonrío con más entusiasmo del que siento.

—Entonces... creo que debes empezar a coquetearme — susurro, inclinándome hacia él, cerrando un poco el espacio entre nuestros cuerpos—. ¿Qué haces normalmente en tus citas? Por favor, excluye detalles asquerosos.

Levanta las cejas, insinuante. Oculto la sonrisa y espero su respuesta.

—Primero que todo, no tengo citas. Tengo encuentros.

Oh, esto será muy difícil si continúa hablando de esta manera.

—Eso te hace sonar como el *playboy* más grande de Manhattan.

—Me han llamado de maneras peores —indica, levantando los hombros.

—Ya lo creo.

Venir al hotel fue un plan estratégico. Las posibilidades de que aparezca algún conocido son exponencialmente altas y, conociendo lo chismosos que son los empleados de Liam, el encargado del bar, lo más probable es que este ya esté al tanto de nuestro encuentro.

Apoyo mis manos en el vestido de seda color azul cobalto, sintiendo cómo este se desliza suavemente sobre mi piel. Cada pliegue y cada curva de mi cuerpo se abrazan perfectamente con la tela, razón principal por la que me vestí así. Su tacto fresco y lujoso me hace sentir sensual y poderosa, capaz de seducir a cualquier persona.

Gabriel no se ve nada mal. De hecho, cuando lo vi entrar con ese traje negro, mi corazón dio un pequeño vuelco. Su presencia irradia confianza y elegancia, y el traje resalta cada uno de sus rasgos de manera envidiable. Odio la atracción que siento, pero es que su ropa se ajusta de manera perfecta a su musculoso cuerpo.

—Usualmente... que, por cierto, no es más que una vez por mes —aclara con su atención en

mí. No sé si le creo, aunque tampoco tiene motivos para mentirme—. Les pregunto por sus días, sus aspiraciones y sus miedos.

Casi escupo mi trago tras sus palabras.

—¿Qué? —pregunta, confundido.

Mis labios se curvan en una mueca de incredulidad ante lo que acabo de escuchar.

—¿Preguntas por sus aspiraciones y miedos? —repito, intentando no reírme.

—Sí —responde él, con una brevedad que me toma desprevenida.

—¿Por qué? —Mi curiosidad se desliza en mi tono de voz.

—A veces las personas solo quieren ser escuchadas —explica, con una calma que contrasta con mi turbación.

—Y dices que eso funciona.

—Cada vez —afirma sin titubeos.

—Un adonis cualquiera. —Río sarcásticamente, tratando de aligerar el aire.

—Enséñame qué haces tu.

Me tomo unos segundos para contemplarlo, preguntándome si realmente quiere una demostración y, a la vez, si tengo el coraje de hacerlo. Si soy capaz de seducirlo de verdad, a pesar de que todo esto sea una farsa.

—Los hombres suelen ser más sencillos que las mujeres. — Retomo la conversación tratando de recuperar la compostura y él asiente con complicidad.

—Es cierto.

—¿Por qué será? —Mi curiosidad no puede contenerse.

—Nos gusta sentirnos importantes —revela, serio.

Entrecierro los ojos, intentando descubrir si está siendo honesto o no.

—Y el sexo... —comienzo a decir, pero me interrumpe.

—Es la conquista lo que nos gusta. Sentir que estamos en la cima del mundo porque una mujer nos dio la atención que nuestro padre no nos entregó de niños.

Quedo genuinamente confundida con su respuesta. ¿Será eso lo que quieren los hombres?

—O sea, tú lo haces para demostrarle a tu padre que puedes —sugiero, tratando de entender la psique masculina.

Una sonrisa se asoma en su rostro.

—No, Avery, lo hago por el sexo —responde francamente.

—Oh.

Dios, qué vergüenza. Siento cómo el rubor tiñe mis mejillas ante su sinceridad. Por supuesto que los hombres no necesitan justificaciones complejas para sus acciones, sobre todo cuando se trata de deseos carnales.

—Por eso mismo —continúo— es que no tengo una técnica. Le sonrías a un hombre y, acto seguido, te lleva a su habitación.

—¿Así de fácil? —pregunta sorprendido.

—Incluso más —confirmo, con ánimo de diversión.

—Juguemos —suelta tras unos segundos en silencio.

Lo contemplo con atención, insegura de haber escuchado de manera correcta.

—¿Disculpa? —Mi voz suena titubeante, porque trato de comprender.

—Hagamos una apuesta. La persona que consiga más números de aquí a una hora, gana —propone con una expresión entretenida.

Nunca había visto sus ojos brillar, y admito que por unos segundos me pierdo en ellos.

—¿Cuál es el premio? —inquiero, sintiendo la curiosidad picar mi mente.

—El orgullo —responde con su mirada fija en la mía.

Bufo con incredulidad.

—Puede que te duela lo que te voy a decir, pero la verdad es que me importa una mierda tu orgullo —declaro con una sonrisa cómplice.

Pone su mano sobre su pecho en un gesto teatral, como si realmente estuviera afectado por mis palabras.

No estoy descartando el juego, más bien el premio.

—¡Ya sé! —exclamo, una idea brillante chispea en mi mente—. Si yo gano, me tienes que dejar ver tus pinturas.

Sus ojos se estrechan ligeramente, como si estuviera considerando mis términos.

—¿Y si yo gano? —pregunta con las cejas levantadas.

—Piensa en algo mío que te gustaría conocer —respondo, con la seguridad de que en este juego no hay posibilidad de que pierda.

—No eres tan interesante como crees.

Ouch. Sus palabras son una daga que hiere mi ego, mas no lo hago notar.

—Si yo gano... debes leer mi libro favorito y anotarlo —propone con cuidado.

—¿Eso es todo? —Mi voz suena desinteresada, aunque, a decir verdad, me intriga conocer más de él y sus gustos.

—Sí —confirma.

—Vale.

Ninguno extiende su mano para cerrar el trato, pero ambos estamos listos para ganar.

—Son las nueve y quince. Tenemos hasta las diez y quince, ¿te parece? —propone, buscando establecer los términos de este pequeño juego

Levanto mi trago y hago un pequeño brindis antes de darle la espalda, dispuesta a buscar a alguna persona con quien entablar una conversación. Aunque no me siento insegura por mi apariencia, el desafío de seducir a más de una persona en una sola noche me hace sentir un tanto dubitativa. Y aunque la idea de anotar el libro favorito de Gabriel no me parece para nada una tarea imposible, quiero ganar para vencerlo.

Oh, supongo que el orgullo era más que suficiente.

Me acerco a un hombre que está al otro extremo de la barra.

—Hola. —Mi voz es un murmullo seductor, buscando captar su atención.

—¿A qué debo mi suerte de esta noche? —Su respuesta no es más que un eco de mi coquetería.

—Parecías necesitar compañía —respondo con una sonrisa en los labios.

—Me alegro, entonces, de que hayas llegado. —Su tono jovial capta mi interés.

—Avery —me presento, extendiendo la mano hacia él.

—Dean —responde, tomando mi mano y depositando un beso suave en mis nudillos.

Está bien, puede que me quede con su número y le escriba por las noches. Vuelvo mi mirada a sus ojos y percibo una belleza tan sobrecogedora que es difícil apartar la vista. Su cabello claro, perfectamente peinado en un estilo que grita elegancia y dinero, enmarca un rostro esculpido por dioses griegos. Sus ojos cafés brillan con una intensidad magnética que parece hipnotizarme.

Oh, por Dios, este hombre es guapísimo. Y a diferencia de Gabriel, quien parece ser el chico malo de la película, Dean se ve como el hombre con quien la protagonista se queda al final.

—¿Estás casado, Dean?

Tengo estándares.

—Qué directa. —Se sorprende.

—La vida es muy corta como para no serlo —respondo, defendiendo mi pregunta.

—No estoy casado. Ni tengo novia —comenta, despejando cualquier duda sobre su situación sentimental.

—¿Novio?

—Tampoco.

—En ese caso, es un placer conocerte. —Mi sonrisa es genuina tras mis palabras.

—¿Qué pasó con el tipo de hace un rato?

—¿Gabriel? —Bufo con un deje de desdén—. Es el hermano del novio de mi mejor amiga.

—Eso no suena para nada complicado —dice de manera irónica.

—No, no es mi novio. Le falta más personalidad para estar con alguien como yo —desafío con cejas levantadas.

—Entonces, si te doy mi número no me amenazará, ¿cierto?

—Claro que no. Si me das tu número, se asegurará de que te llame. —Mi respuesta es un susurro cargado de promesas.

—¿Por qué? —pregunta con curiosidad.

—Pareces ser un hombre decente.

—Intentaré no tomarme eso como un insulto.

Eso capta mi atención. Lo suficiente como para entretenerme un rato con él.

—¿Acaso, Dean, no eres un hombre decente? —mi pregunta es un desafío.

—Depende de quién pregunte.

—¿Y si soy yo quien pregunta?

El aire se carga de una electricidad tangible, de la posibilidad de algo *más* con este desconocido. Aun así, no puedo evitar buscar a Gabriel entre la muchedumbre. El bar está lleno esta noche, por lo que soy incapaz de encontrarlo entre los asistentes. Vuelvo mi atención a Dean, quien continúa con sus ojos fijos en mí.

—No quiero que «decente» sea la palabra que se te venga a la mente cuando pienses en mí —murmura insinuante.

—Oh, Dean. Te ruego que dejes tu número anotado.

Toma mi teléfono y hace justo eso. Pienso en abandonar a Gabriel y llevarme a Dean a algún armario para que me muestre exactamente qué tan indecente puede ser.

Busco una vez más a Gabriel entre la multitud y lo encuentro en una conversación íntima con una chica de cabello castaño. Dios, es hermosa. Y lo mira con adoración. Observo cómo Gabriel la hace reír, deslizándose con ternura un mechón de pelo rebelde detrás de su oreja. Por un instante olvido que estoy acompañada por Dean, olvido mi desdén hacia a Gabriel y me sumerjo en la envidia de lo que debe sentirse ser tocada por él con esa delicadeza.

—Espero tu mensaje. —Dean me despierta de mi ensueño con su tono tranquilo pero firme.

Asiento con una sonrisa coqueta y me despido de él.

Paso el resto de la hora conversando con distintos hombres, la mayoría de los cuales caen rendidos a mis pies con facilidad. Esto ha sido maravilloso para mi ego, si es que soy honesta. El saber que puedo, con un mínimo esfuerzo, conseguir la atención de tantos hombres. *Pero es tan fácil*. Ninguno me desafía ni me llama tanto la atención como para querer irme a casa con él.

Salvo Gabriel.

Cada cierto rato lo busco con mi mirada para saber en qué está. Nuestros ojos se encuentran un par de veces y nos sonreímos tímidamente antes de continuar con nuestras respectivas conversaciones.

Cuando quedan apenas dos minutos para la hora acordada, regreso a la barra y me acerco a Dean una vez más.

—No me digas que me has estado esperando —susurro cerca de su oído, sintiendo su aliento cálido rozar mi piel.

Me sonrío y señala el taburete a su lado. Me siento y pido un vaso de agua para hidratarme después de tanto hablar.

—Y lo seguiría haciendo —replica con una mirada sugerente.

—¿Qué haces acá solo? —pregunto, curiosa.

Me sonrío y... oh, su sonrisa. Es como un rayo de sol en una tarde gris, iluminando la habitación con calidez y encanto.

—Estaba esperándote—confiesa traviesamente. Lo miro con cara de pocos amigos antes de

sonreírle—. Vale, vale. Conozco al dueño.

Eso no me lo esperaba.

—¿Del bar? —inquiero, tratando de comprender.

—Del hotel —corrige.

—¿Nicolás? —pregunto, recordando la conexión de mi mejor amiga con el dueño del hotel.

—¿Lo conoces? —Su sorpresa es evidente.

—Es el novio de mi mejor amiga —aclaro.

—Ah.

—Nicolás no está acá —añado, notando la ausencia del propietario.

—No, pero quería conocer un poco más el hotel antes de tomar una decisión. —Eso me toma por sorpresa.

Y entonces caigo en cuenta de quién podría ser.

—¿Te está pidiendo administrarlo? —pregunto.

Asiente y mi estómago se contrae ante la confirmación de que Nicolás ya está en búsqueda de alguien que pueda quedarse a cargo del hotel. Pero Gabriel... Gabriel, que ingenia un plan totalmente inapropiado y ridículo con la esperanza de que su hermano tan solo lo considere.

—Sí —contesta—. De hecho...

Sus palabras son interrumpidas por la presencia de Gabriel, quien rodea mi cintura con su brazo y me acerca a él. Estúpido hombre posesivo.

—*Mia cara*, ya es hora. —Su voz es firme y su mirada en Dean, amenazante.

Veo el reloj en mi muñeca y compruebo que ya pasó el tiempo estipulado.

—Dame un minuto —le pido a Gabriel.

Tensa su mandíbula y asiente antes de marcharse.

—Pensé que no era tu novio. —Dean comenta con una chispa de diversión en sus ojos.

—No lo es —respondo, desconcertada por el gesto cariñoso de Gabe.

—Quiere serlo —contesta Dean—. *Mia cara* se traduce como «cariño» en italiano.

—¿Qué? —Mi sorpresa es palpable ante esa revelación.

—Que tengas una buena noche, Avery. —Dean se despide con una sonrisa cómplice.

—Igual tú, Dean.

—Era a las diez y quince —comenta Gabriel con una expresión molesta.

Antes de responderle, levanto mi mirada y me pierdo en el escenario nocturno que se despliega ante mí. La vista desde el rascacielos es... impresionante. La ciudad se extiende como un mar de luces titilantes, un tapiz de vida y energía que parece no tener fin. Dios, amo Nueva York.

Vuelvo mi atención a mi acompañante, quien espera mi respuesta con impaciencia.

—Me pasé dos minutos, príncipe —argumento con humor.

Cariño. Gabriel lleva meses usando ese apodo como si fuera una burla en lugar de un amable término. Observo su rostro, intentando *entenderlo*.

—¿Cómo te fue? —pregunto, deseando conocer los detalles de su noche.

Me sonrío con una chispa traviesa en sus ojos que no puedo evitar encontrar encantadora. Odio la forma en que sus ojos verdes resplandecen ante las luces cálidas del bar.

—Seis números —dice con el pecho levantado, orgulloso por la hazaña.

—¿Seis? Dios, eres adorable. —Tomo un sorbo de mi dulce trago y mi risa se mezcla con su incredulidad.

—¿A qué te refieres? —pregunta, claramente confundido.

—Conseguí quince —confieso, revelando mi propia victoria con satisfacción.

—¿Disculpa? —Sus ojos se abren ligeramente, asombrados por mi declaración.

—Supuse que no me creerías, así que tomé una *selfie* con cada uno de los caballeros. —Mi tono es ligero, casual, pero aun así no soy capaz de ocultar mi triunfo.

Saco el teléfono de mi cartera blanca y exhibo las diversas fotografías que capturé durante la hora. En cada una de ellas mi rostro está iluminado por una sonrisa radiante, mientras los hombres adoptan todo tipo de poses.

—¡¿Quince?! ¿Cómo? —Toma mi teléfono y se pone a revisar cada una de las fotografías, deteniéndose en aquellas en las que me veo más feliz.

—No puedo creer que solo tengas seis, Gabriel. Pensé que eras más donjuán que eso —comento llena de diversión.

—Francamente, yo también —admite con un esbozo de sonrisa.

—Te dije que los hombres eran más fáciles.

—Nunca más dudaré de ti.

Y así, entre risas y confesiones, empezamos a desentrañar los misterios de nuestra noche de

conquistas. Mientras yo comparto cada detalle, Gabriel guarda sus propios secretos, protegiendo la privacidad de sus encuentros. Le cuento sobre el hombre de cuarenta años que me invitó a un trío con su esposa, sobre el joven que no cree en la monogamia y anda en búsqueda de parejas, sobre el tipo que me prometió la mejor noche de mi vida y sobre el que parecía tener un leve fetiche con los pies pues nunca quitó su vista de mis tacones blancos.

A medida que hablamos, me encuentro acercándome más a él, especialmente cada vez que dirige su vista en mi dirección. De vez en cuando, sus ojos se llenan de promesas que nunca podremos cumplir y mi corazón late con fuerza ante ese pensamiento. Aun así, me sorprende cómo las palabras fluyen entre nosotros como un río tranquilo.

—Esperaré ver tus pinturas —concluyo.

—Un trato es un trato. —Levanta los hombros, derrotado.

—Y solo de curiosidad... ¿cuál es tu libro favorito?

Me cuesta ocultar mi interés, sobre todo porque la imagen que tenía de Gabriel era la de un mujeriego que iba a fiestas todos los días, frecuentaba clubs de *strippers* y se acostaba a diario con chicas distintas... no la de un artista encubierto que dedica su tiempo libre a leer.

Una vez más, me alegro de no ser detective, pues haría muy mal mi trabajo.

—*El camino de los reyes*, de Brandon Sanderson —admite, dándole un sorbo a su agua.

Caigo en la cuenta de que, si bien yo he estado toda la velada probando variedades de tragos dulces, Gabe se ha mantenido firme en su decisión de mantenerse sobrio. *Curioso*.

—Conozco ese libro —informo, intentando recordarlo—. Tiene como quinientas páginas.

Una sonrisa tímida se dibuja en el rostro de Gabriel.

—Tiene mil quinientas páginas llenas de acción, aventuras, magia y, aunque no lo creas, romance.

—Estás bromeando —digo boquiabierto.

Oh, no. ¿Cómo pude haber juzgado tan mal a este hombre? ¿Y por qué me confiesa esto después de hacerme creer por más de un año que era otro tipo de persona?

—Con los libros de Brandon no bromeo —continúa.

—Eres un ñoño —declaro, de pronto incapaz de quitar mi vista de él.

Mierda. Considerando que siempre he preferido a los chicos altos, musculosos, socialmente incómodos y ávidos lectores, este es territorio peligroso.

—¿Disculpa? ¿Acaso debo recordarte que *tú* eres la que participa en un club de lectura y discute todos los meses el libro seleccionado?

—Leo sobre sexo, de Santis. No me consideraría ñoña.

—Si tú lo dices —bromea.

Disfruto lo que queda de mi trago antes de volver mi atención a Sky's, el bar que se encuentra en el piso cincuenta del Hotel de Santis, donde el *glamour* y la elegancia se combinan a la perfección. Observo a las personas inmersas en sus propias conversaciones, a la banda de jazz

balancearse al compás de la música y a las parejas deslizándose con elegancia en la pista de baile.

—¿Ahora qué? —pregunta Gabriel, su vaso de agua en mano.

—Considerando que pasamos la última hora coqueteando con otras personas, creo que es momento de fingir que estás coqueteando conmigo —sugiero de manera seductora.

Muerdo mis labios mientras pienso en cómo hacer que esto funcione y sea convincente. Pero Gabriel se me adelanta.

—Baila conmigo —dice con voz firme.

Mi corazón se acelera, confundiendo esto por algo que no es.

—Pregúntame como un caballero —respondo con una sonrisa juguetona, ignorando las mariposas que aletean en mi estómago.

—*Mia cara*, hazme el favor de bailar conmigo —ruega con un tono que parece revelar un atisbo de vulnerabilidad.

Deja de pensar que esto es real.

—Me encanta que supliques —murmuro.

—Compórtate, Avery.

Toma mi mano en la suya y me guía hacia la pista de baile. Nerviosa, me posiciono frente a él sin saber qué hacer con mis manos y cuerpo, preguntándome por qué pensé que esta era una buena idea.

Con determinación, Gabriel rodea mi cintura con sus manos, acercándose a su cuerpo y sumergiéndome en su aroma embriagador. Por instinto descanso mis brazos alrededor de su cuello, esperando que el gesto se vea natural.

Gabriel se mueve y yo lo sigo. Cada paso, cada giro, cada movimiento fluye con demasiada naturalidad. *¿Por qué con él se siente así?*

Nos miramos entre canciones con una complicidad que escapa de las palabras, un entendimiento silencioso que solo nosotros compartimos.

—¿Por qué me odias? —pregunto con suavidad, esperando que no me escuche, suplicando que lo haga.

—Creo que es bastante claro que no lo hago.

—Lo hiciste —insisto, recordando nuestro pasado.

—Espero que no hayas olvidado cómo nos conocimos —comenta.

Aguanto la risa; quiero que este parezca un momento íntimo entre dos personas que se están dejando llevar por su atracción.

—¿Acaso no me rogaste para que te hablara? —bromeo, sabiendo que es lo más alejado de la realidad.

—Choqué tu auto —admite con una mezcla de arrepentimiento—. Luego me gritaste groserías.

—Y te robé la billetera —agrego con una sonrisa, reviviendo aquel encuentro peculiar que marcó el inicio de nuestra historia.

—¿Cómo podría olvidarlo?

—Apoya tu frente contra la mía —susurro lo suficientemente despacio como para que nadie más nos oiga.

Lo hace. Sus labios a centímetros de los míos me hacen querer salir corriendo de este lugar. ¿Cómo llegamos hasta acá? Nunca lo había tenido tan cerca. Nunca había querido tenerlo cerca. Esto se siente como cruzar una línea de la cual no se puede volver. Sé que tiene que parecer real, pero ¿a qué costo?

—Me disculpo. —Gabriel interrumpe mis pensamientos.

Me toma unos instantes recordar de qué estábamos hablando.

—Ha pasado un año —señalo.

—Y he querido disculparme todo este tiempo —confiesa con un dejo de pesar en su voz.

—¿Qué te ha detenido? —pregunto con curiosidad.

—No lo sé.

Sé que me está mintiendo, que hay una razón por la cual nunca se acercó a mí, lo noto por la manera en que evita el contacto visual.

—Agradezco el cheque —digo con humor—. Te comportaste como una mierda ese día.

—Lo hice. Había pasado el aniversario de la muerte de mis padres unos días antes.

Eso... no lo sabía. Es entendible que haya estado más sensible, pero eso no justifica la manera en la que me enfrentó.

—Lo siento. ¿Puedo preguntarte algo? —pregunto, queriendo profundizar en su historia.

—No prometo que contestaré —advierte, pero accede a escucharme.

—¿Por qué intentaste vender la casa? —inquiero, sabiendo que esta pregunta toca una fibra sensible.

—Yo... —respira—. Necesito alcohol para esto. Solo quería... que dejara de doler. Y quería llamar la atención de Nicolás.

—Es una inmadurez —comento.

—Por mucho tiempo él nos abandonó, a Camille y a mí. Sé que estaba trabajando y procesando la pérdida a su propia manera. Y no sé si está mal o está bien, pero nunca estuvo cuando más lo necesité. *Yo estuve en ese auto*. Yo pude haber muerto junto con mis padres. Y nadie estuvo ahí para contenerme. Supongo que quería que lo hiciera. Por eso llamé su atención.

Tras sus palabras siento una profunda comprensión y empatía hacia su dolor.

—Ahora he quebrado la relación con mi hermano y no sé qué hacer para recuperarla —continúa, su frente aún contra la mía, nuestras respiraciones entrelazándose—. Quiero recuperar a mi familia. No sé cómo. Más que el hotel, más que cualquier otra cosa, quiero saber que puedo llamar a mis hermanos... y que me contestarán.

—Lo harían.

—Quiero merecerlo.

—Oh.

—¿Muy honesto?

Con su confesión creo que finalmente entiendo sus motivaciones. Solo lo ha hecho todo mal en la vida y quiere arreglarlo. No puedo culparlo por eso, no cuando me he equivocado un montón de veces también. Merece poder hacer las paces, ¿cierto? Todos merecemos más de una oportunidad.

Volteo mi vista, buscando si hemos captado la atención de alguien. Por un lado, Dean nos contempla tranquilamente desde su rincón. Al cruzar miradas con él, levanta su copa en mi dirección antes de sorber su trago. En otro extremo, *bingo*, uno de los bartenders de Liam está con su atención fija en nosotros. Puede que no conozca nuestra complicada historia juntos, pero en definitiva somos un par que se hace notar.

Suelto una carcajada como si Gabriel hubiese compartido el chiste más entretenido del mundo, cuando en realidad me mira como si estuviera loca por reírme sin razón. Sin embargo, mantengo la sonrisa en mi rostro y murmuro en voz baja, solo para él:

—Por favor, simula que estás disfrutando la noche.

Consciente finalmente de lo que está sucediendo y lo que debería *parecer* que está sucediendo, agarra con más fuerza mi cintura y me acerca a él sin mucha delicadeza. Sus dedos trazan círculos en la piel expuesta y odio la reacción que ese mínimo tacto provoca en mi cuerpo.

De a poco acerca su rostro al mío con una determinación que no se desvanece ni por un instante, como si estuviera en medio de un trance o un hechizo. Es en el instante en que nuestras narices se rozan que mi mente, antes nublada, recobra claridad y me libero de la especie de hipnosis en la que me tenía.

—Estoy impresionada —susurro tan cerca de él que estoy esperando que se aleje y retroceda unos diez pasos al menos. No lo hace—. Eres bastante dulce, príncipe.

—¿A qué te refieres? —pregunta pensativo, aún con sus ojos en los míos.

Observo cómo su mirada desciende por un momento a mis labios antes de regresar a encontrarse con la mía.

—Estás rozándome con tu nariz —indico—. Esa es el tipo de cosas que hacen las parejas, no dos personas que solo buscan sexo.

Apoya su frente en la mía, exhalando suavemente. Mis manos se deslizan hacia su corbata negra, recorriéndola con cuidado para no tocar su tonificada figura. Llegando a su cuello, las enredo en su cabello. Le hago un tipo de cariño que sé que los hombres encuentran irresistible. De inmediato siento cómo se relaja ante mi tacto e inclina la cabeza hacia atrás en búsqueda de más. Es como si los hombres nunca hubieran experimentado un consuelo similar en sus vidas. O

quizá les recuerda el tacto de sus madres cuando eran niños y les hacían cariño. Freud tendría tanto material con el que trabajar.

—Tsk... —chasquea—. Parece que no te han seducido de la manera correcta.

—Desconocía que había una manera correcta. Pensaría que una seducción exitosa es aquella que culmina en la cama.

—En cierto sentido. —Asiente y, acto seguido, recorre mi mandíbula con sus labios—. Pero creo que todo resulta más satisfactorio cuando ambas partes se provocan por horas antes de acostarse. Y en la cama solo se dejan llevar.

—Estoy sorprendida con tu romanticismo.

—¿Qué tan romántica puede ser una persona que nunca ha estado en una relación?

—¿Nunca?

—Jamás —admite, sus labios recorriendo mi cuello con suavidad.

—¿Por qué?

Levanta la mirada y su aliento acaricia mi sien.

—Supongo que no he encontrado a la persona con la que quiera pasar el resto de mi vida. No concibo estar en una relación si no te proyectas eternamente con esa persona. Quiero una relación como la de mis padres.

—Tiene sentido. Yo quiero una relación como la de los libros.

—¿Cómo suelen ser esas?

Finjo que lo pienso, pero esta respuesta me la sé de memoria. He devorado más de trescientos libros de romance en los últimos cinco años y sé perfectamente lo que quiero. El dilema radica en que no he sido capaz de encontrar a alguien que esté dispuesto a ofrecérmelo. Por lo general, me avergüenza admitir lo que siente mi corazón, pero en este caso, sé que *esto* nunca llegará a ser *algo*, y supongo que Gabriel no tiene intención de utilizar esa información en mi contra ni planea divulgarla para humillarme.

—Quiero un compañero —confieso, levantando mi barbilla para verlo mejor—. Un mejor amigo. Una persona con quien esté lo suficientemente cómoda como para existir con libertad. Quiero ser *vista*, ¿sabes? Que sepa que me gusta el capuchino con un *shot* de canela, vainilla y caramelo. Que en los días en los que me encuentro triste sepa que veré todas las versiones de *Orgullo y prejuicio*. Que sepa que en todo momento puedo comer pasta y que me encantaría que me regalen flores *solo porque sí*. Que me cuente sobre las constelaciones y el espacio, porque ¿cuáles son las posibilidades de que estemos viviendo al mismo tiempo?, ¡y cuán fascinante es creer que estamos siendo unidos por un hilo invisible! Suena como mucho, pero, a decir verdad, quiero a alguien que esté dispuesto a amarme sin preocupaciones. Y, obviamente, una persona que entienda mis necesidades en la cama y las respete. Quiero... sentirme amada.

Al terminar, dejo escapar un suspiro. He verbalizado lo que he sentido durante toda mi vida.

La búsqueda incansable de un ser que me brinde el amor que creo merecer. El amor que espero me corresponda en algún momento.

Espero la respuesta de Gabriel, pero este aparta la mirada y siento cómo mi pecho se hunde en una mezcla de vergüenza y desilusión. No por haber expresado la verdad, sino por ser desechada de esa manera por alguien a quien acabo de mostrar los rincones más profundos de mi alma.

Bien, supongo que no debí haber esperado mucho más de él.

—Ha llegado Liam —susurra contra mi oído.

Descolocada, giro la cabeza en busca de mi amigo entre la multitud.

No me sorprende que ya nos esté observando... su mirada llena de confusión. Bajo la luz resalta el tono cobrizo de su cabello, y sus labios tensos y cejas arqueadas se vuelven más prominentes. Le hago un guiño travieso antes de volver mi atención a mi acompañante de esta noche. Las sombras danzan sobre su rostro delineando sus rasgos mientras sus ojos verdes brillan con una mezcla de seguridad y curiosidad.

Y sé exactamente lo que debemos hacer a continuación:

—Bésame.

—¿Cómo? —Gabriel murmura y sus labios rozan los míos como si estuviera susurrando dulces palabras en lugar de debatir si debiera besarme.

—Liam nos está observando y te aseguro que le contará absolutamente todo a Nicolás — argumento, intentando mantener mi voz suave y mis expresiones tranquilas para que Liam no sospeche—. Esta es tu oportunidad de besarme y hacer que se vea convincente nuestra cita.

—¿Estás segura?

Tomo la decisión por ambos.

Con una mano enredada en su cabello oscuro lo atraigo hacia mí, cerrando la distancia entre nosotros con delicadeza. Intento ignorar dónde nos encontramos, quiénes somos y por qué estamos haciendo esto y me concentro en lo que *debería sentir*. Necesitamos que se vea auténtico, ¿verdad? Debemos ceder ante la presencia del otro, dejarnos llevar por el calor de nuestros cuerpos y fusionarnos como si fuéramos uno.

Me separo apenas un centímetro de sus labios para asegurarme de que se encuentre bien, de que no he cruzado una línea que él deseaba mantener intacta. Sus manos, que momentos atrás se encontraban alrededor de mi cintura, se deslizan a mi mandíbula, atrayéndome más hacia él... devolviendo el beso, *profundizándolo* en un baile lento y seductor. Por unos segundos me derrito en sus brazos, dejándome llevar por el deseo carnal que aparece de repente. Empujo esos pensamientos y abro levemente uno de mis ojos para observar si Liam nos está prestando atención. Y es justo en este instante que diviso a la persona que está a su lado: Alex Bennet, el mejor amigo de Emily y alguien a quien le he agarrado mucho cariño en el último tiempo. El problema es que Alex tiene su teléfono levantado y parece estar documentando lo que está sucediendo. Si esto no fuera algo positivo en este escenario, me acercaría a él con paso decidido y le arrojaría el teléfono por el balcón del rascacielos.

—¿Está funcionando? —pregunta Gabriel con la respiración un tanto agitada.

Presto atención a su rostro; sus ojos dilatados parecen indicar que desearía continuar si fuéramos otras personas, si fuera otra la situación.

Pero ambos sabemos que ese no es el caso.

Levanto la comisura de mis labios como si me sintiera exultante de estar a su lado y asiento.

—Incluso tenemos *paparazzi* —señalo sin desviar la mirada de su rostro—. Creo que es hora de que me lleves a tu habitación.

Sus manos vuelven a sujetar mi rostro con firmeza.

—Te daré la tarjeta de mi habitación y luego me marcharé del bar —indica—. Ve al baño por unos minutos y después búscame en el piso cuarenta y cinco.

Saca algo de su bolsillo y me lo entrega de manera discreta, pero lo suficientemente obvia como para que, si nos están observando, queden en evidencia las intenciones que hay detrás del acto. Gabriel me besa la mejilla y camina en dirección al ascensor para bajar a su piso.

Lo sigo con la mirada hasta que desaparece, para darles algo de que hablar a Liam y Alex, los más entrometidos de la ciudad.

Ahora que Gabe no está, revivo los acontecimientos de la noche y me sorprende lo bien que ha logrado interpretar el papel de interesado en mí, ya que, por la manera en que siempre me ha observado (casi con desdén), pensé que le costaría un poco más hacer el esfuerzo.

Obedeciendo las instrucciones de Gabriel me encamino hacia los baños, aprovechando la instancia para refrescarme un poco. Camino con prisa, esperando no ser detenida por nadie que me obligue a dar explicaciones. Puedo interpretar el papel a la distancia, pero si alguien me pregunta qué hago bailando con Gabriel de Santis, es posible que quede en blanco y todo nuestro plan se vaya a la mierda.

Una vez en el baño, regulo mi respiración agitada. Este plan era aceptable en teoría, pero ahora que lo estamos poniendo en práctica la sensación de pánico me invade. Mis manos tiemblan ligeramente, reflejando la tormenta interna que trato de suprimir.

Pero ya no hay vuelta atrás.

No cuando nos *grabaron* o fotografiaron besándonos. El daño ya está hecho. Ahora queda seguir adelante y fingir estar juntos por los próximos meses... oh, por Dios.

Respiro profundamente, dejando que el aire perfumado llene mis pulmones. Me acerco al lavabo de diseño moderno y me rocío un poco de agua fresca en el rostro, sintiendo cómo las gotas frías revitalizan mi piel. Paso los próximos minutos intentando convencerme de que estoy haciendo lo correcto, aunque mi instinto pide a gritos que abandone el plan y regrese a mi vida normal.

Ya no es posible.

No con la presencia de Ethan acechándome en mi lugar de trabajo, su sombra omnipresente inquietándome a donde sea que vaya.

No con la necesidad urgente de dinero para la rehabilitación de Mia.

Observo mi reflejo en el espejo, buscando algún indicio de nerviosismo en mis ojos, pero solo encuentro determinación.

Inhalo y exhalo una vez más antes de salir.

Liam y Alex me esperan afuera del baño con los brazos cruzados y expresiones sombrías, listos para interrogarme.

20

Honestamente, fue culpa mía por no haber predicho esta situación.

—¿Necesitan algo? —pregunto sin detener mi paso, mientras el eco de mis tacones resuena en el pasillo desierto.

Liam extiende su brazo, deteniéndome con suavidad pero firmeza, una sonrisa pícaro asomándose en su rostro. Su mirada chispea con curiosidad contenida.

—Que nos expliques qué está sucediendo —interviene Alex, apoyándose con aparente despreocupación contra la pared. Sus ojos, aunque se ven tranquilos, reflejan un interés agudo.

Desconozco si los chicos tienen una relación oficial o se buscan cuando *necesitan* compañía. De todos modos, es bastante adorable verlos juntos en esta situación, como si fueran dos personajes de una comedia romántica.

—¿Esta es su idea de cita? —pregunto con una ceja levantada—. ¿Interrogarme?

Ambos quedan perplejos, sus cuerpos visiblemente tensos ante mis palabras.

—¿Cita? —repiten al unísono y la confusión en sus voces es casi cómica.

—Nadie ha dicho nada de cita —continúa Liam, rascándose la nuca.

—No sé de qué hablas —comenta Alex.

Ah, entonces no han definido la relación. Aunque algo me hace pensar que el interés existe por ambos lados, solo que no se atreven a dar ese primer paso.

—Ajá. Si me disculpan, me debo retirar —indico, retomando mi andar con determinación, sin mirar atrás, pero sabiendo perfectamente que me están siguiendo como cachorros necesitados de atención.

Los dos se posicionan junto a mí, uno a cada lado, intercambiando miradas cómplices, aunque sin atreverse a formular las preguntas que tienen en mente.

—¿A dónde vas? —Liam inquiriere finalmente, su tono ahora parece más preocupado que demandante.

—No es de tu incumbencia —respondo, intentando sonar indiferente.

Siento mi fuerza de voluntad a punto de quebrarse, queriendo compartir todos los detalles con mis amigos, pero me mantengo firme.

—Vas donde Gabriel, ¿cierto? —interrumpe Alex, su voz cargada de certeza—. Sabía que esto pasaría.

Eso me detiene en seco. Me volteo hacia él notando cómo su camisa azul grisácea resalta sus ojos claros, un reflejo de los míos. Su cabello dorado está en todas direcciones, como si alguien

hubiese estado jugando con él y mi amigo hubiese olvidado peinarse. Alex, percatándose de mi escrutinio, pasa las manos por su cabello en un intento por domarlo.

—Explícate —demando con seriedad—. ¿Cómo que sabías que esto pasaría?

Esboza una sonrisa brillante, una que solo muestra cuando está disfrutando el momento.

—Con Millie lo hemos conversado un montón de veces... en realidad, yo lo he comentado un montón de veces y ella me escucha —corrige, guiñándome un ojo—. Siempre ha habido un montón de tensión sexual entre ustedes dos, ¿no crees?

Esto es bueno. Que piense eso es positivo y podría ayudar a darle credibilidad a nuestra historia. Podemos decir que después de meses la tensión sexual acumulada resultó ser muy agobiante y cedimos al cuerpo del otro. Es solo que... me resulta una idea ridícula. No he estado guardando mis sentimientos por Gabriel; siempre he sido bastante transparente respecto a mi desagrado por su persona y por cómo ha manejado toda la situación con la casa de sus padres. ¿De dónde saca mi amigo estas ideas?

Quiero preguntarle desesperadamente, pero puede que eso envíe la señal equivocada. No es momento de indagar de más acerca de por qué piensa que hay *algo* entre nosotros.

—Si vas ahora a su habitación.... —interviene Liam, notando de reojo cómo Alex niega con la cabeza, sugiriéndole que no termine esa frase—, me estarías haciendo perder dinero.

Levanto las cejas, apuntándolos a ambos con indignación.

—¿Podrías repetir lo que acabas de decir?

—No —señala Liam, encogiéndose de hombros—. Ya me dio miedo.

—Alexander... —Me volteo hacia mi amigo para que este responda mi pregunta.

—Bien —suspira rendido—. Hace un par de meses hicimos una apuesta. De acá al próximo cumpleaños de Nick, ustedes dos se acostarían.

¿Qué? ¿Hace un par de meses? ¿Cómo estoy recién enterándome de esto?

—¿Quiénes apostaron?

—Nosotros dos —dice Alex, pero Liam lo contradice al mismo tiempo diciendo:

—Todos.

Comparten una mirada de pánico, sus ojos se abren ampliamente y sus labios se fruncen en una expresión de culpabilidad. Si la situación no fuera tan grave, quizá encontraría esta escena cómica por la manera en que se delatan mutuamente sin querer.

—¿Quiénes son todos? —pregunto con tono firme, cruzando los brazos y tensando la mandíbula.

—Nosotros. Nicolás, Camille y... Emily —responde Alex, su voz casi temblorosa.

—¿Emily?! —Mi sorpresa es evidente. La idea de que mi amiga participe en algo así es casi inconcebible.

—Fue en contra de su voluntad —se apresura a explicar Liam, levantando las manos en gesto de defensa.

—Ambos sabemos que Emily no hace nada en contra de su voluntad —digo, escudriñando sus rostros en busca de alguna señal de mentira.

No me lo puedo creer. La revelación golpea como un puñetazo en el estómago, dejándome con una mezcla de incredulidad y furia ardiendo por mi pecho. ¿Cómo pudieron haber hablado de esto a mis espaldas durante meses?

Todo parece dar vueltas a mi alrededor mientras lucho por procesar la información. Me cuesta creer que mis amigos, aquellos en quienes confío y con quienes comparto momentos de risas y confidencias, hayan urdido esta «traición».

Pero la revelación más impactante es la de Emily, mi amiga más cercana. La idea de que ella hubiera participado en algo así me deja sin palabras, sobre todo por su evidente odio hacia Gabriel.

¿Por qué me duele tanto? No es que los culpe por realizar este tipo de apuestas; yo misma he caído en eso en diversas ocasiones, sin embargo, ¿por qué *esa en particular* se siente como un golpe?

—Lo siento —susurra Alex, bajando la mirada con arrepentimiento.

—¿Saben qué? No tengo tiempo para esto. Gabriel me está esperando —declaro con determinación y giro para continuar mi camino. No es momento para indagar en mis sentimientos.

—¿Irás a verlo? —pregunta Liam.

—Sí. Y no me detendrán —respondo sin dudar, mis pasos resonando con firmeza mientras me alejo.

* * *

—¿Se acercaron a ti? —pregunta Gabriel en tono casual.

Gabriel se mueve con gracia por la habitación, el reflejo dorado de las luces de la ciudad baila en la copa de champaña que me ofrece. Una fina capa de sudor perla su frente, dándole un aspecto seductor mientras se quita la chaqueta y afloja los botones de su camisa blanca. Mis ojos, como si tuvieran vida propia, se quedan pegados en él antes de que pueda contenerlos y desviarlos hacia mi copa, tratando de ignorarlo.

—Inmediatamente después de salir del baño —respondo, tomando un largo sorbo de mi champaña y sintiendo el líquido burbujeante deslizarse por mi garganta.

Me siento en la cama, me quito los tacones y me acuesto debajo de las sábanas con una sensación de vulnerabilidad que me incomoda. Gabriel me lanza una mirada inquisitiva antes de continuar.

—¿Qué te dijeron? —consulta.

—Se lo esperaban —respondo con mi voz cargada de incredulidad mientras recuerdo la

absurda conversación que acabo de tener con mis amigos—. Esperaban que nos acostáramos.

—Necesito que te expliques. —Me mira con confusión en su rostro y me tranquilizo un poco. Por lo menos no soy la única que considera esa idea una locura.

—Me refiero a que mis queridísimos amigos hicieron una apuesta sobre si nos acostaríamos o no. Al parecer, piensan que tenemos una innegable atracción sexual y estaban seguros de que cederíamos de acá a mitad del próximo año —explico, disgustada ante la idea.

—¿Atracción sexual? —repite. Su expresión es un reflejo de la sorpresa que siento.

—¡Esa fue mi reacción! —exclamo, compartiendo su desconcierto—. Para que te tranquilices, no estoy respirando mis supuestas vibras sexuales sobre tu cuerpo, ¿vale? Es tan ridículo que no sé de dónde sacaron la idea de tal «deseo».

—Avery...

—Gabriel... —repito su tono sin humor.

—Tú eres la romántica empedernida que pasa horas sumergida en esas novelas en que dos personas se declaran odio eterno e intentan asesinarse para que, unos cuántos capítulos más adelante, se declaren amor verdadero —señala con una ceja arqueada y una leve sonrisa bailando en sus labios.

—¿Cómo sabes todas estas cosas? —pregunto confundida.

—Cam. —Levanta sus hombros y agacha su rostro—. Previo al accidente, me gusta creer que era su confidente... o algo por el estilo. No solo me contaba sobre los chicos y chicas de los que estaba enamorada, sino que también de sus obsesiones literarias del momento.

Asiento lentamente, encontrando sentido a sus palabras.

—Tú también piensas que es absurdo, ¿verdad? —cuestiono, buscando algún tipo de apoyo en su opinión.

Cuando nuestros ojos se encuentran siento como si el tiempo se detuviera. Estoy segura de que es capaz de escuchar los latidos desbocados de mi corazón, de sentir la corriente que recorre mi cuerpo. Y es que sus ojos verdes dilatados, por cansancio o deseo, me recuerdan al beso que compartimos hace tan solo un rato. Y, Dios, por supuesto que no quiero pensar en eso, pero fue un destello de deseo que explotó en mi vientre y ahora mi cerebro no quiere olvidar cómo se sintieron sus manos en mi cadera.

Trago saliva, luchando por mantener la compostura mientras espero una respuesta. Quiero que deje de observarme con tanto detalle, como si intentara leer mis secretos más oscuros, mas no se detiene.

—Es una idea absurda, sin lugar a dudas —dice finalmente, aunque por la forma en que lo dice pareciera que algo le molesta—. Es inconcebible que dos personas como nosotros terminen juntas.

—No hablamos de una relación, príncipe —respondo, tratando de mantener ligereza en mi tono.

—¿De qué hablamos?

—Sexo.

—Ah —exhala, mordiéndose el labio inferior en un gesto... ¿nervioso?

¿Ah? ¿Acaso no tiene más que agregar?

—Es ridículo... ¿cierto? —insisto, buscando desesperadamente que descarte la idea de cualquier tipo de encuentro íntimo entre nosotros.

Por culpa de los pensamientos lujuriosos que nacen desde el beso, necesito más que nunca que descarte la idea, que niegue con todas sus fuerzas la posibilidad de acostarse conmigo.

Pero Gabriel no responde de inmediato. Bebe un sorbo de agua, sus ojos se fijan en los míos con una intensidad que me deja sin aliento. Quiero apartar la mirada, pero estoy demasiado atrapada por la fuerza magnética de sus ojos.

—Es una idea absurda —repito otra vez, abrazando mis piernas con fuerza como si eso pudiera frenar los latidos frenéticos de mi corazón.

—Bueno... —murmura Gabriel.

—¿Disculpa? —pregunto, confundida por su falta de reacción.

—Sí, la idea de nosotros en una relación es lo más irreal que he escuchado en mi vida —dice en un tono incómodo mientras busca las palabras adecuadas.

—Continúa —suplico.

—El sexo es... solo eso. Un revolcón de una noche que no tiene necesariamente un significado más profundo.

Me cruzo de piernas, tratando de procesar la declaración de Gabriel y el sentido detrás de esta.

—¿Estás diciendo que te quieres acostar conmigo? —pregunto directamente... necesito una respuesta clara.

—No es lo que estoy diciendo —se apresura a corregir y su rostro se enrojece ligeramente—. Me refiero a que... Dios santo, ¿realmente me harás decirlo?

—¿Decir qué? —insisto, sintiendo la impaciencia crecer en mi interior.

—¡Por supuesto que me acostaría contigo! —declara finalmente, con su voz llena de frustración—. Eres... atractiva, *mia cara*. Si tuviera que describir mi mujer ideal, sin duda estarías en lo más alto de la lista.

Si mi corazón antes latía rápido, no se asemeja a la carrera que está corriendo en este momento. La confesión de Gabriel me deja sin aliento. El nerviosismo burbujea en mi interior a la vez que intento procesar sus palabras. No estaba esperando que fuera tan directo, tan sincero con sus deseos, pero ahora la atracción es palpable entre nosotros, como un cable que nos conecta a un nivel que ninguno está dispuesto a admitir. Y mientras lucho por encontrar palabras, me doy cuenta de que esto jamás lo podré olvidar.

—Creo que Nicolás y Camille pueden testificar eso —continúa—. Y por esa razón es que no considero que sea una idea alocada.

—¿Te acostarías conmigo? —Mi voz suena más firme de lo que me siento.

—No lo pienses demasiado, Avery —responde con una calma que contrasta drásticamente con la tormenta de pensamientos en mi mente.

Claro, como si fuera capaz de apagar mi cerebro y detener todos los pensamientos que lo recorren. Como si fuera fácil dejar de pensar que mis amigos en este momento creen que estamos compartiendo más que besos. Como si pudiera disimular que no me afectan cada una de sus palabras. Que no me incendian el cuerpo sus miradas.

Un silencio se apodera del espacio; solo es interrumpido por el susurro distante de la ciudad que nunca duerme.

—Vale. Pero yo necesito más alcohol para siquiera considerar la posibilidad —miento.

Puedo sentir la mirada intensa de Gabriel sobre mí, pero me rehúso a encontrarme con sus ojos, temerosa de lo que pueda percibir en ellos. Dejo la copa de champaña en la mesa de noche y dirijo mi vista al amplio ventanal que ofrece una impresionante vista de Manhattan, con las luces centelleantes de la ciudad extendiéndose hasta donde alcanza la vista.

—¿Estás cómoda? —pregunta Gabriel señalando la suave tela que me envuelve.

—Extremadamente —confirmo, ignorando el tono acusatorio de su pregunta.

Esboza una tímida sonrisa, permitiéndome olvidar momentáneamente su confesión. Necesito que nos alejemos del terreno peligroso.

—El plan ha salido de maravillas —comento en un esfuerzo por cambiar el tema de conversación.

—Eso parece —responde.

—De seguro Nicolás y Emily ya están enterados de esto.

Recojo mi cartera blanca del suelo para sacar mi teléfono. Siempre lo tengo silenciado para no distraerme con notificaciones, así que no me sorprende ver que tengo más de quince llamadas perdidas de mi mejor amiga en los últimos cinco minutos, varios mensajes de texto llenos de preguntas y unos cuantos mensajes de voz que me da pánico escuchar en este momento.

—Es seguro decir que Emily ya está enterada —contesto mientras me entra otra llamada de ella.

—No respondas —indica Gabriel, sentándose a los pies de la cama—. Estamos teniendo sexo, ¿recuerdas? Espera un par de horas antes de conectarte a alguna red social.

—¿Un par de horas? —pregunto levantando las cejas—. ¿Qué mierda estás haciendo en la cama que te toma tanto tiempo?

—Si te estoy tomando por primera vez, quiero disfrutar cada segundo a tu lado, besar cada centímetro de tu cuerpo hasta que lo tenga memorizado y poder dibujarlo con los ojos cerrados.

—Eso fue... —*supersexy*, pienso— extremadamente dramático. ¿Esto significa que tenemos que estar acá por dos horas?

—Me temo que sí.

—Está bien. Alcánzame el control remoto —suelto, agotada.

Lo hace sin cuestionar mi solicitud. Prendo el televisor en búsqueda de algo entretenido para hacer este rato más llevadero. Paso por varios canales hasta encontrar una película de terror en la que se está realizando un exorcismo bastante grotesco.

—¿Acaso quieres que tenga pesadillas? —chilla Gabriel a mi lado, visiblemente incómodo.

—¿Qué? —pregunto, observando su expresión de pánico.

Su rostro siempre impasible de repente parece pálido, ceniciento. Cierra sus ojos, evitando ver el televisor y la imagen perturbadora.

—Cambia eso, por favor —insiste, su tono es entre súplica y disgusto.

—¿Tienes miedo? —lo provoco, disfrutando de su reacción.

—¿De una película de terror? Por supuesto que sí, *mia cara* —admite sin vergüenza.

—¡Ese es el punto! La gracia es esperar que provoquen algún tipo de reacción física y emocional. No hay nada como un estímulo psicológico —argumento, entretenida por verlo afectado por una obra ficticia.

Si bien no me consideraría fanática de este tipo de películas, debo confesar que de vez en cuando me veo atraída a la idea del miedo, a lo desconocido. Es un tipo de catarsis emocional y exploración de lo incierto.

—Por favor, cambia la película —insiste.

—¿Lo dices en serio?

—Te pagaría para que lo hicieras —comenta con sus ojos aún cerrados.

—¿De cuánto estamos hablando? —bromeo con una risa ahogada, mientras que Gabriel se rehúsa a voltear hacia el televisor—. Vale, vale. Pensé que eras de los tipos que aman las películas de terror y que les gusta pretender ser machos alfa dispuestos a proteger a las damiselas indefensas después de ver escenas espeluznantes.

—Prefiero las ficciones históricas y, ocasionalmente, los *thrillers* —confiesa, relajándose un poco ahora que cambié de canal.

Pasan menos de veinte segundos antes de encontrar la película perfecta.

—Está partiendo *Perdida* —murmuro emocionada—. ¿Has visto la película?

—No me suena —contesta Gabriel, curioso.

—Gabriel, no puedes considerarte fanático de los *thrillers* y no haber visto este clásico.

Sonríe, sus ojos brillan con entretenición.

—¿Por qué sonríes? —pregunto, intrigada.

—Nada —responde encogiéndose de hombros.

Quiero presionarlo, preguntarle la verdadera razón detrás de *todo*. En cambio, vuelvo mi atención al inicio de la película.

—Prepárate —indico—. Esta película volará tu mente.

—¿De qué va?

—Es de este matrimonio que...

—Mejor déjame ver la película —me interrumpes.

—¿Estás bromeando?

Lo golpeo con la almohada más cercana y luego la uso de apoyo. Gabe sigue en pie, sostiene su gran cuerpo en una pared, mientras que yo me encuentro en la mitad de la cama cubierta por sábanas delicadas y cobertor de plumas.

—Por favor, cuéntame de qué trata la película —dice Gabe, entornando los ojos.

—De hecho, está basada en un libro del mismo nombre... —comento y paso los próximos minutos explicándole de qué tratan el libro y la fiel adaptación que es la película, sin entrar en demasiados detalles para que se sorprenda con lo que sucede.

Cuando pasa una hora, Gabriel decide que es buen momento para pedir comida a la habitación. Después de todo, posterior al sexo uno necesita recargar energías, ¿cierto? Nuestro alimento llega bastante rápido —beneficios de ser un de Santis, supongo—, y Gabe posiciona las diversas bandejas sobre el cobertor.

Me concentro en devorar una de las hamburguesas cuando siento la cama hundirse a mi lado. Gabriel se acuesta con los pies descalzos y la camisa desabrochada. Hay suficiente espacio entre nuestros cuerpos como para no tocarnos, pero por alguna razón compartir cama y no tener sexo resulta más íntimo que cualquier otra cosa que hayamos hecho.

—¡Maldito hijo de puta! —exclama a la pantalla cuando se revela la amante del protagonista.

—Por eso es que no confío en los hombres —susurro sarcásticamente.

—¿Será que la amante tendrá algo que ver con la desaparición de la esposa? —teoriza.

—No voy a responder eso.

—¿Cómo es posible que confíe en alguien? —pregunta con curiosidad.

Es fascinante verlo así. La forma en que se inclina un poco más hacia adelante cuando algo importante está por suceder, cómo sus dedos se crispan ligeramente cuando la tensión en la pantalla aumenta. Hay algo cautivador en observar a alguien tan inmerso en una historia, sobre todo alguien que suele proyectar calma y control.

La incomodidad de su cercanía desaparece de a poco cada vez que me pregunta por la película y comenta sus teorías, sumergiéndome en un mundo ficticio. Lamentablemente, tan rápido como llegaron, los platos se vacían y mi estómago queda lleno por la hamburguesa doble de queso y las papas fritas.

A los minutos escucho un ronquido suave a mi derecha. Por un instante pienso que viene de la película, pero me volteo y veo que Gabriel tiene sus labios levemente abiertos y su rostro se ve más relajado que nunca. Por un segundo debato si despertarlo y sacudirlo para terminar de ver la película. Es decir, ¿cómo se queda dormido en la mejor parte? Sin embargo, sus facciones siempre tensas se ven casi angélicas bajo la luz tenue. Parece tan en paz que tengo el impulso de sacarle una fotografía para verla en mis días tensos. No lo hago, claro, tan psicópata no soy.

Un minuto más tarde, el cansancio me vence y me uno a él en el sueño, acurrucada bajo la manta de seda, dejando que la comodidad de la habitación y el suave sonido de su respiración me arrullen.

Despierto al sonido de balazos.

No, fuegos artificiales.

No, bombas explosivas.

No, ¿la puerta?

Mi mente, en un torbellino entre la realidad y el sueño, tarda unos segundos en reconocer el entorno. La luz pálida de la luna se filtra a través de las cortinas entreabiertas, pintando formas fantasmales en las paredes de la habitación. El suave rumor del aire acondicionado se mezcla con el latido apacible de mi corazón mientras trato de despejar la confusión.

Finalmente, con un destello de lucidez, enciendo la lámpara de noche y parpadeo al ver a Gabriel recostado a mi lado en la cama, todavía medio adormecido. Su cabello, antes cuidadosamente peinado, ahora se alza en una maraña desordenada que le da un aire de vulnerabilidad que rara vez muestra.

—Si has lastimado a mi mejor amiga, te juro por Dios que no habrá rincón en este mundo en el que te puedas esconder, Gabriel. ¡ABRE LA PUTA PUERTA! —exclama Emily del otro lado.

Oh, mierda. Miro el reloj de la pared y veo que son las cuatro de la mañana. Llevamos más de tres horas dormidos y, dado que no le he dado señales de vida a mi amiga, puede que esta haya asumido que estoy en problemas.

Es como tener un novio tóxico.

—¿Qué mierda? —pregunta Gabriel, su voz es un murmullo somnoliento. Sus ojos se abren de par en par al percatarse de mi presencia—. Oh.

—Sí. *Oh*.

Apenas intercambiamos estas palabras, el estruendo de la voz de Emily retumba otra vez a través de la puerta cerrada. Su tono es una mezcla de preocupación y furia, como una tormenta en pleno apogeo.

—¡Veo las luces prendidas! Tienes cinco segundos para abrir esta puerta. —El grito de mi amiga es un trueno en plena noche sacudiendo la quietud de la madrugada.

Si fuera cualquier otra persona, estoy segura de que la escoltarían fuera del hotel. Sin embargo, al ser novia del dueño, nadie dirá nada.

Gabriel se incorpora, el colchón cede bajo su peso y la sábana se desliza de su cuerpo, revelando el contorno de sus hombros y el suave resplandor de su piel bajo la luz. ¿En qué

momento se quitó la camisa? ¿Y por qué no puedo apartar mis ojos de su abdomen definido? Una expresión pícaro cruza su rostro cuando nota dónde se encuentra mi atención.

—¿Qué crees que pasará si no le abro en cinco segundos? —susurra Gabriel a mi lado con una sonrisa irritablemente adorable. ¿Cómo puede verse tan bien con los ojos hinchados y el pelo desordenado?

—No quieres averiguarlo —respondo.

Mientras mis dedos se aferran al borde de la cama, Gabriel se levanta con gracia y recoge su camisa.

—Gabe, abre la puerta —dice una nueva voz. Una voz masculina que reconozco de inmediato: Nicolás.

Gabriel se para más recto y parece despertar por completo. Si hay algo que he notado en el último tiempo es que, a pesar de las diferencias entre ambos hermanos, hay un gran respeto mutuo.

Camina despacio hacia la puerta y me lanza una mirada cómplice antes de abrirla.

—¿Dónde está? —La voz demandante de Emily se escucha más fuerte ahora que no hay paredes que la entorpezcan.

—Estoy bien, Emmy —respondo en un susurro tranquilo.

Mi amiga me revisa con ojos llenos de preocupación, aunque sus expresiones se cargan de alivio al ver que me encuentro bien. La tensión en la habitación es palpable, como una cuerda tan estirada que está a punto de romperse.

—¿Segura? ¿No te lastimó? —pregunta de manera ansiosa.

—No, cariño. Estoy bien, lo prometo.

—Me tenías asustadísima. ¡Ella está fuera de límites! —le grita a Gabriel, un rugido furioso reverberando en la habitación.

Gabriel parece sorprendido por sus palabras, pero su expresión permanece imperturbable, como si estuviera acostumbrado a enfrentarse a tempestades similares. Se mantiene firme como una roca, mientras Emily lo observa cuidadosamente.

—¿Disculpa? —pregunta mi supuesta pareja.

—Creo que este no es el momento apropiado para hablar al respecto —comenta Nicolás, con su tono siempre razonable—. Podemos continuar con esta discusión mañana.

Emily y Gabriel comparten una mirada que solo ellos entienden.

—Puedes arruinarle la vida a cualquier chica, menos a Avery —continúa Emily con ojos vidriosos.

—¿Arruinarle la vida? ¡Es solo sexo! Tú no eres su madre, Emily. Avery puede tomar decisiones por su propia cuenta —argumenta Gabe.

—La estoy protegiendo —murmura mi amiga, frustrada.

Quiero defenderme, alzar la voz y expresar todo lo que tengo dentro, pero no puedo. Cada

frase pronunciada parece pesar más en mis hombros. La frustración y tristeza se acumulan en mi pecho, porque *esta no es la manera en que debía suceder*. Cada intento de hablar se siente como un esfuerzo monumental, como si estuviera luchando contra una corriente poderosa que amenaza con arrastrarme. A pesar de todo, Gabriel permanece a mi lado, ofreciendo apoyo silencioso mientras lucho por encontrar las palabras adecuadas.

—¿De qué? —inquire, confundido.

—De que sigas arruinando vidas. ¡No voy a permitir que la hagas sentir como haces sentir a tu hermano!

No. Por más que ame a mi amiga, no puedo permitir que esas palabras se queden flotando en el aire sin respuesta, no cuando Gabe parece haber recibido un puño en el corazón. No cuando me ha apoyado incluso en circunstancias en que no debió haberlo hecho. No cuando me ha escuchado tan atentamente en este último tiempo. Me siento impulsada a intervenir, a desafiar sus acusaciones y defender a Gabriel.

—Emily... —comienza Nick.

—No —interrumpe ella—. Gabriel no ha hecho más que interponerse en nuestras vidas y causar daño cada vez que abre la boca y se presenta. No voy a permitir que lo siga haciendo.

—¡Emily, detente! —exclamo firme, incapaz de seguir escuchándola hablar mal de Gabriel—. Entiendo tu relación complicada con él, pero no ha hecho más que tratarme bien.

—¿Acaso olvidaste cómo se conocieron? —pregunta, señalándonos a ambos.

—Entiendo tu punto. Pero este último mes ha estado ahí para mí en momentos complicados —digo, pensando en las veces que me fue a buscar y a dejar al trabajo para que no me encontrara con Ethan a solas.

Me acerco a ella para reconfortarla. Sé que, si bien sus métodos no son los más convencionales, Emily hace todo con el propósito de defenderme. Por supuesto que pensará que estoy en peligro, si en el pasado cada vez que me he enfrentado a Gabriel hemos discutido. En su posición, quizá yo estaría comportándome de la misma manera.

—¿Último mes? —Esta vez es Nicolás quien vocifera la pregunta, con una autoridad que no se puede ignorar.

Oh. Bueno, si es que queríamos contarles sobre nuestra supuesta relación, creo que este es el mejor momento. Gabriel también lo nota, pues se posiciona delante de mí, casi como si quisiera protegerme de mi amiga y su hermano, pero me da la oportunidad de hablar, ya que sabe que soy quien se ve más afectada con esta relación.

—Nos encontramos fuera de mi trabajo hace un tiempo y hemos hablado desde entonces. Hemos hecho las paces y ahora estamos bien —digo, buscando mantener la calma a pesar del tumulto de emociones en mi interior.

—Mejor que bien —comenta Gabriel con su camisa aun desabrochada.

—No metas el dedo en la herida —susurro a su lado. Esboza una sonrisa y asiente.

La sorpresa es más que evidente en los rostros de Emily y Nicolás. Sus expresiones podrían causarme risa si no estuviéramos en esta situación.

—¿Qué mierda acaba de suceder? —pregunta mi amiga a su novio.

—Le sonrió a Avery —responde este.

—Cuéntame cuándo fue la última vez que lo viste hacer eso.

—Años.

Siguen conversando en susurros, como si estuvieran debatiendo la situación entre ellos.

—¿Por qué hablan como si no estuviéramos escuchando su conversación? —intervengo, rompiendo el silencio.

—Suficiente —dice Emily—. No... estoy de acuerdo con esto, pero supongo que somos todos adultos capaces de racionalizar lo que estamos haciendo.

—Sí, Emily —asiente Gabriel con tono condescendiente.

—Vale. Quería cerciorarme de que estuvieras bien. Pueden... proseguir. Iré a quedarme con Nicolás —anuncia, sin dejar de mostrar preocupación por mi bienestar.

La conversación llega a su fin con un aire de resignación y cada uno acepta la situación a su manera. Observo cómo se marchan, dejándonos solos una vez más.

—Eso fue... —comienzo, pero no logro encontrar palabras para expresar lo que siento.

—Sí —responde Gabe con un suspiro.

—Quiero ir a casa —confieso finalmente, deseando escapar de todo esto y encontrar un refugio en la seguridad de mi hogar.

—Te llevo.

—¡Feliz Nochebuena! —expreso con una emoción que no siento realmente.

—Ave, bienvenida a mi humilde morada —sonríe Cam, quien lleva puesto un vestido verde musgo ceñido en la cintura con una falda que cae sobre las rodillas. Para añadir un toque festivo, lleva gorro rojo, como si fuera uno de los elfos de Santa.

Entro por primera vez a su departamento y, no sé cómo lo hizo, pero el aroma de este lugar me hace pensar que estoy en la casa de Santa Claus, con una mezcla deliciosa de pino fresco, canela y galletas recién horneadas. El departamento está lleno de decoraciones navideñas, cada rincón cuidadosamente adornado con un detalle festivo. A la derecha, un árbol de Navidad majestuoso cautiva mi atención. Sus ramas están cubiertas de luces, esferas de colores y cintas doradas que reflejan la luz de las velas esparcidas por toda la habitación. Si no fuera porque el lugar se ve tan acogedor, me preocuparía por el riesgo de que haya tantas velas encendidas.

—¡Hay un tren miniatura recorriendo el árbol! —exclamo con entusiasmo, sintiéndome como una niña.

—Lo hice yo —confiesa Cam tímidamente.

La televisión está encendida con un video de una chimenea crepitante, el cual añade un toque de calidez a la habitación. Avanzo en trance hacia el centro del departamento, mis pasos son amortiguados por una alfombra mullida en tonos rojos y verdes.

Los de Santis no hacen nada a medias.

—Guau —digo sorprendida.

—Me gusta la Navidad. —Se encoge de hombros.

—Eso veo.

Una vez me encuentro con el resto de los invitados, la sonrisa se cae de mi rostro.

Mientras los copos de nieve bailan fuera de las ventanas, dentro reina un ambiente pesado, como si la tensión pudiera cortarse con un cuchillo. Cam, siendo la anfitriona, se mueve entre los presentes con una sonrisa forzada, tratando de mantener el semblante festivo a pesar de la incomodidad que colma el aire. La voz de Michael Bublé de fondo parece ser lo único que se escucha, llenando cada silencio con su cálida interpretación de villancicos.

Al parecer, todo el mundo se enteró de lo que sucedió anoche. Tanto mi supuesto revolcón con Gabe como el hecho de que Emily hizo un escándalo; sin embargo, el silencio se adueña del espacio. Alex está en una conversación casual con Emily, quien lanza miradas en mi dirección,

pero nadie se atreve a decirme algo. Liam está ayudando a Camille a preparar la mesa en la que cenaremos y Nick con Madeline están hablando en murmullos.

El sonido del timbre me da la excusa perfecta para escapar.

—Yo abro la puerta —le grito a Cam.

—Vale. Debe ser...

—Gabriel —susurro cuando abro y lo veo con una camisa blanca, pantalones de jeans, un gorro navideño idéntico al de su hermana y... dos cajas de chocolate.

Esbozo una sonrisa, el primer alivio de la velada. A decir verdad, pensé que Gabriel inventaría algún tipo de excusa para faltar a la cena, sobre todo porque aún no resuelve del todo sus problemas con sus hermanos.

—Te ves muy guapo —digo con humor, señalando su gorro.

—Para ti —comenta, entregándome uno de los ramos, el de tulipanes—. Feliz Navidad.

—Oh. Yo... no te tengo nada —comento nerviosa.

—Fue una compra de último minuto —dice quitándole importancia—. Además, es nuestra primera aparición pública juntos. Hay que dar una buena impresión.

—Cierto. Eh, adelante.

Le hago espacio para que entre y se dirige directamente hacia su hermana, a quien le entrega el otro ramo de flores, el de rosas. Mi corazón se derrite ante la imagen contenta de Cam, quien se abalanza sobre él para darle un abrazo. Gabe le quita el ramo y desaparece en la cocina, solo para emerger unos instantes después con un florero lleno de agua con las rosas blancas adentro.

—¡Ha llegado el momento de cenar! —exclama Camille.

Nos sentamos alrededor de la mesa de roble, la cual está decorada con un mantel navideño, platos dorados, velas por montones y una gran cantidad de adornos pequeños. El aroma de la comida llena la habitación, haciéndonos olvidar momentáneamente de todo. Camille coloca un pavo sobre la mesa acompañado de un puré de papas, salsa de arándanos, vegetales asados y otro platillo que no alcanzo a percibir desde mi posición.

—Esto huele increíble —comenta Alex, ansioso por dar el primer mordisco.

—De verdad que sí, Cam —agrego con una tímida sonrisa.

—¡Un brindis! —proclama Liam con ojos esperanzadores—. Por otro año de amistad y amor.

Los brindis suenan huecos y las risas forzadas, pero estamos todos determinados a hacer que esto funcione por Cam.

Los hermanos, sentados en extremos opuestos de la mesa, apenas intercambiaban palabras más allá de las estrictamente necesarias. Nicolás juega con la servilleta entre los dedos, evitando el contacto visual con Gabe, mientras que este parece absorto en su plato de comida, como si esperara que el pavo pueda proporcionarle alguna forma de escape de la incómoda situación.

—¿Puedo servirte más vino, Nicolás? —pregunta Cam.

Nicolás levanta la mirada de su servilleta y asiente con un gesto de agradecimiento.

—Por favor.

En medio de la tensión, Camille trata desesperadamente de mantener el espíritu navideño vivo, animando a los invitados con chistes y anécdotas. Pero incluso su entusiasmo contagioso parece desvanecerse.

—¿Cómo va el trabajo, Gabe? —pregunta Camille a su otro hermano.

—Ah, ya sabes, lo de siempre. Mucha presión, muchos plazos que cumplir.

Mientras tanto, el reloj en la pared marca el inexorable avance del tiempo, recordándonos a todos que estaremos atrapados en esa incómoda situación hasta que la noche llegue a su fin. Cada minuto parece estirarse hasta la eternidad, prolongando la agonía de la cena de Navidad más incómoda que cualquiera de nosotros haya experimentado.

—Gracias a todos por venir. Aprecio mucho su compañía —dice Cam con sinceridad, invitándonos a servirnos más comida en nuestros platos.

—Lo siento, hermana —susurra Gabe, su tono está cargado de arrepentimiento.

—La comida está deliciosa —interviene Nick, intentando desviar la tensión.

Los dos hermanos de Santis comparten una mirada en la que parecen llegar a un acuerdo.

—Me alegra que les haya gustado. Estuve toda la tarde preparándola —responde Cam con una sonrisa.

—Recuerdo cuando empezaste a enamorarte de la cocina —comenta Nicolás, captando la atención de todos. Los hermanos de Santis no suelen compartir mucho de su pasado.

—Mamá estaba enfadada porque usaste el horno sin su permiso —agrega Gabriel, ocultando una sonrisa.

—¡Es cierto! Tenía seis años cuando sucedió esto —nos cuenta Cam—. Resulta que se estaba acercando Navidad, y por supuesto que debía tener galletas para Santa, sobre todo porque Gabe me dijo que si no lo esperaba con comida entonces no dejaría ningún regalo.

—No pensé que te pondrías a cocinar en serio —dice Gabriel con diversión en sus ojos.

—Bueno, lo hice. Mamá tenía un recetario de postres del que saqué la receta. Dejé la cocina llena de harina, huevos rotos por el suelo... un desastre —comenta entre risas—. Finalmente llegó la parte de hornear.

—La parte en que casi quemas la casa —aclara Nick, con una risa sofocada.

—No fue así —se defiende.

—Cam, llegaron los bomberos —aclara Gabe.

—En fin. A pesar de los... inconvenientes, al día siguiente mamá me ayudó a hacer galletas. Estaban maravillosas. Junto a ella aprendí a preparar varias recetas.

—Subimos todos de peso cuando Cam aprendió a cocinar. No pasaba día en que no preparara alguna delicia —agrega Nick, sacudiendo la cabeza con afecto.

El dulce momento entre los hermanos no pasa desapercibido por nadie. El cariño que se tienen triunfa ante cualquier obstáculo. Al parecer, solo necesitan conversar.

Con Emily compartimos una mirada cómplice, recordando nuestras propias travesuras en la cocina cuando éramos pequeñas.

—Una vez estaba en casa de Emily. Era de noche, sus padres estaban fuera y teníamos hambre. Decidimos preparar arroz.

Por primera vez en la noche toda la tensión es olvidada. Este es el momento de compartir con las personas que queremos y dejar de lado cualquier dificultad que exista entre nosotros.

—Avery olvidó ponerle agua —comenta Emily, soltando una carcajada.

—¿Cómo es eso? —pregunta Alex, incrédulo.

—Solo puso arroz en la olla —comenta mi amiga.

—En mi defensa, tú tenías que supervisar la comida —argumento entre risas, sintiendo toda tensión desvanecerse.

—Uno creería que es obvio agregar agua —responde Emily alzando una ceja.

—Claramente no lo es —digo, algo avergonzada.

—Bueno, de los errores se aprende —indica Alex, levantando su copa.

—Un brindis por los errores —proclama Gabriel con un guiño en mi dirección.

Entorno los ojos para ocultar una sonrisa. La cena, a pesar de sus inicios tensos, empieza a sentirse un poco más cálida, más cercana a lo que una noche de Navidad debería ser.

Pasan un par de semanas desde el *incidente*, semanas que se sienten como una eternidad mientras camino sigilosa por el departamento, tratando de pasar desapercibida por Emily. Cada paso parece resonar con la pesadez de la situación, y odio esta nueva realidad en la que nos encontramos, una en la que coexistimos en vez de compartir cada una de nuestras preocupaciones y pensamientos.

Decido que es hora de aclarar las cosas de una vez por todas, así que voy por una cerveza antes de dirigirme a su habitación. No estoy dispuesta a perder a mi mejor amiga una vez más.

La encuentro en la cama viendo una película animada en su computador. Cuando siente mi presencia cierra la pantalla y se voltea hacia mí, ofreciendo una sonrisa forzada, de esas que le entrega a gente de la que está decepcionada.

—¿Podemos hablar? —pregunto traspasando la puerta.

Me siento en la esquina de su cama y me envuelvo en su manta de lana antes de volver mi atención a ella.

Viste un pijama de satín negro y calcetines de Halloween, una combinación que contrasta con su expresión preocupada.

—Claro —indica pasándose las manos por el cabello castaño, un gesto nervioso que revela su ansiedad.

—Odio esto —confieso, dejando escapar un suspiro frustrado.

—¿Qué cosa? —pregunta, buscando ocultar su propia angustia bajo una máscara de tranquilidad.

—Sentir que te estoy perdiendo —susurro despacio, deseando encontrar las palabras precisas para expresar mi preocupación.

—No me vas a perder —responde con firmeza, tomando mi mandíbula entre sus manos y obligándome a encontrarme con su mirada—. Menos por culpa de un hombre.

Una sonrisa triste se dibuja en mis labios a la vez que entrelazo mis dedos con los suyos, trazando las líneas de la palma de su mano, recordando los días de nuestra adolescencia en los que pretendíamos ser quiromantes. Pasábamos horas analizando las suaves líneas, inventando historias sobre cómo conoceríamos al amor de nuestras vidas, qué tan larga sería la relación y cuántos hijos tendría cada una.

Un recuerdo en particular viene a mi mente, un momento de vulnerabilidad después de la muerte del primer novio de Emily, Sebastien. Fue una de las pocas veces en que mi amiga me

permitió ir a su casa posterior al accidente y, a decir verdad, entré sin importar si me abría o no la puerta. Tan solo necesitaba asegurarme de que estuviera alimentándose y de que no le faltara nada esencial. Acostadas en la cama agarré su mano, al igual que lo hago ahora...

—Tendrás una vida extraordinaria —susurro, deseando infundirle algo de esperanza en medio de su dolor.

—No quiero una vida sin él —responde tan despacio que dudo por un segundo si imaginé sus palabras.

Mientras sostengo su mano entre las mías puedo sentir la tristeza que emana de ella, un torrente de emociones que amenaza con ahogarnos. Intento consolarla con palabras de aliento, pero sé que los esfuerzos son en vano. ¿Qué se le dice a alguien que ha perdido lo más importante en su vida?

—Lo sé, Emmy. Será difícil, no te lo voy a negar. Pero dentro de un tiempo vas a volver a brillar... por él y por ti. Me lo dice tu mano —murmuro, sintiendo el peso de la situación sobre mis hombros.

Le beso los nudillos, esperando de alguna manera confortarla. ¿Cómo le recuerdas que la vida estará bien eventualmente? En su posición no me creería. No puedo culparla.

La reacción de Emily es instantánea, su cuerpo se sacude en un llanto mientras su voz se quiebra con el dolor de la pérdida.

—Seb es... era todo para mí. Lo último que quiero es brillar cuando él nunca más podrá iluminar mi día con su sonrisa —confiesa entre sollozos.

Su sufrimiento se manifiesta de manera tan palpable que mis ojos se llenan de lágrimas. En medio de su dolor me siento impotente, sin saber cómo consolarla, cómo ofrecerle el apoyo que tanto necesita para seguir adelante, para mantenerse firme en esta vida. Cada lágrima que cae de sus ojos es como un golpe en mi estómago.

—Llegará alguien más a tu vida —digo con la esperanza de alentarla, pero me doy cuenta demasiado tarde de mi error.

No puedo creer que haya sido tan insensible como para decirle que llegará otro hombre a su vida cuando sigue de luto por aquel que creyó que estaría con ella por el resto de su vida.

—Lo siento, Emily. No quise decir...

—Estás equivocada —me interrumpe con amargura, apartándose de mí y evitando todo contacto—. No habrá otro.

—Em... —Extiendo mi mano para acariciarle el rostro, pero se aparta, rechazándome.

—Puedes irte —me dice con un tono de voz serio, incuestionable.

—No puedo creer que haya dicho eso, de verdad que lo siento —me disculpo, arrepentida.

—Por favor, vete —insiste con firmeza.

La angustia me embarga a medida que me doy cuenta de que no hay consuelo que le pueda

brindar después de mis palabras. Emily no me quiere acá y, si me quedo, le haré más daño que cualquier cosa. Me marchito con una sensación de impotencia mientras abandono la habitación, dejando atrás a mi amiga.

Esa conversación marcó un punto de inflexión en nuestra relación. Esa fue la última vez que hablé con Emily hasta que nos reencontramos el año pasado.

Recordar aquella noche turbulenta, donde las palabras expresadas pesaban tanto como las que no se dijeron, es como remover una herida que nunca sanó por completo.

Y como si estuviera leyendo mi mente, Em me trae devuelta al presente con una pregunta:

—¿Recuerdas esa noche en que... me dijiste que llegaría alguien más a mi vida? —susurra, su voz tiembla levemente.

Escucho sus palabras titubear, pero no es hasta que cruzo miradas con ella que me doy cuenta de que una lágrima le está rozando lentamente la mejilla.

—Sí —admito con un nudo en la garganta—. Lamento profundamente el dolor que te causé ese día.

—Creo que es la primera vez que sentí algo semejante al odio hacia tu persona —confiesa, haciendo añicos mi corazón.

Sus palabras son como una daga que perfora mi pecho y conciencia, pero no puedo negar sus sentimientos ni invalidarlos diciéndole que no era mi intención.

—Durante meses, incluso años, me obsesioné con esas palabras y el significado detrás de ellas. Te odié por minimizar mi dolor, por insinuar que mi amor por Seb era fugaz, que mi lealtad estaba condicionada tan solo a la vida y que podría ser reemplazado con facilidad —continúa, con su voz quebrada por la emoción—. Me odié a mí misma por temer que tus palabras se hicieran realidad, que algún día olvidaría a Seb y encontraría felicidad en otro.

Sus confesiones desgarradoras me hacen sentir más culpable y asiento en silencio, permitiéndole liberar todo el tormento que lleva dentro.

—Em...

—¿Lo peor de todo? Estoy tan feliz con Nicolás que a veces realmente olvido que mi corazón le perteneció a otra persona antes. Sé que Seb siempre quiso lo mejor para mí y que, desde el cielo, está deseando mi felicidad. Es solo que... me siento culpable por seguir adelante, es como si estuviera traicionando su memoria.

Mi corazón se hunde ante su angustia y lucho por que las palabras no me traicionen en esta ocasión.

—Emily, estoy tremendamente orgullosa de la mujer en quien te has convertido —comienzo, esperando que mis términos sean los adecuados—. La vida te ha presentado desafíos desgarradores, pero has encontrado la manera de seguir adelante, de encontrar la felicidad

incluso en medio del dolor. Y acá estás: eres una mujer exitosa, reconocida dentro de su campo, enamorada de uno de los hombres más adinerados de la ciudad. —Levanto las cejas y me sonrío tímidamente.

—Prometo que fue casualidad —recalca ella.

—Haré como que te creo —bromeo con humor—. Hay mucho de tu relación con Nicolás que desconozco, pero nunca he visto a alguien tan ensimismado con su pareja. Te prometo que cada vez que entras en la habitación veo sus ojos iluminarse y su sonrisa agrandarse. Sé que ve en ti el resto de su vida. Y eso es todo lo que siempre quiso Seb. Que estuvieras feliz. Te conozco hace más de veinte años y en serio te digo... nunca te he visto tan radiante. No le daré todo el crédito a Nick, pero en definitiva es un factor que no hace más que sumar en tu vida.

Sus lágrimas cesan lentamente y son reemplazadas por una expresión de gratitud.

—Gracias, Ave.

—Siempre estaré aquí para ti, Em —prometo, con el corazón lleno de cariño—. No importa cuánto tiempo pase o cuántas veces tropecemos en el camino. Ya no te puedes escapar de mí, sé dónde vives.

Una sonrisa se curva en sus labios y su mano aprieta la mía con cariño.

—¿Podemos no estar incómodas y amarnos incondicionalmente? —inquiero, dándole un ligero empujón en el hombro.

—Por supuesto que sí, mocosa. Es solo que me preocupo por ti —dice con suavidad—. Advierto que lo que diré a continuación puede sonar muy cursi para oídos frágiles... pero quiero que tengas a una persona tan maravillosa como Nicolás. Mereces a alguien que esté dispuesto a mover tierra y mar por ti. Que vaya a la luna con la intención tan solo de verte sonreír. Gabriel no me da la impresión de ser ese tipo de hombre.

Sus palabras, aunque son bienintencionadas, despiertan una sensación incómoda en mi pecho. Lo que dice no debiese afectarme tanto, y mi corazón no debiese sentirse decepcionado.

—Esto no es nada serio —digo para quitarle importancia.

—Mejor que se mantenga así.

—Gabriel no es perfecto, lo sé. Pero tampoco lo soy yo —añado impulsivamente—. No quiero que pienses que no valoro tus opiniones, pero también necesito que confíes en mí para tomar mis propias decisiones.

—Oh. Lo siento si te he hecho sentir mal —se disculpa Emily—. Solo quiero lo mejor para ti. Si Gabriel te hace feliz, entonces estoy feliz por ti.

Me estremezco ante su comprensión y siento un nudo en la garganta. Me doy cuenta de cuánto significa para mí su apoyo.

Y temo el día en que la verdad salga a la luz.

—¿Quieres terminar de ver esta película conmigo? —pregunta, rompiendo la tensión con un destello de normalidad.

Asiento con una sonrisa, aliviada de que nuestra amistad sea capaz de resistir las pruebas del tiempo y las adversidades.

—Hazme espacio a tu lado.

Gabe: Alex está de cumpleaños la próxima semana.
Avery: ¿¿¿Cómo sabes???
Gabe: Sé muchas cosas.
Avery: Para nada preocupante...
Gabe: Será nuestra segunda aparición como pareja.
Avery: Pareja falsa.
Gabe: Semántica.
Gabe: Te iré a recoger hoy a la salida del trabajo. ¿Vas a la oficina?
Avery: Tengo planes.
Gabe: Cancélos.
Avery: No.
Gabe: Esto es más importante.
Avery: Mi ansiedad difiere. Tengo yoga a las 7 pm, príncipe.
Gabe: ¿Vas a la oficina?
Avery: No.
Gabe: ¿Te han dicho que eres encantadora por texto?
Gabe: Mándame la dirección, *ladra*. Paso por ti después de yoga.

Entorno los ojos, irritada por su insistencia para que nos veamos con tan poco aviso. Considero que soy lo suficientemente espontánea como para actuar de manera impulsiva si la situación lo amerita, lo cual ha resultado en historias bastante interesantes en el pasado... Aun así, durante toda la jornada laboral, mi mente está ansiosa por la junta con Gabriel. ¿Por qué? Oh, si tan solo pudiera comprender la razón por la cual mi cuerpo reacciona de cierta manera ante diferentes obstáculos, podría aventurarme al centro comercial en horas pico para comprar ropa en mis tiendas favoritas. Pero, lamentablemente, no tengo esa claridad mental y mi ansiedad no es un interruptor que pueda encender y apagar a voluntad.

Sin embargo, hoy en el trabajo recibo buenas noticias. La celebración por el aniversario de la empresa se suspende hasta marzo, dado que las condiciones climáticas están muy impredecibles y parece que en la fecha acordada habrá una tormenta peligrosa. Si bien me relaja saber que no me encontraré pronto con Ethan, esto solo retrasa lo inevitable.

La tarde transcurre mientras intento distraerme de mis labores. Durante la sesión de yoga logro desconectar mi mente de los pensamientos catastróficos, enfocándome en los movimientos y agradeciendo a mi cuerpo por todo lo que hace por mí (olvidando los malos ratos causados por la falta de hierro, pero ese es problema mío).

Al salir del estudio, Gabriel me está esperando con brazos cruzados y una... ¿eso que tiene en su mano es una barrita de proteínas?

—Toma.

Me la extiende y, síp, efectivamente es una barrita de proteínas.

—¿Qué es esto? —pregunto, confundida por su gesto.

—¿Qué parece, *ladra*? Es un alimento nutritivo que deberías consumir luego de ejercitarte — contesta sin darle importancia.

Dubitativa tomo la barrita, un poco desconcertada por su muestra de... ¿preocupación? ¿Qué significa esto? Estoy por preguntarle la razón por la cual vino con algo para comer cuando vuelve a hablar.

—Vivo a unas cuadas de acá, vamos a mi departamento a hablar.

Me detengo en seco y lo miro estupefacta. A los pocos segundos se da cuenta de que no lo estoy siguiendo y se voltea para mirarme. Su camisa blanca, excesivamente limpia (¿tendrá algún consejo para que no queden manchas amarillas en las axilas?), resalta sus cálidos ojos. Si fuera cualquier otra persona —si no fuera el hermano del novio de mi mejor amiga, el hombre que chocó mi auto, el hijo de puta irresponsable que quiso vender la casa de sus padres— quizá haría un esfuerzo por seducirlo.

—No iré a tu hogar. —Me cruzo de brazos para hacerle saber lo serio que estoy siendo al respecto.

Exhala de manera evidente, como si quisiera que notara la molestia que le estoy causando. No me dejo intimidar por su expresión abrumada, más bien levanto los hombros y espero que diga algo o proponga otro lugar.

La calle está ruidosa con la actividad de la hora, las luces de los edificios se encienden y la ciudad se transforma en un espectáculo de destellos dorados contra el fondo oscuro del cielo invernal. Es en esta atmósfera gélida que nuestras palabras parecen flotar.

—Agradecería que te pudieras explayar —dice con un tono resignado.

Su desgaste emocional me causa una leve sonrisa, aunque trato de no mostrarlo abiertamente.

—Podrías ser un asesino en serie —comento, intentando justificar mi reticencia.

—Avery, tu mejor amiga me asesinaría antes de que te tocara sin tu consentimiento. Imagínate qué pasaría si hiciera el intento de asesinarte. No lo quiero averiguar —responde con un toque de humor.

Tiene un punto.

No es que desconfíe de sus intenciones; tengo más que claro que no quiere nada de mí y

viceversa. Es solo que su propuesta de ir a un lugar tan íntimo para él me provoca incomodidad. A pesar de ello, la curiosidad por conocer las cuatro paredes en las que pasa gran parte de su tiempo se apodera de mí. Me pregunto cómo será la decoración de su departamento. ¿Será de esos tipos que optan por un estilo minimalista, con todo blanco y negro? O quizá, dado su interés por la pintura, ¿tendrá cada centímetro de pared adornado con obras creadas por él mismo? ¿Poseerá un armario secreto repleto de recuerdos de su infancia? ¿O tal vez sea todo lo contrario, un espacio desordenado que refleja el caos interno que oculta? Son interrogantes que exigen respuestas.

—Vale, vamos a tu departamento —concedo.

Ninguno de los dos hace un esfuerzo por entablar una conversación en el camino, lo cual agradezco, ya que estoy demasiado cansada para pensar en qué decirle a Gabriel.

A los quince minutos llegamos a un imponente edificio victoriano, cuya estética me deja boquiabierta. ¿Acaso vive aquí? Mientras Nicolás reside en uno de los edificios más lujosos de Nueva York, el hogar de Gabriel, al menos por fuera, parece acogedor. Resulta extraño, considerando la seriedad con la que Gabriel se presenta al mundo. ¿Cómo puede ser tan diferente de su hermano, siempre risueño y amable?

—¿Te mudaste hace poco? —pregunto para romper el incómodo silencio.

—El mes pasado —responde, abriendo la puerta del departamento 41—. Adelante.

No sé qué esperar de su departamento y aun así logra sorprenderme. Sé que es una exageración, pero mi boca toma control propio y se abre a modo de sorpresa, porque, oh, Dios, ¿aquí vive Gabriel de Santis? Aunque los grandes ventanales apenas dejan pasar la luz tenue del día, la iluminación interior es tan acogedora que olvido que estamos en pleno invierno. Hay una pared repleta de estantes de madera oscura llenos de libros que parecen contar historias por sí solos, cada uno con su propio encanto y misterio. Algunos están ligeramente desalineados, como si hubieran sido ojeados hace poco, mientras que otros parecen estar intactos, esperando ser descubiertos.

En cada rincón hay detalles que llaman la atención, desde pequeñas esculturas hasta fotografías enmarcadas que cuentan historias pasadas. Todo contribuye a crear una sensación de calidez y acogida, como si el espacio estuviera vivo y esperando ser explorado.

En medio de la habitación hay un sillón *beige* con cojines mullidos en tonos cálidos que me invitan a relajarme y dejarme llevar por la tranquilidad del espacio. Dios santo, este lugar es perfecto para perderse en la lectura. ¿Será que acabo de entrar a una realidad paralela en la que Gabriel tiene *buen gusto*?

Estoy por sentarme en el sofá cuando...

—¡Gato! —exclamo, apuntando al gordo gato que descansa plácidamente entre los cojines.

Camino hacia él con el propósito de esconderlo de Gabriel, segura de que este lo echará de su hogar y no le importará darle un refugio. Debió haber entrado por uno de los ventanales.

—¿Cómo sabías su nombre?

La pregunta de Gabriel me desconcierta. ¿Conoce a este gato? Y más importante aún...

—¿Me estás diciendo que se llama *Gato*?

—Sí.

—Nunca entenderé la mente de los hombres —musito volviendo mi atención a Gato— ¿Es tuyo?

—Sí.

—¿Sabes comunicarte con frases completas o cada respuesta amerita un monosílabo?

Clava su mirada en mí y sonrío.

—Gato es mío —responde, acercándose a nosotros con paso seguro—. A los pocos días de mudarme al edificio lo encontré en las escaleras de la entrada, desnutrido y sucio. Publiqué fotos de él en distintas redes sociales con la esperanza de encontrar a sus dueños, pero al parecer es callejero.

—Y lo adoptaste —digo con admiración.

—Lo llevé al veterinario para que le aplicaran las vacunas correspondientes, me aseguré de que lo bañaran unas cuatro veces y, sí, lo adopté. Hice todos los trámites para registrar su adopción y cuando me preguntaron por su nombre, dije que me había estado refiriendo a él como «el gato». Por ende, Gato.

Lo miro impresionada.

—¿Cuántos años tiene?

Me acerco de manera cautelosa a Gato, quien se despierta al sentir mi presencia. Se estira sobre los cojines y se aproxima con precaución, estudiando cada uno de mis movimientos.

—Debe tener dos años. Es bastante tranquilo y, según la veterinaria, tiene personalidad de perro. Es muy cariñoso.

En ese momento, Gato acaricia mi mano con su pata y me mira con esos ojitos que podrían derretir a cualquiera. Sí, estoy enamorada de este animal que todavía no conozco. Tras su gesto de confianza lo abrazo y hablo con él como si fuera un recién nacido en lugar de un animal que probablemente me considere un poco loca.

Gabriel se sienta en el sofá y acaricia también a Gato. Me detengo cuando nuestros dedos se rozan y siento una corriente eléctrica recorrer mi cuerpo. Aclaro la garganta y me levanto del sofá.

—¿De qué quieres hablar? —pregunto, de pronto insegura.

—¿Quieres una taza de té? —ofrece.

—No, gracias.

—En ese caso... es momento de enamorarnos del otro.

—¿Disculpa? —pregunto estupefacta, agradeciendo que no pueda escuchar cómo mi corazón acelera su ritmo.

—Si bien en Navidad no nos bombardearon con preguntas sobre nuestra relación, es inevitable que mis hermanos y tus amigos comiencen a indagar más sobre nuestra historia. Ahora que se acerca el cumpleaños de Alex, debemos hacer nuestra segunda aparición formal como pareja y quiero que estemos preparados —indica Gabe, caminando de un lado para otro mientras piensa en un plan.

—Dios, lo dices como si fuéramos los diamantes de la temporada en búsqueda de un esposo —comento con humor.

—Ese ejemplo no está tan alejado de la realidad.

—De acuerdo —confirmo, entornando los ojos.

—Creo que deberíamos comenzar por conocernos mejor, cubrir las bases de lo que una pareja debiese saber del otro — propone Gabriel.

Se sienta a mi lado en el sofá, dejando espacio entre nuestros cuerpos para que Gato se acomode. Apoyo un brazo en el respaldo y me volteo para dirigirle toda mi atención a Gabriel.

—¿En qué consiste tu trabajo? —inquiero, pues aún no entiendo del todo qué implica ser Gerente de Tecnología de una empresa de seguridad.

—Desarrollo sistemas de seguridad, gestiono a los equipos, estudio nuevas tecnologías, entre otras cosas aburridas. ¿Tú programas videojuegos? —pregunta con una calma aparente, aunque en sus ojos hay un brillo de interés que no pasa inadvertido.

—¿Cómo lo sabes? —Mi sorpresa es evidente.

Si bien me acompaña de vez en cuando al trabajo, nunca he compartido detalles específicos de lo que hago.

—Internet —dice con una sonrisa traviesa, mientras acaricia con delicadeza a Gato, quien se acomoda plácidamente en su regazo.

¿En qué momento me buscó por internet? ¿Con qué propósito? ¿Qué quería encontrar?

—Trabajo programando todo tipo de juegos —menciono—. Nunca imaginé estar en este mercado, si soy honesta, pero he descubierto una profesión que me emociona y me entretiene. No hay nada como escribir códigos que luego se convertirán en gráficas coloridas que serán disfrutadas por miles de personas —comparto.

Fue un trabajo que encontré por casualidad luego de titularme de la universidad, sin saber qué

era a lo que me quería dedicar. Decidí darle una oportunidad para obtener experiencia, desconociendo que se iba a convertir en una verdadera pasión.

—¿Alguno que conozca? —pregunta.

—He codificado algunos, pero el más destacado de todos es *Z-Calypse*.

Z-Calypse es un juego que sumerge al jugador en un apocalipsis zombie, donde el protagonista es mordido por un zombie y, por alguna razón, conserva su consciencia humana mientras busca desesperadamente una cura, sintiendo al mismo tiempo cómo la humanidad de a poco se desvanece.

Los ojos de Gabriel se abren de par en par y los clava en mí con una mezcla de sorpresa y admiración.

—¿Tú creaste *Z-Calypse*?

—Síp —confieso, sonrojándome.

—¡No puede ser!

Gabriel deja a Gato a un lado, se levanta del sofá y desaparece en una habitación que supongo es la suya. Emerge al instante sosteniendo una computadora y vuelve al sofá con una expresión irreconocible. Confundida, espero que me explique qué está haciendo, pero todo queda claro cuando prende la computadora y aparece de fondo de pantalla el conocido *home* del juego.

—¿Lo conoces? —pregunto, emocionada. Me encanta conversar con gente que ha jugado *Z* y me brinde retroalimentación.

—¿Si lo conozco? Estuve obsesionado con *Z* por meses — anuncia, abriendo el videojuego para mostrarme a sus personajes—. Buscaba todos los días foros en Reddit para conocer a más gente fanática que quisiera comentar la historia conmigo. ¡No puedo creer que esté con la creadora de uno de los juegos apocalípticos mejor pensados del último siglo!

Una sonrisa se dibuja en mi rostro sin que pueda evitarlo, contagiada por su evidente entusiasmo. ¿*Quién es este Gabriel*? Está actuando de manera infantil, de una forma que sana el alma y que, imagino, no se permite frecuentemente. Es como si me estuviera permitiendo entrar en un rincón privado de su ser, un lugar reservado y exclusivo al que pocos tienen acceso. En este momento es que me doy cuenta de que hay mucho más por descubrir y que su complejidad es una de las razones por las cuales me veo tan intrigada por él.

En cuanto al juego, Gabriel está exagerando, claro. Sin embargo, *Z-Calypse* se volvió muy popular luego de que un conocido *gamer* hiciera una reseña en su canal de YouTube. Gracias a él, las descargas aumentaron exponencialmente y se convirtió en uno de los más premiados del año. Después de su explosiva popularidad recibí un bono significativo en el trabajo y ahora están esperando que lance el siguiente gran juego. Aunque la presión es abrumadora, ver este tipo de reacciones me recuerda por qué lo que hago.

—Acabas de ganar mi respeto —dice con humor.

—Lo que siempre quise —respondo de manera sarcástica.

Deja su computadora en la mesa de centro, junto a una cámara vintage que pareciera tener un siglo de antigüedad. Ahora que la observo en detalle, recuerdo haber visto a Gabe en distintas ocasiones con una cámara colgando alrededor de su cuello. Incluso lo he observado fotografiando el cielo y capturando los paisajes invernales.

—Entonces eres un pintor profesional y... ¿fotógrafo?

Gabe levanta esa cámara que parece sacada de tiempos pasados y esboza una sonrisa.

—La fotografía vino antes que la pintura. De hecho, la mayoría de las fotos en casa de mis padres fueron tomadas por mí —. Sus palabras fluyen con melancolía al recordar los días del pasado—. Me gusta inmortalizar los momentos.

—¿Has ido a la casa de tus padres en el último tiempo? —pregunto, aprovechando la oportunidad de hablar de ellos.

—Esa no es la razón por la que estamos aquí. ¿Libro favorito? —Su voz es suave, pero firme, por lo que me queda claro que no responderá esa pregunta.

—Una persona no puede tener *un* libro favorito —contesto con un toque de humor para aliviar la tensión—. ¿Pintor favorito?

—Claude Monet —suelta sin pensarlo—. ¿Color favorito?

Extrae un cigarro de su abrigo y lo inspecciona unos segundos antes de guardarlo, esperando paciente mi respuesta. Me encuentro contemplándolo en silencio, resistiendo la tentación de interpretar su acción. Me pregunto si, de alguna manera, decidió no encender el cigarro al recordar mi aversión al olor. Sacudo la cabeza para desechar tales suposiciones absurdas. Sin embargo, el gesto no pasa desapercibido, dejando un pequeño rastro de incertidumbre en mi mente.

Dios, Avery, no todo se trata de ti. ¡Deja de romantizar la vida!

—Verde esmeralda —digo de manera sugerente, sin quitar mi vista de sus ojos—. Es broma. Probablemente es el rosa. ¿Comida favorita?

—Las rubias que programan videojuegos —bromea de vuelta, una sonrisa traviesa escapando de sus labios—. Probablemente el *calzone*.

Continuamos el intercambio de preguntas por varios minutos y yo me intereso cada vez más en sus respuestas. El ambiente se carga de expectación mientras esperamos las reacciones del otro.

—¿Por qué quieres administrar el Hotel de Santis? —Mi voz refleja curiosidad.

—Quiero continuar el legado de mis padres y honrarlos de alguna manera —comenta, sincero. Juega nerviosamente con sus dedos, como si hubiera algo más que quisiera decir y no supiera cómo hacerlo. No lo presiono.

—¿Por qué esperaste tantos años para hacer algo al respecto?

—Cuando mis padres... fallecieron. —Sus palabras salen entrecortadas, es evidente que los recuerdos lo agobian—. Nuestra pequeña familia se derrumbó por completo. Con Nicolás

solíamos ser los mejores amigos, pero cada uno lidió con la pérdida de una manera distinta que provocó roces entre nosotros. No fue hasta que sucedió algo hace un par de meses que me di cuenta de las cosas que importan realmente. Necesito recuperar a mi familia.

—Lo entiendo. Pero ¿por qué hacer todo esto? ¿Por qué no hablan como personas civilizadas? —Suavizo mi voz, intentando transmitir empatía.

—Es... complicado. —Traga con dificultad—. He dicho muchas cosas a lo largo de los años. Creo que esta vez Nicolás solo necesita acciones.

—Sigo sin entender por qué me necesitas. —Frunzo el ceño, intentando entender la lógica de su plan.

—Eres un tipo de intermediaria —responde, desviando la mirada hacia el horizonte como si buscara respuestas en el paisaje distante.

—Esto no te pasa con Cam —reflexiono en voz alta.

—Cam es... es distinta, ¿sabes? Es la más resiliente de los tres. —Su voz se escucha orgullosa—. Sin importar las dificultades que enfrente, es capaz de pensar con la cabeza en frío y tomar decisiones con sentido.

—Esa es una gran carga para la menor de los de Santis —manifiesto, preocupándome repentinamente por Cam.

—Nunca perdí el contacto con ella —explica Gabe—. Fue mi mejor amiga cuando todo se fue a la mierda y Nicolás asumió el rol de guardián. Ella era la única persona con la que podía hablar de lo que me atormentaba. Era a quien acudía en mis momentos más oscuros. Nuestra relación ha sufrido, sí, pero confío en que podremos superarlo juntos.

—Entonces todo este plan elaborado es para reparar la relación con tu hermano —resumo, conectando los puntos.

—Básicamente —asiente con determinación en su expresión.

—En realidad, creo que existe una solución más fácil —digo, buscando simplificar las cosas.

Estoy por argumentar mi punto de vista cuando reconozco un patrón de colores frente a mí. Me acerco para asegurarme de que sea lo que creo que es... ¡y lo es!

—¿Qué haces con este libro? —pregunto, confundida, mientras sostengo el tomo en mis manos.

Gabriel se sonroja, tal vez un poco avergonzado.

—¿Acaso no te enseñaron modales? Es de mala educación tocar propiedad ajena —responde con un tono de reproche que apenas oculta la chispa de diversión en sus ojos.

—Es uno de mis libros favoritos —informo, ojeando las páginas.

—Lo sé.

—¿Cómo? —pregunto, intrigada por la revelación.

—Cam subió una foto tuya a sus redes sociales y en tus brazos tenías las diferentes ediciones de este libro —explica con una sonrisa, como si estuviera disfrutando mi desconcierto.

Sí, tengo varios ejemplares de mis libros favoritos. Como si fuera un crimen.

—Eres un puto psicópata —recrimino.

—Quiero conocer bien a mi novia —dice con una sonrisa—. Trabajo en una empresa de seguridad, *mia cara*. Debes tener claro que lo sé todo.

—Eso no explica por qué tienes este libro —insisto, alzando una ceja en señal de interrogación.

—Lo compré por curiosidad —confiesa—. Quiero ver qué tiene de especial. Entender por qué tienes cuatro ediciones de él.

—Seis ediciones —corrijo, como si fuera un triunfo.

—Seis.

—¿Lo leíste?

La curiosidad mató al gato, dicen.

—Me llegó ayer —aclara, quitando el libro de mis manos—. Llevo tan solo treinta páginas.

Un breve silencio cómodo se instala entre nosotros. Lo observo con interés renovado, preguntándome una vez más: *¿quién mierda es Gabriel de Santis?*

—Entonces... la idea es que en el cumpleaños de Alex podamos comenzar de manera pública con esta charada —dice, retomando la conversación inicial—. Todos saben que estamos saliendo... es momento de que nos vean en acción.

—Por los próximos dos meses —recuerdo, calculando mentalmente el tiempo que tenemos.

—Dos meses y una semana —enmienda Gabriel.

—Necesito un pago por adelantado —solicito, intentando parecer casual.

Detesto abordar temas financieros, pero esta es una de las principales razones por las cuales accedí al plan. Cuando fui a cotizar distintos planes de rehabilitación descubrí que un tratamiento de calidad puede costar hasta cincuenta mil dólares por tres meses. A regañadientes, llevé a Mia al único centro que prometía ser amigable en vez de un psiquiátrico y tras conversar con el administrador logré que aceptara que la primera cuota fuera pagada a fin de mes, pensando que Gabe podría transferirme los fondos necesarios antes de esa fecha.

—Oh. Sí, claro. Puedo abonarte el cincuenta por ciento ahora y el resto transferirlo a tu cuenta al finalizar el trato —propone, mostrando disposición de cumplir con sus términos.

Quiero cuestionar el hecho de que maneje cincuenta mil dólares de manera tan irresponsable, pero no me conviene en esta situación. Quizá le pregunte una vez que concluyan los tres meses.

—Me parece justo —acepto, satisfecha con las condiciones.

Bien, parece que realmente haremos esto. En ese caso:

—Reglas —intervengo, retomando el control de la conversación y estableciendo condiciones.

—Necesito que me beses un par de veces frente a Nick —demanda él, añadiendo un toque de teatralidad al levantar las cejas.

Lo pienso por un instante, pero nadie creerá que somos pareja si no mostramos públicamente

algún tipo de cariño.

—Sin lengua —aclaro, definiendo límites importantes.

—Por supuesto que sin lengua. Ten algo de clase, *mia cara*.

Entorno los ojos y maldigo por lo bajo, sintiendo una punzada de molestia ante su comentario, como si yo fuera regalando besos con lengua por la calle.

—Me gustaría que, por la duración del trato, no te vieras con otros hombres —solicita Gabriel, añadiendo una cláusula que no tenía en consideración.

—Eso no es... —murmuro, sintiendo la necesidad de defenderme.

—Si te ves con otros hombres, Em se enterará, por ende, se enterará también mi hermano y este plan se derrumba. Lo siento, pero no es negociable —interrumpe, mostrando firmeza en su postura.

Siento una oleada de frustración por creer que puede decirme qué hacer o no con mi cuerpo. Me levantaría y marcharía de este lugar si esos cincuenta mil dólares no estuvieran flotando sobre mi cabeza.

—Lo mismo para ti —contraataco, recordando que el acuerdo es recíproco.

—Guau. Pensé que ibas a debatir más este punto. Después de todo, te he visto con tu desfile de hombres por el hotel.

—¿Disculpa? —pregunto, levantándome del sofá y apuntando un dedo en su dirección—. ¿Estás *criticándome* por tener una vida sexual activa? Si ese es el caso, déjame decirte que...

—No es lo que estoy diciendo, Avery. Solo pensé que tendría que insistirte un poco más para que accedieras a esto —se apresura a aclarar, reconociendo su error.

Se para frente a mí sin quitar su vista de mis ojos azules.

—Sigo sintiendo que intentas humillarme —confieso, revelando el impacto que tuvieron sus palabras en mí.

Tal vez su intención no fue herirme, pero ese tipo de comentarios son la razón por la cual tuve un mal rato en el colegio. Y no voy a tolerar que otro hombre intente avergonzarme en mis veinte años por lo mismo.

—Para tu información, nada de lo que digas puede lastimarme. Tengo suficiente amor propio como para reconocer que tus palabras carecen de valor. Y si quiero verme con más de alguien a la semana, no tienes derecho a decirme si puedo o no. Yo decido cómo paso mi tiempo libre, no tú. Yo decido cuándo y con quién comparto mi cuerpo, no tú. Así que no te atrevas a sugerir nuevamente que no debería vivir mi vida como deseo.

Me detengo. El ambiente ahora está cargado de tensión. Siento una fuerza renovada dentro de mí, una determinación indomable. Si Gabriel vuelve a faltarme al respeto, mandaré su plan a la mierda, porque ya no seré cómplice de mi propia opresión.

—Lo lamento, Avery. —Se disculpa con sinceridad en sus ojos—. Soy la última persona que juzgaría tu vida.

—Tú no has hecho más que tomar malas decisiones en los últimos años —acuso, sintiendo la necesidad de atacar de vuelta.

—¿Podrías no restregármelo en la cara? Estoy intentando redimirme —pide con suavidad, sus labios curvándose en una sonrisa.

Asiento con un dejo de arrepentimiento. Sus disculpas parecen genuinas, así que respiro con profundidad para liberarme del peso que cargo sobre mis hombros. Dios, parece que Ethan no solo reapareció en mi vida, sino que está lentamente adueñándose de cada rincón de mi cabeza.

—Redimirte será difícil —adviento, conociendo la postura de Nicolás y lo profundo que corre su dolor.

—Por eso necesito tu ayuda —suplica, vulnerable—. ¿Tenemos un trato?

Extiende su mano, esperando que la tome para concretar el acuerdo. Pero antes de hacerlo necesito aclarar una cosa.

—No saldrás con otras personas, ¿cierto?

—No tengo intenciones de conocer a otras personas, Avery —dice, como si sus palabras tuvieran algún otro tipo de significado.

—Iré a los eventos que necesites mientras tú cumplas con tu parte del trato. Necesito que me lleves y me recojas del trabajo los días que requieran mi presencialidad. Te avisaré con al menos veinticuatro horas de anticipación cuáles son esos días para que te logres organizar. Además, recuerda que tengo el evento de aniversario. Será en marzo, así que tenemos tiempo aún —planteo, detallando las expectativas.

—Sí, *mia cara*. Puedes contar conmigo para lo que necesites. Y... puedes hablarme si lo deseas. Sobre la situación entre Ethan y tú.

Sus palabras se sienten como un abrazo cálido y al mismo tiempo como un puñetazo en el corazón.

—No hay nada que contar —miento sin convicción.

—Si es que llegase a haber algo... acá estoy —añade con firmeza.

—Vale.

Notificación

Gabriel de Santis acaba de realizar una transferencia por USD 25.000.

Apenas Gabe hace la transferencia de la primera mitad de lo acordado, me dirijo al centro de rehabilitación en el que se encuentra Mia para darle la buena noticia y aprovechar de pagar el primer mes antes de quedar como morosa.

Mientras conduzco hacia el centro, mi mente repasa todo lo que ha sucedido para llegar a este punto. Pienso en mi amiga, quien ha tenido que lidiar con esto durante los últimos diez años. Ha sido una lucha constante, marcada por las noches sin dormir y el terror por lo que le podría pasar a su madre.

Espero que eventualmente Emily entienda la razón por la que hago esto. Mia es una segunda madre para mí, pero mi motivación más grande es mi amiga, quien está cumpliendo todos sus sueños y está logrando lo que siempre quiso. Sin embargo, la he escuchado llorar algunas noches. La he observado viendo fotos del pasado. Sé que se sentiría más completa con su madre a su lado, por más que no lo quiera admitir. Tengo la esperanza de que este sea el comienzo de algo mejor para Mia y Emily.

El centro de rehabilitación es un lugar amplio y acogedor. Al llegar, me impresiona lo bien diseñado que está para proporcionar un ambiente terapéutico. Los jardines exteriores son exuberantes, llenos de senderos donde los residentes pueden caminar y entretenerse. Hay bancos en los que sentarse bajo árboles frondosos, invitando al descanso. En el centro, una fuente proporciona un sonido relajante que complementa la tranquilidad del lugar.

Dentro del edificio, los espacios comunes están decorados con colores cálidos y pinturas que cuelgan en las distintas paredes. Hay salas de terapia grupales equipadas con cómodos sofás y sillas dispuestas en círculo para fomentar la comunicación, pero también se encuentran salas de terapia individual, con iluminación suave y plantas que añaden un toque de vida.

Al entrar en la habitación de Mia, me encuentro con una visión desgarradora: está sentada en el borde de la cama, su cuerpo erguido como si estuviera cansada de estar aquí. Su piel, en el pasado vibrante, se ve pálida y enfermiza, como si toda la vitalidad hubiera sido drenada de ella.

Sus ojos, los mismos que siempre brillaban cuando le contábamos sobre los chismes más recientes del colegio, están ahora hundidos y rodeados de oscuras ojeras, lo que me hace pensar que no ha dormido en días. El cansancio parece haberse apoderado de cada parte de su ser.

Trago saliva al adentrarme en la habitación, sin saber qué decir.

—¡Lo logramos! —exclamo, intentando traer energía a este lugar.

Me acerco a ella y noto que sus manos están temblando ligeramente. Sus dedos juegan de manera nerviosa con una cuerda suelta en sus pantalones. Cada pequeño movimiento parece implicar un esfuerzo monumental por parte de ella, como si su cuerpo estuviera luchando contra una tormenta interna que no tiene fin.

Me duele verla así, tan diferente de la persona que conocí, llena de vida y energía. Sin embargo, también sé que este es un paso necesario en su camino hacia la recuperación. Las enfermeras me indicaron que los primeros días suelen ser particularmente difíciles, porque el cuerpo lucha por adaptarse a la falta de alcohol. Me advirtieron que estas primeras semanas pasaría por una serie de evaluaciones exhaustivas para entender mejor su situación y desarrollar un plan de tratamiento personalizado. Desde entonces, ha estado en sesiones de terapia, tanto individuales como grupales, en las que comparte con otras personas que están pasando por lo mismo.

—¿Cómo conseguiste el dinero? —pregunta despacio.

—Eso es lo de menos. —Hago un gesto para restarle importancia—. No fue de manera ilegal, si es lo que te preocupa.

Esboza una leve sonrisa y veo un reflejo de la segunda madre que me crio. Tengo fe en que con el pasar del tiempo recuperará esa chispa.

—No sé si estoy lista para esto —susurra tomando mi mano, mientras las lágrimas caen por su rostro.

Me pongo en cuclillas frente a ella, con el corazón roto por verla así, tan frágil.

—Recuerda por qué lo haces —respondo para darle fuerzas.

—Por mi nieta o nieto.

—Y por Emily —agrego.

—Por mi hija.

Horas después, mientras me preparo para irme, miro a Mia una última vez. La veo luchar, pero también veo su determinación y su fuerza. Sé que el camino hacia la recuperación no será fácil, pero estoy convencida de que ha dado el primer paso en la dirección correcta.

Al salir del centro siento una mezcla de esperanza y ansiedad, pero sobre todo un profundo amor por Mia y la convicción de que logrará superar esto.

Hace ocho años.

Hace ocho años pierdo mi virginidad con Aaron en una fiesta.

Tengo dieciséis años.

Él tiene dieciocho.

Estoy un poco ebria por su atención y por los tragos que han corrido durante toda la noche por mis venas.

Emily, mi amiga responsable, se fue hace una hora de la fiesta porque tenía dolor de cabeza, dejándome bajo el cuidado de Chloe, mi otra (menos atenta) mejor amiga.

Chloe ha pasado toda la noche hablando con una chica pelirroja que la tiene embobada y me ha dejado sola lo suficiente como para que Aaron, el presidente del club de Naciones Unidas, se acerque a hablar.

La fiesta está en pleno apogeo. La música vibrante llena la casa y las luces de colores crean un ambiente festivo, algo desenfrenado. La gente está por todas partes: algunos bailan en la sala, otros charlan en la cocina y unos cuantos se han refugiado en el patio trasero en busca de aire fresco. Por mi parte, me encuentro en una esquina del salón, preguntándome si debía quedarme o irme a casa.

—Me disculpo por los hombres que se te han acercado luego del incidente —dice Aaron con un rostro suave y sincero.

Tardo unos segundos en procesar sus palabras, pero rápidamente entiendo a qué se refiere... el incidente con Cory. Por ese mismo tema es que Emily había insistido en que nos quedáramos en casa y pasáramos la noche comiendo golosinas hasta más no poder haciendo maratones de nuestras películas favoritas, pero yo ya había decidido no dejar que los rumores arruinen mi vida.

Al llegar a la fiesta noté algunas miradas, pero la mayoría de las personas estaba demasiado borracha para prestarme atención, así que pasé el resto de la noche bailando con mis amigas, moviendo mi cuerpo al ritmo de la música, bebiendo los tragos de la barra y disfrutando el momento. Sin embargo, desde que se marchó Emily me quedé en una esquina, debatiéndome entre ir a casa o fingir que todo está bien, que no estoy rodeada de las mismas personas que han dicho el peor tipo de cosas sobre mí.

Entonces se acercó Aaron.

—Oh. Gracias, eres muy gentil —digo encogiéndome de hombros.

Nadie se ha disculpado por el comportamiento de mis compañeros.

—¿Puedo invitarte un trago como disculpa? —sugiere con los labios encorvados en una sonrisa.

—Sabes que es barra libre —respondo entre risas.

—Lo sé, pero la otra manera suena más caballerosa.

Suelto una leve carcajada.

—Sí, caballero. Puede usted invitarme a un *shot* de tequila.

Pasamos los siguientes minutos hablando sobre nuestras vidas y me veo disfrutando su compañía, queriendo estar más tiempo con él. La atención de Aaron no tiene ese aire depredador que otros compañeros muestran al observarme. No baja su mirada a mis pechos ni me pregunta si los rumores son ciertos, sino que me hace preguntas sobre mí, como si realmente le importara quién soy yo. Parece interesado en conocerme de verdad.

Mientras la fiesta continúa a nuestro alrededor, Aaron sugiere encontrar un rincón más tranquilo donde podamos hablar sin tener que gritar sobre la música. Lo sigo con seguridad, sin despreciar la oportunidad de seguir conociendo a este chico que pareciera *verme de verdad*. Llegamos a una de las habitaciones del segundo piso y, en ese momento, en medio de risas y confidencias, todo cambia.

No espero que me bese como nunca nadie lo ha hecho. Sus labios se sienten firmes y suaves sobre los míos, pero pronto profundiza el beso y se convierte en uno tan apasionado que casi me deja sin aliento. Estando entre sus brazos siento una mezcla de sorpresa y deseo.

—Eres una mujer extraordinaria, Avery —susurra, acercándose aún más a él.

Cuando sus manos empiezan a deslizarse por mi cuerpo, me dejo llevar por completo. Recorre mi cuerpo con una delicadeza que me desarma, y todo se siente perfecto, como si estuviéramos en nuestro propio universo, aislados de los demás.

Antes de seguir adelante, Aaron se detiene y me mira a los ojos, buscando mi consentimiento. Asiento despacio. Sin importar lo que suceda, estoy tomando esta decisión por mí misma. Por primera vez en mucho tiempo siento que estoy en control, que puedo escoger mi propio camino y disfrutar del momento sin remordimientos.

Nos tumbamos en la cama, y mientras exploramos cada rincón de nuestros cuerpos decido que quiero mantener a Aaron en mi vida.

Pero cuando terminamos y bajamos a la fiesta veo que todos mis compañeros están esperándonos en la escalera, expectantes. Aaron levanta su brazo de manera triunfal y empiezan a aplaudir y silbar.

—¡Más fácil, imposible! —grita Aaron y recibe más felicitaciones.

Confundida, lo miro para recibir algún tipo de explicación, pero él solo me guiña un ojo y se aleja de mí, aceptando varios billetes antes de marcharse con un grupo de hombres que lo siguen celebrando.

El entendimiento se apodera de mí cuando escucho lo siguiente:

—¿Puedes creer que hicieron una apuesta?

—No me sorprende que esa puta de Avery se haya acostado con la primera persona que se le acercara.

—Ni treinta minutos estuvieron hablando antes de que se abalanzara sobre él.

—Zorra.

—Espero que Aaron haya grabado todo.

Oh, no.

El aire de repente se siente denso, pesado. Mi corazón late tan rápido que creo que va a salirse de mi pecho; mis manos tiemblan incontrolablemente y empiezo a sudar... la ansiedad me consume. Miro alrededor y veo las caras de mis compañeros, sus risas, sus miradas burlonas, y todo se vuelve borroso. Es como si el mundo estuviera girando y yo permaneciera atrapada en el centro, incapaz de escapar.

Siento un nudo en la garganta y me cuesta respirar. Cada inhalación es superficial, como si no pudiera llenar mis pulmones.

Quiero gritar, quiero correr, pero mis piernas están clavadas al suelo, inmóviles. El miedo me paraliza por completo.

Nunca me había sentido tan usada, sucia y degradada como en este momento. De alguna manera, encuentro la fuerza para moverme, aunque cada paso es un esfuerzo titánico. Salgo corriendo sin rumbo; solo quiero alejarme de las risas, de las miradas. Siento a Chloe detrás de mí, pero no puedo detenerme, no puedo mirar atrás. Solo corro con el corazón desbocado y las lágrimas cayendo, deseando que el dolor, la angustia y la humillación desaparezcan.

A la mañana siguiente, Emily viene a casa a reconfortarme. Prepara chocolate caliente y pasamos el día viendo maratones de comedias románticas hasta la madrugada. Sus palabras reconfortantes y su presencia son lo único que me hacen sentir que el mundo no se desmorona por completo.

Pienso que todo estará bien si tan solo tengo a mi mejor amiga a mi lado para hacerme compañía.

Y luego llegó Ethan.

Paso gran parte de la tarde arreglándome para el cumpleaños de Alex esta noche. Mi corazón late con anticipación y nerviosismo mientras selecciono cada detalle de mi atuendo, algo que me encanta hacer. Hace dos días me llegó un paquete con un vestido, enviado por Gabe, y una nota en la que me pedía que lo usara para esta ocasión. Sin embargo, decido ir con otro. No me malentiendan, el vestido que envió es precioso y de un blanco delicado, pero el verde esmeralda que he escogido sé que le gustará más.

Es largo y tiene un suave corte en una de las piernas, lo que me hace optar por mis mejores tacones para acompañarlo. Mientras me miro al espejo, me doy cuenta de cómo el verde resalta el brillo de mis ojos y hace juego con mi tono de piel. Siempre he creído que me sienta mejor el azul, pero ahora me lo cuestiono.

Estoy casi lista cuando el timbre suena y mi corazón da un vuelco. Llevo los últimos cinco minutos luchando con el cierre del vestido, que se ha atascado en la espalda. Sin más opciones, abro la puerta sosteniéndolo contra mi pecho para que no se caiga.

Al abrir espero ver a Gabe vestido como siempre, con su clásica camisa blanca y pantalones negros. Pero me sorprende. Lleva la misma camisa, aunque esta vez combinada con unos tirantes verde esmeralda que realzan aún más el color de sus ojos y, casualmente, combinan a la perfección con mi vestido. Su cabello castaño está ordenado hacia atrás con un poco de gel.

Su presencia es devastadora... me quedo sin aliento al verlo.

Cuando me doy cuenta de que llevo demasiado tiempo observándolo, lo dejo pasar.

—¿Me subes el cierre? —pregunto y mi voz me traiciona, ya que sale con un ligero temblor.

Me volteo, dándole la espalda para recibir su ayuda. Pero no pasa nada. Me giro a verlo, impaciente, y lo encuentro con la mirada clavada en mi espalda. Me observa de una manera intoxicante, como si fuera un león hambriento y yo una indefensa gacela.

—Príncipe —digo con voz ronca, intentando romper el hechizo.

Gabe parece despertar de su ensueño y se acerca lentamente a mí. Siento su respiración agitada en mi nuca, provocando escalofríos que recorren todo mi cuerpo. Sus manos, cálidas y fuertes, rozan la suave piel expuesta de mi espalda con una delicadeza que nunca había imaginado en él. Sube la cremallera con cuidado y el contacto de sus dedos me parece electrificante.

Una vez el cierre está arriba, no me suelta. Se queda ahí, a menos de diez centímetros de mí, y siento sus labios casi tocando mi espalda junto con la calidez de su aliento. Su respiración me

pone la piel de gallina y su calor me envuelve, haciendo que sienta frío en cada centímetro de mi cuerpo donde su atención no se encuentra. De manera casi inconsciente, doy un paso atrás hasta chocar con su pecho corpulento. Gabe es musculoso y grande, más de lo que debería. Su cuerpo es una distracción poderosa, sobre todo en momentos como este, cuando puedo sentir lo fuerte que está. Es evidente que entrena en el gimnasio; sus bíceps lo demuestran cada vez que usa camisetas ajustadas.

Su cercanía me desarma. Siento su fuerza, su calor y el ritmo de su respiración acelerada. Mis pensamientos se nublan y, por un instante, todo lo demás desaparece. Solo estamos él y yo en un espacio donde el tiempo parece detenerse. Me vuelvo lentamente para mirarlo a los ojos y en ese momento me doy cuenta de que su mirada es un espejo de la mía.

—Cuidado, Avery —susurra Gabe. Su voz profunda resuena cerca de mi oído.

Sus manos firmes se deslizan lentamente hasta mi cintura, estabilizándose y no sé qué hacer. Mi mente se debate entre el deseo y la razón. Mi instinto me suplica que exponga mi cuello a él, que permita que sus labios lo recorran hasta dejarme las rodillas débiles. Imagino sus besos descendiendo, encendiendo una chispa en mi piel, hasta que finalmente me tome contra la pared y...

Basta. Intento recuperar el control de mis pensamientos. Respiro hondo, tratando de calmar el tumulto en mi interior.

—Me tropecé —respondo con mi atención directamente en sus ojos, desafiando a que me cuestione.

Se queda observándome por un buen rato, pero solo dice:

—Vamos.

* * *

El cumpleaños de Alex es celebrado en grande.

Nick reservó el salón de eventos del Hotel de Santis y se ofreció también a ayudar con toda la organización y decoración del lugar. Adicionalmente, invitó a varios de sus amigos influyentes, que Alex quiere conocer.

Al entrar en el lujoso espacio me reúno con mis amigos y saludo a Alex con un gran abrazo.

El salón es impresionante: techos altos adornados con arañas de cristal, paredes tapizadas de terciopelo, mesas con mantelería fina y centros de mesa con flores. Unos camareros vestidos de manera impecable ofrecen bebidas y hamburguesas mientras la música suave se mezcla con el murmullo de las conversaciones.

—¿Acaba de pasar un mesero con hamburguesas? —pregunto, sorprendida. Esperaría que en el hotel ofrecieran una gama más refinada de alimentos.

—Nicolás sugirió canapés —aclara Alex con una sonrisa traviesa—, pero yo quería

hamburguesas de Burger King.

—Hay unos meseros caminando con platos llenos de papas fritas —agrega Emily, quien viste un estupendo vestido negro que acentúa cada centímetro de sus hermosas curvas.

—Este es mi tipo de fiesta —indica Alex—. Gente adinerada alimentándose con comida chatarra. ¡Ya espero verlos bailar hasta abajo!

Pasamos los siguientes minutos haciendo conversación casual y poniéndonos al día. Solo cuando Alex emite un gritito es que *lo veo*.

Jack Evans.

—¿Ese es...?! —pregunto, sin terminar la frase.

—Gracias, Dios, por este espécimen extraordinario —susurra Alex a mi lado.

—No puedo creer que esté Jack Evans —chillo emocionada.

Agradezco haberme puesto mi mejor atuendo para este evento lleno de *socialités* y, aparentemente, de actores renombrados.

—¡Jack! —grita Nick en dirección al guapísimo actor británico, con quien llevo toda mi vida obsesionada.

Es el protagonista de la mayoría de mis comedias románticas favoritas y también es parte del elenco de algunas de mis adaptaciones preferidas de libros a películas. Y está aquí.

Jack, con su cabello dorado recogido en un moño, se acerca a nosotros con una sonrisa devastadora en los labios.

—Nick, mi amigo. ¿Cómo estás? —Abraza a Nicolás, quien le da un golpecito en la espalda como suelen hacer los hombres. El gesto es tan casual y familiar que casi parece irreal ver a una celebridad tan famosa interactuando con uno de mis amigos más cercanos.

—No puedo creer que Nick tenga celebridades como amigos —le susurro a Emily, con mis ojos aún fijos en Jack. Emily levanta los hombros, tan impactada como yo, aunque intenta mantener la compostura.

—Nunca había estado tan feliz —dice Nicolás, acercando a Emily en un cálido abrazo. La felicidad en su rostro es evidente y no puedo evitar sonreír al ver lo contento que está con mi amiga.

—Un placer. —Jack extiende su brazo hacia mi amiga a modo de saludo.

Y luego su atención se dirige hacia mí. No pasa desapercibida la manera en que me examina de pies a cabeza, noto que sus ojos se detienen un segundo más de lo necesario en mis curvas. Siento un escalofrío y lucho por no dejar escapar un chillido de emoción.

—Avery —digo, ofreciendo una sonrisa inclinada. Sé exactamente lo que estoy haciendo; la confianza en mi voz y mi postura son calculadas.

—Un honor —responde Jack, tomando mi mano y besando mis nudillos. El contacto de sus labios contra mi piel es eléctrico, encendiendo una chispa que me recorre entera—. ¿Cómo conoces al cumpleañosero?

—Somos amigos —indico, mordiéndome los labios—. Tenemos un club de lectura también.

—Ah, creo que me lo comentaste en una partida de póker —dice Jack señalando a Nicolás, quien asiente con una sonrisa cómplice.

—Así es. Avery está encargada, junto con mi hermana, de proponer las lecturas más escandalosas mes a mes —dice Nick, sonriendo.

Eso capta la atención de Jack de manera aún más intensa. Sus ojos se iluminan con curiosidad y un destello de travesura.

—¿Escandalosas? Por favor, deléitame —dice Jack en un tono bajo y seductor.

Nicolás se lleva a Emily por unos tragos, Alex los sigue y quedo a solas con él. A pesar de su gran perfil, Jack no parece ser pretencioso, lo cual es un alivio. La mayoría de las personas en su postura esperarían adoración, pero él parece genuinamente interesado en lo que hablamos.

Paso los siguientes veinte minutos hablando con Jack Evans sobre novelas eróticas, llenas de BDSM y prácticas que considero *interesantes*. Toda la timidez que podría tener se desvanece cuando hablo de libros, mi pasión por la literatura brilla en cada palabra. Jack parece fascinado, sus preguntas y comentarios muestran un interés genuino que me hace sentir más cómoda.

—¿Quieres ir por un trago? —me pregunta después de un rato, notando mis manos vacías.

—Por favor. ¿Estás trabajando en algún nuevo proyecto? —inquiero, intentando no sonar tan ansiosa.

—Estoy de vacaciones —responde y pide dos vodka soda en la barra—. He pasado los últimos tres años trabajando sin detenerme y estoy buscando a una chica con quien sentar cabeza.

La mirada que me lanza no es nada más que una clara invitación. No puedo creer que esto esté sucediendo. *Una celebridad está coqueteándome.*

—Guau... —Es la única respuesta que se me ocurre.

Y entonces siento su presencia acercarse. La temperatura en la habitación parece subir varios grados y mi piel se eriza al reconocer la familiaridad de su cercanía.

—Jack... veo que conociste a mi *novia*.

Tras sus palabras, Gabriel me acerca a su cuerpo y besa mi sien. Su voz es una mezcla de firmeza y desafío, un recordatorio silencioso de nuestro acuerdo.

—Oh. Pensé... —comienza Jack, claramente sorprendido.

—Pensaste mal —interrumpe Gabe en tono serio—. ¿Cómo estás, *mia cara*? —pregunta, volviendo su atención a mí.

Le hago señales, intentando comunicarle: *estoy segura de que esta celebridad quiere invitarme a salir y no puedes arruinar esto por mí*. Gabriel, en cambio, me devuelve una mirada que dice: *no me interesa. Un trato es un trato*.

—Excelente, cariño —contesto con una falsa sonrisa, intentando mantener la calma—. ¿Podemos hablar?

—Claro —responde, mirándome con adoración—. Disculpa por la interrupción, Evans.

Entorno los ojos y agarro a Gabe por la muñeca, llevándolo a un rincón más silencioso del salón. La tensión entre nosotros es evidente, un hilo invisible que parece tensarse con cada paso. Cuando finalmente llegamos a un lugar apartado, suelto un suspiro de frustración y lo enfrento.

—Sé que tenemos un trato, *pero es Jack Evans* —murmuro despacio—. Estoy bastante segura de que me estaba coqueteando.

—No te sientas especial, flirtea con cualquier mujer que respire y sea de edad legal —responde él con un tono mordaz.

—¿Por qué te estás comportando así? Pensé que habíamos alcanzado algún tipo de tregua después de todo lo que sucedió el año pasado —digo, tratando de entender su actitud.

Tensa la mandíbula y fija sus ojos en los míos.

—Estás rompiendo el trato —concluye y cruza los brazos, haciendo que sus bíceps se marquen aún más.

—Por favor, si estuviera Megan Fox acá estoy segura de que estarías tras de ella babeando —asumo con exasperación.

—Me gustan más las rubias —comenta sin quitar sus ojos de mí, en tono desafiante.

—Entiendes el punto —digo, fulminándolo con una mirada de frustración.

—Nadie puede pensar que me estás engañando —menciona acercándose un poco más a mí. Su proximidad me hace sentir vulnerable y enfadada a la vez.

—Pero... alguien tiene que satisfacer mis necesidades. Y no serás tú.—exclamo como una adolescente que está recién descubriendo el autoplacer.

Tras mis palabras, Gabriel exhala. El reducido espacio que hay entre nuestros cuerpos se carga de una electricidad tangible. Está a punto de decir algo cuando es interrumpido.

—Vamos a cantar «Feliz Cumpleaños» —dice Cam con una emocionada sonrisa, rompiendo toda la tensión.

Regresamos al salón y nos unimos a mis amigos para celebrar al cumpleaños. Enseguida, una canción de Peso Pluma comienza a sonar desde los parlantes y la pista de baile se llena rápidamente. Aprovecho el momento para ir al baño a retocarme el maquillaje. Necesito un momento para calmarme y recomponerme. Miro mi reflejo en el espejo, mis pensamientos dan vueltas en mi cabeza.

Entiendo el punto de Gabe, de verdad. Sé que no quedará bien parado si me acuesto con una persona que no sea él. Es parte del trato. Nuestro acuerdo siempre fue claro: mantener la apariencia de una relación exclusiva.

¡Pero nunca hubiese accedido si hubiese sabido que *mi celebridad favorita* iba a intentar coquetearme! Hay prioridades en la vida, ¿cierto? Y... técnicamente, Gabe ya entregó la mitad de lo acordado, por lo que la rehabilitación de Mia no está tan en riesgo con un mes y medio ya pagado. Si hago esto hoy a escondidas, quizá nunca se entere. Pero no soy este tipo de persona. No soy la que miente, engaña y no cumple su parte de un trato. Mamá me enseñó mejor que eso.

Mientras me pinto los labios, mis pensamientos vuelven a Jack Evans. Lo que tengo con Gabe no es más que una fachada. ¿Realmente voy a desperdiciar la oportunidad de estar con el hombre de quien he estado obsesionada toda mi vida por un simple acuerdo? No puedo evitar sentir la emoción y el nerviosismo mezclarse en mi estómago. Salgo del baño decidida, dando pasos firmes a pesar de la incertidumbre.

Cuando veo a Jack Evans en la barra, solo, lo considero una señal. Su postura relajada y su sonrisa me llaman como un faro en la noche. Con la atención de los invitados centrada en la pista de baile, decido acercarme, sintiendo mi pulso acelerarse con cada paso que doy.

—Hola, extraño —digo con un guiño, sacando un poco mis pechos.

—Eres problemas —responde Jack, escondiendo una sonrisa en su trago.

Le toco el pecho de manera coqueta, sintiendo sus fuertes músculos bajo la tela de su camisa. No son tan definidos como los de Gabriel, pero... ¿por qué estoy pensando en él ahora? Me obligo a concentrarme en el momento, en la emoción de estar tan cerca de alguien a quien he admirado durante tanto tiempo.

—¿De qué tipo de problemas hablas? —pregunto en voz baja y seductora.

—Del mejor tipo —indica Jack y su mirada me recorre con interés—. ¿Y tu novio?

Suspiro, preguntándome cómo responder esto *sin* mentir, pero sin lanzar a Gabe a la piscina.

—Es una historia larga, pero no es realmente mi novio —respondo.

—¿Qué hace una mujer tan hermosa como tú estando soltera? Si te hubiese conocido antes, ya te hubiese hecho mía —dice, acercándose más. Su voz es un dulce susurro contra mi piel.

—Pues ahora me conoces —contesto, sintiendo la adrenalina correr por mis venas.

—Te invito un trago, entonces.

Miro a mi alrededor, sintiéndome de repente insegura. La culpa me carcome por dentro por ir a espaldas de Gabe. Prometí comportarme y, sin embargo, aquí estoy, devorando a otra persona frente a todos nuestros amigos. Seguro que alguien me descubrirá si sigo aquí. Muerdo mi labio, considerando las alternativas.

—Tengo una mejor idea —digo, tomando su mano y llevándolo a un pasillo alejado para que ningún oído chismoso escuche nuestra coqueta conversación.

Este disfraz de mujer segura de sí misma y seductora no me cuesta; es algo que se me ha impuesto y, de alguna manera, se volvió tan natural como respirar. Estoy cumpliendo con lo que siempre se esperó de mí. Y, aunque la idea me hace sentir incómoda, tengo esta *necesidad* de volver a mis raíces y obligarme a olvidar la posibilidad de algo más. Es como si hubiera una profecía que dictara que nadie se enamora de mí, así que no me queda más que destruir las buenas relaciones y todo lo que está a mi alrededor.

La intimidad del pasillo crea una burbuja de tensión entre nosotros. Jack me mira con una mezcla de deseo y curiosidad.

—Hay rumores sobre ti —susurro, olvidando todo lo que nos rodea.

Mi comentario capta su interés.

—¿Qué tipo de rumores?

—Que tienes gustos inusuales en la cama.

En una entrevista que le hicieron hace años, Jack admitió tener prácticas poco convencionales en la cama. No compartió más detalles, pero abrió un debate sobre la sexualidad y las distintas maneras en que una persona puede disfrutar el sexo. En esa época, era solo una adolescente con poca experiencia, y eso me llevó a una profunda búsqueda en internet sobre las *diversas* prácticas. Así fue como descubrí libros sobre el tema, y me obsesioné con la idea de dominar y ser dominada.

—No puedo confirmar ni negar nada —comenta con una sonrisa ladeada que me *asegura* que los rumores son ciertos.

—Jack. —La voz de Gabriel es más grave de lo que jamás he escuchado. Se acerca con el rostro enfurecido, su mirada es pura ira dirigida a mi acompañante.

Me posiciono frente a Jack a modo de defensa.

—Gabe, ¿qué te trae por acá? —pregunto, avergonzada.

—Vete —dice Gabriel, ignorando mi pregunta. Estoy por dar un paso cuando me doy cuenta de que sus ojos no están en mí.

—¡Gabriel! —exclamo, sin saber qué más decir.

—Estoy seguro de que esto es un malentendido —dice Jack, tratando de mantener una postura relajada, aunque puedo ver la tensión en su mandíbula.

—No hay ningún malentendido —replica Gabriel en tono implacable—. Avery es *mí* novia. *Mía*.

Sus palabras resuenan en el pasillo cargadas de una posesividad que nunca había visto en él. Mi corazón late con fuerza. Una mezcla de confusión y excitación llena mis sentidos.

—¿Qué estás haciendo, Gabriel? —susurro en un tono apenas audible.

—Protegiéndote —responde. Su mirada continúa fija en Jack—. Y asegurándome de que nadie más se acerque a ti.

La tensión entre los tres es palpable. Jack mantiene su postura desafiante y Gabriel una intensidad que amenaza con desbordarse. Me encuentro atrapada entre ellos; mi mente es un torbellino de emociones y pensamientos confusos.

—Esto no es necesario —dice Jack por fin dando un paso atrás—. No quería causar problemas.

—Ya causaste suficientes. —El tono de Gabriel es seco.

—Lo siento, hermosa —dice la celebridad en mi dirección—. Debo irme.

Pongo mi atención en Gabriel y, por primera vez después de meses, quiero agarrar una de las elegantes sillas del salón de eventos y golpearlo con ella. Antes de poder vociferar mi enojo, él me agarra del brazo con más delicadeza de la que pensé que sería capaz en este momento y me lleva a un baño privado, lo suficientemente lejos como para que nadie nos encuentre.

—¿Qué mierda estás haciendo? —pregunto, dando pasos atrás para crear espacio entre nuestros cuerpos.

—Yo hago las preguntas —musita entre dientes, su voz es baja y peligrosa.

—¿Disculpa? —replico. La incredulidad tiñe de rabia mis palabras.

—Estabas a tres pasos de cualquier persona. ¡Te pudieron haber visto! Tenemos un acuerdo.

—No lo pensé lo suficiente —suelto irritada, cruzándome de brazos.

—Claro está. —Pasa una mano por su rostro, calmando su respiración—. Pensé que necesitabas ese dinero.

Me acerco a él con los ojos ardiendo de furia.

—Lo necesito. No se te ocurra retractarte.

—Entonces cumple tu parte del trato. ¿O es que no puedes abstenerte por tres meses, *piccola ladra*? —dice, acercándose más a mí. Mi espalda choca contra la pared, la frialdad de los azulejos contrarresta el calor de su cuerpo.

Levanta mi mentón hasta que nuestros ojos se encuentran, un ápice de deseo ensombrece su mirada. Nuestras respiraciones se mezclan creando una tensión que atraviesa mi piel.

—¿Qué... qué haces? —pregunto, odiando lo débil que suena mi voz.

Odio lo atraída que me siento hacia él. Odio cómo mi cuerpo traicionero quiere tenerlo más cerca, cómo mis pensamientos se desvanecen y solo queda el deseo.

—Nueva regla —indica revelando una promesa implícita—. Si necesitas sexo... lo buscas

conmigo.

—¿Qué?

—Comprendo que esto pueda ser difícil para ti —susurra en mi oído, su aliento cálido provocando un torrente de mariposas en mi entrepierna—. Por ende, propongo una nueva cláusula en nuestro acuerdo. Si necesitas que alguien satisfaga tus necesidades, recurres a mí, *mía cara*. No vas con Jack. No vas con ningún otro puto hombre que no sea yo. ¿*Capiche*?

Sus ojos arden con una intensidad que acelera las pulsaciones de mi corazón, encendiendo cada centímetro de mi cuerpo con sus palabras. Siento una confusión peligrosa mientras su mirada recorre cada centímetro de mi cuerpo.

Humedezco mis labios y veo que sus ojos se clavan en ellos. Recuerdo que soy yo quien tiene el control en esta situación y, con determinación, enderezo mi postura. Deslizo mi mano hasta posarla sobre su pecho, ejerciendo una presión suave pero decidida que lo hace retroceder hasta que queda sentado en el pequeño sofá que tiene el baño. La luz tenue del lugar resalta los rasgos de su rostro, revelando una mezcla de sorpresa y anticipación en su mirada, mientras que el eco de nuestros latidos acelerados parece llenar el pequeño espacio con una intensidad palpable.

Sonrío sin humor al verlo sentado así, con la respiración entrecortada y las pupilas dilatadas.

—Oh, Gabriel —niego con la cabeza, sin quitarle la vista de encima, esperando que reaccione, que diga algo, que sea sarcástico. Pero no se mueve. Sus labios entreabiertos y el rápido movimiento de su pecho son una clara indicación de cómo se siente.

Me siento a horcajadas sobre él y no me toma ni un segundo sentir su creciente erección.

—¿Acaso crees que quiero acostarme contigo? —pregunto con el tono más monocorde posible.

Mis palabras parecen incendiar más su mirada y mis pulsaciones se intensifican hasta convertirse en lo único que escucho.

—Niégalo, *mia cara* —susurra, aún sin tocarme.

Deslizo mis manos por su cabello, y me enfoco en el baile que estamos teniendo ahora. Intento ignorar cómo sus manos repentinamente se aferran con firmeza a mi cintura, atrayéndome hacia él con determinación. Me esfuerzo por apartar de mi mente el embriagador aroma de su perfume y la tentadora proximidad de sus labios, a escasos centímetros de mi cuello. Trato de mantener mi enfoque, pero su presencia, su cercanía, es el peor tipo de tentación.

—No quiero tener sexo contigo —respondo sin convicción.

—Tu cuerpo te delata.

Sus ojos descienden lentamente hasta detenerse en mis puntiagudos pezones. Luego, con un gesto casi reverencial, acerca su nariz a mi cuello e inhala profundamente mi aroma. Sus manos se mantienen quietas en mis caderas, como si contuvieran la promesa de un baile que aún no ha comenzado.

—Hace frío —miento. No es necesario alzar la voz, no cuando hay tan solo un centímetro de

distancia entre nosotros.

Estamos a punto de cruzar una línea de la que no podremos regresar. Sin embargo, en lo más profundo sabía que esto era inevitable, tal como mis amigos creían. Así que a la mierda las líneas.

—¿Me vas a decir que si te levanto el vestido no te encontraré empapada, *mia cara*?

Aprieto los dientes, molesta, porque sí, estoy tan mojada que me sorprende que aún no lo sienta.

—Tienes el ego muy alto, querido. —Lo provoco con determinación.

Una sonrisa se dibuja en sus labios, pero no es la expresión cálida y genuina que ilumina su rostro cuando algo le causa alegría. Es más bien el tipo de sonrisa que se esboza en el rostro de un depredador antes de lanzarse sobre su presa. Con confianza, me toma entre sus brazos, mis piernas rodean su cintura, y comienza a caminar con decisión hacia la pared más cercana.

Al sentir su miembro contra mi estómago, mi espalda se arquea involuntariamente y un leve gemido escapa de mis labios.

—Esto no significa nada —le digo.

Con un movimiento fluido y dominante, me toma entre sus brazos y me gira. Mi espalda queda presionada contra su pecho y mi rostro dirigido hacia la pared. En esta posición siento su erección dura, gruesa... y *tan grande*.

—¿No, *mia cara*?

Por más que intente convencerlo de que no quiero esto, la evidencia entre mis piernas demuestra lo contrario. Palpito con deseo ante su cercanía, deseando que me tome *ya*. Con desesperación levanta mi vestido, sacudiéndome de placer.

—¿Dónde está... tu ropa interior? —titubea.

—No me puse.

—¿Qué pasó con la chica buena que pasa sus tardes leyendo? —ruge con deseo.

Sus manos recorren mi vientre de manera deliciosa, debilitando mis piernas. Y finalmente —*finalmente*— hurga con los dedos entre mis piernas hasta encontrar mi clítoris. Lo acaricia, pero sin la suficiente presión. ¿Será Gabe igual de decepcionante que los otros hombres con los que me he acostado? Luego hace círculos con la velocidad correcta, la intensidad apropiada, y debo apoyar un brazo contra la pared para no caerme. Oh, mierda. Mis pensamientos se nublan con el placer y estoy tan mojada que no siento fricción cuando inserta un dedo en mí y lo encorva dando en el punto más sensible de mi interior. Ahogo un grito de placer, pero no pasa desapercibido por mi acompañante.

—Gabe... —suplico cuando siento mi vientre a punto de explotar. El incandescente placer apoderándose de mí.

Pero Gabe se detiene.

—Yo decido cómo, cuándo y dónde te vienes.

Sus palabras encienden algo en mí. Si bien nunca me imaginé a Gabriel siendo delicado en la intimidad, sus dominantes palabras me desafían.

—Tú no eres más que un príncipe que hace lo que quiere —vacilo, arrancándome de su amarre—. Pero no en este caso. El sexo es bajo *mis* reglas.

Me siento orgullosa de mis palabras y la falsa seguridad con la que me comunico. Ahora su espalda se encuentra contra la pared, su cuerpo se mantiene rígido y su rostro ligeramente inclinado hacia atrás con los ojos cerrados. Al poner mi mano en su pecho puedo sentir claramente los latidos erráticos de su corazón, cada uno de ellos resuena en mi palma como un eco de la intensidad del momento. Es una sensación poderosa, saber que tengo este efecto en él, que puedo desencadenar una reacción tan visceral y evidente.

Estoy tan caliente en este momento que me dejo llevar por mi lujuria y deseo. Recorro con firmeza su tronco, mis manos se deslizan sobre los contornos de sus músculos tonificados. Cada movimiento es una exploración y mi mente se ve inundada por imágenes pornográficas de cómo debe lucir sin la barrera de la ropa.

Impaciente, voy hacia su cinturón. Cuando consigo desabrocharlo y bajar su cremallera, se me seca la boca.

Escucho cómo su respiración se vuelve entrecortada ante lo que estoy apunto de hacer. Levanto la barbilla para mirarlo fijamente mientras me arrodillo frente a él. El fantasma de una sonrisa se asoma en su rostro, asegurándome que está disfrutando esto tanto como yo. Que quiere entregarse, sumergirse y emborracharse en deseo esta noche. A la mierda las consecuencias. Su mirada siempre impasible no demuestra nada más, pero su cuerpo tiembla en anticipación.

Bajo sus pantalones y... oh, Dios. Pienso en abortar misión, porque *esto no entrará en mi boca*.

—Abre la boca, cariño —murmura Gabe.

Le hago caso. Me acerco de a poco, pero Gabriel, impaciente, mete su erección en mi boca. La lujuria se apodera de mí a pesar de las arcadas. Hago un esfuerzo succionando y lamiendo mientras la saliva resbala por la comisura de mis labios hasta mi barbilla. Gabriel jadea con cada movimiento, estremeciéndose ante el tacto de mi lengua. Presiono mis manos contra sus muslos para poder ir más profundo, para poder tomar más de él.

No quita su vista de mí y yo no quito mi lengua de él. Lo quiero desesperado por mí. Quiero que sus rodillas tiemblen con necesidad, que sus labios no pronuncien otra palabra que no sea mi nombre.

—Mira cómo follo tu boca, Avery —anuncia con calma—. Te ves preciosa así; callada y arrodilla por mí.

Hijo de puta. Sé exactamente lo que está haciendo: intenta provocarme, desafiarme, *desatarme*. Pero lo ignoro. Me tomo mi tiempo con su cuerpo, adoptando un ritmo constante, lamiéndolo de una manera que tiene sus ojos en blanco y sus piernas débiles. Chupo la punta con

delicadeza antes de volver a metérmelo entero hasta el fondo. Mis ojos lagrimean con cada movimiento, pero no estoy dispuesta a detenerme aún.

—Sabía que te cabría —elogia con sus manos en mi cabello, acercándose aún más a él—. Tan desesperada por tenerme.

Solo cuando su respiración se acelera más, sus músculos se tensan visiblemente y gime con más fuerza es que me detengo.

—¿Qué? —pregunta desorientado, la respiración entrecortada.

No sonrío cuando lo miro. No hago más que meterlo una vez más en mi boca.

Y lo provoco. Una. Y otra. Y otra vez.

—Avery...

No termina su oración. Me levanta del suelo con fuerza y en cuestión de segundos me encuentro apoyada contra la pared. En este instante todo parece suspendido en el aire, como si el tiempo mismo se hubiera detenido para permitirnos compartir este momento.

—Gabe —susurro, casi suplicando.

—Eres una maldita provocadora.

—¿Qué harás al respecto, príncipe? ¿Castigarme? —pregunto con una pícara sonrisa.

A Gabriel no le causa gracia.

Y me emociona.

Sus ojos se clavan en mis labios con una intensidad que me hace temer que está a punto de besarme. No lo hace.

En cambio, pone sus manos alrededor de mi cuello.

Aún mejor.

Con una precisión calculada, su mano se cierra alrededor de mi garganta con una presión firme pero controlada. Percibo el pulso acelerado de mi corazón resonando en mis oídos mientras me sumerjo en la sensación de ser dominada.

Escucho que rompe un envoltorio... ¡un condón! No tengo tiempo ni de pestañear cuando me levanta y entra en mí con una sola embestida.

Oh. Oh.

Enseguida me folla con desenfreno, tan profundo y fuerte que me es imposible callar mis gemidos. Mis piernas se encuentran una vez más alrededor de su cintura, mis manos enredadas en su pelo a la vez que mis labios bajan a su cuello.

Se me escapa un sollozo que parece súplica, *porque, oh, estoy a punto de correrme.*

—¿Es esto lo que querías hacer con Jack, amor? —gruñe y una de sus manos vuelve a posicionarse en mi cuello.

Intento decir algo, responderle desafiante, pero no puedo. Me cuesta hablar, pensar, racionalizar, *hacer cualquier cosa* por la manera en que se está adueñando de mi cuerpo.

—Es lo que preferiría estar haciendo con él —escupo finalmente.

No es cierto. Puede que Jack sea guapo y un amante perfectamente promedio en la cama, pero nadie logra provocar de la manera en que Gabe lo hace.

Espero ansiosa su respuesta, pero el silencio que sigue me hace pensar que me abandonará en este lugar. Sin embargo, en vez de eso me lleva hacia el lavamanos y coloca mis manos allí, justo frente al espejo. Al enfrentar mi reflejo veo mi rostro desesperado, con el rímel corrido y los ojos dilatados que evidencian la intensidad de mis emociones. Una de las tiritas de mi vestido verde está caída y uno de mis pechos al descubierto.

Gabriel se pone detrás de mí con una expresión posesiva que jamás había visto en él. Su rostro refleja una determinación inquebrantable, como si estuviera marcándome como suya en este momento. En esta posición siento su dureza en mi trasero. Bajo la vista por el placer que esta simple posición incita, pero Gabriel encuentra mi mentón y lo levanta hasta que nuestras miradas se cruzan.

Me agarra el cabello y tira de él hasta acercarme a su rostro.

—Vas a ver exactamente quién te está tomando. Aquí no está Jack. Aquí estoy yo. Y me vas a tomar como la buena chica que eres, ¿cierto?

Asiento, sin saber qué más decir. No hay nada que decir, la verdad, salvo...

—¿Vas a hacer algo o seguirás con tu sermón? —pregunto, casi sin aliento.

No me da tiempo de acabar de pronunciar las palabras. Gabriel levanta mi vestido y entra con fuerza por atrás, más rápido y fuerte que antes, como si estuviera muriéndose de sed en un desierto. Me quedo hipnotizada viendo nuestro reflejo: mis labios hinchados, sus ojos dilatados, mi respiración entrecortada, sus movimientos agitados. Todo en una sincronía perfecta.

—Gabe... yo... por favor —balbuceo al sentirlo justo donde lo necesito.

—¿Quieres correrte, *mia cara*?

—Sí.

—Pues prométeme que me buscarás a mí cuando estés caliente. Solo yo voy a saciar tus necesidades. *Nadie más* —ruge con ferocidad, empotrándome cada vez más fuerte.

Si continúa a este ritmo, estoy segura de que no podré durar mucho más. Sobre todo cuando no quita su vista de mí y sus manos acarician mis pechos, mis caderas, mi clitoris.

—Promételo —repito mirándome con fervor.

Como no recibe respuesta, muerde el lóbulo de mi oreja.

No lo digas. No lo digas.

—Lo prometo —digo, desesperada por correrme.

Tras mis palabras, Gabriel frota con más destreza mi clitoris, haciéndome sentir un éxtasis del que solo pensé que el vibrador era capaz. Con un par de movimientos más mi cuerpo entero se contrae y un frenético grito resuena por el baño a la vez que mi orgasmo explosivo me azota inesperadamente. Gabriel jadea al mismo tiempo y sus movimientos se hacen más torpes con cada embestida, hasta que se corre en mí.

Me desplomo sobre el lavamanos cuando terminamos, mi cuerpo se siente débil y cansado.

Un instante después, Gabriel se ajusta los pantalones y con un movimiento decidido se da la vuelta para dirigirse hacia la salida.

—Buenas noches, *mia cara* —dice suavemente desde la puerta.

Y se va.

Paso toda la noche debatiendo si escribirle o no a Gabriel para avisarle que mañana iré a la oficina en persona.

Desde lo sucedido en el cumpleaños de Alex, lo he evitado por completo. Me tomo todo el fin de semana para procesar lo que pasó y aceptar que no fue más que un error motivado por la lujuria y la abstinencia.

Pero nunca había tenido un orgasmo tan intenso. Nunca me había sentido tan deseada.

Me revuelvo en la cama, incapaz de encontrar una posición cómoda, mientras mi mente sigue reproduciendo los eventos de esa noche. Cada vez que cierro los ojos siento su respiración en mi cuello, sus manos firmes en mi cuerpo, su voz ronca susurrando órdenes que obedecí sin dudar. La intensidad de mis sensaciones me sacude y, a pesar de mi resolución, una parte de mí anhela más.

En ese momento se encendió algo en mí; un deseo de ser dominada que nunca había considerado, por lo menos desde mi adolescencia. Sí, leer sobre hombres que toman el control siempre ha captado mi interés, pero en la vida real soy yo quien decide y lidera. Que Gabriel usara mi cuerpo para su propio placer me hace explotar en deseos de repetirlo.

Sin embargo, no puedo permitírmelo. Estoy un poco invertida emocionalmente en esta situación, y si seguimos, sé que terminaré enamorándome de Gabriel, una posibilidad que ni siquiera quiero considerar. No es lo que él quiere... ni lo que yo quiero.

Está claro, entonces: no puede volver a pasar. ¿Ahora tendremos que pretender que nunca pasó? ¿Que lo que me hizo sentir no fue lo más candente que he experimentado? Nunca he tenido sexo con un amigo, no sé cuáles son las reglas a seguir para no arruinarlo. Aunque tampoco es que considere a Gabriel un amigo, es más como un compañero de negocios. Aun así, esto no significa que algo tenga que cambiar entre nosotros, sobre todo después de lo difícil que fue alcanzar una especie de paz.

Muerdo mis labios mientras considero las opciones.

A) Me enfrento a Ethan sin el apoyo de Gabe.

B) Me enfrento a Ethan con el apoyo de Gabe.

La opción está clara.

Avery: Mañana iré a la oficina.
Gabe: Te recogeré en tu departamento.
Avery: No hace falta.
Gabe: Ahí estaré.

* * *

A las ocho en punto suena el timbre del departamento. Abro la puerta con nervios, sin saber qué decirle o cómo enfrentar esta nueva dinámica sin que sea incómodo. Estuve toda la noche repasando algunos puntos de conversación para mantenernos lo más alejados de lo que sucedió hace tan solo tres días, pero apenas lo veo vestido con una camiseta ancha, distinta a las camisas que siempre lleva, todo pensamiento racional desaparece de mi mente.

Gabriel se ve ridículamente guapo con su ropa formal, pero hay algo en este estilo casual que me debilita y me trae recuerdos de cómo fue sentir su cuerpo contra el mío. Sacudo la cabeza para eliminar esos pensamientos. En cambio, le sonrío de manera amistosa y acepto uno de los vasos de café que tiene en la mano.

—Viniste —digo sorprendida.

Aunque me lo mencionó ayer, una pequeña parte de mí pensó que se arrepentiría.

—Estoy cumpliendo mi parte del trato —menciona con calma.

Asiento. Mi estómago se contrae y bajo la mirada hacia el vaso que me entregó, sin saber qué más hacer.

—No te preocupes, no lo hice yo. —Esboza una sonrisa tímida.

Le doy un sorbo y me derrito por dentro. Es... es un capuchino con un *shot* de canela, vainilla y caramelo, justo como me gusta.

—Gracias.

—¿Estás lista?

—Sí, vamos.

Gabriel parece más relajado hoy, su habitual semblante serio se ha suavizado. Me sonrío y hace comentarios casuales, como si intentara borrar cualquier rastro de la tensión que existió entre nosotros. Cada gesto suyo es calculado, cada palabra es cuidadosamente elegida para mantener la paz. Pero no puedo evitar preguntarme si está pensando lo mismo que yo, si está reviviendo esos momentos tan intensos como yo lo hago.

Cuando caemos en un silencio incómodo, pienso de qué mierda hablar para rellenar el espacio.

—Llevo la mitad de tu libro favorito —suelta Gabe.

Sorprendida, me atraganto un poco con el café. Una vez que recupero la compostura, todas las preocupaciones se desvanecen. Amo tener la oportunidad de hablar de mis libros favoritos.

—Cuéntame qué te ha parecido —le pido, intentando no sonar ansiosa.

—Es básicamente... —Mira a su alrededor antes de susurrar—. Pornografía de hadas.

Oculto una sonrisa con la bufanda que llevo para protegerme del frío intenso. Me envuelvo más en mi abrigo, sintiendo el crujido de la nieve bajo mis botas.

—No estoy escuchando el problema —comento calmada.

Sé que Gabe es un ávido lector, al igual que sus hermanos, pero no ha tenido el placer de explorar la fantasía con romance, en particular la erótica. No me sorprenden sus mejillas sonrojadas al hablar de este tema ni que baje la voz para que otros transeúntes no nos escuchen.

—Tengo que reconocer que estaba disfrutando mucho este recuento de *La Bella y la Bestia*. Sin embargo, nunca me imaginé que la Bestia tendría un lado tan seductor y trataría de hacer... ciertas cosas con la protagonista.

Suelto una fuerte carcajada, atrayendo la mirada curiosa de varias personas a nuestro alrededor.

—¡Eres un mojigato! —exclamo, entretenida.

—Claro que no.

—¡Mírate! Estás escandalizado tras leer unas cuantas páginas con contenido erótico.

Gabriel se cruza de brazos y frunce el ceño, incómodo, aunque no puede evitar una pequeña sonrisa que delata su diversión.

—Deja de exponerme —suplica con las mejillas sonrojadas—. Y no es que esté escandalizado, simplemente no esperaba que el libro tomara ese rumbo.

—No lo cuestiones. Disfrútalo —digo, encogiéndome de hombros.

—¿El libro tiene más de esto? —pregunta con curiosidad.

—Oh, querido, estás recién empezando. Te falta leer cómo el orgasmo que provoca el guerrero sacude una montaña entera —cuento con seriedad, esperando su reacción.

Se detiene en seco en medio de la calle, provocando un choque entre dos personas que iban atrás de él.

—Estás bromeando.

—Este es el tipo de cosas con las que no bromeo. —Esbozo una sonrisa cuando se ríe—. Luego de que lo termines podrías intentar seguir con la lectura del mes que viene y lo vamos comentando.

No sé qué me impulsa a ofrecer la invitación.

—¿Disculpa? —inquieta con una ceja levantada.

Esta es mi oportunidad de retractarme, de dar marcha atrás y excusarme diciéndole que no lo pensé bien, que en realidad no tendría por qué querer sumarse a un club de lectura donde en ocasiones leemos lo más degradante que ha escrito la humanidad.

—Puedes unirme a nuestra próxima lectura. —Mi voz, aunque suave, se cuela con un matiz de determinación.

—Avery, no creo ser bienvenido —responde, y noto un destello de pesar en su mirada.

Sé que mis amigos pueden tener sus razones para no aceptarlo, pero siento empatía hacia él.

—Por favor, de seguro te aceptan —insisto, aunque la incertidumbre me carcome por dentro. Una parte de mí sabe que Emily probablemente se opondrá con vehemencia a la idea y no lo permitirá.

Aún así, Gabriel está *solo*. Aunque nunca haya expresado esa realidad con palabras directas, puedo percibirlo.

Las personas solitarias son capaces de reconocerse entre la multitud.

Y yo lo identifiqué de inmediato.

—Ave, no sabes cómo ha sido. —Su tono sombrío transmite una tristeza que parece arraigada.

—¿A qué te refieres?

—A la situación con mis hermanos. Ellos... tampoco conocen la historia entera.

Sé que la conversación se pondrá más seria, por lo que entro a la cafetería más cercana y nos compro algo para desayunar. Es pequeña y acogedora, y el aroma del café recién tostado impregna el aire. El barista me saluda con una sonrisa y le pido dos capuchinos y unos *croissants* recién horneados. Mientras espero, mis pensamientos se enfocan en Gabriel y en lo que estamos a punto de discutir... en lo que está por admitir.

Sosteniendo la bandeja, voy a la mesa donde él me espera. Está sentado con los brazos cruzados, con su mirada fija en el horizonte, perdido en sus pensamientos. Al verme llegar esboza una sonrisa, pero puedo ver la preocupación en sus ojos.

—Aquí tienes —digo, apoyando la bandeja sobre la mesa y sentándome frente a él. Le entrego su café y uno de los *croissants*—. Pensé que esto podría ayudar a relajarnos.

—Terminamos nuestros cafés hace cinco minutos —comenta con humor.

—No existe el concepto de demasiada cafeína.

Gabriel toma el café y da un sorbo, suspirando profundamente. El silencio entre nosotros es pesado, cargado de palabras no dichas y sentimientos reprimidos. Finalmente, él rompe el silencio.

—Te he comentado que Nick siempre fue mi mejor amigo. No solo me defendía contra el mundo, sino que me enseñó a jugar béisbol, a manejar cuando cumplí los quince, *me explicó dónde está el clítoris* —susurra tras asegurarse de que no haya nadie alrededor—. Mis padres siempre fueron un pilar importante en nuestras vidas... pero Nick era quien más me cuidaba. Sé que es patético admitirlo, pero mi hermano era mi todo.

—Patético es que tu ex prometido se acueste con tu mejor amiga durante meses y estés tan enfocada en lo que quieres creer que no te das cuenta de la verdad —reflexiono—. Encuentro que es un regalo de la vida llevarte tan bien con tus hermanos.

—¿Te ibas a casar?

—Esa es una larga y traumática historia que podemos guardar para otro momento. Continúa.

—Después pasó... el accidente. A todos nos golpeó de manera distinta. Nick se vio obligado a tomar un rol de guardián, haciendo todo lo que estuvo en su poder para cuidar de nosotros. Cam tenía una conexión especial con mis padres por ser la menor. Perdió su alma en ese accidente. Yo... se suele decir que el hermano del medio es a quien menos atención le prestan, el que queda olvidado por los padres. No fue en nuestro caso. Me impulsaban a seguir mis sueños, sin importar lo que fueran. Mamá me enseñó a cocinar comida italiana. Papá me llevaba los fines de semana a distintos lugares de la ciudad a tomar fotografías.

Mientras habla, veo sus ojos llenarse de nostalgia, un brillo húmedo que delata sus emociones. Por más tristeza que haya en su voz, también hay calidez, un amor profundo por sus padres y sus hermanos que aún persiste.

—Me alegra que hayas podido tener eso —susurro entre los ruidos de la cafetería.

Él sonríe levemente, pero luego su expresión se oscurece, como si una sombra pasara por su rostro.

—Y... mierda toda mi masculinidad se irá por la ventana —advierde con una sonrisa que no alcanza sus ojos.

—Nunca te he visto como una persona particularmente masculina, así que no hay nada de qué preocuparse —bromeo, intentando aligerar el ambiente, aunque sé que lo que está por decir es serio.

—Supongo que por eso se me hace más fácil hablar de esto contigo. No creo haberlo compartido con nadie.

Oh. No paso por alto esa confesión. Me halaga que sienta la confianza de contar conmigo para compartir algo tan personal y doloroso. Y a la vez me aterra pensar en cómo podré manejar esto, en cómo podré estar a la altura de esa confianza. La responsabilidad de ayudarlo a llevar esta carga me asusta, porque temo no ser suficiente, temo fallarle cuando más me necesita.

—Agradezco que lo hagas.

—Fue... —Su voz se quiebra y se muerde los labios. Sus manos empiezan a temblar de forma ligera—... mi culpa. La muerte de mis padres fue mi culpa.

Siento un nudo formarse en mi garganta, pero intento mantener la calma.

—Por supuesto que no. Fue culpa del imbécil que estaba manejando ebrio.

—Ya tenía mi licencia de conducir. La había sacado hacía unos meses, pero le pedí a papá que me fuera a dejar. Mamá quiso acompañarnos para tomar un poco de aire. Estábamos a cinco minutos del destino cuando pasó. Es raro, ¿sabes? Cuento esta historia y pienso que le pasó a alguien más. No a mis propios padres, no a mí. —Juega con la taza del capuchino, nervioso—. Y después de eso fui un desastre. Por muchos años tenía una botella de alcohol pegada a mis manos, sin importar a dónde fuera. Solo quería olvidar todo lo que había pasado. Quería dejar de *sentir*.

Me recuerda a Mia. Apenas su esposo la abandonó, ella se dedicó a pasar los días bebiendo

para ahogar las penas. La imagen de Gabriel así, perdido en el alcohol, es dolorosa.

—No fui un buen hermano —continúa—. No podía ser una persona funcional, menos aún alguien que apoyara al resto. Y después pasó lo de la casa...

—¿Qué pasó exactamente?

Conozco la historia en términos generales, pero solo Gabriel sabe qué lo impulsó a realizar esas acciones.

—Fui a ver a una terapeuta, y me hizo revivirlo *todo*. Todo aquello que llevaba años escondiendo en lo más profundo de mi memoria. Manejé a casa y estuve un par de días ahí como un patético borracho que no era capaz de sanar y seguir adelante. Todo había sido mi culpa. Mis hermanos perdieron todo gracias a mí, y estando en esa casa, ahogándome en alcohol, lágrimas y recuerdos, es que tomé la estúpida decisión de venderla. Sabía que legalmente no tenía autoridad para hacerlo. Supongo que por un lado estaba esperando que Nick lo entendiera y nos deshiciéramos de todas las memorias. Pero por otro lado... quería llamar la atención de mis hermanos.

Sus palabras cuelgan en el aire, pesadas y llenas de dolor. Puedo ver el conflicto interno reflejado en su rostro, el arrepentimiento profundo y la lucha por redimirse. Me atrevo a tomar su mano, ofreciendo el único consuelo que puedo en este momento, y le prometo con mi mirada que no está solo.

—¿Por qué dejaste de insistir con la casa? —pregunto, tratando de comprender su lógica.

—Tuve un accidente... manejando ebrio.

—Oh —musito, sintiendo un escalofrío recorrer mi espalda.

—Choqué con un poste. No fue tan grave, pero estuve un par de días hospitalizado —continúa, evitando el contacto con mis ojos.

—¿Tus hermanos saben de esto?

—No. No pueden saber que casi pierden a su hermano de la misma manera en que perdieron a sus padres —dice, y su voz se quiebra nuevamente.

—¿Qué hiciste después del accidente?

—Dejé de beber. Y me di cuenta de que estaba siendo un hijo de puta. Que no podía deshacerme de lo único tangible que me quedaba de mamá y papá. Y ahora supongo que quiero arreglar las cosas con Nick y Cam.

—Entiendo eso. Y acepto las condiciones de este trato... pero debes prometer que no esperarás que esto funcione por su cuenta. Tienes que encontrar formas de hablar con él —le advierto, queriendo asegurarme de que no se desmoronará nuevamente.

—Lo haré una vez que me cuentes para qué necesitas el dinero —dice, cambiando el foco de la conversación hacia mí.

—Para iniciar una colección de carteras Birkin —comento con humor.

Gabriel esboza una sonrisa, pero puedo ver que espera la verdad. Así que le cuento todo.

Comparto suficientes detalles para que entienda, aunque sin invadir demasiado la privacidad de mi amiga. Le revelo los fragmentos necesarios para que todo tenga sentido en el contexto de nuestra conversación.

—¿Dónde está su madre ahora? —pregunta con genuina preocupación en su voz.

—En rehabilitación —respondo y noto que sus ojos se suavizan.

—Por eso la necesidad del dinero —concluye—. Podría hablar con ella. Entiendo exactamente por lo que está pasando. Quizá sea bueno para Mia ver que hay esperanza. Sé que no tengo las cosas arregladas...

—Eso sería fantástico, Gabriel —interrumpo, sorprendida por su ofrecimiento y agradecida por su disposición a ayudar.

Arruga la nariz en una expresión de leve disgusto.

—¿Qué? —pregunto, confundida.

—No acostumbro a que me digas por mi nombre. Príncipe suena mejor saliendo de tus labios —susurra, acercándose más a mí. Sus ojos brillan con una mezcla de travesura y sinceridad.

Los recuerdos que llevo todo este rato intentando ignorar están más que presentes en este momento. La cercanía de Gabriel y el tono íntimo de su voz traen de regreso las sensaciones que traté de enterrar. Me sonrojo y con el calor subiendo hacia mis mejillas no puedo evitar una sonrisa.

Nos retiramos de la cafetería, la conversación ligera fluye nuevamente entre nosotros. Finalmente, llegamos al edificio donde debemos separarnos.

—Gracias por escucharme —dice en un tono suave.

—Por supuesto, *príncipe*.

—¿Quién es ese guapetón que te viene a dejar a la oficina? —pregunta Meredith con un tono cargado de curiosidad y picardía.

Estamos en la máquina de café, listas para prepararnos nuestra tercera taza de la mañana.

Mer podría considerarse mi mejor amiga en este lugar. Es la mujer que me amadrinó cuando llegué, la que se encargó de resolver todas mis dudas y recomendarme los mejores lugares para tomar siestas durante la jornada. La amo por eso. Es doce años mayor que yo y siempre me pide que le cuente de mi supuesta «emocionante» vida de joven. Sabe de todos los chicos con los que me he acostado, a quiénes he *ghosteado* y a quiénes he visto en más de una ocasión.

Hace un tiempo que no le hablo de un novio. Sé que Gabe no es realmente mi novio, pero tengo que acostumbrarme a la idea de usar esa palabra ahora que estamos en esta farsa.

—Es mi novio —comento, intentando sonar casual.

—Podrías sonar más entusiasmada al respecto. Sobre todo, considerando ese cuerpazo que tiene —responde, con una sonrisa traviesa.

—¡Meredith! —exclamo, sintiendo mi rostro ponerse rojo de vergüenza.

—Niégamelo —desafía, levantando una ceja.

Pienso en Gabe. En sus ojos verde esmeralda, en esa mandíbula tan definida que podría cortar. En su pelo, a veces cuidadosamente arreglado, otras veces con un aire casual. La manera en que la ropa se ajusta a su cuerpo, cómo se flexionan sus brazos... y cómo se sintió besarlo, sentirlo, tocarlo.

—Vale, es bastante guapo —admito, riéndome.

—¿Lo llevarás a la fiesta? —pregunta, emocionada ante la perspectiva de conocerlo.

—Sí. Irá como acompañante.

—Mis ganas de ir acaban de aumentar.

Entorno los ojos, pero no puedo evitar sonreír también. Meredith se despide para volver al trabajo, cuando de repente escucho voces familiares de fondo y me paralizó. Hace tanto que no lo veía en la oficina que había olvidado que estaba en contacto con Jean para un videojuego. Las palabras se desvanecen mientras mi atención se centra en una sola voz.

—¿Y podemos esperar que esté listo en dos semanas? —pregunta Ethan.

—Si no se realizan más correcciones, entonces sí —responde Jean.

—Perfecto. Iré por una taza de café y me retiro.

—Claro.

Intento terminar de preparar mi café, pero mis manos tiemblan. Su presencia hace difícil que pueda enfocarme en lo que necesito, que es pasar toda la tarde programando.

—Hola —saluda Ethan, acercándose.

—¿Qué mierda haces? —escupo con mi voz llena de ira y resentimiento.

Me cansé de esconderme en mi propia piel cada vez que lo escucho. Me prometí dejar de ser la ingenua chica que fui por mi propio bien. Cada paso que doy hacia él es un acto de valentía, pero también de autodestrucción. Su presencia despierta una tormenta de sentimientos dentro de mí, una mezcla caótica de ira, miedo y tristeza que amenaza con consumirme por completo.

—¿Disculpa? ¿A qué te refieres? —pregunta, fingiendo ignorancia.

—Tú sabes perfectamente bien a qué me refiero —digo y mi voz tiembla con furia contenida.

—Avery, no es el momento indicado —contesta en un susurro.

—No. No es ahora y no lo fue hace diez años. ¡Deja de acosarme! —grito, incapaz de evitarlo. Ethan gira su vista a todos lados, asegurándose de que nadie haya escuchado.

—Creo que estás malinterpretando lo que está sucediendo.

Mi corazón apretado no puede asimilar esto. Su supuesta «confusión». La manera en que me mira, como si fuera una chica de dieciséis años de nuevo, perdida por el mundo, vagando sin destino. No. Estoy segura de que me encojo de manera involuntaria en su presencia; mi espalda se encorva, mi vista se agacha y mi voz se suaviza. Odio la versión de mí que soy en su presencia.

Pero también hay una parte que se niega a rendirse, que se aferra a la esperanza de un futuro sin él. Me niego a dejar que el miedo me controle, a permitir que Ethan siga dictando mi vida y mis emociones.

—Ethan. ¿Me buscaste a propósito?

Suelto esa pregunta que lleva semanas dando vueltas en mi mente.

Sé que tengo que encontrar la fuerza para liberarme de su influencia tóxica y sé que no será fácil.

—Prometo que no. Estaba en búsqueda de un desarrollador para apoyarme en un proyecto —responde, ambiguo como siempre.

—Me debo ir —comunico y le doy la espalda sin esperar su adiós.

—¿Cómo van las cosas con tu novio?

—¿Disculpa? —respondo, girándome lentamente.

—Espero que te trate bien —dice con tono suave, casi preocupado.

Me pregunto si alguna vez podré escapar completamente de su sombra, si podré encontrar la paz que tanto anhelo.

—Mejor de lo que tú jamás lo hiciste —respondo con firmeza y me marchó, sin mirar atrás cuando dice mi nombre.

Gabe: ¿Puedo ir a tu departamento hoy?

Avery: ?????

Gabe: Responde la pregunta.

Avery: Te recuerdo que no estamos realmente saliendo.

Gabe: Cam me informó que mi queridísimo hermano estará allá esta tarde.

Avery: Dios, eres un psicópata.

Gabe: ¿Puedo?

Avery: Solo si me traes churros.

Gabe: Aparte de los tulipanes, ¿tienes flores favoritas?

Avery: ?????????????

Gabe: Dios santo, Avery.

Avery: Esa es información privilegiada.

Gabe: Por favor, indícame cuáles son tus flores favoritas.

Avery: Tulipanes.

Avery: Blancos. Si no son blancos, realmente no me gustan.

Avery: También me gustan las peonías. Las rosas supongo que
tienen algo elegante y clásico que cualquier persona disfruta.

Avery: ¿Te sirve mi respuesta?

Avery: ¿Holaaaa?

Una hora más tarde llega Gabriel al departamento.

Con tulipanes blancos.

Y peonías.

Y rosas.

Todo en un arreglo floral que me quita el aliento.

—¿Quién llegó?! —grita Emily desde su habitación.

—Hola, Montgomery —saluda Gabe.

Emily se asoma por su puerta con una gran manta cubriendo sus hombros y entorna los ojos

apenas ve a Gabe. Murmura un «hola» despacio y vuelve a su habitación.

—Esto es para ti —dice, extendiendo su brazo y entregándome las flores.

—Hubiese sido muy decepcionante que no lo fuera después de tu insistencia —respondo.

Mi costumbre es llevar las flores a un jarrón para ponerlas en agua y mantenerlas vivas. Pero estas ya vienen en agua. Gabe no solo compró flores según mis gustos, sino que también se aseguró de que no tuviera que poner más esfuerzo en ellas.

Sé que es lo mínimo.

Aunque eso no significa que mi cuerpo no pueda reaccionar. Porque reacciona.

Maldito cuerpo traidor.

¿Lo peor de todo? Nunca me habían regalado flores. Ni pretendientes pasados, ni parejas, ni amores pasajeros. Ninguna persona ha hecho el esfuerzo de darme algo tan simple como flores. Que Gabriel sea la primera persona en hacer este gesto por mí, rompe mi corazón. Lo rompe porque estoy consciente de que no lo hace por querer, sino para dar una buena impresión frente a su hermano.

—¿Hice algo mal? —pregunta, preocupado.

Es en ese momento que siento una lágrima caer por mi mejilla. La limpio con la palma de mi mano y niego con la cabeza.

—Esto sonará muy patético —digo entre risas—. Es la primera vez que me regalan flores.

Abre los ojos de manera exagerada.

—Estás bromeando.

—Nop.

—¿No te ibas a casar?

—Síp.

—¿Él nunca...?

—Nop.

—Y nadie...

—Nadie —interrumpo antes de que siga enumerando a un montón de personas que nunca se percataron lo suficiente de mí como para tener este tipo de detalles.

En todas mis relaciones anteriores expresé mi amor por las flores de una u otra manera. Siempre he mencionado lo mucho que aprecio su belleza y lo significativo que sería que alguien me las regalara. Pero nunca sucedió. Nunca nadie se tomó el tiempo de darme esa pequeña muestra de cariño o confirmar que me conocía lo suficiente como para saber que las flores me harían feliz. Siempre me pregunté si mi valor en esas relaciones fue insuficiente, si de alguna manera no fui tan importante como para merecer ese tipo de atención.

Esas preguntas siguen resonando en mi mente mientras contemplo el hermoso arreglo floral que Gabriel ha traído. ¿Cómo es posible que esta persona, que apenas me conoce, haya hecho lo que ninguna otra hizo por mí? Quizá debería sentirme agradecida por cualquier muestra de

atención, pero la verdad es que estas flores representan mucho más que eso para mí. ¿Es que acaso estoy exigiendo demasiado al esperar un acto tan simple pero significativo?

Sé que no. En teoría, estoy pidiendo lo que merezco.

La teoría y la realidad nunca están de acuerdo.

Mientras la teoría mantiene las variables constantes, la realidad difiere. No hay igualdad de condiciones en el mundo real.

—Puede que no sea mi lugar, pero sí mereces flores, *mia cara* —comenta Gabe, como si estuviera leyendo mis pensamientos.

Asiento. Las palabras permanecen atascadas en mi garganta. Con cuidado pongo el florero sobre la mesa del comedor, donde los rayos del sol lo iluminan a la perfección.

—Gracias —murmuro.

Me avergüenza reconocer esta verdad. Me pesa admitir que he llegado a creer que no merezco el esfuerzo de los demás. Siempre el mundo me ha dado migajas, las suficientes como para mantenerme enganchada, pero nunca bastantes como para sentir que realmente valgo la pena. Nunca he recibido un gran gesto de amor como los que se ven en las películas, aunque en el fondo siempre he anhelado tener esos romances épicos que se encuentran en las páginas de los libros.

Quiero ser amada en voz alta.

Quiero que una persona, *mi persona*, grite a los cuatro vientos que está enamorada de mí. Que me demuestren con acciones concretas que valgo la pena, que merezco ser amada de la manera más profunda y sincera posible. Quiero sentirme valorada, apreciada y amada en todo mi esplendor, sin restricciones ni reservas.

—Algún día llegará tu príncipe azul y te dará flores todas las semanas y te bañará de lujos —continúa Gabriel—. Por favor, no pienses que esa vida no es para ti.

No sé en qué momento se acercó tanto a mí. Solo sé que su mano está en mi mejilla, limpiando las lágrimas que no dejan de caer. *¿Podrían dejar de avergonzarme un rato? No quiero llorar frente a este individuo.* Cada lágrima parece pesar toneladas, cargada de años de anhelos y decepciones.

—Muy dulce, *príncipe* —murmuro, intentando recuperar la compostura.

—Tengo mis momentos —responde Gabe con una sonrisa suave, casi vulnerable.

Y algo cambia en ese instante. Puede ser el aire, su mirada o el hecho de que me haya traído comida. Pero de repente me siento cómoda en la presencia de Gabe, como si lo que hemos compartido durante las últimas semanas hubiera encontrado lugar dentro de mí. Después de todo, hablando de la vida y compartiendo miedos y vulnerabilidades, he logrado ver más allá de la fachada que siempre muestra al mundo.

En esos momentos de sinceridad me he dado cuenta de que Gabe no es solo un hijo de puta

como pensé siempre. Claro, sigue teniendo ese rasgo en su personalidad, pero es más que eso. Es alguien con una profundidad y una calidez que no esperaba encontrar.

Y, por alguna razón, siento la necesidad de decírselo.

—Gabe, yo...

El timbre suena y rompe el hechizo del momento.

Emily sale corriendo de su habitación y le abre la puerta a Nick. Se saludan de manera dulce, y su alegría contrasta con la intensidad de mis emociones. Observo cómo se abrazan, y aunque me siento un poco molesta por la interrupción, también agradezco el respiro.

—Siento vergüenza ajena en este momento —dice Gabe después de que Nicolás suelta una de sus cursilerías.

—Juro que mi mejor amiga solía ser más digna —comento.

Nos reímos por lo bajo mientras seguimos observando. Aunque la escena podría resultar empalagosa a ojos ajenos, considero dulce ser querida de esa manera. Es un recordatorio de lo que anhelo.

—¿Qué comida probaremos hoy? —pregunta Emily.

—Italiana —responde su novio.

—¿Pasta?

—Pizza.

—Delicioso.

—Amor, ve a acostarte. Yo preparo todo y te llamo cuando esté listo —dice Nicolás. Sus ojos brillan cada vez que ven a mi amiga.

—Eres perfecto.

—Lo sé —responde guiñándole un ojo y Emily se va a esconder a su habitación.

Antes de que Nicolás vaya a la cocina, nos echa una mirada a Gabe y a mí.

—Hola —suelto, haciendo un gesto con mi mano.

—Hola —saluda Nick con una sonrisa en su rostro... hasta que sus ojos se posan en Gabriel.

—Hola —dice este en un tono más serio.

—Hola —repito, solo porque estoy incómoda ante el tenso intercambio de saludos.

Nicolás nos observa a ambos durante unos instantes que se sienten eternos. No sé qué hacer con mis manos ni cómo mantenerme relajada en este espacio. Su mirada se fija en las flores antes de analizar otra vez a su hermano.

—Hola —dice Nick, dirigiéndose ahora a Gabe.

—¡Si alguien más dice «hola», juro por Dios que cometeré un crimen! —grita Emily desde su habitación.

—¿Vas a pedir pizza? —pregunto, intentando romper el hielo.

—La prepararé aquí —dice, levantando una bolsa de supermercado con los ingredientes.

—Mamá nos enseñó a hacer pizza —suelta Gabe, intentando mantener una conversación.

Aunque el comentario está dirigido a su hermano, sus ojos no se despegan de los míos. Entiendo lo que eso significa. Quiere cumplir su trato de esforzarse por hacer las paces con Nick, pero necesita valor y supongo que mi mirada puede ofrecerle un poco de eso.

Logro ver el conflicto interno en Gabe, la lucha entre su deseo de reconciliación y el temor de abrir viejas heridas. Aun así, hasta yo sé que el tema de los padres es territorio peligroso. Nick tiene la mandíbula apretada y su atención se ha desviado, enfocándose en un punto invisible en la distancia. La atmósfera se siente cargada de palabras no dichas y sentimientos reprimidos, como si cualquier momento pudiera desencadenar una tormenta emocional.

—Sí. Disculpen —dice Nicolás y se va sin agregar nada.

Miro a Gabriel esperando alguna reacción, pero se queda mirando la cocina, perdido en sus pensamientos.

—Ah, casi lo olvido.

Abre su mochila y saca...

—¡CHURROS!

—Dijiste que no podía venir sin ellos.

—Te podría besar en este momento. O sea, no realmente, ya sabes... más bien, es por los churros. Tengo hambre y besaría a cualquier persona que llegara con una bolsa de churros. No cualquier persona, claro. Tengo un filtro, aunque no me creas. Es solo que... —baluceo sin sentido.

—Avery, cómete los churros.

Doy pequeños saltitos de alegría al abrir la caja y ver esas delicias rellenas de dulce de leche. El aroma reconfortante llena el aire y no puedo evitar hacer sonidos de satisfacción poco elegantes al morder el primero.

—Qué delicia. —Mis palabras se mezclan con los ruidos de placer que emito.

Me trago dos churros rápidamente, casi sin respirar, antes de recordar que Gabe también está ahí.

—¿Quieres uno? —pregunto con la boca medio llena.

—Parece que tú los quieres más que yo —responde con una sonrisa divertida.

Insisto y agarra uno. Estoy demasiado hambrienta para esperar, así que ni siquiera me digno a caminar hacia la mesa del comedor. Me quedo allí, disfrutando de cada bocado.

Termino de comer y empiezo a chupetear mis dedos para limpiar el dulce de leche pegajoso. De repente, noto que la atención de Gabe está fija en mis labios. La intensidad de su mirada me hace dudar de si está observando el gesto con que limpio mis dedos o si hay otra razón.

Mis mejillas se calientan bajo su mirada y el ambiente en la acogedora sala de estar se carga de una tensión electrificante.

—¿Has avanzado con la lectura? —pregunto a modo de distracción.

Levanto las cejas en su dirección y, cuando asiente, indico el sofá para que nos sentemos. Le

digo que me espere un momento y voy a la cocina a preparar té para ambos, pero me encuentro con Nicolás cortando ingredientes.

El silencio es incómodo; de seguro me juzga por estar con su hermano.

—Está haciendo un esfuerzo —digo en un impulso.

—No es suficiente —responde cortante.

Asiento, sin saber qué más añadir a la conversación. Sirvo el té, disfrutando del aroma relajante que llena el aire, y me despido de Nick. Regreso al sofá, ansiosa por escuchar los pensamientos de Gabe sobre el romance erótico de hadas.

Desde la última vez que hablamos de esto, Gabe no solo ha terminado el primer libro, sino que también va por el final del segundo. Nos sumergimos en una conversación animada, riendo y compartiendo teorías sobre lo que podría suceder en los próximos capítulos. Me sorprende lo comprometido que está con la historia... sus observaciones son perspicaces y a menudo entretenidas.

—No puedo admitir que esta sea una obra literaria, pero lo he pasado bastante mejor de lo que esperé —confiesa, con una sonrisa juguetona en sus labios.

—La literatura puede ser lo que tú quieras que sea. Es mi forma de entretenimiento favorita —respondo, sintiendo una calidez en mi pecho al ver su entusiasmo.

—Así parece. ¿Me recomiendas otro libro?

Lo llevo a mi habitación, donde tengo mis libros favoritos organizados en estantes. La habitación está bañada por la luz dorada del atardecer que crea una atmósfera acogedora, mágica. Gabe se interesa por cada libro y pregunta qué me gustó, qué le cambiaría y si debería leerlo o no. Nos perdemos en la conversación. El tiempo pasa sin que nos demos cuenta, sumergidos en el mundo de la literatura.

—No estoy diciendo que no los vaya a leer, aunque definitivamente es lo que estoy diciendo, pero también me pregunto por qué debería leerlos —comento después de que menciona que su saga favorita tiene diez libros y cada uno de ellos, mil quinientas páginas.

—La respuesta correcta es: porque son obras de arte —replica, lleno de convicción.

—Creo que tenemos distintas definiciones de obras de arte.

Me mira fijamente y sus ojos esmeralda brillan con el sol del atardecer. La *golden hour* ilumina sus facciones, acentuando la intensidad de su mirada. Me resulta difícil apartar la vista de él, especialmente cuando sus ojos recorren mi rostro con una delicadeza que me hace sentir desnuda. Es como si estuviera memorizando cada una de las pecas en mi nariz, el exacto tono azul de mis ojos, el tamaño de mis orejas y la manera en que se ruborizan bajo su atención. Finalmente, su mirada se detiene en mis labios.

El aire de pronto se siente pesado, electrizante, *distinto*. Reconozco su mirada. Reconozco la manera en que sus labios se abren ligeramente y su respiración se ralentiza.

Es *deseo*.

Estoy noventa y nueve por ciento segura de que Gabe, en este instante, me desea.

Quiero hablar, decir algo, interrumpir sus pensamientos, pero, Dios... *la manera en que me mira*. Sus ojos esmeralda parecen penetrar en lo más profundo de mi alma, estudian cada detalle de mi rostro con una intensidad que me deja sin aliento. Mi corazón late con fuerza y cada segundo se estira en una eternidad cargada de tensión.

Gabe se acerca más a mí; su paso es seguro y decidido. Nos separan ahora tan solo centímetros y la incertidumbre y la duda flotan en el aire. Ahí están también las ganas. ¿Qué tan terrible sería repetir lo de la otra vez? Su mano se eleva lentamente y acaricia un mechón de mi pelo, enredándolo en uno de sus dedos con una suavidad que me desarma. Luego toma mi mentón y recorre mi mandíbula con una ternura inesperada. Mi corazón ya se está acostumbrando a esta canción agitada, a verme afectada por su presencia, su cercanía.

El calor de su cuerpo cerca del mío crea una corriente eléctrica que recorre mi columna vertebral. Estoy atrapada en el momento, deseando que se acerque más, que borre la distancia que aún queda entre nosotros. Pero también estoy aterrada de lo que eso podría significar. Mis pensamientos son un torbellino, un choque entre el deseo y la razón que se intensifica mientras sus ojos me mantienen cautiva, prometiendo más de lo que jamás me atreví a imaginar.

—Yo... —logro decir, sin saber cómo continuar. Mis palabras quedan atrapadas en mi garganta, incapaces de salir.

De repente, un golpe en la puerta nos saca del trance, salvándonos de la tensión insoportable. Nos separamos sin pensarlo dos veces, dejando un espacio vacío entre nosotros que parece más grande que nunca. Paso mis manos por mi ropa con gestos nerviosos, como si estuviera quitándome pelusas invisibles, evitando la mirada de Gabe. No quiero ver arrepentimiento en sus ojos. No porque me dolería verlo, sino porque... no lo sé. Supongo que sí me dolería. El silencio se instala entre nosotros, pesado y cargado de emociones no expresadas, mientras el eco del golpe en la puerta resuena en el ambiente.

—Ave, ¡está lista la pizza! —grita Em del otro lado de la puerta—. ¿Quieres... quieren un poco?

Sonríó tímidamente al ver que mi amiga intenta hacer un esfuerzo por incluir a mi «novio» y controlo mi respiración antes de responder.

—Yo quiero —respondo, buscando con la mirada a Gabe para saber qué opina.

Él niega con la cabeza y finjo que no es decepción lo que siento.

—Debo irme —dice en un susurro.

—¿Y Gabe? —pregunta mi amiga.

—Se tiene que ir.

—Vale —dice Emily y escucho que sus pasos se alejan.

—Tengo que despertarme temprano mañana para avanzar con unos trabajos —explica, como si necesitara justificar su partida.

—Claro.

—Trabajas desde casa, ¿cierto? —pregunta en un tono más suave.

—Sí, mañana sí —respondo, intentando no mostrar lo mucho que me afecta su partida.

—Bien. Buenas noches, *mia cara* —dice, usando su apodo cariñoso para mí.

—Buenas noches, Gabe —contesto y siento un nudo en la garganta al verlo salir por la puerta.

La habitación, tan familiar y acogedora, de pronto se siente vacía sin su presencia. Suspiro, tratando de reunir fuerzas para levantarme y seguir con mi noche.

* * *

Me sumerjo en una espiral de dudas y búsquedas frenéticas en Google, tratando de descifrar si lo que siento por Gabe es algo más que una simple atracción. Mi historial de búsqueda se convierte en un reflejo de mi confusión emocional:

¿Cómo saber si realmente me gusta?

Test para identificar si estás enamorada.

¿Te gusta o solo te sientes sola?

Recomendaciones de los mejores vibradores para olvidarte de él.

Señales de que eres el crush de alguien.

Ugh.

Frustrada, cierro mi *laptop* con un suspiro de resignación. Decido que no, no es Gabe quien me gusta realmente. Debo atribuir estos sentimientos a la falta de interacciones con hombres en mi vida reciente. Además, sé que sus intenciones no van más allá de una amistad, lo que me lleva a negar la posibilidad de cualquier atracción real. Me niego a seguir profundizando en mis emociones, es una pérdida de tiempo. Mi enfoque debe estar en mí, en satisfacer mis propias necesidades.

Decido cambiar el rumbo de mi noche y descargo un libro erótico en mi Kindle. Me sumerjo entre sus páginas, dejándome llevar por la historia de una princesa secuestrada por un vikingo en busca de venganza por el destino de su aldea. La trama resulta ser cautivadora y el vikingo, a pesar de su rudeza, despierta en mí una curiosa fascinación. Me detengo en una escena particularmente erótica que hace que mi sangre hierva y mi corazón lata con frenesí. Busco mi vibrador favorito y lo presiono directamente en mi clítoris para quitarme la incesante picazón en mi entrepierna.

Cierro los ojos e imagino que soy Leah, la princesa, empapada en una bañera y siendo acariciada por Skarde, el vikingo de ojos cafés como el chocolate. La escena se desarrolla en mi mente: a pesar de los esfuerzos de Skarde por protegerme en la lucha contra los guerreros del rey, una daga logra herirme y es el mismo vikingo quien cura mis heridas con el agua tibia del modesto hostel que encontramos.

—¡Ay! —exclamo en mi imaginación cuando las manos de Skar rozan mi piel lastimada con delicadeza.

—Esto es consecuencia de no seguir mis órdenes. Si me hubieras obedecido, te habrías mantenido a salvo —reprende con severidad.

—Solo quería ayudarte —susurro.

—No. Puedo arreglármelas solo. Pero no puedo permitirme perderte —afirma con determinación.

Entonces, me besa con pasión desenfrenada y yo respondo con igual fervor. Sus manos expertas recorren mis pechos, provocando sensaciones electrizantes que recorren todo mi cuerpo. Sus labios encuentran mi cuello, y sus dedos continúan explorando cada centímetro de mi piel hasta llegar al lugar donde anhelo su toque con desesperación. Gimo su nombre, deseando sentir la caricia de sus dedos en el espacio más íntimo y necesitado de mi ser.

Mientras tanto, mi juguete sigue vibrando en un delicioso ritmo que me tiene moviendo las caderas, *queriendo más*.

—Ven acá —murmura Skarde, levantandome de la bañera y llevándome en sus brazos hacia la cama. Me acuesta con más delicadeza de la que un vikingo debiese tener y me mira anhelante.

—Bésame —suplico, exponiendo mis pechos para que se acerque a mí.

—Estás tan necesitada de mí, princesa. Abre esas piernas. Veamos qué tan mojada estas.

Obedezco, mis piernas tiemblan ante el deseo y la anticipación.

Skarde se arrodilla frente a mí y empieza a besar mi sexo con cuidado, en un recorrido suave que incendia mi cuerpo. Luego su lengua dentro de mí se mueve con expertiz. Arqueo la espalda y muevo mis muslos buscando mayor contacto, deseando más cercanía, necesitando *liberación*.

Y la encuentro.

Veo estrellas cuando el orgasmo se apodera de mí. En mi fantasía, observo cómo el musculoso vikingo desplaza su lengua con destreza y alza la vista para ver cómo me rindo en sus brazos. Sus ojos ya no son marrones, sino de un verde profundo. Su cabello rubio ha cambiado a un tono castaño, realzando aún más su apariencia.

Y es...

—Gabe —gimo con lo último de mí.

Hoy es el aniversario de mi empresa, un día que he estado esperando con cierta aprensión durante las últimas semanas. El gran evento reunirá a todos nuestros clientes, tanto grandes como pequeños, que nos han acompañado a lo largo de los años. La invitación oficial indica que el *dress code* es de etiqueta, así que opto por un vestido azul medianoche que se ajusta a mi figura de manera perfecta, realzando mis curvas con elegancia.

—Mierda, Ave, te ves hermosa —exclama Em cuando salgo de mi habitación.

—¿Eso crees?

Sonrío ante su halago, aunque mi mente todavía está inquieta por la magnitud del evento. Emily, siempre directa y honesta, agrega con una sonrisa pícaro:

—Eres la única persona que hace que dude de mi sexualidad.

Suelto una carcajada y le doy un leve empujón con mi codo.

—Pensé que era un evento más casual —comenta luego con un tono de sorpresa.

—También yo, hasta que llegó la invitación oficial informando que es *black tie*. Supongo que queremos dar una buena impresión a los *stakeholders* y blablá —respondo con una media sonrisa, tratando de restarle importancia al asunto.

—Se nota que sabes de lo que hablas —dice con sarcasmo.

En ese momento, el sonido del timbre interrumpe nuestra conversación.

—Llegó tu cita —anuncia Emily.

—¿Puedes abrir? Iré a buscar mi cartera —le pido.

—Solo porque te amo. —En su respuesta hay ironía, aunque tiene una sonrisa cómplice.

—Deja de antagonizar a Gabe. Sé que ha hecho daño, pero no es tan malo como parece. Tú debes entender eso —regaño a Emily con sinceridad.

—Haré como que no escuché ese insulto. —En el fondo sabe que hay algo de verdad en mis palabras.

La sigo observando, esperando que me confirme que hará un esfuerzo con Gabe, aunque mi confianza en ello sea mínima.

—Intentaré hacer un esfuerzo —suelta al fin.

Voy a mi habitación en busca de mi pequeña cartera y en eso escucho la disputa entre Emily y Gabriel resonar por el pasillo. Sus voces, una mezcla de exasperación y sarcasmo, se filtran a través de la puerta cerrada, como si estuvieran luchando por el control de la atmósfera del

apartamento. Me detengo por un segundo, intrigada por la dinámica entre ellos, deseando saber cómo se desarrollará la situación.

—¿Qué tal la vida? —escucho a mi mejor amiga preguntar con un tono forzosamente amable.

—¿Qué? —responde Gabe con cautelosa hostilidad.

—Te pregunté cómo estabas —musita Emily entre dientes, tratando de mantener la calma a pesar de la tensión en el aire—. ¿Acaso no escuchas?

—¿Estás siendo amable? —pregunta, confundido—. Sabes con quién hablas, ¿cierto?

—¡Avery! —grita Emily, apresurándose para salir y salvarla de la incomodidad.

Pero me quedo al otro lado de la puerta, atenta al desarrollo de su conversación.

—La vida va bien —responde Gabe después de un breve silencio. Su voz revela una mezcla de reserva y desdén.

—Está lindo el clima, ¿verdad? —Emily intenta mantener la conversación casual, recordando su promesa de hacer un esfuerzo por mí.

—Hay una tormenta eléctrica —murmura Gabe, con un atisbo de humor.

—Los... relámpagos son bonitos —insiste Emily, luchando por encontrar un terreno común.

—Claro —concluye Gabe.

Oh, Dios.

Decido dejar atrás el tumulto y al abrir la puerta me encuentro con una escena inesperada: Gabriel está parado afuera del departamento, aparentemente detenido por la interacción previa con Emily.

—Esa ha sido la conversación más incómoda que he presenciado. Y eso que una vez terminé con mi prometido mientras su amante estaba en la otra habitación hablando en francés con su madre moribunda —suelto y los observo con una sonrisa.

Emily se echa a reír y se marcha. Gabriel, por su parte, no dice nada, solo me observa con intensidad de pies a cabeza y siento cómo las mariposas revolotean en mi estómago.

—Te ves... —Su voz está cargada de algo que no puedo descifrar.

—Lo sé —respondo, tratando de proyectar seguridad mientras cierro la puerta tras de mí.

Durante los próximos veinte minutos en el taxi, la conversación se vuelve más incómoda que la interacción que tuvieron él y mi amiga. Recuerdo la última vez que nos vimos, cuando pensé que Gabe me iba a besar, pero en cambio se marchó. No hemos hablado desde entonces y no sé cómo fingir que no sucedió, que estamos bien, que no tuve uno de los orgasmos más satisfactorios de mi vida pensando en él.

Mierda.

El frío de Nueva York se cuela por las ventanas entreabiertas del taxi, haciendo que me estremezca bajo mi abrigo. Finalmente, llegamos al evento. Las luces brillan desde el exterior del lugar, contrastando con la oscuridad de la noche invernal. El aire gélido golpea mi rostro cuando

salgo del auto. Trato de abrigar mis manos con mi aliento, lo cual Gabe interpreta como una señal para tomar mi mano y entrelazarla con la de él.

—¿Estás lista, cariño? —pregunta con humor en sus ojos.

¿Para enfrentarme a uno de los hombres que más me dañó?

—No —respondo honestamente.

Con paso firme y cabeza en alto, entramos al salón de eventos.

Afuera, en medio de la nieve y el frío, Gabriel me había estado convenciendo durante diez minutos de que podía enfrentar esta situación. Sus palabras resonaron en mi mente: *no puedes dejar pasar la oportunidad de relacionarte con personas de la industria que podrían estar interesadas en alguna colaboración solo por una relación pasada*. Aunque su gesto de ofrecerme una salida alternativa —que nos fuéramos a jugar videojuegos o leer a su departamento— fue un alivio, sé que debo enfrentar este desafío.

Con nuestras manos entrelazadas y un nuevo sentido de confianza me sumerjo en el lujoso centro de eventos, donde una ola de elegancia me envuelve. Cada persona que pasa a mi lado irradia un aire refinado, con trajes impecablemente cortados y vestidos deslumbrantes que relucen bajo la luz tenue. Los meseros, también elegantes, se pasean entre los invitados ofreciendo comida y cócteles con una sonrisa profesional en sus rostros.

El sonido suave y melodioso de un cuarteto de cuerdas llena el ambiente, añadiendo una atmósfera de sofisticación. Las dulces melodías son un acompañamiento perfecto de las conversaciones animadas. A medida que me adentro más, puedo ver grupos de personas socializando y disfrutando de la compañía mientras brindan con copas de champán.

—¿Qué debemos hacer? —pregunta Gabe, sujetando mi mano con firmeza.

—No lo sé. Socializar, bailar, convencer a estos inversionistas de que apuesten por nosotros...

—Tú guía, yo sigo.

Aprovecho para saludar a mis colegas con grandes sonrisas, impresionada por la transformación estética de algunos.

—¿Quién diría que este Teddy es el mismo que la semana pasada se quitó la camisa después de tan solo una cerveza? —pregunto entre risas.

Teddy se sonroja.

—¡Ave! —exclama Meredith, aunque su vista está fija en mi cita—. ¿No nos presentarás al caballero?

Asiento con la cabeza, resistiendo el impulso de entornar los ojos.

—Chicos, este es Gabe, mi novio —comento, intentando sonar enamorada.

—¿Cómo se conocieron? —inquire Juliet, lista para luego compartir el chisme con cualquier persona que pregunte.

—Soy hermano del novio de la mejor amiga —explica Gabe encogiéndose de hombros, como

si eso lo explicara todo.

—Chocó mi auto en una fiesta de Halloween —digo honestamente—. Luego robé su billetera.

—Fue amor a primera vista —añade Gabriel con humor.

Después de unos minutos de charla, nos excusamos y seguimos recorriendo el salón. Durante la siguiente hora nos acercamos a diferentes grupos, entablamos conversaciones y nos sumergimos en la atmósfera del evento.

—Eres demasiado sociable —comenta Gabe. Una ligera sonrisa juega en sus labios mientras me mira con admiración.

—El problema es que no lo soy. Soy una introvertida que finge ser extrovertida. Esta es mi peor pesadilla —respondo exagerando mi sonrisa, aunque manteniendo una expresión relajada en caso de que alguien esté observando.

Gabe ha sido un apoyo increíble esta noche, mucho más de lo que esperaba. Su sentido del humor aligera las conversaciones y sus comentarios ingeniosos hacen reír a todos. Además, su conocimiento sobre temas actuales y su experiencia en una vida de lujo le permiten compartir anécdotas fascinantes que capturan la atención. Me doy cuenta de que su presencia hace que todo sea más llevadero, como si su compañía creara un escudo protector alrededor nuestro.

Todo va bien hasta que mi mirada se encuentra con la de Ethan, que entra al salón acompañado de Maya. Mi cuerpo se tensa por instinto al verlos y Gabe nota el cambio, porque, sin decir una palabra, extiende su brazo y me guía hacia la pista de baile. La música suave y envolvente nos rodea mientras comenzamos a movernos. Siento su mano firme en mi espalda y su mirada atenta, ofreciendo un refugio en medio del tumulto.

Gabe me mira con una mezcla de comprensión y algo más profundo; sus ojos reflejan una promesa de apoyo y quizá algo de afecto. Y así, mientras nos movemos despacio, por un momento el resto del mundo desaparece.

—Te ves radiante esta noche —dice con una admiración sincera que me hace sonrojar.

—Tú no te ves nada mal —respondo sonriendo, mientras noto cómo su traje de corte perfecto realza su figura atlética.

Sutilmente, escaneo la multitud en busca de Ethan, solo para ser consciente de su presencia y asegurarme de que se mantenga a distancia.

—No está cerca, no te preocupes.

—Odio la manera en que mi cuerpo se tensa cuando lo veo —confieso, apenas en un susurro.

—No es necesario, pero quizá te podría ayudar hablar del tema —sugiere Gabe. Su mano aprieta la mía en un gesto de apoyo.

No sé si es el momento apropiado, pero la soledad de guardar este secreto y no poder contar con nadie para apoyarme resulta ser agotadora. Así que decido contarle la historia resumida.

—Ethan es un ex, como sabes —digo, todavía sin saber cuánto debería compartir con Gabriel.

¿Hasta qué punto me escuchará sin juzgarme?—. Pero es mucho más que eso. Es doce años mayor. Cuando lo conocí tenía dieciséis y él veintiocho.

Gabe gira su rostro para verme, sus ojos se oscurecen con una mezcla de sorpresa y furia contenida.

—¿Veintiocho? —Su tono acusatorio presiona mi pecho hasta que se me hace difícil respirar—. Asqueroso hijo de puta.

Asiento con la cabeza, intentando dejar la vergüenza de lado. Era adolescente, no sabía bien lo que estaba haciendo, no debería ser mi culpa, sino de él por manipularme, por aprovecharse de esa situación en la que tenía poder sobre mí.

—No era virgen ni nada por el estilo, pero sí era joven, inocente, ingenua. Me fue imposible resistirme a un hombre mayor y convencionalmente atractivo, que parecía quererme por algo más que solo por mi físico.

—Tenemos que hacer algo —declara Gabe con determinación.

—¿A qué te refieres?

—Detenerlo. Ponerlo tras rejas. Yo qué sé. No puede salirse con la suya.

—Gabriel, fue hace mucho tiempo. —Nuestro baile se detiene por el tono al que llegó nuestra conversación, el ambiente festivo alrededor parece desvanecerse.

—Eso es lo de menos. Podría estar repitiendo esto con otras chicas.

—Fue hace nueve años. Ahora, con sus treinta y siete, supongo que no lo hace.

Gabe asiente, aunque noto que no está convencido con mi respuesta, porque tensa la mandíbula.

—¿Qué pasó entre ustedes? ¿Cómo lo conociste? —pregunta después de un rato.

—Es... una larga historia —digo, sintiendo el peso de los años de silencio y el impulso de compartir aquello que ha atormentado mi mente, saboteando mis relaciones—. Ethan... él era mi profesor.

Hace nueve años

Estoy con audífonos durante toda la clase de historia; el sonido de la música llena mi mente mientras trato de escapar de la realidad. El aula es amplia y anticuada, con paredes color *beige* llenas de carteles educativos y ventanas que dejan entrar una luz pálida. Los escritorios están organizados en filas y el murmullo de los estudiantes apenas interrumpe mi burbuja musical. Incluso cuando nos introducen al nuevo joven profesor, apenas levanto la vista. Su presentación y su clase pasan desapercibidas para mí. Este es uno de esos días en los que preferiría estar en cama sin hacer absolutamente nada, en lugar de estar rodeada de personas obsesionadas con cada detalle de mi vida: a quién beso, a qué fiestas asisto, con qué hombres hablo.

El día se hace mucho más difícil sin la presencia de Emily, quien se quedó en casa con fiebre. Sin ella me siento vulnerable. Los rumores sobre mí, muchos de ellos falsos, perforan mi corazón a pesar de mi fachada indiferente. Frente a Emily es más fácil fingir algún tipo de valentía, inspirada por su fuerza y su invalidación de la opinión de los demás. Pero sola... sola no me siento valiente, ni fuerte, ni capaz de enfrentar el mundo. Apenas tengo ganas de sobrevivir.

Por eso, me refugio en una lista de reproducción un tanto depresiva durante la clase. Dibujo en mi cuaderno y garabateo para evitar que el nuevo profesor me llame la atención. Cuando suena la campana, luego de cincuenta minutos, recojo mis cosas veloz y me alisto para irme.

Alguien llama mi nombre, pero decido ignorarlo, pensando que será algún compañero con comentarios insidiosos. Al pasar frente al profesor, él me hace una señal para que me quite los audífonos.

—¡Hola! —dice con una brillante sonrisa. No creo que le dure más de dos meses en este lugar —. Avery, ¿cierto?

Asiento, insegura de por qué el señor Reynolds me habla.

—Sí.

—¿Está todo bien? —pregunta, con sus cejas alzadas en señal de preocupación e inclinándose ligeramente hacia mí.

Levanto la vista por primera vez y, por un momento, me quedo sorprendida. El profesor es *guapo*. No, guapo le queda corto. Sus ojos brillan con amabilidad, y su sonrisa, franca y cálida, ilumina su rostro. El cabello castaño algo desordenado le da un aire casual, casi juvenil, y su figura alta y esbelta se mueve con confianza. Lleva una camisa azul claro de botones,

arremangada hasta los codos, revelando antebrazos ligeramente tonificados. Sus pantalones de vestir oscuros están planchados, y unas zapatillas deportivas blancas completan un atuendo que es una mezcla de formalidad y relajó. Un ligero rubor me sube a las mejillas tras darme cuenta de que llevo varios momentos observándolo de manera atrevida.

—Sí —respondo, ansiosa por marcharme.

—Pregunto porque estuviste toda la clase escuchando música y dibujando.

Oh. Pensé que mi cabello ocultaba los audífonos inalámbricos.

—Lo siento —me disculpo, sin hacer el esfuerzo por inventar alguna excusa.

—No tienes que disculparte. Todos tenemos días en los que necesitamos desconectarnos. Si quieres te doy un pase para excusarte de tu próxima clase y te quedas acá dibujando mientras preparo mis siguientes clases.

—¿Puedo? —pregunto, sorprendida por su oferta.

—Por favor —contesta, esbozando una suave sonrisa.

Agradezco de manera interna su gesto y vuelvo a mi puesto, que está en un rincón del aula. Saco un libro de mi mochila y, con mi música de fondo, paso los siguientes treinta minutos inmersa en la historia.

—¿De qué trata tu libro? —pregunta el profesor Ethan, acercándose a mi escritorio con interés genuino.

—Es un romance prohibido entre un hombre lobo y una vampira —comento y levanto la vista de las páginas.

—¿Romance prohibido? —repite con curiosidad.

—Sí. Son de clanes enemigos que amenazan quitarse la vida entre ellos, pero... algunos miembros terminan enamorándose.

—Hay algo tentador en un romance que no debiese suceder —dice, apoyándose en el banco que está frente a mí.

—Sí. Me encanta ver cómo los personajes pelean por lo que debiesen hacer y al final ceden a lo que *quieren* hacer —manifiesto con emoción.

—No lo puedes haber dicho mejor.

—¿Le gusta leer, profesor? —pregunto, intrigada por su interés en mi lectura.

—Dime Ethan, por favor. Aún no cumplo ni los treinta —dice entre risas.

Una calidez envuelve mi cuerpo cuando me doy cuenta de que esa sonrisa va dirigida a mí, que soy yo quien está provocando esos sentimientos en él. Por alguna razón, deseo que este momento se siga repitiendo.

—Lo lamento —digo, sintiéndome un poco avergonzada.

—Me haces sentir viejo —bromea.

—No lo es, prof... Ethan —me corrijo.

—Para responder tu pregunta, sí leo. Un montón, de hecho. Sin embargo, noventa por ciento

de mi lectura actual consiste en corregir trabajos de estudiantes.

Ansiosa por seguir conociéndolo, me inclino hacia adelante en mi asiento, deseando indagar más en su vida.

—¿Y la ficción?

—Me gustan los clásicos —admite con la vista fija en el ventanal del salón de clases, mientras el sol de la tarde se filtra suavemente a través de las cortinas—. Ya sabes, *Frankenstein*, *Grandes esperanzas...* *Orgullo y prejuicio*.

Abro los ojos tras su declaración, emocionada por descubrir algún gusto en común.

—«Es una verdad universalmente aceptada que un hombre soltero, poseedor de una gran fortuna, necesita una esposa.» —Cito de memoria la primera frase de uno de mis libros favoritos.

Su sonrisa se amplía, revelando una dimensión más profunda en su expresión.

—Mi hermana se llama Jane en honor a Jane Austen —comenta con cejas levantadas.

Pasamos los siguientes minutos sumergidos en una conversación sobre la obra y trascendencia de Austen en su época.

—¿Quieres un té? Iré por uno para mí —ofrece después de un rato, señalando hacia la puerta.

—Claro —respondo, sintiéndome mucho más relajada.

Se va de la sala de clases y me pregunto por qué este nuevo profesor es tan amable conmigo. ¿Será que se vio reflejado en mí? Quizá tuvo una adolescencia difícil, en la que fue víctima de mensajes de odio o algo por el estilo. O quizá está siendo el profesor que siempre quiso tener en su colegio. No lo cuestiono mucho, más bien agradezco que se haya tomado un tiempo para ayudarme y apoyarme cuando más lo necesitaba.

Vuelve con una taza de té y pasamos el resto del bloque compartiendo nuestro amor por la literatura. Cuando suena la campana, me levanto y le devuelvo la taza.

—Me debo ir. Pero agradezco un montón lo que hizo por mí hoy —digo, mirándolo a los ojos con gratitud.

—Nada que agradecer, Avery. Mi oficina siempre tiene la puerta abierta para lo que necesites.

Salgo del aula sintiéndome un poco más ligera, sabiendo que al menos hay una persona en este lugar que se preocupa por mí.

* * *

Conozco a un chico a través de una aplicación de citas.

Patético, lo sé.

He dejado de asistir a las típicas fiestas colegiales por razones obvias, y en su lugar, paso las tardes con mis amigas o sola en mi habitación, sumergida en la lectura, aunque debo reconocer que los últimos días estar sola con mis pensamientos no es algo que elija de manera voluntaria.

Cada vez que mamá trabaja por las noches intento mantenerme ocupada, desesperada por

evitar ahogarme en un mar de pensamientos negativos. Para muchas personas los comentarios de odio pueden parecer inofensivos, incluso pueden considerarlos alimentadores de autoconfianza. Pero a mí cada palabra hiriente me carcome por dentro y siembra nuevas semillas de inseguridad en los lugares en que antes me sentía segura. Cuando me encuentro sola, mi reflejo en el espejo se convierte en un recordatorio doloroso de las palabras crueles que me han dicho («perra», «zorrra», «suelta») y termino creyéndolas.

No cuesta creerlo.

El problema es que Emily ahora tiene novio, Sebastien. Es lo suficientemente agradable, pero eso significa que mi mejor amiga me dedica menos tiempo. Lo entiendo, supongo. Pero nunca me había sentido tan sola como ahora.

Mi otra amiga está obsesionada con conquistar a una chica, así que tampoco tiene mucho tiempo para mí. Por lo mismo abrí la aplicación de citas en un esfuerzo desesperado por encontrar a alguien que estuviera dispuesto a hablar conmigo y distraerme de la realidad. Creé un perfil falso, con un nombre diferente y una edad ficticia, haciendo todo lo posible para evitar encontrarme con algún compañero de clase.

Así fue como empecé a hablar con Kai. Llevamos una semana intercambiando mensajes casi a diario y finalmente me invita a salir. Espero tener una cita en el cine o en una cafetería, pero, en su lugar, me invita a una fiesta con sus amigos. Dudando, lo consulto con mis amigas, quienes sugieren que en un entorno público podré sentirme más cómoda. Convencida, decido ir, y por supuesto, las invito también a ellas.

Kai resulta ser muy guapo y simpático, y muestra un genuino interés a lo largo de la noche. Hasta que llega la madrugada y revela su verdadera naturaleza.

Llevamos diez minutos besándonos cuando me lleva a una de las habitaciones. Estoy demasiado ebria para detenerlo y entonces me doy cuenta de que no ha hecho más que darme tragos toda la noche, ofreciéndome rellenar mi vaso apenas lo vaciaba. Al subir las escaleras pierdo el equilibrio, pero Kai me sujeta de la cintura y me conduce hasta una de las habitaciones.

—Estoy ebria —digo, tratando de transmitir que es hora de detenerse.

—También lo estoy —responde con una sonrisa.

Me vuelve a besar y, por un momento, me dejo llevar. Esto no parece dañar a nadie y la verdad es que se siente bien. Su lengua juega con la mía mientras sus manos recorren mis brazos, atrayéndome hacia él.

Pasamos los siguientes minutos así, mientras siento su erección crecer y sus gemidos hacerse más fuertes, en una excitación evidente. De repente, sin previo aviso, me agarra la cabeza y me fuerza a arrodillarme frente a él. El mundo da vueltas con su brusquedad, pero me agarro a sus piernas para mantener el equilibrio. Entonces me doy cuenta de que se ha bajado la cremallera y está sacando su...

—Kai, detente.

Las palabras salen de mis labios como una plegaria.

—Nadie tiene que saberlo.

—No.

Un escalofrío recorre mi cuerpo y no es por el viento que sopla en esta noche otoñal. Es por el cambio en su mirada.

—¿A qué te refieres? —inquire.

Intento levantarme, pero todo se mueve y no logro obligar a mi cuerpo a que reaccione. Está cansado, sin ganas de moverse. Así que me quedo ahí, arrodillada, con la barbilla levantada para poder ver a Kai a los ojos.

De pronto no me siento segura en su presencia y me castigo mentalmente por haberme alejado de mis amigas y haber subido a una habitación donde Kai podría tomar el control en cuestión de segundos y sin mucho esfuerzo.

—Estábamos pasándolo bien —digo, insegura.

¿Cómo es posible que hace veinte minutos estuviéramos riendo juntos de sus chistes?

—Dudo que creas que realmente me interesas.

—Estoy muy confundida —admito, cruzando mis brazos para cubrir el escote de mi vestido, una clara señal de incomodidad.

—¿Por qué crees que llevamos toda la noche hablando? ¿Crees que no sé que eres la putita del colegio Long Island?

Su risa me hiela la sangre. No es la misma risa amistosa que había escuchado durante la noche, sino una cruel, desquiciada y aterradora. En ese momento deseo estar en cualquier lugar menos aquí.

—Avery. —Dice mi nombre real con una mezcla de condescendencia y desprecio. Se pone en cuclillas frente a mí y sus dedos fríos acarician mi mandíbula—. Lo único que haces es hablar de tus amigas y tus libros. Eres la persona más aburrida y repelente que he conocido en mi maldita vida. Esto es todo lo que quería de ti... no puedo creer que me estés rechazando.

—Yo...

Intento decir algo, cualquier cosa, pero las palabras se quedan atrapadas en mi garganta. Antes de que pueda reaccionar, se levanta y abandona la habitación, dejándome arrodillada y con lágrimas corriendo por mi rostro.

El lunes, el rumor sobre lo sucedido con Kai se esparce como un incendio voraz, consumiendo cualquier rincón del colegio. Siento las miradas curiosas y los susurros en mi espalda mientras camino por los pasillos. Después de aquel encuentro desastroso me encuentro buscando a Ethan, deseando con desesperación un refugio en medio de esta tormenta.

—Ey, ¿qué pasa? —pregunta, apartándose para que pueda entrar en la sala de profesores.

La habitación está adornada con un par de sillones marrones desgastados y algunas mesas de madera. La señorita Stacy está allí, tomando té, y al ver mi rostro entristecido me deja a solas con Ethan, luego de intercambiar un par de miradas. Pone a hervir agua para hacer té y luego me indica que tome asiento en el sofá. Se acomoda frente a mí en una silla.

—¿Quieres hablar? —me pregunta, con una expresión comprensiva en sus ojos.

—Es... estúpido. Sé que debe tener problemas más grandes, profesor.

—Ethan —me corrige, entregándome una de las tazas de té—. ¿Qué pasó?

—Se qué debe tener problemas más importantes...

—Avery, puedes confiar en mí.

—Es por un chico —confieso, resumiendo *demasiado* la historia.

—Oh —murmura y asiente despacio—. No te preocupes, Avery. Todos pasamos por eso de vez en cuando. Es normal y no hay nada de qué avergonzarse.

—¿A usted...? ¿A ti también te pasó? —Mi voz se quiebra en una reacción de alivio al saber que no estoy sola en esto.

—Sí. Siempre me humillaba frente a las chicas que me gustaban. Una vez aprendí la canción favorita de una de ellas y se la canté en el casino del colegio, frente a todos. Luego la invité a salir y me rechazó —me cuenta, tomando asiento a mi lado.

—¡No! ¿Y qué hiciste? —pregunto, intentando olvidar lo que me ha pasado y centrándome en él.

—Todos los días la invitaba de maneras vergonzosas. Supongo que en algún momento se cansó y aceptó. Ahora Maya es mi esposa —comparte con triunfo.

Ignoro la decepción que siento al escuchar esas palabras.

—Cuéntame más historias humillantes, por favor —pido con una sonrisa.

A pesar del comienzo desastroso de mi día, las historias de Ethan logran arrancarme sonrisas y hacerme sentir mejor. No me presiona para que le cuente más sobre lo sucedido. Simplemente le digo que algo salió mal en una fiesta.

Me da un pase para faltar a mi próxima clase y pasamos el tiempo compartiendo. Yo leo y él evalúa pruebas. Pronto esto se convierte en una rutina. Los siguientes meses se vuelven más llevaderos por el solo hecho de saber que puedo acudir a él. El novio de Emily ahora acapara toda su atención y cada momento libre se lo dedica a él. No me molesta; entiendo que sea su prioridad. Sin embargo, nuestras conversaciones giran más en torno a él que en mí y no he encontrado el momento para contarle sobre Ethan ni cómo me he sentido.

No le echo la culpa. Después de todo, sé que siempre puedo contar con el joven profesor de historia.

Paso la mayor parte de mi tiempo pensando en él y en nuestras conversaciones. Ethan siempre quiso ser profesor; es algo que le apasiona y cree en la importancia de transmitir esa pasión a las jóvenes mentes que están dispuestas a aprender, según sus propias palabras. Cada vez que

divago, mis pensamientos se dirigen a su rizado cabello que me encantaría tocar, o al énfasis con que me cuenta algún dato histórico. Pienso en lo reconfortante que es escucharlo pronunciar mi nombre y preguntarme cómo he estado.

Y así, día tras día, lentamente me enamoro de mi profesor de historia.

—Hijo de puta —musita Gabriel entre dientes, buscando a Ethan con una mirada amenazadora.

Por temor a lo que pueda hacer a continuación, tomo su mano y lo guío lejos del bullicio de la sala principal, hacia un pequeño salón contiguo. Verifico con rapidez que estamos solos antes de girarme hacia él, sintiendo la urgencia de explicarle la situación a este hombre que, de repente, muestra una sensibilidad que me sorprende. Es extraño, considerando que hasta hace poco parecían no importarle nada más que sus propios intereses. Ahora veo un destello de preocupación genuina en sus ojos.

Antes de explicarle con más detalle, no puedo evitar sentir un peso abrumador sobre mis hombros. Nunca antes había compartido este secreto con nadie, ni siquiera con la psicóloga con la que trabajé durante años. Solo le revelaba una parte de la verdad, omitiendo detalles cruciales por temor a las posibles repercusiones. Jamás le confesé que Ethan era mi profesor. Sé que ocultar esa información no fue lo más responsable, pero a los dieciocho años no estaba pensando de la manera más inteligente.

Deslizo mis manos temblorosas por el suave tejido de mi vestido, sintiendo cada fibra bajo mis dedos sudorosos. Intento controlar mi respiración, pero el aire parece no querer entrar en mis pulmones. Al pronunciar las palabras en voz alta, la realidad se aferra a mí con una fuerza aplastante. Es como si, al verbalizar lo que ocurrió, estuviera aceptando su existencia de una manera que nunca antes había hecho. Los sentimientos que me invaden por lo que viví no son nuevos, pero ahora, al compartirlos, se vuelven más tangibles, más reales. Es como si los fantasmas del pasado se materializaran frente a mis ojos, recordándome que nunca podré escapar de ellos de manera definitiva.

Me siento abrumada por la incertidumbre. Aunque no estoy segura de qué esperar como resultado, siento un destello de esperanza de que tal vez, solo tal vez, Gabriel pueda ayudarme a encontrar la paz que tanto anhelo.

El pequeño salón donde nos encontramos parece ajeno al caos que reina en la fiesta. Las luces tenues y el silencio relativo crean un ambiente íntimo, proporcionando un refugio temporal del bullicio y la confusión. Miro a mi alrededor, reparando en los detalles: las cortinas que ondean con la brisa que se cuela por la ventana entreabierta, los muebles anticuados que parecen haber sido olvidados por el paso del tiempo y el suelo de madera desgastada que cruje bajo nuestros pasos.

Mis labios se aprietan con nerviosismo, dudando sobre qué decir a continuación. ¿Revelar esta verdad fue lo correcto o solo causará más dolor y juicio por parte de Gabriel?

—Ave —susurra con voz suave y reconfortante y su atención enfocada en mí. Sus manos acarician mis mejillas con delicadeza, trazando círculos reconfortantes con los pulgares—. Lo siento. Siento que hayas tenido que pasar por eso.

Sus palabras me desconciertan, no tanto por el hecho de que se disculpe por algo que no es culpa suya, sino porque su compasión me reconforta en un nivel profundo. Me recuerda que no estoy sola en este doloroso recuerdo.

—No tienes por qué disculparte —respondo con sinceridad, buscando sus ojos con los míos—. Era consciente de lo que estaba haciendo y de lo que quería.

—Los hechos siguen siendo los mismos. Eras menor de edad. Y él tenía una posición de poder sobre ti. Mierda, me hierva la sangre hablar de esto.

Siento un nudo en mi garganta al percibir su rabia contenida. Me estremezco cuando apoya su frente contra la mía y nuestras respiraciones se entrelazan en el reducido espacio que compartimos. En ese momento, el bullicio de la fiesta parece desvanecerse y me concentro en la calidez de su cercanía.

—Por favor, no te enojas conmigo —digo, apenas un susurro.

—*Mia cara*, no. Jamás me enojaría contigo —responde, reconfortándome—. ¿Te quieres marchar?

Asiento con la cabeza, indicándole que sí. No puedo soportar estar encerrada entre estas cuatro paredes con la música estridente, la multitud y las luces parpadeantes que solo aumentan mi sensación de mareo. Tomando mi mano con firmeza, Gabriel me guía entre los cuerpos en movimiento hacia la salida más cercana.

Una vez fuera, inhalo el aire frío de la noche y siento cómo mi sistema nervioso comienza a calmarse. Las luces parpadeantes y la actividad constante de la ciudad que nunca duerme me tranquilizan. A pesar de la confusión y el dolor que me embargan, el calor de la mano de Gabriel en la mía me ancla a este momento, a *él*, como si fuera un faro de seguridad en medio de la marea.

Después de todo lo que hemos compartido esta noche, no sé qué más decir. Me pregunto cómo podré volver a fingir ser la chica independiente e indiferente tras haberme expuesto de esta manera.

—Tengo hambre —digo en un fútil intento por cambiar el rumbo de la conversación, como si los últimos quince minutos no hubieran ocurrido.

Mi compañero me observa con una expresión de seriedad, reconociendo mi maniobra. Sin embargo, en lugar de insistir en hablar se pone en marcha. Como nuestras manos siguen entrelazadas, no me queda más opción que seguirlo.

Pronto llegamos a un callejón sospechoso.

—He leído los suficientes *thrillers* como para saber que si grito «fuego» alguien vendrá a ayudarme. No puedes asesinarme aquí —comento con una sonrisa, tratando de romper la tensión.

—Jesús, dame paciencia —murmura entre dientes, despacio.

—Te escuché —replico en tono acusatorio.

—Ese era el punto, *mia cara*. ¡Ya sé qué haremos! —anuncia con una sonrisa—. Sígueme.

Avanzamos por las calles de Upper Manhattan durante unos treinta minutos. La helada del invierno se hace sentir, y agradezco cuando Gabriel desprende su bufanda y me la pone alrededor del cuello sin pedir permiso. Aún más agradecida estoy cuando entramos en una pequeña cafetería y compramos chocolate caliente para quitarnos el frío de la noche.

Finalmente, llegamos al... cementerio Trinity Church. Aunque esta zona no me resulta familiar, sé que el cementerio es icónico. Situado en el corazón de la ciudad, alberga los restos de figuras destacadas, como Alexander Hamilton. Me distraigo admirando la arquitectura cuando Gabriel aparece frente a mí con *hot dogs*.

—¿De dónde salieron? —pregunto, sorprendida.

Él señala un pequeño carrito antes de entregarme uno.

—Dijiste que tenías hambre —dice antes de dar un mordisco.

—Pues, sí —respondo, temblando ligeramente por el frío que se cuela por mi abrigo.

—Come.

—Tú sí que sabes cómo tratar a una mujer —bromeo.

—Vamos —dice y señala las imponentes puertas del cementerio.

—¿Al cementerio? —pregunto incrédula, mientras observo la entrada con desconfianza.

—Sí —confirma con calma.

—¿No está cerrado?

—Para el público general, sí. Para nosotros no.

—¿Acaso eres un fantasma?

—Solo soy millonario —responde con una sonrisa y un guiño en mi dirección.

—Por supuesto... —Entorno los ojos.

Pasamos los siguientes minutos caminando en un cómodo silencio. A pesar de estar rodeados de tumbas, hay algo pacífico en la quietud que nos rodea, como si el lugar estuviera envuelto en una atmósfera de serenidad. Sin embargo, no puedo evitar sentir un escalofrío recorrer mi espalda al preguntarme qué secretos y misterios podrían ocultar estas antiguas lápidas.

Nos detenemos frente a dos tumbas y estoy a punto de preguntar por qué no seguimos caminando cuando... oh.

BIANCA Y MATTEO DE SANTIS

Amados padres

Requiescat in pace

Gabriel enciende un cigarro y deja otro sobre la tumba de Matteo. Pronuncia algunas palabras en italiano, que apenas logro captar y luego se entrega al humo del tabaco.

Arrugo la nariz ante el olor. No es que lo odie *per se*, pero mi madre, siendo enfermera, siempre me advirtió sobre las consecuencias de la nicotina y el tabaco en nuestro cuerpo, lo que generó en mí un rechazo inmediato. No así el alcohol, lamentablemente.

—Lo apago ahora —dice Gabe—. Es una tradición que tengo cada vez que vengo. Papá era adicto a esta mierda. Empecé a fumar una vez que fallecieron. Supongo que estaba buscando distintas maneras de acercarme a ellos. Ahora compartimos uno juntos.

Sus palabras, tan sinceras, amenazan con desatar un torrente de lágrimas.

—No hace falta que lo apagues —le aseguro con una sonrisa.

—A ti te desagrada, esa es una razón suficiente.

Pasamos los siguientes minutos sin hablar y el silencio de la noche solo es interrumpido por los murmullos ocasionales de Gabriel en italiano. Mientras lo observo, me sumerjo en un mar de reflexiones sobre las complejidades de la vida y los giros impredecibles del destino. ¿Cómo habría sido el mundo para Gabriel si su tragedia familiar nunca hubiera ocurrido? ¿Nuestros caminos se habrían cruzado de la misma manera o hubiera sido una historia completamente diferente?

El ambiente del cementerio agrega una capa adicional de solemnidad a nuestras reflexiones. Las sombras de las lápidas, proyectadas por la luz tenue de la luna, se alargan, creando un paisaje que parece sacado de una pintura sombría.

—¿Quieres hablar? —pregunta finalmente, apagando su cigarro con un gesto que parece marcar el inicio de una conversación importante. Respiro antes de abrir la boca.

—Me enamoré de Ethan cuando tenía dieciséis años. Durante ese tiempo, los rumores se extendían por el colegio de que era una... «puta». Pero lo que más me afectó fue cómo se convirtió en una especie de caza de brujas dirigida hacia mí. Cabe mencionar que yo desarrollé estas —señalo a mis pechos, ocultos por las capas de ropa— antes que el resto de mis compañeras, lo cual llamó la atención de todo el mundo. Ser diferente en una edad donde todos buscaban encajar era una carga pesada de llevar.

—Algo que no comprendo es la capacidad que tiene la gente de meterse en asuntos que no le incumben.

—Amén —digo, intentando sonreír—. El tema es que Ethan llegó como nuevo profesor al colegio en uno de mis peores momentos. Como te conté, Emily estaba recién saliendo con su primer novio, por lo que su atención no estaba muy enfocada en mí. Ethan... me escuchaba. Me hacía sentir protegida y, en cierto momento, querida. Sin importar mi personalidad. O, mejor dicho, precisamente porque le gustaba la persona que yo era.

Me tomo unos segundos para recomponerme antes de continuar. Aunque la historia transcurrió hace tanto tiempo, sigue resonando con una intensidad sorprendente en mi memoria, como si los acontecimientos hubieran sucedido apenas ayer.

—Alguna vez... —inicia Gabe, pero su voz se desvanece en el aire, dejando la frase incompleta. Sin embargo, las palabras no son necesarias para captar el significado de su expresión.

—Nunca tuvimos sexo —respondo con firmeza—. Ethan estaba esperando que cumpliera la mayoría de edad. En aquel entonces, yo interpreté su espera como un gesto de caballerosidad. Ahora entiendo que quería ahorrarse los años en prisión —me río sin humor—. Pero sí nos besamos e hicimos un par de cosas más.

El rostro de Gabe se endurece, aprieta su mandíbula con una furia apenas contenida. No hace falta que diga más; en su mirada ardiente puedo leer el torrente de pensamientos.

—¿Qué pasó entre ustedes? —interviene Gabe con una mezcla de preocupación y determinación.

—Conociste a su esposa. En esa época también estaba casado con Maya. Por supuesto que me prometía que la dejaría apenas yo cumpliera la mayoría de edad y podríamos darle una oportunidad real a nuestra relación. Le creí. No tenía motivos para no hacerlo. Parecía ser la única persona honesta en mi vida. Sin embargo, con el tiempo se volvió más posesivo y tóxico. Me interrogaba sobre cada chico con el que me veía hablando en los recreos, sobre cualquier persona que me dirigiera la palabra. Se enfurecía si no respondía a los mensajes en los primeros cinco minutos, incluso si no contestaba sus llamadas. Yo... nunca supe cómo debía ser el amor. Pensaba que el de los libros no era más que ficción y que no debía esperar ser querida de esa manera tan incondicional. Creía que el amor tenía que doler. En cambio, cada vez que le preguntaba por su mujer y por el término de la relación se enojaba conmigo, me criticaba por no confiar en él e insistía en que él sabía lo que estaba haciendo.

—Hijo de puta manipulador. —Gabe murmura entre dientes, lleno de desprecio.

—Fue cuando cumplí los dieciocho años que todo cambió. Quería mi cuerpo sin cumplir con su parte del trato.

—No se quería divorciar —adivinó.

Niego con la cabeza.

—No. Aun así, quería acostarse conmigo. Una noche estaba en casa y llegó sin previo aviso. Claro que no podía tocar la puerta como cualquier chico. Aunque ya no era mi profesor y me encontraba en la universidad en aquel entonces, la idea de su visita seguía siendo cuestionable. Así que tocó mi ventana hasta que lo dejé entrar. Fue entonces cuando casi se impuso sobre mí.

—Respiro profundo antes de continuar—. Hasta que Emily me llamó para informarme sobre la muerte de su novio. Con una fuerza que no sabía que poseía, lo aparté de encima de mí y fui en auto hacia la casa de mi amiga.

Gabriel se quita su chaqueta y la pone sobre mis hombros. Su gesto protector me reconforta de inmediato. Recién ahí es cuando caigo en cuenta de que estoy temblando. El calor de su prenda se siente bien y el aroma que desprende me tranquiliza más de lo que esperaba.

—Después de esa noche no lo vi más. Estudié en Boston, así que el riesgo de encontrármelo era mínimo. Cuando regresaba a casa para las fiestas o vacaciones, me mantenía discreta y me aseguraba de no mostrarme mucho en público— susurro con el pesar de remover mis historias dolorosas.

—¿Cómo te sientes ahora que ha vuelto a aparecer en tu vida? —pregunta Gabe, atento.

—Es una verdadera mierda. Pensé que nunca más volvería a verlo. Acechó tanto mi pasado que odio que venga a interrumpir mi presente y mi futuro —respondo con frustración, sintiendo la rabia palpar en mis venas.

—¿Hay algo que podamos hacer? —ofrece Gabe, como si estuviera dispuesto a enfrentar cualquier adversidad para ayudarme.

No paso por alto que haya dicho *podamos*.

—No lo sé. Y no quiero pensarlo en este momento. —Dejo escapar un suspiro de agotamiento emocional.

—Vamos. Te llevaré a casa.

Con gentileza, Gabe tiende una mano hacia mí.

—Em no está. Puedes pasar si quieres —le indico a Gabriel mientras me adentro en el departamento.

Dejo la chaqueta sobre la silla de madera y me volteo para verlo. Gabe permanece en el umbral de la puerta con su mirada fija en mí. Sus ojos, de un verde profundo, recorren mis piernas semidesnudas y se deslizan por el contorno de mi cuerpo hasta llegar a mi rostro. Había olvidado lo seductor que podía ser este vestido. El azul hace juego con mis ojos, que brillan con una intensidad renovada. Cuando me miré en el espejo antes de salir, me sorprendió lo bien que acentuaba mi figura.

—¿Gabe? —Mi pregunta es casi un susurro.

Él sacude la cabeza como si saliera de un trance y avanza unos cuántos pasos. La luz suave de la lámpara resalta sus facciones, marcando sombras que lo hacen parecer aún más atractivo.

—Eres hermosa.

Su tono es bajo, cargado de sinceridad. Reparo en que no dice «te ves hermosa», sino que «eres». Soy. Siento un calor ascender por mi cuello y mi rostro se sonroja. Trato de contener una sonrisa tonta que amenaza con escapar.

—¿Acaso les dices eso a todas las chicas? —pregunto tratando de sonar casual, aunque mi corazón late con fuerza.

No se inmuta. En cambio sigue avanzando en mi dirección, reduciendo cada vez más la distancia entre nosotros. Sus pasos, decididos y firmes, resuenan en el suelo con un ritmo que parece llevar a lo inevitable. La tensión en el aire es tan electrizante que casi se puede tocar, como si fuera una corriente que eriza mi piel. Cada respiración se vuelve más pesada. Algo está a punto de desbordarse, como si el mismo universo estuviera conteniendo el aliento, aguardando el desenlace.

—Eres hermosa —repite—. Tanto por fuera como por dentro. Y vamos a destrozarnos a ese pedazo de mierda que se hace pasar por hombre, ¿vale? Lo prometo.

Y no lo pienso dos veces.

Me abalanzo sobre él, atrapando sus labios con los míos en un beso cargado de emoción y deseo. Sus brazos me rodean y me acercan más a él mientras el mundo exterior desaparece; solo queda la sensación de sus labios y el latido frenético de nuestros corazones al unísono.

De pronto, Gabe se aleja, creando un vacío inmediato y doloroso.

—¿Qué haces? —pregunta con la respiración entrecortada.

Avergonzada, retrocedo varios pasos atrás. ¿Por qué pensé que querría esto? ¿Que me *quería* a mí? Pero... ¿no fue él quien dijo que si necesitaba sexo debía recurrir a él? ¡Él es quien no ha dejado de mirarme con deseo toda la noche!

—Dijiste... —Me paro más recta antes de continuar—. Dijiste que podía recurrir a ti si quería tener sexo.

No sé qué estaba esperando que dijera, pero mis palabras lo toman completamente por sorpresa. Veo una multitud de emociones pasar de manera fugaz por sus ojos, pero finalmente dice:

—¿Y si te enamoras de mí?

Su voz, baja y ronca, aún está cargada de deseo, pero hay un toque de ironía en sus palabras. Me tomo un momento para recuperar el aliento, intentando no mostrar lo mucho que su proximidad me afecta.

—Tranquilo, no hay riesgo de eso por mi parte, *príncipe*.

Antes de que pueda reaccionar, él agarra mis manos y las levanta por encima de mi cabeza. Sus dedos envuelven mis muñecas con firmeza, su cuerpo se presiona contra el mío, enjaulándome contra él. La calidez de su piel traspasa la tela de mi vestido y cada respiración suya parece sincronizarse con la mía. El aire entre nosotros es denso, cargado, y cada segundo se estira en un interminable momento de tensión. Sus ojos, llenos de promesas, se clavan en los míos y siento como si estuviera atrapada en una red de deseos y emociones que pronto nos consumirá a ambos.

—Ese no es mi nombre —gruñe contra mi oreja con autoridad, provocando que un escalofrío suba por mi columna vertebral—. Di mi nombre.

Su aliento cálido acaricia mi piel mientras sus labios encuentran mi cuello en un beso exquisito.

—Siempre pensé que *príncipe* era más adecuado —respondo con dificultad.

Sus ojos permanecen abiertos, mirándome jadear y gemir. Cuando me lamo los labios es que pierde el control.

Se agacha con destreza para levantarme, sus fuertes brazos me rodean con seguridad y siento el calor reconfortante de su cuerpo contra el mío. Instintivamente lo rodeo con mis piernas y brazos, anhelando su cercanía, deseando sentirlo una vez más.

Avanzamos hacia el comedor entre besos desesperados. Por fin me deposita con suavidad sobre la mesa de madera y tiemblo ligeramente bajo su firmeza. Está atrás de mí, pero puedo sentir cada uno de sus músculos duros mientras me inclina de manera delicada.

—Si pudieras ver lo que yo veo. —Jadea con desenfreno mientras sus labios recorren mi espalda semidesnuda.

Con una delicadeza casi reverencial, desliza sus manos por la tela de mi vestido y lo levanta hasta que queda expuesta la piel de mis piernas, iluminada por la tenue luz que se filtra a través

de las cortinas. El vestido cae con gracia por mi cuerpo, hasta que solo quedo con mis tacones y ropa interior.

—Por Dios, Avery, estás guapísima.

Sus manos cálidas encuentran su camino hacia mis caderas y me atrae hacia él con energía. Cada movimiento es una invitación, un ofrecimiento que tiene mi entrepierna húmeda, implorando sentirlo sin ropa.

—*Sei la donna più bella che abbia mai visto nella mia dannata vita* —murmura en italiano.

—Por favor, de Santis, cállate y métemela —exijo, esperando obtener alguna reacción.

—Sé una buena chica y abre las piernas —responde, provocando una ola de calor por mi cuerpo.

Volteo mi rostro con una mirada desafiante. «Ábremelas tú».

Lo hace. Toma mis muslos y los separa con determinación, dejándome expuesta a su mirada. Quiero volver a cerrar mis piernas solo para generar algún tipo de fricción. Eso, hasta que Gabe corre mis bragas e inserta su lengua justo donde la necesito. Un estallido de placer me deja sin aliento mientras sus movimientos expertos despiertan cada fibra de mi ser.

—Oh, mierda —suelto con placer.

Apoyo la cabeza en la fría superficie de la mesa del comedor, mientras su lengua se desliza con maestría dentro de mí. El sexo oral nunca se había sentido así, tan... tan bien que me deja sin palabras. Cada instante es una ráfaga de sensaciones que me hace ver estrellas, y no puedo evitar moverme contra él, ansiosa por conseguir el orgasmo.

—Sabes tan dulce, *mia cara* —dice Gabe al rato—. Me estás volviendo loco.

—Gabriel, deja de detenerte. Me quiero correr —lloro con frustración. Mis piernas tiemblan.

Al girarme, lo encuentro aún vestido, mientras yo permanezco casi desnuda. Su mirada ardiente y hambrienta es lo único que revela todo lo que hace apenas momentos ocurría entre nosotros.

—¿Quieres que te toque? —pregunta contra mi sien.

Con determinación agarro su nuca y lo atraigo hacia mí para besarlo. Su respuesta es instantánea; devuelve el beso con un fervor y nuestras lenguas se encuentran en una danza ardiente.

—No. *Necesito* que me toques —susurro con urgencia.

Sin prisa comienza a desabrocharse la camisa, manteniendo su mirada fija en la mía. Decido ayudarlo, y uno a uno desabrocho los botones, acercándome cada vez más a su piel desnuda. La camisa cae al suelo con gracia. Con facilidad, deslizo su cinturón y bajo su pantalón hasta dejarlo solo en bóxers.

Me froto contra el bulto que tiene entre las piernas, buscando liberarlo.

—Tan ansiosa, Avery —dice con voz ronca—. Quiero disfrutarte.

Y recuerdo lo que dijo hace un tiempo: «Si te estoy tomando por primera vez, quiero disfrutar

cada segundo a tu lado, besar cada centímetro de tu cuerpo hasta que lo tenga memorizado y poder dibujarlo con los ojos cerrados». Aunque esta no sea nuestra primera vez, es cierto que la instancia en el baño no nos permitió tomarnos nuestro tiempo.

Con una mirada coqueta me retiro del comedor y camino hasta mi habitación. No necesito voltearme para saber que Gabriel me está siguiendo.

Me recuesto en la cama con mis bragas y tacones puestos, creando una imagen seductora que parece capturar toda su atención. Gabriel me observa detenidamente y recorre cada centímetro de mi cuerpo con intensidad. Cuando por fin se acerca a mí, se dirige hacia mis pies. Con una delicadeza que contrasta con la tensión que arde entre nosotros los libera de los tacones uno por uno. Con la misma ternura desliza mis bragas por mis piernas, dejándome completamente expuesta a su mirada y a sus deseos. La anticipación se intensifica con cada segundo que pasa.

—¿Me vas a follar o qué? —pregunto con una sonrisa burlona.

—Encuentro adorable que estés bajo la impresión de que tú mandas acá —murmura Gabriel.

—Yo siempre mando, príncipe —respondo con confianza.

Por unos instantes desaparece de mi vista y luego regresa con la corbata que llevaba puesta para el evento.

—Hoy no —afirma con determinación.

Con habilidad ata mis manos con la corbata, formando un nudo lo suficientemente débil como para que pueda deshacerlo si así lo deseo. Pero esta vez no tengo intenciones de hacerlo.

Aunque disfruto desafiario, también encuentro placer en obedecer sus órdenes de vez en cuando, sobre todo cuando el objetivo es mi propio placer.

—Solo quiero lo que estés dispuesta a darme —dice con suavidad, interrumpiendo por segundos su actuación de macho alfa.

Asiento agitada, incapaz de articular palabras.

—Todo lo que quieras... es tuyo —respondo en un susurro entrecortado.

Luego de esa señal se despoja de su ropa interior y se une a mí en la cama. De una embestida entra en mí, llenándome de placer. Me contraigo contra su cuerpo y él roza su pulgar contra mi clítoris en movimientos circulares que desatan destellos de luz detrás de mis párpados cerrados. Cierro los ojos, sintiendo sus labios en mis pechos mientras entra y sale.

—Más rápido —pido con urgencia, lamiendo su cuello.

—He pensado en esto desde la última vez. No puedo dormir por las noches, porque no puedo sacarte de mi mente. Me toco pensando en tus ojos, en tus pechos, en tu cuerpo. Avery, *no sales de mi cabeza*.

Mis manos atadas me impiden tocarlo en los lugares que desesperadamente deseo explorar, pero Gabriel obedece mi súplica y aumenta el ritmo de sus embestidas para llevarme más allá del límite del placer. Me folla más rápido, más fuerte, hasta que lo único que se escucha en la habitación son nuestras respiraciones agitadas y nuestros gemidos.

—Mírame —susurra.

Y lo hago justo cuando mi orgasmo explota en una oleada de placer que se extiende por todo mi cuerpo. Echo la cabeza hacia atrás, dejando que las pulsaciones me lleven a un estado de éxtasis total.

—Tienes pésimos gustos, Montgomery. Sin ofender —dice Nicolás, con una chispa de humor en los ojos.

—Considerando que eres mi novio, tú eres el que debería sentirse ofendido —responde Emily con una leve sonrisa.

Estamos en una escondida cafetería en el Upper West Side discutiendo nuestra lectura del mes. A nuestro alrededor hay mesas de madera pulida, sillas acogedoras y la luz tenue de las lámparas crea un ambiente íntimo. Nos encontramos reunidos en un rincón, con una banda sonora relajante que actúa como fondo de nuestras conversaciones. Las paredes están adornadas con cuadros coloridos y estanterías repletas de libros que añaden un toque de serenidad al lugar. El aroma a café tostado se mezcla con el suave tintineo de las tazas y el murmullo de la gente, creando una atmósfera vibrante y llena de energía.

Sentados alrededor de la mesa, mis amigos y yo estamos inmersos en una animada discusión sobre el libro del mes. Las risas se mezclan con los comentarios apasionados, mientras cada uno expresa sus opiniones y debates sobre los personajes y tramas.

Es en estos momentos, rodeada de amigos en una cafetería, donde encuentro una sensación de calidez y pertenencia que me hace sentir en casa. No hay lugar en el que preferiría estar.

—¿Por qué? ¡Oye! Tienes que amarme incondicionalmente —se defiende Nick, cruzando los brazos.

—Eres tan melodramático —comenta su novia con los ojos entornados.

Me uno a su risa mientras observo a esta adorable pareja «discutir». La conversación gira en torno al libro del mes, que ha resultado ser bastante controversial en nuestro grupo. La mitad de nosotros lo ama y la otra mitad, como yo, está considerando arrojarlo al vertedero más cercano.

Pasamos la siguiente hora compartiendo nuestras opiniones, pero me siento obligada a interrumpir esta paz para plantear una pregunta que me ha estado molestando.

—Tengo una pregunta que hacer —digo, enderezándome en la silla para mostrar un falso sentido de confianza.

—Cualquier cosa para dejar de hablar de este libro escrito por... —comienza Nicolás.

—Cuidado con tus siguientes palabras, de Santis —interrumpe Emily con una mirada amenazadora.

—Cariño, es que hacen el amor frente a un cadáver —comenta Nick con un dejo de incredulidad.

—Técnicamente, dos. Estaba la sirvienta muerta en el clóset cuando eso pasó —interrumpe Cam con una sonrisa traviesa.

—Oh, no. ¡Lo había olvidado!

—Eres un *mojigato* —acusa Emily lanzando una carcajada.

—¡Disculpa por tener modales y esperar que, como mínimo, los personajes hagan el amor en una habitación no embrujada! —exclama Nick.

—Está bien, quizá no fue nuestra mejor lectura —concluye Emily con una risa suave.

—En algo estamos de acuerdo —agrega Alex sorbiendo su taza de café.

—Mejor que ese libro del año pasado... —Nick se estremece.

—¿Cuál? —pregunto, intrigada por su recuerdo.

—Oh, ¡la madre con el hijo! —indica Camille con una expresión divertida.

—*Madrastra*. Es una aclaración relevante —añado entre risas.

—Sigue siendo perturbador —comenta Alex haciendo una mueca de disgusto.

—Como si fueras un santo, Alex. ¿Recuerdas el libro con *golden shower*? —Lanzo una pregunta acusatoria, desatando más risas entre el grupo.

—Ey, en mi defensa, fue una experiencia interesante —argumenta Alex.

—No voy a emitir comentarios... —dice Emily.

—¿Podemos escuchar la pregunta de Ave? —interrumpe Cam, tratando de mantener el foco de la conversación principal.

—Gracias —digo y aprovecho la oportunidad antes de que empiecen a gritar sobre otro libro.

—Adelante. —Nick me alienta.

Una atmósfera de expectación llena la mesa mientras todos me observan con rostros ansiosos, esperando escuchar mi pregunta.

—¿Qué opinamos de aceptar a un miembro más en este club? —planteo y de inmediato se hace un silencio.

—Oh —murmura Camille con una expresión intrigada.

—¿A quién? —pregunta Alex, curioso.

—No —responde Emily, tajante.

—Em —suplico.

—Sé lo que dirás —agrega a regañadientes—. Y la respuesta sigue siendo no.

—¿Pueden dar un poco de contexto? —interviene Alex, buscando entender la brusca respuesta de Emily.

—Quiero invitar a Gabe —anuncio con determinación.

—¡¿Qué?! —exclama Alex.

—Antes de juzgar, quiero que me escuchen —continúo explicando—. Gabe no es la persona que siempre creímos que era. Está haciendo cambios.

—Pff, he escuchado eso antes —murmura Nicolás, mostrando su escepticismo.

—Nick, está esforzándose. Y sé que sería valioso para él ser parte de esto. —Defiendo mi punto de vista.

—¿Él te lo dijo? —pregunta Emily, buscando confirmación directa.

—Con esas palabras, no. Pero sé que le gustaría —respondo con convicción.

Ocho pares de ojos me observan con una variedad de sentimientos: hay rechazo en algunas miradas, pero también se percibe interés y curiosidad en otras.

—No —decide Emily, manteniéndose firme en su postura.

—Em, dale una oportunidad —insisto, tratando de persuadirla.

—Cuando se disculpe de manera correcta con Nicolás y Camille, entonces lo aceptaré —dictamina.

—Amo tu lealtad. Pero creo que no es una mala idea —interviene Nicolás en una muestra de apoyo.

Emily lo observa con ojos abiertos, incrédula.

—¿Seguro? —cuestiona ella.

—¿Qué opinas, Cam? —pregunta Nick a su hermana.

—Extraño comentar con él mis lecturas —responde Camille con una tímida sonrisa.

—¿Por qué quieres discutir libros pornográficos con tu hermano? —pregunta Alex, provocando risas entre nosotros y ayudando a liberar tensión.

—¿Acaso no es el sueño? —responde Nicolás con una sonrisa, resumiendo la esencia de nuestra amistad.

—Son una familia realmente extraña —agrega Alex.

Continuamos conversando, riendo y poniéndonos al día sobre nuestras vidas durante una hora más. En medio de bromas e historias compartidas, intercambio varias miradas significativas con Emily, buscando su complicidad. Finalmente, en un gesto gentil toma mi mano y me transmite su apoyo de una manera tan sutil como reconfortante.

—Entonces, ¿con qué libro queremos traumar a Gabe? —pregunta Em con una sonrisa.

—Se acerca mi cumpleaños —comenta Gabe con una sonrisa expectante, mientras el frío invierno nos envuelve con su manto blanco.

—¿Qué harás? ¿Tienes algo planeado? —pregunto con entusiasmo, interesada en conocer sus preparativos.

Desde que le compartí la situación real sobre Ethan, Gabriel está más atento que nunca. Cada tarde me espera con una taza de café en la mano, un gesto que ha significado mucho más de lo que él puede imaginar. Su pequeño ritual ha sido un salvavidas para mi presupuesto ajustado.

—Capuchino con *shot* de canela, vainilla y caramelo. —Me entrega uno de los vasos de una de mis cafeterías favoritas, sorprendiéndome una vez más con ese detalle de mi orden preferida.

Cuando doy ese primer sorbo no puedo evitar dar pequeños saltos de felicidad.

—Gracias —respondo.

—En cuanto a tu pregunta, sí, tengo algo planeado. No he vuelto a celebrar mi cumpleaños desde que mis padres fallecieron y... creo que es momento. Sobre todo porque quiero estar del lado bueno de mis hermanos —explica, mientras caminamos juntos por la calle.

—¿Qué tienes en mente? —pregunto, curiosa.

Caminamos por las calles de la ciudad envueltos en mil capas de ropa para combatir el frío. Cada paso que damos está acompañado por el sonido crujiente de la nieve bajo nuestros pies, mientras el viento gélido nos golpea con fuerza. Mis mejillas arden por el contacto con el aire helado y el vapor de mi aliento se eleva en pequeñas nubes fugaces. A pesar del clima implacable, estamos decididos a no dejar que nos detenga. Con cada paso nos acercamos un poco más a nuestro destino, mientras compartimos risas y conversaciones que nos mantienen cálidos.

—Montreal —responde con determinación, y mi mente se llena de imágenes de montañas nevadas y paisajes impresionantes.

—¿Montreal, Canadá?

—Desconozco otro Montreal. Fui el año pasado con una... amiga y, recordé que era un lugar que nuestros padres amaban—dice Gabe, su voz más suave—. Fuimos unas cinco veces a lo largo de nuestras vidas y siempre la pasábamos increíble. Por eso creo que podría ser una buena idea. Aunque quizá sea mucho inconveniente. Hago un esfuerzo consciente por desviar mi atención de las implicaciones ocultas detrás de la palabra «amiga». Nunca me he considerado una persona celosa. Incluso cuando descubrí que mi exprometido se había acostado con mi mejor amiga lo que sentí fue más que celos: fue una furia abrasadora. Sin embargo, el simple

pensamiento de imaginar a Gabriel en algo íntimo con otra mujer hace que mi sangre hierva y despierte emociones que nunca antes había experimentado.

—No, no. Suena como un gran plan para los tres —afirmo, luchando por ocultar mis sentimientos.

—Quiero que vayamos todos —continúa, compartiendo su visión.

—¿Todos? —repito, sorprendida por su propuesta.

—Nick, Cam, Emily, Alex, Liam, Madeline y tú —enumera, haciendo que mi mente se dispare.

Recuerdo a Madeline como la novia que tuvo Nicolás hace varios años, pero esa relación no era más que una pantalla para ocultar su verdadera orientación sexual ante sus padres conservadores. Sé que es ex de Cam, aunque desconozco si mantienen contacto o cuál es la verdadera historia entre ellas.

—¿Estás preparado para esto? —pregunto, sintiendo la necesidad de confirmar su determinación.

—Definitivamente no. Voy a extenderles hoy la invitación —concluye, decidido a dar el siguiente paso en su plan de celebración.

* * *

Camino hacia el baño cuando capto susurros provenientes del otro lado de la puerta, un indicio de una conversación entre Emily y Nick. Instintivamente, me escondo para evitar ser descubierta y me detengo a escuchar sus palabras tras oír el nombre de Gabriel.

—Prometo que hago un esfuerzo, pero me cuesta —dice Emily con sinceridad.

—Te amo por ser tan ferozmente leal. Tengo más que claro todo el daño que Gabriel nos ha hecho. Pero también creo que es momento de seguir adelante y ver si podemos tener una relación —responde Nick con convicción.

Siento cómo mi corazón se expande al escuchar esas palabras de él. Es reconfortante saber que está dispuesto a hacer un esfuerzo por su hermano; es precisamente lo que necesitamos para que este plan funcione.

—Lo sé. Y está bien. Pero ante cualquier indicio sospechoso no me hago responsable de mis acciones —advierte Emily.

—No espero menos de ti, Montgomery —asegura Nick y escucho el sonido de un beso.

—Te amo, de Santis. Todo lo que hago es para protegerte. Pero tampoco quiero pasar por encima de ti ni de tu familia. Si decides ir, estaré encantado de acompañarte —declara Emily.

—¿Recuerdas cuando te dije que te follaría en cada rincón de Nueva York? Hay otra ciudad que se sumó a la lista —escucho que dice Nick en voz más baja con un toque de emoción.

—Montral —dice Emily en respuesta.

Esa es mi señal para marcharme.

Los siguientes días transcurren sin mayores contratiempos. La rutina se establece de manera casi imperceptible. Gabriel y yo nos encontramos cada dos días, aquellos en los que debo ir a la oficina, y conscientemente evitamos sumergirnos en temas de conversación más densos y complicados, como la delicada situación con sus hermanos, su ambición por asumir el control del Hotel de Santis en Nueva York, o incluso aquellas noches que compartimos hace algún tiempo y que ambos preferimos enterrar en el pasado. En su lugar, optamos por mantener nuestras interacciones en un nivel más ligero y despreocupado.

Contrario a mis preconcepciones iniciales, descubro que Gabriel es sorprendentemente fácil de tratar una vez que se le conoce un poco más. Entiendo que su aparente hostilidad no está dirigida hacia mí en específico, sino hacia el mundo en general. Salvo, claro está, por la cámara que lleva colgada al cuello en todo momento, una reliquia de su obsesión por la fotografía que parece ser una extensión de su ser.

—Aún no me muestras tus pinturas —recuerdo, con un toque de insistencia en mi voz.

—Estaba esperando que lo olvidaras —admite Gabriel entre risas.

—Algo que tengo es buena memoria, así que lo lamento, soldado. Es parte del trato —indico con una sonrisa.

—Supongo que lo es. Si quieres, cuando te pase a buscar al trabajo, puedo llevarte a mi estudio. —Su oferta suena tentadora, pero no puedo evitar transmitir una pizca de cautela en mi respuesta.

—Espero que eso no sea señal de algo sospechoso.

—Si quiero algo sospechoso de ti, solo diré que tengo una biblioteca en mi departamento —responde, con una sugerencia traviesa en su tono.

—¿Tienes mil libros? —Mi ansiedad aumenta ante la posibilidad.

—La última vez que los conté tenía mil seiscientos —confiesa Gabriel con una sonrisa misteriosa, alimentando aún más mi curiosidad.

—¿Qué? ¿Dónde? ¿Cómo? ¡Llévame! —Mi entusiasmo no conoce límites y él parece disfrutar de mi reacción.

—Mi táctica funciona, entonces —responde, con una pizca de orgullo en su voz, antes de despedirse con un saludo casual.

—¿Acaso era mentira? —Le lanzo una mirada triste, pero no obtengo una respuesta clara.

—No lo sabrás. Que tengas un buen día, *mia cara*. —Se despide con un guiño, dejándome con

una sonrisa en los labios y la promesa de una futura visita a su enigmático refugio de libros.

* * *

Estoy a punto de tomar un sorbo de mi segunda taza de café cuando escucho su voz, y siento un escalofrío recorrer mi espalda. Ethan está aquí, en la pequeña cocina de la oficina, y mis sentidos se agudizan de inmediato en busca de cualquier posible escape. Pero no hay nadie más cerca y una conocida sensación de vulnerabilidad se apodera de mí.

—Solo quiero hablar —dice Ethan con una voz que suena extrañamente suave en contraste con la tensión que hay en el aire.

Me alejo de manera instintiva, creando distancia entre nosotros, mientras mis nervios se agitan.

—¿De dónde mierda apareciste? —Mi voz sale más áspera de lo que pretendía, en un intento de ocultar el temor que siento.

Él se acerca despacio, pero yo no permito que se reduzca la distancia entre nosotros. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, incapaz de ignorar la sensación de peligro que emana de él. No puedo evitar preguntarme qué está tramando y por qué ha decidido aparecerse aquí, en mi espacio seguro.

—Te estaba buscando. ¿Le has contado a tu novio sobre nosotros? —Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago y mi mente se nubla con el pánico.

—Eso no es asunto tuyo —respondo, tratando de mantener mi voz firme a pesar del miedo que amenaza con consumirme.

Él da un paso hacia mí y agarra mi muñeca con fuerza, haciendo que un gemido de dolor escape de mis labios.

—Avery. —Su voz suena suplicante, pero no puedo permitir dejarme llevar por sus manipulaciones.

—Me estás lastimando —sollozo, tratando de liberarme de su agarre opresivo.

—Lo siento. —Sus palabras suenan huecas y vacías, pero finalmente suelta mi muñeca—. Lo que pasó entre nosotros fue hace mucho tiempo. No necesitamos revivir el pasado, ¿verdad?

—No. —Alimentada por la determinación de no dejarme manipular por él otra vez, me muestro firme.

—Te amé de verdad, Avery —continúa, como si eso pudiera cambiar algo—. Fuiste importante para mí, y no quiero que nuestros recuerdos se tiñan de negatividad.

¿Cuál es su propósito? ¿Qué está tratando de lograr? ¿Por qué ha entrado en mi oficina? Dios, mis manos están húmedas de sudor por la ansiedad, siento un nudo en la garganta que dificulta mi respiración y mi corazón late tan fuerte que parece querer salirse de mi pecho. No sé cómo articular las palabras, ¿cómo se habla en una situación como esta? ¿Cómo puedo defenderme? La

sensación de desamparo me envuelve mientras trato de mantener la compostura frente a Ethan, cuya presencia me provoca una incomodidad indescriptible.

Y en medio de mi angustia, la imagen de Gabriel se cuela en mis pensamientos. Lo veo enfrentando sus propios temores con valentía, dejando atrás el alcohol y luchando por recobrar la confianza de sus hermanos, incluso después de haberles causado un daño irreparable. Pensar en él me da confianza.

—¿Es una puta broma? ¡Eras mi profesor! —Suelto esto como una acusación, pero él me silencia con un gesto.

—Shhh... —me interrumpe—. Nuestra conexión era diferente. Nos apoyábamos en un plano emocional mucho antes de que pasara cualquier cosa entre nosotros. Era más que una relación profesor-alumno, cariño.

Escuchar ese apodo me provoca náuseas. No puedo evitar fruncir el ceño con disgusto mientras lo observo.

—No me llames así —le digo con una mueca de asco.

Él asiente, aunque sus ojos reflejan una desesperada determinación.

—Está bien. Pero quiero que sepas que estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario para que las cosas mejoren entre nosotros.

Sacudo la cabeza con incredulidad, sintiendo la amargura oprimiendo mi pecho.

—Nunca estaremos bien, Ethan —le digo, y mi voz tiembla por la intensidad de mis emociones. Mis recuerdos de nuestra «relación» no son nada parecidos a los suyos. Para mí, las noches estaban marcadas por lágrimas y un profundo sentimiento de insuficiencia. A pesar de seguir todas y cada una de sus instrucciones, nunca fui suficiente para él. Lo tenía en un pedestal, mientras yo me sentía como su súbdita, una creyente devota que terminó perdiendo la fe.

Él me mira con tristeza, como si quisiera decir algo para aliviar mi dolor, pero yo ya he escuchado suficiente. No hay palabras que puedan cambiar el pasado ni reparar el daño que me ha causado.

—¿Podemos tomar un café para hablar de esto? —me propone con un tono que intenta ser conciliador.

Agito la cabeza con firmeza, sintiendo una oleada de frustración y agotamiento.

—No hay absolutamente nada que hablar. —Tengo la certeza de que nada hará que mi opinión cambie.

Él parece decepcionado por mi negativa, pero no se da por vencido tan fácilmente.

—Prométeme que no le dirás a nadie sobre nosotros —me ruega con una urgencia que me hace preguntarme qué tan desesperado está.

—¿Y qué pasaría si alguien se enterara? —replico, desafiante.

Él me mira con una sonrisa siniestra y un escalofrío recorre mi espalda.

—No quieres saber la influencia que tengo sobre Drake.

Mi corazón se detiene por un momento al escuchar ese nombre. ¿Drake, mi jefe? Las implicaciones de sus palabras me golpean y de pronto me doy cuenta de la profundidad de la situación en la que me encuentro.

—Adiós, Ethan —le digo en un tono frío y resuelto. No quiero tener nada más que ver con él ni con sus amenazas veladas. Es hora de poner fin a esta pesadilla de una vez por todas.

* * *

Salgo del edificio con la cabeza baja, tratando de evitar cualquier posible encuentro con mi ex profesor de historia. Cada paso que doy está cargado de tensión y ansiedad, pero entonces algo familiar captura mi atención. Un aroma reconfortante invade mis sentidos, trayendo consigo un alivio momentáneo. Sé que, pase lo que pase, Ethan no sería lo suficientemente descarado como para hacer un espectáculo frente a otras personas, en especial frente a Gabriel.

—¿Te lo encontraste? —pregunta Gabriel. Sus ojos escudriñan el entorno en busca de cualquier indicio de Ethan.

No comprendo cómo lo percibe, pero supongo que mi aspecto desgastado tiene algo que ver con ello.

—En la mañana —respondo, y noto de inmediato la tensión.

Gabriel asiente, serio y con las cejas fruncidas en un gesto de preocupación, mientras procesa mi respuesta. A nuestro alrededor, la ciudad bulle con vida: gente apresurada camina de un lado a otro, autos pasan a toda velocidad y el zumbido de conversaciones se mezcla en el aire.

El viento fresco de la tarde me golpea en el rostro mientras camino por la transitada acera de la ciudad. La gente pasa a mi alrededor, absorta en sus propios asuntos, ajena a la tormenta emocional que se está librando dentro de mí.

Mis pensamientos están llenos de imágenes del rostro de Ethan, sus palabras resuenan en mi mente como un eco constante. Me pregunto qué es lo que quiere en realidad, por qué decidió aparecer de repente en mi vida y hacerme revivir momentos que preferiría dejar en el pasado. Pero no tengo respuestas, solo el peso abrumador de la incertidumbre y la incomodidad.

—Pedazo de mierda. ¿Qué paso?

La pregunta de Gabriel está llena de inquietud. No tengo muchas ganas de revivir la situación, así que le proporciono una versión abreviada de lo que ocurrió. Su rostro se torna de un rojo marrón, un reflejo de la ira que arde dentro de él. Siento un temor profundo ante la idea de que estas dos personas se crucen de nuevo. La tensión entre ellos es perceptible, y no sé cómo reaccionarían si se ven cara a cara.

—¿Podemos no hablar de esto? Llevo todo el día dándole vueltas y necesito un descanso —imploro, sintiéndome agotada.

—Claro, como prefieras —accede Gabriel, aunque su tono denota una determinación

silenciosa—. Pero ten en cuenta que estoy elaborando un plan para hacer pagar a ese hijo de puta.

—¿Te has dado cuenta de que nunca lo llamas por su nombre, sino que siempre usas alguna grosería? —señalo, tratando de aligerar la situación con un toque de humor.

—Eres adorable si crees que «hijo de puta» es lo peor que se me ocurre —responde Gabriel con una sonrisa irónica—. Podría pensar en al menos treinta insultos más creativos para él.

—¿Cabeza de chorlito? —sugiero con humor.

—¡Blasfemia! —exclama Gabriel, riendo.

—Sacrilegio —agrego.

Nuestras risas llenan el aire y continuamos caminando cómodamente, dejando atrás el edificio y el incidente con Ethan. Sin embargo, me doy cuenta de que he perdido la noción de hacia dónde nos dirigimos.

—¿Quieres ir a mi estudio? ¿O es que ya no quieres ver mis pinturas? —pregunta levantando las cejas con una mirada traviesa.

—Es justo lo que necesito para animar este día.

El estudio de Gabriel está ubicado en un antiguo edificio de ladrillo rojo, con ventanas altas que dejan entrar la luz del sol filtrada por las cortinas. Al entrar, el aroma de la pintura fresca y el lienzo recién estirado me envuelve, creando una atmósfera acogedora y familiar. El espacio está lleno de color y vida, con obras de arte en diversas etapas de finalización esparcidas por todas partes. Hay bocetos apoyados contra las paredes y pinturas terminadas que cuelgan enmarcadas en los muros, cada una contando su propia historia única y cautivadora. Me maravillo ante la creatividad y el talento que se despliega ante mis ojos.

—Este es mi estudio artístico —anuncia Gabriel con orgullo.

—¿Tuyo? —pregunto con sorpresa, consciente de la vasta riqueza que los de Santis poseen. Me guía con la confianza de alguien que conoce cada rincón como la palma de su mano.

—Compartido con otros artistas —corrige, con una sonrisa—. Hay varios espacios, con diferentes iluminaciones y equipamientos, según lo que necesiten.

Subimos un tramo de escaleras hasta llegar a un tercer piso, donde una puerta nos da la bienvenida a una habitación grandiosa.

—Este espacio es mío. Acá me encierro cuando no tengo ganas de sociabilizar con el resto.

—¿Alguna vez tienes ganas de hacerlo? —pregunto con sarcasmo.

Gabriel suelta una risa suave y melodiosa que llena la habitación con su dulzura.

—*Touché* —admite, negando con la cabeza.

Con determinación, avanza hacia una de las paredes del estudio. Lo sigo sorprendida, observando detenidamente cada detalle de ese sitio lleno de vida, colores y *arte*.

—Estas son las pinturas en las que estoy trabajando —comenta. Si no lo conociera, pensaría que está nervioso.

Pero no, eso no puede ser, ¿verdad? Después de todo, mi opinión no es realmente relevante.

—Y las de esa pared —señala a la pared opuesta— son las que están finalizadas.

Nos detenemos frente a una serie de lienzos apoyados contra la pared, cada uno con su propia historia. Gabriel me cuenta sobre su inspiración detrás de cada obra, desde paisajes pintados en sus viajes hasta retratos de personas que ha conocido a lo largo de los años. Sus ojos brillan con emoción mientras habla, y me doy cuenta de lo importante que es el arte para él, no solo como una forma de expresión, sino también como una fuente de sanación y conexión con el mundo que lo rodea.

—¿Qué haces con ellas? —pregunto, dejando que mi curiosidad se entremezcle con el

asombro ante la diversidad de obras que rodean el estudio.

—Algunas las vendo, otras las envío a galerías. Muchas quedan aquí —responde y percibo el orgullo y dedicación.

—¿Por qué quieres administrar el Hotel de Santis? —inquiero, esperando que pase desapercibido el brusco cambio de conversación.

—Para seguir el legado de mis padres —responde sin titubear.

—¿No está Nick para eso? —planteo, buscando entender mejor sus motivaciones.

—Esta es mi obra actual. —Gabe cambia de tema, señalando hacia una pintura en proceso—. Es un paisaje que vi en internet y me llamó la atención.

Sus obras son una combinación de retratos y paisajes, todas ellas imbuidas de un estilo impresionista que revela una habilidad y sensibilidad artística innatas.

Recorro el amplio espacio, deteniéndome ante cada lienzo y dejándome llevar por la profundidad de las pinceladas y los juegos de luz y sombra. Gabriel es un verdadero *artista*. No es el trabajo de alguien novato, sino el de alguien que ha dedicado años a su oficio y posee, además, un talento natural para plasmar su visión en el lienzo.

—Vuelvo enseguida —indica Gabriel antes de salir del estudio con expresión ligeramente preocupada.

Quedo sola entre las obras de arte y me sumerjo en la tranquilidad que emanan. Sus pinturas parecen tener un efecto tranquilizador en mí, me envuelven en una atmósfera de serenidad que pocas cosas logran proporcionarme. Me dejo llevar por la maestría de sus pinceladas y la armonía de sus colores, perdiéndome en cada detalle.

Mi mirada cae sobre el pequeño cuaderno que siempre lleva consigo y una curiosidad irresistible me impulsa a echar un vistazo a lo que Gabriel ha estado dibujando en su día a día. Sé que es una violación de su privacidad, pero la tentación es demasiado fuerte para resistirla.

Las primeras páginas muestran diversos lugares de Nueva York, y reconozco varios de ellos, como rincones del Cementerio Trinity Church. Estoy a punto de cerrar el cuaderno cuando descubro una hoja suelta en su interior. La abro con cautela y me encuentro con... mi propio perfil.

Mi corazón late con fuerza, preguntándome qué significado podría tener este dibujo y por qué Gabriel lo habría hecho. Mis ojos escudriñan cada rasgo capturado en el papel, asegurándome de que no estoy imaginando cosas. Soy yo, inconfundiblemente, con mi lunar bajo el ojo derecho y mis labios algo gruesos. Me sorprende verme retratada de esta manera, como si Gabriel hubiera logrado capturar algo más que solo mi apariencia física.

¿Por qué Gabriel tendría un retrato tan detallado de mí en su cuaderno? ¿Cuándo habrá tenido la oportunidad de dibujarme? ¿Qué significa esto para él?

Sin embargo, mi atención se desvía hacia un detalle inesperado: la capa que adorna mi espalda en el dibujo. ¿Será posible que este retrato sea del Halloween de hace casi *dos años*? Recuerdo

haber usado ese disfraz de Tor cuando me reuní con Emily después de haber estado tanto tiempo separadas. Fue esa noche, mientras estacionaba mi auto, que Gabriel me chocó, por lo que dudo que haya hecho este dibujo en ese momento, cuando su resentimiento hacia mí era tan evidente.

Quiero seguir buscando respuestas, explorar si Gabriel tiene más retratos míos o de otras personas que conozco. Mi curiosidad me impulsa a profundizar, pero también me invade una sensación de inquietud. ¿Qué se revelará si sigo escarbando en su cuaderno? ¿Y cómo reaccionará Gabriel si descubre que lo he estado revisando sin su permiso?

Escucho pasos acercándose y mi corazón se acelera. Rápidamente guardo el cuaderno donde lo encontré y me esfuerzo por parecer despreocupada cuando Gabriel regresa a la habitación. Tiene una mancha de pintura en la camisa blanca que antes estaba limpia.

—A veces doy clases acá —dice a modo de explicación—. Hay una estudiante que quería realizarme unas cuántas consultas.

—Disculpa, ¿qué? Pensé que eras Gerente de Tecnología en una empresa de seguridad —pregunto, tratando de entender el panorama completo, con una expresión de sorpresa dibujada en mi rostro.

—Lo soy —responde tranquilo, como si fuera algo natural.

—Estoy muy confundida —confieso, buscando una explicación más clara.

—Los fines de semana hago clases por la mañana y, ocasionalmente, vengo por las tardes a hacer consultas.

—¿Desde cuándo haces esto? —inquiero, intrigada por descubrir más sobre las múltiples facetas de Gabriel.

—Hace unos seis meses. Se abrió una vacante y me la ofrecieron. Supongo que les gusta el trabajo que hago.

—Perdóname, pero tengo dificultades para imaginarte como profesor —comento y dejo escapar una sonrisa ante la idea.

—Lo sé —responde Gabriel con un gesto cómplice, como si estuviera acostumbrado a este tipo de reacciones.

—No te ves como una persona particularmente paciente.

—Llevo meses «saliendo» contigo. Créeme, si no fuera paciente, este trato hubiese terminado hace demasiado tiempo.

Fingiéndolo indignación, recuerdo la poca estima que tenía por Gabriel, en cierto modo por mi juicio apresurado. Nunca me habría imaginado que aceptaría un trabajo de medio tiempo para enseñar algo que se nota que le apasiona. Es como desentrañar un misterio, ir descubriendo capa tras capa su compleja personalidad. Cada revelación añade una nueva dimensión a mi percepción de él, y me encuentro cada vez más intrigada por el hombre detrás de la fachada que había construido en mi mente.

—¿Podemos hablar? —Emily se acerca a mi habitación de manera tímida y se dirige a mí en un susurro.

Le indico que entre y se acuesta a mi lado en la cama. Cierro la computadora en la que estaba viendo *Gilmore Girls* y le presto atención a mi amiga, notando la angustia en sus ojos.

—Estoy preocupada —dice con voz apagada, temblorosa.

—¿Qué pasa? —Intento mantener la calma, pese a que mi incertidumbre es creciente.

—He llamado a mamá al menos diez veces estos últimos días y no he recibido respuesta.

Mierda. Mierda. Por supuesto que Emily llama a su madre para asegurarse de que está bien. ¿Por qué no pensé en un plan?

—Pensé que no tenías interés en hablar con ella —digo.

—Llamo a casa solo para asegurarme de que está viva. Por lo general cuelgo apenas contesta. Su respuesta borracha es más que suficiente —responde con desesperanza.

Mi corazón se aprieta por la frustración que debe sentir Emily. Quiero admitirle la verdad. Contarle que su madre está haciendo un esfuerzo por mejorar y seguir adelante, pero me detengo. Me rompería el alma ilusionarla al decirle que Mia está en rehabilitación y que en un par de meses debería estar completamente sobria, porque ¿qué pasa si al salir de rehabilitación agarra una botella y vuelve a lo mismo?

Llamo a las enfermeras cada semana y me cuentan novedades. Este primer mes y medio ha estado atravesando una depresión, por lo que le dieron medicamentos especiales y está yendo a terapia dos veces a la semana para trabajar en los problemas no resueltos. Como no tiene acceso a su celular dentro de las instalaciones —es parte del protocolo para evitar tentaciones— no ha podido responder las llamadas de Emily.

—Si quieres puedo ir a verla —comento, tratando de ofrecer una solución—. Solo para asegurarme de que está bien.

—Debería ir yo. No te preocupes —responde, aunque su voz suena indecisa.

—No quiero que te sientas mal por esto. Sé lo difícil que es para ti —digo y acaricio su brazo con suavidad, en un gesto de consuelo.

—Es solo que... no sé cómo enfrentarla. No después de todo lo que ha pasado —admite con la voz quebrada y sus ojos brillando por las lágrimas contenidas.

—Lo entiendo. Pero no tienes que hacerlo sola. Estamos aquí para apoyarte —le aseguro, esperando que mis palabras le brinden algo de alivio.

—Gracias. De verdad, gracias. —Em aprieta mi mano con fuerza, como si se aferrara a un ancla en medio de una tormenta.

—Haría esto y más por ti —confieso luego de una pausa.

—Idem.

Suelto una carcajada tras su respuesta y el sonido reverbera en la habitación.

—Yo pensé que eras más expresiva desde que estás con Nick —bromeo y la empujo con un codo.

Emily se sonroja y baja la mirada, jugando con la esquina de la manta. La luz suave de la lámpara de la mesa de noche ilumina su rostro, acentuando sus rasgos delicados.

—Hablando de eso... estoy pensando en mudarme con él.

Mis ojos se abren de par en par y dejo escapar una exclamación de alegría.

—¡Aleluya! —Aplaudo lentamente.

—Sé que llevas un tiempo comentándomelo, pero ahora me siento lista. Le compartí cada una de mis preocupaciones e inseguridades y se encargó de tranquilizarme.

—Ese hombre está enamorado de ti. Si fuera por él, ya estarían casados —digo con una sonrisa amplia, imaginando su futuro juntos.

Se acomoda en la cama a mi lado y su expresión se hace más dulce mientras piensa en Nick. La habitación está tranquila, con el suave murmullo del tráfico de la ciudad como fondo constante.

—¿Qué harías si me voy a vivir con él? —pregunta y veo sus dedos jugar nerviosamente con su cabello.

—Esa debe ser la última de tus preocupaciones —respondo tratando de irradiar calma.

—Ave...

—No lo sé. Buscaría algún otro compañero con quien vivir. —Hago un gesto para restarle importancia.

La realidad es que no tengo idea de lo que haría. El alquiler en Nueva York es exorbitante, y la única razón por la que puedo cubrir mi parte del arriendo actual es gracias a la rebaja que nos hace Nick. Sin esa ayuda, estaría en serios problemas financieros.

—O quizá te vayas a vivir con Gabe —sugiere Emily en tono casual, aunque sus palabras me golpean como un mazo.

—¿Qué!? ¿Por qué dices eso? —pregunto espantada y siento un repentino calor subir por mi cuello.

—Es tu novio —responde con una simpleza que me deja sin palabras. Cierto.

—No seas intensa, llevamos recién dos meses saliendo.

Emily sonríe, sus ojos brillan con picardía.

—¿Recuerdas que de adolescentes soñamos con ser novias de hermanos? —De pronto su voz se llena de nostalgia.

—Los hermanos Hemsworth —digo con un suspiro, recordando cada uno de nuestros sueños juveniles. Oh, cómo solíamos creer que a esta edad lo tendríamos todo resuelto. Recuerdo nuestras charlas tumbadas en la cama, mirando el techo mientras soñábamos con el futuro. Nos imaginábamos viviendo en apartamentos de lujo, con trabajos perfectos y relaciones sin complicaciones. Ahora, aquí estamos, lidiando con las incertidumbres de la vida adulta, lejos de tener todo en orden.

—Así, cuando nos casáramos con ellos, seríamos familia.

—No tenemos que salir con hermanos para ser familia, Millie —digo en voz baja.

—Lo sé. Pero podría pasar si todo sale bien con Gabe.

Mi mente corre a mil por hora imaginando cómo sería realmente el futuro de una novia de Gabriel. ¿Significaría una vida llena de lujos, con cenas en restaurantes exclusivos y vacaciones en destinos exóticos? ¿Habitaciones repletas de sus pinturas coloridas, cada una contándome una historia diferente cada vez que las mirara? ¿Libreros compartidos, atestados de nuestros libros favoritos, donde pasaríamos tardes enteras leyendo y discutiendo nuestras historias preferidas? ¿Escapadas románticas los fines de semana, explorando nuevos lugares y creando recuerdos inolvidables? ¿Citas en la cocina, preparando comida italiana juntos, riendo y disfrutando de la compañía del otro?

De pronto, por alguna razón, siento envidia. Una punzada de celos atraviesa mi pecho al pensar en la mujer que logrará compartir todo esto de manera genuina con él.

—Me estoy preocupando —comento con una sonrisa, sacudiendo los pensamientos de Gabe de mi mente.

—¿Por qué? —pregunta Emily, mirándome con curiosidad.

—Estás siendo muy comprensiva y alentadora —indico con humor.

Nos reímos juntas y el sonido de nuestras carcajadas llena la habitación, disipando cualquier tensión.

—Hablando con Nicolás me di cuenta de que le debo una oportunidad honesta a Gabriel. Me cuesta un montón, no te mentiré, pero estoy dispuesta a escuchar lo que tiene que decir. Y se nota que te hace feliz.

—¿A qué te refieres? —pregunto, llena de curiosidad y nervios.

—No lo sé. Tarareas constantemente canciones de romance que sé que no escuchabas antes, tienes una sonrisa todo el día en tu rostro, en particular cuando recibes mensajes de texto de él y... no te has quejado las veces que te he pedido que saques la basura. Es porque tu mente está por las nubes imaginándose una vida entera con él.

—Oh...

No sabía que Emily se estuviera dando cuenta de esos detalles; mucho menos que yo misma estuviera haciendo todo eso. Reflexiono sobre lo que acaba de decir y me doy cuenta de que tiene razón. Desde que Gabe entró en mi vida, aunque sea como un novio falso, me he sentido

más ligera, más alegre. *Estoy demasiado confundida*. ¿Cómo pasó de ser el hombre más detestable a convertirse en aquel al que quiero contarle todo sobre mi día a día?

—El amor es tan vergonzoso —digo, soltando un suspiro y mirando al techo.

—¿Estás enamorada? —pregunta Emily con interés verdadero, inclinándose hacia adelante.

Recuesto mi cabeza sobre mis manos entrelazadas y me quedo mirando el techo, preguntándome cómo se sentirá estar enamorada de una persona que te ame de vuelta.

Las palabras se me atragantan, sobre todo porque no quiero engañar a mi amiga.

—Aún no. Sé que no lo hemos hablado mucho, pero no he tenido el mayor de los éxitos con los hombres. Es por eso que me cuesta saber si estoy romantizando la relación o si es, en efecto, tan linda como creo —respondo, encogiéndome de hombros y tratando de ocultar la inseguridad en mi voz.

—¿Quieres hablar al respecto? —ofrece Emily.

—No hay mucho que decir. Me enamoro de la persona incorrecta cada vez. Me enamoro de la primera persona que me dé atención —menciono, sintiendo un nudo en la garganta mientras intento sonreír.

—Eso no es cierto. Te llueven los hombres y solo le das tu tiempo a un mínimo porcentaje de ellos —afirma, tratando de animarme.

—Es diferente. Cuando es solo sexo puedo desconectar un poco mi corazón de mi mente. Pero si después de enrollarnos hay alguien que quiere algo más conmigo, mi corazón da saltos de felicidad. Le cuesta creer que una persona estaría dispuesta a pasar tiempo conmigo de manera voluntaria —explico, con la frustración aprisionando mi pecho.

—¿Qué te hace creer eso? —pregunta con algo parecido a la lástima, la voz suave y llena de empatía.

—Ha sido así toda la vida —comento, intentando parecer despreocupada, como si no me afectara en absoluto.

—En el colegio... —empieza, dudando.

—También. Hay cosas que nunca te conté. Sabía que no cambiaría nada y, francamente, me avergonzaba admitirte las veces que permití que me usaran. Y Gabe es distinto a lo que estaba imaginando, parece ser una persona honesta... ¡no te rías! —añado rápidamente, notando la sonrisa que comienza a formarse en su rostro.

—Disculpa. Esto de aceptar a Gabe es un trabajo en progreso —aclara entre risas.

—Conmigo parece ser una persona genuina —agrego a modo de aclaración—. Se preocupa por lo que hago, me espera todos los días con un vaso de capuchino y lee libros que he mencionado que disfruto.

Quiero agregar que me defiende de Ethan, que me hace sentir segura, que me cuenta sobre sus padres, que tiene dibujos de mi rostro... que es más de lo que aparenta.

—Por favor, detente —suplica mi amiga—. Me perturba lo parecido que puede ser a Nicolás y

no quiero, de ninguna manera, asociarlos.

—Si es, aunque sea el diez por ciento de hombre que es Nick, entonces me sentiría la persona más afortunada del mundo.

—Ave, no te mereces el diez por ciento de nadie. Mereces que te amen como quieres ser amada. Mereces un amor incondicional, alguien que grite a los cuatro vientos lo maravillosa que eres y que baile bajo las estrellas contigo, incluso en la lluvia, solo para verte sonreír. No aceptes menos.

Una lágrima se desliza por mi mejilla dejando un rastro húmedo. Nunca imaginé que esa era una posibilidad, que merecía tanto. Me duele darme cuenta del poco amor propio que tengo. La habitación parece cerrarse a mi alrededor, como si los muros se acercaran, reflejando la presión que siento en mi pecho. El peso de todas las inseguridades y desilusiones amorosas cae sobre mí con una fuerza inesperada. ¿Cómo no me di cuenta antes? *¿Cómo pude conformarme con tan poco?*

Emily me mira fijo, con preocupación y seriedad. Sus ojos reflejan una mezcla de determinación y ternura que me hace sentir un poco más segura.

—¿Te gustaría que yo estuviera con una persona como tu ex? —pregunta con voz firme y clara, dejando poco espacio para evasivas.

—Dios, no —respondo de inmediato con una convicción que me sorprende. La idea de ver a Emily sufriendo a manos de alguien como mi ex me resulta intolerable.

—Entonces no te permitas estar con una persona así. Y si llegas a hacerlo, sabes que le patearé el trasero y lo mandaré a la mierda —añade, y veo que una sonrisa traviesa se forma en sus labios.

Asiento y noto dentro de mí un destello de esperanza.

—Vale —murmuro.

—Así que nos vamos a Canadá —declara, levantándose de la cama con un aire de decisión—. Ahí veremos si tengo que patear traseros.

La noche antes del viaje decido visitar a Gabriel, más que nada para ver cómo funcionará esta travesía. Lo encuentro paseando de un lado a otro por todo su departamento a una velocidad preocupante. Sus movimientos nerviosos lo hacen parecer como si estuviera atrapado en un torbellino de pensamientos.

—¿Qué está sucediendo? —pregunto, dejando mi chaqueta en el sofá con una sensación de familiaridad, como si estuviera en mi propia casa.

Gato se acerca y se instala en mi regazo, ronroneando.

—Creo que estoy nervioso —responde Gabriel, mordiéndose las uñas de manera compulsiva.

Oculto una sonrisa que casi se me escapa; encuentro adorable su vulnerabilidad en este momento. Sus ojos, que suelen estar llenos de una confianza altanera, ahora reflejan incertidumbre.

—Cuéntame qué te preocupa —exijo en un tono suave, buscando alguna manera de calmarlo mientras acaricio a Gato, quien se acurruca a mi lado.

—No lo sé. Que mis hermanos se den cuenta de que soy peor de lo que recuerdan y quieran cortar lazos conmigo —admite, con sus ojos oscilando entre la duda y la esperanza.

Camina hacia sus libreros y comienza a sacar libros de manera frenética, amontonándolos en el suelo solo para volver a guardarlos sin ningún orden en particular. Sus movimientos son rápidos y desordenados, revelando un claro ataque de pánico. Sus manos tiemblan de modo ligero y su respiración se acelera con cada libro que toca. La desesperación en sus ojos es evidente; es como si estuviera intentando organizar el caos interno a través de una actividad externa.

Me acerco lento, tratando de no sobresaltarlo, y pongo una mano en su brazo para detenerlo. Él se congela por un instante; su mirada está perdida en algún lugar entre el presente y sus miedos.

—Gabriel, respira —digo con voz pausada, intentando calmarlo—. Está bien, solo respira conmigo.

Él cierra los ojos y hace una serie de respiraciones profundas mientras trato de guiarlo fuera de su espiral de pánico. Sus hombros, tensos y rígidos, comienzan a relajarse gradualmente bajo mi toque. Los libros en el suelo quedan olvidados mientras él se concentra en recuperar su compostura.

—Lo siento —murmura con voz apenas audible—. Es solo... hay tanto que podría salir mal.

—Lo sé —respondo, manteniendo mi voz baja y calmada—. Pero no estás solo en esto. Estoy aquí contigo.

Finalmente, su respiración se estabiliza y abre los ojos, encontrando los míos. Solo ahora me doy cuenta de cuánto le importa este viaje y lo que representa para él. Sin decir una palabra más, le doy un abrazo, envolviéndolo con la seguridad que necesita. Me abraza de vuelta, lo cual es un alivio, considerando que nunca habíamos tenido este tipo de contacto, si no contamos las dos veces que hemos tenido sexo. Sus brazos, fuertes y firmes, envuelven mi cuerpo con una calidez inesperada, pero lo que más me impresiona es cómo se aferra a mí. Como si realmente necesitara este abrazo.

Como si realmente me necesitara a *mí*.

Poco a poco, me aparto para darle espacio. Nuestros rostros están a centímetros de distancia, a *un beso de distancia*, a un caos de distancia. Aunque el frío del invierno se cuela por el ventanal abierto, la temperatura en la habitación acaba de aumentar veinte grados. La manera anhelante en que Gabriel me observa derretiría a cualquiera. Pero no estoy aquí para esto.

Con un suspiro, vuelvo al sofá donde Gato me espera. Gabriel sigue mis movimientos con la mirada, y aunque no dice nada, su expresión lo dice todo.

—Nada malo sucederá —digo con voz ronca—. Cam, por su lado, está emocionada por los pasos que estás dando. Quiere ver que te esfuerces. Nick puede que esté más resentido, pero si demuestras cuánto te importa tenerlo de vuelta en tu vida, entonces todo estará bien.

—Eres demasiado optimista —comenta con una ceja alzada en mi dirección.

—Me lo han dicho. Creo que no tiene sentido enfocarse en lo negativo cuando hay tantas cosas maravillosas en las que centrarse —digo, tratando de infundir algo de mi esperanza en él.

—¿Gato te está... lamiendo? —pregunta, acercándose más, sorprendido por la muestra de afecto de su mascota.

—¡Es adorable! —exclamo, riendo.

—Es extraño. Gato odia a todos. Vale, me odia a mí —admite con una sonrisa sarcástica.

—Por supuesto que te odia. ¿Qué tienes de agradable? —bromeo, escondiendo una sonrisa.

Gabriel pone los ojos en blanco antes de sentarse a mi lado. Echa su cabeza hacia atrás y se queda mirando el techo por varios minutos, con sus pensamientos claramente agitados.

—¿Cuál es el plan? —inquiero, volviendo al tema de conversación.

—El plan es que agendé cuatro habitaciones en una de las mejores zonas para esquiar en Montreal —explica.

De repente, la emoción de viajar se vuelve real para mí. Nunca he salido del país, y esta oportunidad me parece tan fantástica que olvido que todo es una fachada.

—Y nuestra habitación... —inicio, esperando que hable de *nuestra* situación.

—Es doble. Tiene dos camas —aclara.

—Bien.

—A no ser que quieras dormir acurrucada en mis brazos —bromea, aunque sus ojos parecen más serios de lo que sugiere su tono.

¿Será que...? No, claro que no lo dice en serio.

—Si tuviera que hacer una lista de personas con las que quiero dormir, estarías al final —miento con una dulce sonrisa.

—¿Después de Tamlin? —pregunta con los brazos cruzados y una chispa de humor.

Abro los ojos ante sus palabras. No puedo creerlo. No solo está avanzando con la lectura que le recomendé hace un tiempo, sino que también la usa de referencia.

—Definitivamente —digo, tragándome el nudo en la garganta.

—Eso es ofensivo —declara y veo sus labios curvándose en una sonrisa.

—Tienes que esforzarte más para invadir mi espacio personal.

—¿Cuánto más? —pregunta. Su voz baja una octava mientras se inclina hacia mí.

Se acerca y agarra de manera suave mi mandíbula, hasta que nuestros labios están a una respiración de distancia. Lo empujo con suavidad, sintiendo la tensión eléctrica entre nosotros.

—Más.

* * *

—¿Tienes un jet privado? —pregunta Emily, dirigiendo su mirada incrédula hacia Gabe, con los ojos muy abiertos.

—*Tenemos* —aclara, señalando a sus hermanos.

Todos nos quedamos observando con la boca abierta, excepto Madeline, que de seguro ya ha viajado en uno de estos.

—¿Exactamente qué tan ricos son? —inquiero, todavía impresionada.

Frente a nosotros hay un jet. Es, por supuesto, más pequeño que un avión comercial, pero es privado. Es de ellos.

—Bastante —responde Gabe.

—No más que las Kardashian —dice Nick al mismo tiempo, esbozando una sonrisa.

—Esto fue un regalo de mis abuelos. Ellos vivían en Italia y, cuando nuestros padres decidieron mudarse a Estados Unidos, les ofrecieron este bebé como una excusa para que pudieran viajar cuando quisieran a Europa —explica Cam.

El personal del avión se acerca para retirar nuestras maletas y cargarlas en el jet. No he viajado mucho, pero sé que esto está lejos de ser una experiencia normal. El trato personalizado y la atención al detalle me dejan asombrada.

Una vez dentro, mi sorpresa aumenta. El interior es elegante, con asientos de cuero blanco y detalles en madera pulida. En el centro hay una mesa de reuniones adornada con botellas de

champaña y una selección de alimentos *gourmet* que parecen sacados de un restaurante de alta cocina. La atmósfera es surrealista y opulenta, con un aire de exclusividad nuevo para mí.

Me siento al lado de Gabe, mientras Nick y Emily se ubican frente a nosotros.

—Estos asientos se sienten como almohadas —susurro a Emily, quien asiente con entusiasmo.

—¿Por qué desconocía la existencia de este avión? —pregunta mi mejor amiga a su novio con una mezcla de incredulidad y asombro.

Él se sonroja; sus ojos buscan algo en el suelo mientras su nerviosismo se hace evidente. Todos estamos atentos a sus palabras, esperando su respuesta.

—Me avergonzaba un poco —admite, sin levantar la mirada—. Me avergonzaba que pensaras que mi vida suele ser así, cuando no lo es.

Emily lo mira con ternura, entendiendo el conflicto interno que él ha estado llevando.

—Cariño, esto solo significa que cuando viajamos a Disney nos pudimos haber ahorrado los espantosos llantos de niños —dice con humor.

Nick levanta la vista y una sonrisa tímida aparece en su rostro.

—Lo lamento. La próxima vez prometo llevarte en el jet —responde.

Observo cómo ella se acerca y toma su mano, apretándola suavemente. Es un gesto simple, pero lleno de significado. La compresión y el apoyo en su mirada dicen más de lo que las palabras podrían expresar.

Mientras despegamos, el zumbido de los motores se convierte en un sonido de fondo relajante. Miro por la ventana y veo cómo el paisaje desaparece bajo nosotros, convirtiéndose en una vista panorámica de nubes esponjosas.

Tengo mis audífonos puestos y estoy lista para pasar la siguiente hora escuchando el audiolibro de la nueva lectura del mes. La narración me envuelve, proporcionando un escape perfecto mientras viajamos.

Convencí a todos de que trajeran el libro a este pequeño viaje, para tener algo de qué hablar en caso de que haya silencios incómodos. Incluso Gabe se compró un ejemplar en el aeropuerto. Lo que no sabe es que es un romance erótico entre una humana y un dragón humanoide. Entre las opciones más exóticas, este libro parecía ser el menos espeluznante para alguien que no tiene experiencia leyendo este tipo de historias. Yo tengo un montón de experiencia. He leído sobre cualquier tipo de animal humanoide involucrado en romances con humanos. No indago mucho en la razón por la cual disfruto tanto de estos libros; prefiero quedarme con la duda.

El vuelo se hace corto. Antes de darme cuenta, estamos aterrizando en una ciudad cubierta por completo de nieve. En Nueva York estos últimos días ha caído más lluvia que nieve, así que reencontrarme con esta angelical vista me alegra el corazón. Los copos de nieve caen suavemente, creando un paisaje de ensueño que me hace sentir como si estuviera en un cuento de hadas.

Tenemos un viaje de hora y media hacia el resort pero el tiempo pasa rápido en la van que

arrendó Gabe. Nos divertimos cantando canciones de la infancia y algunos cuantos *hits* actuales. La atmósfera es alegre y llena de risas. Aunque Gabriel no se une, sonrío cada vez que le canto.

La vista de las montañas cubiertas de nieve se vuelve cada vez más impresionante a medida que nos acercamos, prometiendo unas vacaciones inolvidables.

—¡Llegamos! —exclama Alex con la voz llena de entusiasmo.

Se escuchan varios gritos de celebración y nos bajamos de la van. Quedo boquiabierta al ver el lugar que tenemos frente a nosotros. Es un hotel de lujo con la estética de una cabaña alpina: sus techos de madera inclinados y grandes ventanales nos dan la bienvenida. El edificio se alza majestuoso en medio del paisaje nevado, con luces cálidas que irradian confort y elegancia.

—Por fin dejaré de escuchar su desagradable voz —murmura Gabe con una sonrisa burlona, mirándome de reojo.

Nos adentramos en el vestíbulo del hotel, que es tan impresionante como el exterior. Un enorme candelabro de hierro forjado cuelga del techo alto, y en una chimenea de piedra arde el fuego. Mientras Gabe hace el *check-in* en la recepción de mármol, noto por el rabillo del ojo que Cam y Nick murmuran entre ellos con expresión conspirativa. Algo traman esos dos, y espero que sea algo a favor de Gabriel.

—Listo. Tengan las tarjetas de sus habitaciones. Nick y Em, ustedes comparten una habitación. Espero que les guste —dice Gabe, entregándoles la suya con una sonrisa.

—Ew, ¿viste cómo Nick la miró? —dice Alex a Liam con una risa.

—¿Acaso no puedo mirar con anhelo al amor de mi vida? —responde Nick, atrayendo a Emily hacia su cuerpo con un gesto posesivo pero cariñoso.

—Mejor nos vamos —susurra Emily, un poco avergonzada, mientras tira de Nick hacia el ascensor.

—Cam y Mads, otra habitación para ustedes —continúa Gabe—. Desconozco su situación actual, así que van a encontrar dos camas.

—Gracias, cariño —dice Madeline, guiñándole un ojo antes de ir hacia el ascensor con una elegancia natural.

—Insoportable. No deja de hablar de Caroline, su nueva novia. No hay chance de que pase algo con ella —responde Camille, irritada.

—Suerte, Cam —decimos al unísono.

—Cam, vamos. —Madeline se voltea en el ascensor y le hace señas a la menor de los de Santis para que se apresure.

—Alex y Liam, para ustedes. —Gabe entrega otra tarjeta, intentando mantener una expresión neutral.

—Espero que esta habitación solo tenga una cama —dice Alex con tono sugerente, sus ojos brillando con malicia.

—La tiene —responde Gabe, aunque luego frunce el ceño.

—Para poder pasar la noche...

—No quiero detalles, por favor —interrumpe Gabe con una mueca de asco, levantando una mano para detener a Alex.

—Eso es homofóbico —acusa Alex, aunque su sonrisa demuestra que está bromeando.

—¿Qué? ¡Claro que no! Vale, cuéntame qué quieres hacer —responde Gabe entornando los ojos, con la intención de no ofender a nadie en este viaje.

—Gabriel, lo dice de broma —digo en su dirección. Recrimino con la mirada a mi amigo y señalo a su «novio»—. Liam, por favor, llévate de acá.

—Vamos a estrenar la habitación —comenta Liam, llevándose a Alex de la mano.

—¿Y nuestra habitación? —pregunto, esperando ir a refrescarme un poco después del viaje.

—Tengo noticias al respecto —cuenta Gabe, mordiéndose los labios en un gesto que expresa preocupación y disculpa.

—¿Qué pasó? —Miro a Gabe, notando su expresión nerviosa.

—Parece que he cometido un error. Al parecer, solo reservé una habitación con dos camas.

—Pero esa se la diste a Mads y Cam.

—Exacto.

—¿Eso significa...? —empiezo a decir, incapaz de pronunciar las palabras, mientras siento un nudo formarse en mi estómago.

—Sí.

—¿Y no podemos conseguir otra?

—Este fin de semana el hotel está lleno. No tienen más disponibles —explica Gabe, encogiéndose de hombros.

Otro país.

Un novio falso.

Una habitación con una cama.

¿Qué podría salir mal?

Cuando abrimos la puerta de la habitación, suelto un suspiro de alivio al ver que hay un sofá relativamente grande que impedirá que comparta cama con Gabriel. La luz tenue que se filtra por la ventana ilumina la estancia, creando una atmósfera tranquila y acogedora. Observo el sofá con su tapiz de color crema y cojines mullidos dispuestos de manera impecable. La perspectiva de pasar la noche aquí, lejos del peligro de compartir la cama con Gabriel, me tranquiliza de alguna manera.

He leído suficientes libros como para saber que compartir la cama con alguien puede ser un territorio peligroso, en especial cuando los sentimientos están en juego. Mis emociones ya están lo suficientemente confundidas con la personalidad amable y encantadora de Gabriel. Agregar a la mezcla su aroma adictivo y la sensación de su cuerpo musculoso y tonificado mientras dormimos sería como jugar con fuego. Oh, no, esa es la receta perfecta para el desastre.

A pesar de que tenemos un pequeño acuerdo de ser «amigos con beneficios», me parece que solo recurrimos a ese comodín en situaciones extremas. No estoy segura de si este fin de semana califica para eso.

—¿Qué haremos hoy? —pregunto a Gabe cuando salgo de la ducha, envuelta en una toalla blanca y buscando en mi maleta qué ponerme. El vapor del baño aún se cierne en el aire, creando una atmósfera más íntima de lo que debería.

Su mirada recorre mi cuerpo semidesnudo y tomo conciencia de cada centímetro de piel expuesta. Me encantaría decir que su mirada no provoca nada en mi interior, pero eso de mentir no se me da del todo bien. La tensión entre nosotros es evidente, como una corriente eléctrica cargada de deseos reprimidos.

—No lo sé —carraspea Gabe, rompiendo el silencio incómodo.

—Tú planeaste este viaje —digo, desviando mi mirada de sus intensos ojos verdes hacia la ventana, por la que entra la luz del sol que tiñe la habitación de tonos dorados.

—Si soy honesto, nunca pensé que llegaría tan lejos —responde Gabe con voz suave, como si estuviera compartiendo un secreto íntimo.

Creo un grupo en el teléfono y envío un mensaje de texto masivo:

Avery: ¿Qué les parece si nos juntamos en una hora en el lobby para ir a tomar

unos tragos?

Madeline: Me apunto.

Camille: Necesito una copa de vino.

Alex: ¿Una hora? Necesitaremos un poco más.

Avery: Se van a limitar a una hora.

Avery: Después pueden hacer todas las cochinadas que quieran.

Alex: Vale.

—Solucionado —digo con una sonrisa, mostrándole los mensajes en mi teléfono. La luz tenue de la habitación resalta el brillo de la pantalla, iluminando nuestros rostros con destellos azules y blancos.

—Gracias, *mia cara*.

—De nada, príncipe. Parece que sí necesitas que hagan las cosas por ti —bromeo, tratando de disipar cualquier atisbo de tensión que pueda haber quedado entre nosotros.

Gabe asiente con una sonrisa, pero su expresión se vuelve más seria cuando habla.

—Después de tantos años, no sé cómo hablarles de una manera casual —admite con sinceridad.

—Para eso tenemos el alcohol —sugiero con un guiño, levantando las cejas en un gesto juguetón.

—No tomo.

—Ellos sí. Los ayudará a relajarse un poco —insisto, deseando que esta escapada sea una oportunidad para que Gabe se integre más con mis amigos y sus hermanos.

A pesar de mis inseguridades, quiero ayudarlo a estar en el lado bueno de Nick y Cam. Cometió errores en el pasado, pero ¿quién no lo ha hecho? La pérdida nos hace comportarnos de manera irracional a todos y lo importante es seguir adelante. Así que me comportaré como la novia perfecta y buscaré la manera de que tengamos temas de conversación agradables para calmar las aguas y disfrutar de este viaje juntos.

—Dormirás en el sofá —anuncio con una firmeza que intenta enmascarar la ligera desconfianza que siento.

—¿Disculpa?

—Sabes que no vamos a compartir una cama —añado, notando cómo la tensión comienza a crecer.

—¿Tienes miedo de la proximidad? —me pregunta, esbozando una sonrisa.

—Es tu aroma el que me provoca arcadas —miento.

—Eso debe ser. —El sarcasmo en su tono es evidente.

—Es cierto —insisto, mientras busco en mi maleta el atuendo perfecto para la ocasión.

—Deberías dormir tú en el sofá si tienes problemas en compartir un espacio conmigo —sugiere.

—Pensé que eras un caballero —replico, con una pizca de ironía.

—No sé de dónde sacas esas ideas alocadas.

—¿No me cederás la cama? —pregunto, esperando una respuesta que no llega.

—Nop. Soy un cómodo príncipe que no aguanta la idea de dormir en un sofá —declara con una expresión traviesa.

—Eres insoportable.

—Me han dicho cosas peores. —Gabe se encoge de hombros con indiferencia fingida.

—Arréglate para salir en diez minutos —ordeno, intentando retomar el control de la situación.

—Sí, señorita —acepta él con una inclinación juguetona, mientras se dirige hacia su maleta.

Voy al baño y me pongo un vestido blanco que se ajusta a mi figura con gracia, complementado por unas llamativas botas rojas que contrastan con el tono claro de la prenda.

Al salir me encuentro con Gabriel, quien está levantando su camisa lentamente, revelando unos abdominales esculpidos que podrían pertenecer a una escultura griega. Un suspiro casi audible escapa de mis labios ante la visión, aunque me obligo a apartar la mirada para no ser descubierta. Sin embargo, sé que él me ha notado; su mirada está fija en mí, como si pudiera leer mis pensamientos más íntimos.

Se pone una camisa de cuadros café que resalta sus ojos verdes, y no puedo evitar notar lo bien que le queda. La sonrisa ladeada que se forma en sus labios confirma que está al tanto del efecto que tiene sobre mí.

Aclaro la garganta antes de hablar.

—Vamos, ya es hora.

La única persona que llega a tiempo es Cam. La encuentro en un sillón junto a la recepción, absorta en las páginas de nuestro libro del mes. Su concentración es envidiable. Al verme, marca la página antes de cerrar el libro.

—Hola —saludo, tomando asiento a su lado.

—¿Ya pasó una hora? —pregunta con la vista fija en mí.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —interviene Gabe, uniéndose a la conversación.

—Cincuenta y cinco minutos. Apenas llegamos a la habitación, Mads llamó a su nueva novia y la conversación se volvió asquerosa —explica Cam, dejando claro su disgusto.

—Oh, parece que te está sacando celos —comenta Gabe.

—Lo que sea. Agradezco que nos invitaras a este viaje, pero no sé por qué ella estuvo en la lista de invitados —responde Cam, dejando escapar su frustración.

—Es amiga de Nick y pensé que estaban en buenos términos —explica Gabe, encogiéndose de hombros.

—No te preocupes. Traje el libro y mi Kindle, así que tendré buenas distracciones —añade Cam, intentando cambiar el tema.

—Mientras esperamos al resto, ¿qué pasó con Madeline? —pregunto, interesada en conocer más detalles.

—Es una larga, enredada y complicada historia. Ella fue mi primer amor, pero el miedo a salir del clóset como mujer bisexual me paralizaba. Siento que mucha gente no respeta verdaderamente mi orientación. Me etiquetan como lesbiana, asumiendo que no estoy lista para salir de manera oficial del clóset.

—Eso es una estupidez —interviene Gabe, ofendido.

—Lo es. En resumen, Mads es cinco años mayor que yo y lleva toda su vida siendo abiertamente lesbiana, por lo que todo lo que sé lo aprendí gracias a ella. Me ayudó a empoderarme con mi sexualidad y a dejar pasar los comentarios negativos sin que tengan un gran impacto en mi vida. Fue un amor turbulento y hermoso... pero me dejó. De un día para otro me dejó. Y a la semana estaba saliendo con otra chica. Desde entonces, cada vez que nos encontramos en una fiesta y ambas estamos solteras, terminamos acostándonos. Lo siento, Gabe.

—Me has contado cosas peores —dice este, intentando aligerar la situación.

—La cosa es que ha sido una relación tóxica desde un inicio. Me hace daño, le hago de vuelta. Es mi talón de Aquiles, pero también la persona que rompe mi corazón cada vez. Y estoy cansada.

—Podemos cambiar de habitación —anuncio sin pensarlo dos veces, sintiendo el peso de la situación sobre mis hombros.

Gabriel me mira con los ojos grandes y Camille con confusión.

—No seas ridícula. Es el cumpleaños de Gabe, tienen que disfrutar —indica Cam.

—Sí, se nota que Gabe no «disfruta» hace un tiempo. Debes hacer un mejor trabajo, Ave —dice Alex, acercándonos a nosotros junto con Liam.

—Me disculpo por su comportamiento —comenta Liam acercándose a nosotros, reconociendo la indiscreción de su «novio».

—¡No lo dije con esas intenciones! —exclama Alex—. Pero lo es. Es señal de sexo.

—Alexander, por favor —suplico, sintiendo que la conversación se desvía de manera inesperada.

—Lo siento. —Alex se disculpa.

—Faltan Em y Nick —declara Madeline, irrumpiendo en el grupo con un espectacular vestido rojo que resalta cada curva de su figura.

Justo en ese momento, Emily aparece con el pelo algo desordenado mientras Nicolás se ajusta la camisa con gesto distraído. Concluyo que ambos han estado ocupados, y sus apariencias sugieren que no tienen intenciones de ocultarlo.

—¿Ahora qué? —pregunta Em, rompiendo el silencio que se ha instalado en el grupo.

—Nos emborrachamos —respondo.

Nos dirigimos al bar del hotel, que tiene una estética que evoca la calidez de una cabaña de montaña, pero con toques de lujo que reflejan el prestigio del establecimiento. Las paredes de madera oscura están decoradas con elegantes cuadros y detalles rústicos, mientras que la iluminación tenue crea una atmósfera íntima y relajada.

—¿Ya son novios? —pregunta Gabe a Alex, quien trae consigo una bandeja con cuatro vasos de cerveza. Liam lo sigue de cerca con los vasos restantes, moviéndose con la gracia de un camarero experimentado.

Alex toma un sorbo de su tercera cerveza, mientras que Liam, con las mejillas enrojecidas como un tomate maduro, parece incómodo ante la pregunta.

—Tema sensible —declara Nick.

—Pasan todos los días juntos, conocen a las familias del otro, están pensando en adoptar un gato. No son novios, están casados —comenta Emily, que va en su segunda copa de vino, con un gesto juguetón.

—Ey, ey, ey —interviene Alex levantando las manos en señal de rendición ante la acusación.

—Oh, Dios. Liam se está desvaneciendo —añade Cam entre risas.

—Mi querido «amigo» tiene miedo al compromiso —explica Alex con una sonrisa burlona.

—¿Qué significa eso? —pregunto, terminando mi vodka martini y observando al grupo con curiosidad.

—Quiere tener todos los beneficios de un novio sin serlo realmente —responde Alex.

—¡Eso no es cierto! —exclama Liam, defendiendo su posición—. Es una estupidez, la verdad. Pero mi padre, cuando se divorció de mamá, me dijo que ninguna relación era duradera y que no perdiera tiempo en esas estupideces.

—Tiene miedo —aclarar Emily y asiente con complicidad.

—Eso es adorable —añade Nick, jugueteando con el cabello de Liam.

—Es un hombre amargado sin esperanza. —Alex interviene y besa la mejilla de su pareja.

—No está tan equivocado —concluye Gabe, pronunciando esas palabras con un dejo de sinceridad. La mesa queda en silencio, con todas las miradas puestas en mí.

—Eres un estúpido —declara Emily con una mueca de desaprobación.

—Tu novia está literalmente sentada a tu lado —añade Alex, con cara de pocos amigos.

Gabe pasa las manos por su rostro, como si intentara aclarar sus pensamientos. Aunque no

estamos saliendo en realidad, me siento ligeramente ofendida por su declaración, como si insinuara que mis sentimientos no son correspondidos.

—Me refiero a que... todo tiene un final —explica, tratando de aclarar su postura—. Aunque quisiéramos que no fuera así.

El silencio se prolonga y todos damos tragos a nuestras bebidas.

—Qué manera de deprimir a la mesa —susurra Cam, rompiendo la quietud.

—¿Y si la animamos nuevamente? —propone Nick con entusiasmo y volviéndose hacia su novia, cuyos ojos siguen fijos en los míos.

—Nick y yo vamos a mudarnos juntos —anuncia sin dejar de mirarme.

—¡Felicidades! —exclamo y dejo de lado cualquier atisbo de angustia para abrazar a mi amiga con genuina emoción.

—Qué emocionante —añade Cam, aplaudiendo.

—Ahora sí que tendrán mucho sexo —comenta Alex, con su característico humor.

—¿Por qué estás tan obsesionado con el sexo de tus amigos? —pregunta Gabe.

—¿Acaso no es normal? —contraataca Alex.

—¡No! —respondemos todos al unísono.

—¿Dónde vivirán? —pregunto, tratando de desviar la atención.

—Buscaremos un nuevo departamento, uno que sea de ambos —responde Emily.

Pido otro vodka martini, tratando de mantener la mente ocupada y evitar pensar demasiado en el futuro incierto.

—¿Y tú? —inquire Gabe a mi lado—. ¿Qué planes tienes?

—No lo sé. Tendré que buscar algún lugar —respondo, intentando parecer calmada.

La conversación vuelve a fluir, pero siento la mirada de Gabe fija en mí.

—Puedes quedarte conmigo —dice en voz baja, solo para que yo lo escuche.

—¿Cómo? —inquiero, sorprendida por su oferta.

—De manera temporal, quiero decir —se apresura a complementar—. Mientras encuentras un lugar que se adapte a tus necesidades.

—Oh. Eso es... increíblemente generoso de tu parte —respondo, sin poder evitar sentir un nudo en el estómago—. No creo que quieras vivir conmigo. Me despierto tarde los fines de semana, escucho a Taylor Swift y Lana del Rey veinticuatro horas al día y lloro con cada comedia romántica —advierto, tratando de disuadirlo.

—Qué coincidencia. Yo también. —Gabe esboza una sonrisa que parece contener un millón de contradicciones.

A pesar de sus afirmaciones de que no le gusto, de que no busca una relación, de que no está interesado en mí de esa manera, sus ojos transmiten una historia diferente.

—Piénsalo. Mi departamento es grande. Es probable que ni nos topemos —agrega después de un rato.

—Gracias por el ofrecimiento —comento, agradecida.

—¡Juguemos *Yo nunca*! —exclama Alex con un entusiasmo impregnado de la influencia del alcohol.

—Déjame adivinar: quieres saber qué cosas pervertidas han hecho tus amigos en el sexo —le responde Madeline con una sonrisa burlona bailando en sus labios.

—Alex, deberías ir a dormir —intervengo entre risas.

—Me están haciendo ver como si fuera un depravado sexual. Solo quiero conocerlos mejor —se defiende él con un brillo travieso en sus ojos.

—Yo parto, entonces —anuncia Gabe, con una expresión pensativa en su rostro—. Yo nunca he llorado viendo el final de *Shrek*.

—¡Oh, eso te lo dije en confidencialidad! —protesta Nick, aunque toma un sorbo de su cerveza sin vacilar.

—¿*Shrek*? —pregunta Emily, visiblemente confundida por la revelación.

—Ahora tiene una compañera con quien compartir su casa ogro —agrega Cam entre risas—. Okey, es mi turno. Yo nunca le he escupido a alguien en la primera cita.

Liam bebe de su vaso y enseguida todos intercambiamos miradas de asombro y risas ahogadas en la mesa.

—¡Ey! No me miren así —se defiende Liam con el rostro teñido de rubor.

—Necesito contexto —intervengo, deseando entender la situación.

—El chico me dijo que le gustaba ser escupido durante el acto. Nos estábamos despidiendo y él abrió la boca, así que le escupí pensando que era lo que quería. Resulta que estaba bostezando —explica, cubriéndose el rostro

—¡Nooooo! —exclamamos al unísono y nuestras risas resuenan en el aire.

—Sorprendentemente, me invitó a otra cita después de eso.

—Dime que no aceptaste —le ruega Alex con una mezcla de incredulidad y diversión.

—Me invitó a un *show* de Broadway —responde Liam, como si esa fuera respuesta suficiente.

—Repito: dime que no aceptaste —insiste Alex.

—Hamilton es impresionante en vivo —responde Liam.

—Oh, no —dice Alex, sacudiendo la cabeza con una risa.

La atmósfera relajada de la conversación cambia cuando Emily interviene con otra confesión:

—Yo nunca le he chupado el pulgar del pie a mi cita —dice con una sonrisa pícara.

—¿Qué? —inquire Nick..

—Esto es un ataque personal —se queja Alex y luego da varios sorbos a su vaso.

—Debo admitir que no me sorprende que tengas un fetiche con los pies —comenta Liam con un gesto serio.

—¡No es cierto!

—El otro día desperté y estabas besando mis pies —confiesa Liam, sonrojándose de nuevo.

—¡Fue una situación distinta! —Alex intenta defenderse, pero ya es muy tarde.

—No lo sé. Todo tiene sentido ahora —observa Liam con un toque de ironía en su voz.

—Necesito saber por qué chupaste un pie —interroga Gabriel.

—¡Ella me lo pidió! —aclarar Alex, tratando de justificar su acción—. Decía que la ayudaba a llegar al orgasmo.

—Jesús —murmura Gabe a mi lado con incredulidad evidente.

—Dios santo —suelta Nick frente a mí, divertido.

—No lo puedo creer —dice Madeline sacudiendo la cabeza.

—¿Y logró tener un orgasmo? —pregunto, centrando la atención en el aspecto más importante de la historia.

—Por supuesto, ¿qué crees que soy? —responde Alex, con una mezcla de orgullo y desconcierto—. No hubo segunda cita.

La hora siguiente transcurre entre risas y confesiones, mientras los tragos continúan llegando a la mesa. Mis sentidos se embotan de manera gradual bajo el efecto del alcohol y cuando finalmente noto la ausencia de Gabriel a mi lado, mi mente tarda un momento en procesar la situación.

Lo busco con la mirada y lo descubro en la barra conversando muy animado con la encantadora bartender, cuya camiseta de escote resalta sus atributos de manera espectacular. Un sentimiento extraño se agita en mi pecho al presenciar su interacción y más aún al ver la sonrisa cargada de intenciones que le dedica a Gabriel.

Sin pensarlo demasiado, me levanto de mi silla con cierta torpeza. Ya no recuerdo cuánto he tomado... las luces parpadean y el mundo parece moverse a un ritmo diferente al mío, pero eso no me impide avanzar decidida hacia la barra. No puedo permitir que mi «novio» —¿o debería decir «novio falso»?— coquette con otra mujer delante de mí.

—Mi cielo —susurro, llegando a su lado. Mis dedos tocan su musculoso brazo y me apoyo ligeramente en su hombro, tratando de mantener el equilibrio.

—Estás borracha —afirma Gabriel con una sonrisa divertida, aunque con una nota de preocupación en su voz.

—Sí, lo estoy. ¿Qué haces acá? —pregunto jugueteando de forma atrevida con sus bíceps, incapaz de contener mi impulso bajo la influencia del alcohol.

—Hola. Soy Izzy —interviene la chica de la barra con una voz suave y una sonrisa amable.

—Izzzzzzzzzy. Izzy. ¿Isidora? ¿Isadora? ¿Isabel? ¿Isabella? —balbuceo, dejando que las palabras se deslicen por mi lengua, cortesía del vodka que se ha apoderado de mis sentidos.

—Isabel —corrige ella con cortesía.

—Izzy —repito, saboreando su nombre en mi lengua.

Le queda bien Izzy. Su cabello largo y negro cae en ondas delicadas sobre sus hombros, sus

ojos grises destellan con una chispa de misterio y sus labios, pintados con un rojo intenso, parecen invitar a la tentación con cada sonrisa.

—Vamos, déjame que te ayude a sentarte —dice Gabe con suavidad y me toma de la mano con cuidado para guiarme hacia una silla cercana.

—¿Por qué estás hablando con Izzy? —inquiero con un dejo de desconfianza en mi tono.

—Ella es una vieja amiga —responde Gabe, manteniendo la calma.

—Oh, ¿es la misma «amiga» con la que viniste el año pasado? —replico, sintiendo una punzada de celos que se traspasa a mi voz.

—Sí —confirma él, sin alterarse.

—Aquí tienes, un vaso de agua para ti —interviene Izzy, ofreciéndome el vaso con una sonrisa amable.

¿Por qué tiene que ser tan simpática? Mis celos se mezclan con la incomodidad por su simpatía.

—No necesito tu ayuda —murmuro, aunque me siento culpable al instante por mi tono brusco.

—Izzy, ¿podrías traerme una hamburguesa, por favor? —solicita Gabe con cortesía.

Dirijo una mirada fulminante hacia Izzy, pero su disposición amigable desarma mis defensas. Luego vuelvo mi mirada hacia Gabe con una expresión de reproche.

—Ey, ¿estás celosa? —pregunta, claramente entretenido por la situación.

—Eres mi novio —susurro, recordándole nuestro acuerdo temporal.

—Falso —responde él con una sonrisa, depositando un suave beso en mi sien.

—Si yo no puedo acostarme con Jack Evans, tú no puedes coquetear con otras mujeres —sentencio en tono medio serio, medio bromista.

—Sí, *mia cara*. Prometo que no estaba coqueteando — responde Gabriel con un toque de complicidad en su mirada.

—Mío —declaro, levantando la mano para pedir otro vodka martini al camarero.

—Tuyo, Avery. Totalmente tuyo —responde tan despacio que creo haber imaginado sus palabras.

De repente, escucho una canción conocida sonando y la emoción me embarga. Me levanto del asiento con entusiasmo, mis caderas empiezan a moverse descoordinadas al ritmo de la música.

—¡Bailemos! —exclamo, invitando a Gabe.

—No bailo.

—¿Izzy? ¿Alguna vez bailó contigo? —pregunto, mirando a la bartender.

—Nunca. Dice que no le gusta —responde ella, entornando los ojos con una sonrisa.

—Eres un amargado —le digo a Gabriel con una mueca juguetona.

Sin esperar más, me dirijo hacia la mesa donde están mis amigos, quienes ya se están levantando para unirse a la fiesta en la pista de baile.

—Vamos. —Cam toma mi mano y me guía hacia la diversión.

La pista de baile está iluminada por una mezcla de luces tenues y destellos de colores que parpadean al ritmo de la música. En el ambiente se siente una energía eléctrica y el sonido envolvente de las canciones llena el espacio.

La multitud en la pista de baile está formada por personas de todas las edades y estilos, algunas se mueven con gracia y coordinación, mientras que otras se dejan llevar de manera más despreocupada y espontánea. El ambiente es alegre; las risas iluminan el lugar mientras la música sigue sonando sin cesar.

Busco a mis amigos con la mirada y encuentro a Emily y Nick en un rincón, moviéndose con gracia en un baile seductor, envueltos en su propia burbuja de complicidad. Liam y Alex hacen movimientos ridículos, desatando risas contagiosas cada pocos segundos. Entre canciones, se regalan dulces besos que reflejan su afecto. Madeline invita a bailar a Cam, quien accede a regañadientes.

Quedo sola en medio del bullicio y las luces parpadeantes.

No permito que eso me detenga. Me muevo con la música como si estuviera sola en la habitación, dejándome llevar por la melodía y el ritmo. De repente, siento la presencia de alguien detrás de mí. Al girar, veo a un hombre que parece inofensivo, así que continúo mis pasos sin detenerme.

Cierro los ojos, sumergiéndome en la atmósfera del lugar, conectando con mis propias sensaciones y emociones, permitiendo que este sea un espacio de distensión. Cuando los abro de nuevo, me encuentro con la mirada intensa de Gabe, que me observa con detenimiento y su mandíbula tensa.

Antes de que pueda reaccionar, siento las manos de mi compañero de baile en mi cintura, pero Gabe se mueve decidido en nuestra dirección.

—Largo —gruñe al llegar a mi lado.

El chico levanta las manos en señal de rendición, sin ganas de empezar un escándalo.

—¿Qué haces? —pregunta Gabriel con un tono que denota su molestia, mientras sus ojos oscuros buscan una explicación.

Sin detener mis movimientos, enfrento su mirada desafiante.

—¿Qué parece que hago? —respondo, dejando claro mi descontento.

—Avery... —comienza a decir, pero lo interrumpo antes de que pueda continuar.

—No me voy a quedar toda la noche en el rincón solo porque tú no quieres bailar, Gabe. O

bailas conmigo... o miras cómo alguien más lo hace.

La tensión en su mandíbula contrasta con la suavidad que se refleja en sus ojos. Es una dualidad intrigante, como si su interior estuviera luchando por mantener el control sobre sus emociones.

—*Oh, piccola ladra, come mi fai perdere la pazienza* —susurra en italiano antes de tomar mi mano y darme una vuelta.

Suelto una carcajada que alivia la tensión. Nos entregamos al baile, moviéndonos con una ligereza que parece desafiar la gravedad. No es un baile cargado de insinuaciones o sugerencias, sino más bien una danza despreocupada entre dos personas que simplemente quieren disfrutar del presente.

Sin embargo, todo cambia en un instante, cuando mis pies tropiezan con algún obstáculo invisible y me veo cayendo hacia adelante hasta que mi boca queda apenas a unos centímetros de la suya. En un movimiento rápido y casi instintivo, sus manos se aferran a mi cintura y me atrae hacia él en un gesto protector. De repente, el ambiente se carga de electricidad y nuestros movimientos se vuelven más lentos, calculados, íntimos.

Mis ojos vagan entre sus labios entreabiertos y sus profundos ojos dilatados, atrapados en un juego de miradas que parece tener su propia danza. Siento cómo mi corazón late con fuerza en mi pecho, tratando de escapar de la energía acumulada entre nosotros.

Hay algo en la cercanía de su cuerpo, en el calor de su aliento rozando mi piel, que me hace desear perderme en ese instante... en él. Pero justo cuando estoy a punto de dejarme llevar por la intensidad, la risa de Camille irrumpe en nuestra burbuja, recordándonos que no estamos solos. La melodía de la música se desvanece y es reemplazada por el sonido de nuestras respiraciones entrecortadas y el eco de la risa de nuestros amigos.

Sacudo la cabeza para despejar las nubes de mi mente y trato de recuperar el control sobre mis emociones. Me aparto de Gabriel con un gesto vacilante, intentando ocultar la turbulencia que se agita dentro de mí.

Camino de regreso a la habitación con Gabe siguiéndome de cerca para asegurarse de que llegue sin problemas.

—¿Por qué no te gusta bailar? —pregunto, deslizando las botas rojas fuera de mis pies con un suspiro de alivio.

—Dudo que sea para mí —responde él con un tono de resignación.

—Pero la pasamos bien, ¿no? —insisto, recordando los momentos compartidos en la pista de baile.

—Sí, *mia cara* —concede, aunque su voz tiene un matiz de escepticismo.

—Quiero poder bailar con el amor de mi vida todas las noches. Mientras preparamos la cena, mientras nos relajamos en el césped escuchando música romántica o incluso bajo la lluvia en medio de la ciudad. Baila conmigo ahora —le pido con una sonrisa.

—Estás borracha, quizá no sea la idea más brillante —advierte y abre la puerta de la habitación para que yo entre.

Sin perder tiempo busco en mi teléfono una canción lenta adecuada para la ocasión. Navego por una *playlist* recomendada por Spotify y elijo una canción al azar. No reconozco la melodía, lo cual resulta perfecto para compartir un momento espontáneo con este hombre que me mira con cautela, como si aún no estuviera seguro de mis intenciones.

Ofrezco mi mano para que me acompañe en el baile, pero al ser ignorada decido comenzar por mi cuenta. Me muevo con gracia y lentitud, dejándome llevar por la suave melodía que envuelve la habitación. Cierro los ojos y me concentro en la música, meciéndome con delicadeza como si estuviera abrazada a una pareja invisible.

De repente, siento el calor reconfortante de las manos de Gabe sobre las mías. Una suave presión en mi cintura me indica que ha decidido unirse a mi baile improvisado. Nuestros cuerpos se acercan hasta que apenas hay espacio entre nosotros, creando una intimidad compartida que eclipsa el resto del mundo.

Nos reímos cuando me tropiezo o nuestra sincronización falla. Agradezco en silencio que haya decidido unirse a mí, aunque mi mente nublada por el alcohol confunda aún más mis sentimientos. Quiero perderme en su abrazo y quedarme aquí con él por el resto de la noche.

Gabriel me da vueltas en el lugar y no sé cuánto tiempo pasamos así, envueltos en los brazos del otro. Después de lo que parecen horas me baja el cansancio y bostezo antes de separarme del cuerpo de mi novio falso.

—Gracias por bailar conmigo —digo visiblemente fatigada.

—No le cuentes a nadie lo que hemos hecho —advierte con humor, deslizando una mirada cómplice en mi dirección.

—Eso solo podría mejorar tu reputación de buen novio —respondo y lo señalo.

—Es cierto. Estamos saliendo —confirma con una sonrisa, como si compartiéramos un secreto.

—Lo estamos. ¿Acaso no soy la mejor novia que has tenido? —añado con una sonrisa, dando una pequeña vuelta en el lugar mientras lo miro.

—Considerando que no he tenido ninguna, sí, eres la mejor.

—¿Me estás diciendo que tu primera novia es falsa? —pregunto.

—Sí —admite con naturalidad, como si fuera algo completamente normal.

—¿Cómo es que nunca has salido con gente? —inquiero, curiosa por entender más sobre él.

—He salido. Simplemente nunca llegué tan lejos como para querer comprometerme con nadie —explica encogiéndose de hombros.

—Ah. ¿Esto se trata de sexo? —planteo la pregunta con malicia, aunque sabiendo que la respuesta podría ser más profunda.

—¿Por qué tu mente siempre busca la manera de llegar a este tema de conversación cuando estamos juntos? No me refiero al sexo —responde con un tono serio, dejando claro que hay algo más detrás de sus palabras—. Crecí viendo a mis padres amarse todos los días incondicionalmente. Incluso en aquellos días en los que peleaban, se cuidaban y protegían. Si estoy con alguien, es porque busco eso. Quiero tener eso.

—¿Y ninguna persona ha provocado eso en ti? —pregunto, intrigada por su admisión.

¿Estará buscando al amor de su vida?

—No, hasta hace poco —responde y veo en sus ojos la importancia que esa declaración tiene para él.

Me deslizo por la cama y mi vestido se levanta audazmente mientras me acomodo. Él se sienta a mi lado y su presencia en la penumbra parece llenar el espacio con una tranquilidad reconfortante.

—Cuéntame más —suplico, deseando conocer más sobre este lado de él que rara vez deja ver.

—Vamos a dormir, *mia cara* —dice con dulzura, besando mi frente antes de levantarse y dirigirse al sofá.

—Ey, ese es mi lugar de dur... durmición —exclamo y dejo escapar un ligero hipo mientras intento retenerlo.

—Estoy seguro de que esa no es una palabra —responde con una sonrisa burlona, acomodándose en el sofá.

—Largo de mi sofá —insisto y me levanto de la cama con determinación.

—Te cedo la cama esta noche —ofrece. Su tono de voz es tranquilo pero firme.

—¿Qué pasó con la fachada de chico malo que no está dispuesto a dormir en el sofá? — bromeo.

—Está de vacaciones. Vuelve mañana.

—Nop. Te largas —insisto, adoptando una postura desafiante mientras me acerco con la determinación de quien no acepta un no por respuesta.

Lo agarro de las axilas y hago un esfuerzo por levantarlo del sofá, pero mis intentos resultan en vano. Una risa suave escapa de sus labios mientras me enfrento a mi propia incapacidad para moverlo.

—Iré a la cama solo si vas conmigo —propone. Su voz suave y persuasiva hace que reconsidere mi posición.

—¿Te quieres pasar de listo? —pregunto cruzándome de brazos.

—No —afirma con una sinceridad que no puedo ignorar.

—Bien. Anda al baño a lavarte los dientes y luego te acuestas —concluyo.

Apenas se aleja hacia el baño, me acomodo en el sofá, sintiendo la fatiga envolverme mientras me dejo llevar por el cálido abrazo de la noche.

En cuestión de segundos, me quedo dormida.

* * *

La mañana siguiente despierto con un dolor de cabeza que parece competir con los latidos de mi corazón. Oh, Dios, ¿quién me manda a beber tanto? Mis párpados se abren con esfuerzo, luchando contra la luz tenue que se filtra por las cortinas entreabiertas. Un vaso de agua y dos pastillas de paracetamol reposan sobre el velador, como un regalo celestial para mi resaca. Las tomo de inmediato, sin detenerme a pensar dos veces.

Al abrir los ojos, espero que mis sentidos se adapten lentamente a la oscuridad de la habitación. Estiro mis extremidades en la cama, sintiendo la suavidad de las sábanas bajo mis dedos.

Cama.

Estoy en la cama.

Recuerdo de manera vaga haberme acostado en el sofá anoche, pero estoy noventa y nueve por ciento segura de que ese fue el lugar donde me dormí. Me giro hacia el otro lado de la cama esperando encontrar a Gabriel, pero esa mitad está vacía, como si nadie hubiera ocupado ese espacio. Mis ojos se acostumbran a la penumbra y diviso una figura en el sofá.

Frunzo el ceño, maldiciéndolo por ser tan terco y, al mismo tiempo, agradeciendo el gesto de haberme llevado a la cama durante la noche. Sé que hubiera despertado con tortícolis si me hubiera quedado en el sofá. Quiero despertar a Gabe y preguntarle qué sucedió, pero no quiero interrumpir su sueño.

Me levanto y me dirijo al baño para refrescarme. Una vez vestida, decido explorar el resort en

busca de un lugar tranquilo para leer. No tardo mucho en encontrarlo: una biblioteca que parece sacada de mis sueños más indulgentes. Está repleta de libros en diversos idiomas, cómodos sillones, escritorios invitadores y una chimenea cuyo calor parece acariciar cada rincón del lugar. Es el paraíso.

Me preparo una taza de café y regreso al lugar frente a un ventanal desde donde puedo contemplar cómo la suave nieve cae fuera. No sé cuánto tiempo paso allí, absorta en las páginas de mi libro, antes de ser interrumpida.

—¿Avery? —Escucho una voz conocida llamarme.

Al levantar la vista me encuentro con Dean, el encantador hombre con el que compartí algunas palabras en el Hotel de Santis durante aquella apuesta que hice con Gabriel sobre quién conseguiría más números. Recuerdo haber pensado que, de no estar en una supuesta relación con el hermano de Santis, me habría gustado conocerlo mejor.

—¡Dean! —exclamo. Una sonrisa ilumina mi rostro al reconocerlo.

—Me alegra que me recuerdes. De lo contrario, este habría sido un encuentro bastante incómodo —dice acercándose a mí con una sonrisa.

Lo observo detenidamente mientras se aproxima. Viste con pantalones casuales y un abrigo azul oscuro que parece increíblemente cómodo. Es un contraste notable con el hombre que conocí en el Hotel de Santis.

—Claro que sí. ¿Qué te trae por aquí? —pregunto, levantándome para darle un abrazo y a continuación señalo el asiento a mi lado.

—Esa es información confidencial —responde Dean, con una chispa traviesa en sus ojos.

—Oh, prometo no decir nada —susurro, inclinándome ligeramente hacia él.

—Eres problemas —dice con diversión.

—Soy un ángel disfrazado de problemas —corrijo, sonriéndole.

—Nick me invitó. Me llamó anoche, me contó que estaba en un hotel de esquí de lujo y que debería venir a ver qué tal. Estamos pensando en expandir un poco más nuestros horizontes —explica con un brillo de emoción en los ojos.

—Oh —respondo, procesando la revelación. Me doy cuenta de que la colaboración entre Dean y Nick ya podría ser oficial. Si ese es el caso, todo el esfuerzo de Gabe habrá sido en vano.

—No esperaba encontrarme contigo aquí —comenta después de unos minutos de conversación.

—Qué suerte la tuya —sugiero.

—Efectivamente. —Se fija en el libro que llevo en mis manos—. ¿Y lees? ¿Hay algo que no hagas? Por favor, rómpeme el corazón ahora, antes de que me enamore de ti —me ruega, con una sonrisa que resplandece en su rostro.

Suelto una risa suave y deslizo mi mano por su musculoso brazo. Aunque no me provoca las mismas mariposas que la cercanía de Gabe, la sensación no es del todo desagradable.

—¿Ave? —La voz de Gabriel resuena en la entrada de la biblioteca. Su tono denota confusión, como si hubiera estado buscándome durante un tiempo. Sus ojos se relajan al encontrarme, pero su expresión cambia cuando nota la presencia de mi acompañante y, peor aún, la corta distancia entre nosotros.

—Oh, disculpa. No sabía que estabas con... —comienza a decir Dean con su mirada cargada de interés renovado, mientras observa la situación con curiosidad.

—Es una historia complicada —susurro, sintiendo la tensión crecer en el ambiente.

Gabe se acerca a paso decidido.

—Suelen serlo —responde Dean, dejando entrever que él también tiene sus propias historias complicadas.

—Que estés bien, Dean. Espero verte de nuevo —le digo con una sonrisa, despidiéndome de él antes de levantarme del sofá.

Me acerco a Gabriel. Su mandíbula está tensa y evita mi mirada.

—Hola —saludo, tratando de disipar la tensión con una sonrisa radiante.

—Te estaba buscando —responde en tono un poco rígido.

—¿Por qué me dejaste dormir en la cama? —Me cruzo de brazos, esperando una explicación.

—Da igual. El desayuno termina en diez minutos —anuncia, cambiando de tema abruptamente.

—Vamos, entonces.

—¿Qué hace este acá? —pregunta Gabe con la voz cargada de irritación mientras caminamos hacia el comedor.

—No lo sé. —En cuanto digo esa mentira siento el peso de la verdad aplastándome, pero no puedo revelarle el día previo a su cumpleaños que no consiguió el trabajo de sus sueños.

Nos reunimos con el resto del grupo en el bullicioso bufet de desayuno, donde aromas tentadores se mezclan con el zumbido de las conversaciones. Tomo asiento frente a Emily, con una taza de café humeante en mis manos, lista para sumergirme en un análisis detallado de los eventos recientes.

Mientras nos preparamos para la charla, no puedo evitar observar de reojo a Gabriel, quien espera pacientemente junto a Nicolás mientras el chef prepara sus huevos. Intenta entablar una conversación ligera, pero la tensión entre ellos es palpable, evidenciada por sus posturas rígidas y sus intercambios limitados.

—¿Qué te dice Nick? —pregunto a Emily, señalando con discreción a los hermanos de Santis.

—Que está dispuesto a intentarlo, pero le cuesta mucho. Ambos han sufrido heridas a lo largo de los años y es difícil reparar una relación tan dañada —responde Emily con sinceridad.

—Gabriel *realmente* está poniendo esfuerzo en esto.

—¿*Realmente* te gusta? —Emily me mira con curiosidad—. Al principio pensé que solo era sexo y aunque debo admitir que fui rápida en juzgarte, es difícil no ver su atractivo.

—Ninguno de los hermanos de Santis parece tener problemas de autoestima —comento, asintiendo—. Son como obras de arte vivientes.

—Es verdad —dice, mientras le da varios sorbos a su té—. ¿Sabes? Creo que ya entiendo la relación que tienes con Gabe. Es evidente que se estiman mutuamente. Además, están todo el rato buscándose con la mirada, es asqueroso. Míralo, no quita la vista de ti —dice, señalando a mi «novio», quien se sonroja cuando cruzamos miradas. Es tan extraño pensar que este es el chico que chocó mi auto hace tanto tiempo.

—No tienes derecho a opinar, Emily. Babeas cada vez que aparece Nick.

Si bien intento desviar el tema de conversación de mi relación con Gabe, el comentario de mi amiga me toma por sorpresa, haciendo que me detenga y reflexione sobre mis sentimientos hacia Gabriel. ¿Qué siento en realidad por él?

Antes de que pueda profundizar en esa pregunta, la voz de Nick paraliza nuestros pensamientos.

—¿Quién se anima a esquiar? —pregunta con entusiasmo, interrumpiendo nuestra conversación.

—Paso —declaro, imaginando una taza de chocolate caliente reconfortante en lugar de las laderas nevadas.

—Vamos, *mia cara* —insiste Gabriel, con una mirada sugerente.

—Prefiero quedarme calentita leyendo mientras ustedes se congelan y se caen mil veces — respondo con una sonrisa, anticipando el placer de pasar el día acurrucada con un buen libro y una bebida caliente.

Nicolás se despide dándole un beso tierno a su novia y el instante de tranquilidad se desvanece cuando Gabriel se desliza junto a mí con una determinación silenciosa.

—Deberíamos besarnos —propone. Su voz resuena con una intensidad que me toma por sorpresa, como una chispa que enciende una fogata en medio de la calma.

—¿Disculpa? —Mi sorpresa se refleja en mi tono, mientras intento procesar la audaz sugerencia.

—Eso hacen las parejas al despedirse. Por favor —añade, con una mirada suplicante que enciende algo dentro de mí.

Le devuelvo la sonrisa, aunque mi corazón late desbocado en mi pecho, con un ritmo que ahoga cualquier otra cosa. ¿Por qué estas simples palabras me afectan tanto?

—Solo porque suplicaste —respondo, tratando de mantener una postura desafiante, aunque por dentro estoy temblando.

—Te encantaría verme suplicándote —susurra con una chispa traviesa en sus ojos profundos.

—Me encantaría verte arrodillado, siguiendo las órdenes de alguien por una vez —respondo y mi respiración se entrecorta.

En un instante, el mundo a nuestro alrededor parece desvanecerse, dejándonos a solas en medio de una atmósfera cargada de electricidad, como si estuviéramos a punto de cruzar una línea prohibida.

Antes de que pueda pronunciar otra palabra, tomo su chaqueta de esquí con determinación y lo atraigo hacia mí, dejando que nuestros labios se encuentren en un beso *demasiado corto*.

Mis ojos se fijan en los suyos y me pregunto cuántas veces podría repetir ese gesto, dejándome caer en ese bucle infinito de tentación. Una, dos, cien, mil veces, más de las que me atrevo a admitir, más de las que debería. Él es mi novio falso. Falso. Falso. Pero en este instante se siente tan real como el latido apresurado de mi corazón.

—¿Cuándo fue la última vez que me miraste así, como si tu vida dependiera de otro beso mío? —La voz de Emily me arranca de mi ensueño y levanto la vista para encontrarme con la intensa mirada de Gabriel, que parece reflejar el mismo anhelo.

—Te miro así cada vez que te alejas de mí —murmura Nicolás.

Siguen hablando, pero el latido frenético de mi corazón ahoga sus palabras.

—Gracias —susurra Gabriel, dando un paso atrás.

Se despide del resto con un gesto de mano y, junto con sus hermanos y Alex, se encaminan hacia las montañas, dejándonos atrás. Sé que lo que compartimos es solo una farsa, una mentira mutua para ayudarnos, pero esta es la primera vez que lo siento de verdad. Sé que es injusto

admitir que me siento un poco utilizada por Gabriel luego de su insistencia en ese beso, solo para mantener las apariencias. Al fin y al cabo, yo accedí a todo esto y he obtenido beneficios gracias a esta farsa.

Aun así... aun así, me duele saber que lo que sea que estoy sintiendo no es recíproco. El peso de esa verdad se asienta en mi pecho como una sombra que oscurece lo que debería ser solo una ilusión momentánea.

Y por todos los cielos, ¿cómo es posible que aún no haya aprendido la lección? Después de haber sido utilizada por todos esos hombres en mi adolescencia, incluso por aquellos que deberían haberme protegido, como Ethan, ¿cómo es posible que crea que sus emociones fingidas podrían esconder algo de verdad?

Mis inseguridades se arrastran como sombras incesantes, recordándome que nunca he sido suficiente para nadie. ¿Qué hay de malo en mí que siempre termino siendo la segunda opción, el plan B cuando el plan A falla? ¿Es mi personalidad, mi apariencia, mi forma de ser? Me pregunto una y otra vez por qué nunca parezco ser suficiente para mantener a alguien a mi lado.

Quizá sea mi necesidad de ser amada, mi desesperación por encontrar ese vínculo que me haga sentir completa. Pero ¿acaso eso es un defecto? ¿Es malo querer ser valorada, elegida por alguien? A veces me siento como si estuviera atrapada en un ciclo interminable de búsqueda de amor, siempre esperando encontrar a alguien que me haga sentir que valgo la pena.

Cuando observo a Emily tan feliz junto a Nicolás siento una punzada de envidia. Creo que merezco esa vida. Creo que está al alcance de mi mano. Pero tal vez ellos simplemente tuvieron la suerte de ganar en la lotería del amor, algo que le sucede a una pareja entre un millón. Uno juega con la esperanza de ganar, pero sabe que lo más probable es que nada ocurra.

Estos pensamientos se ven reforzados cuando veo a Izzy caminando hacia Gabriel y ambos se ríen de algo que ella dice. Un puño de celos aprieta mi corazón y no sé qué hacer para dejar de sentir tanto.

—¿Qué te parece un día de *spa*? —pregunta Emily a mi lado.

Me doy cuenta de que todos han desaparecido de nuestro camino, salvo mi mejor amiga, quien me esboza una leve sonrisa, como si intuyera la tormenta que se agita en mi interior. Su presencia es un ancla, una constante que me recuerda que no estoy sola en mis luchas.

—Me parece una buena idea.

—¿Cuál es la actividad de esta noche? —pregunta Nick con sus ojos fijos en Gabriel.

Miro de reojo a Emily, quien ya me está mirando y sonriendo. Por más pequeño que sea, este es un paso importante. Por lo que he percibido, los hermanos de Santis han tenido múltiples conversaciones durante este corto viaje. Sin embargo, que Nicolás reconozca a Gabriel como el encargado de las actividades, y no solo eso, sino que le esté confiando ese papel, significa que estamos en buen camino.

Gabriel traga, nervioso, de seguro pensando lo mismo que yo. Me fijo en Camille, que se muerde las uñas mientras mira expectante el intercambio.

—Vamos al pueblo —anuncia Gabe.

Camille suelta un grito por lo bajo, pero no pasa desapercibido por el grupo. Se sonroja ante la atención y responde con voz tímida:

—Mamá amaba el pueblito de esta zona. En esta época está lleno de luces y música en vivo. Además, hay muchos senderos por los que caminar.

—¿Te parece? —pregunta Gabe a Nick y este asiente. Estoy casi cien por ciento segura de que sus ojos se pusieron vidriosos por lágrimas contenidas.

—Vamos, agarren sus chaquetas —comenta Nick.

El gélido viento nos golpea con fuerza apenas pisamos el exterior. Está tan oscuro que solo veo la caminata iluminada por los focos de luz y escuchamos la nieve crujiendo al ritmo de nuestros pies.

—Son unos veinte minutos caminando desde acá —dice Gabe para que todos escuchen.

No digo en voz alta que no sé si seré capaz de soportar cinco minutos, mucho menos veinte, caminando a veinte grados bajo cero. No quiero desanimar al grupo que avanza animado por el sendero.

—¿Tienes frío? —inquieta Gabe a mi lado.

Estamos caminando en una fila liderada por Gabe y yo.

—No —miento, tratando de sonar convincente.

—¿Me estás mintiendo? —pregunta con una ceja levantada.

—Sí —respondo con una sonrisa, aunque los dientes me castañeteen.

—Toma. —Gabe se saca su bufanda del cuello y la pone alrededor del mío a pesar de mis protestas.

—Ahora a ti te dará frío —comento, sintiéndome un poco mejor con la suave tela

envolviéndome.

—Intentaré no llorar —bromea, abrochando su chaqueta hasta arriba para evitar que el frío se cuele.

—Gracias. ¿Cuándo fue la última vez que viniste acá con tu familia? —pregunto, curiosa.

—Creo que cuando tenía trece años. En ese entonces, odiaba el viaje hasta aquí. Pero ver a mis padres tan en paz en estas montañas me transmitía una sensación inigualable de calma. Sabía que venir aquí significaba verlos felices.

Sonríó al escuchar sus palabras, feliz de que haya podido compartir buenos momentos con ellos antes de que fallecieran. Detrás de nosotros, Nicolás le cuenta a Emily más historias en un tono lleno de nostalgia y amor.

—Papá amaba venir por las pistas de esquí, mientras mamá esperaba todas las noches para salir a caminar —comenta animadamente.

Desde mi posición no puedo escuchar a Cam hablar con Alex, pero puedo imaginar que está compartiendo algún recuerdo entrañable de este lugar. Es como si las montañas, las estrellas y la noche conectaran a los tres hermanos gracias a las queridas memorias de su infancia.

—¿Recuerdan cuando papá nos llevó al lago? —pregunta Cam a sus hermanos con sus ojos grandes brillando de emoción.

A pesar del frío, siento una calidez en el corazón al ver cómo este lugar resucita tantas memorias queridas para ellos. Las estrellas brillan con intensidad sobre nosotros, creando un cielo que parece abrazar nuestra caminata.

—Por aquí hay un lago que se congela en esta época —explica Gabe con sus ojos fijos en las estrellas, como si les estuviera hablando a sus padres—. Fuimos los cinco a patinar sin ningún tipo de supervisión. Nick se cayó al lago.

Abro los ojos y volteo a ver a Nick, quien sonríe mientras abraza a su novia. El viento nos golpea con fuerza, pero la atmósfera se llena de risas y calidez.

—No sé cómo sobreviví —indica Nick, encogiéndose de hombros.

—¡Estábamos en la entrada del lago! El agua te llegaba a las rodillas —exclama Cam, tirando nieve a la chaqueta de su hermano. La bola rebota y cae al suelo, esparciendo pequeñas partículas de hielo en el aire.

El sonido de nuestras risas resuena en la noche silenciosa.

—¡Me pudo haber dado hipotermia! —chilla Nicolás en tono dramático.

—Un hecho que nos repetiste todo el viaje —agrega Gabe a mi lado con una sonrisa juguetona.

—Desde entonces no patino sobre hielo —confiesa Nick.

—Oh, por Dios. ¿Es por esto que me rechazaste cuando dije que debíamos ir a esquiar a Central Park? —pregunta Emily con sorpresa.

—Tal vez —murmura Nick despacio, casi avergonzado.

—Me dijiste que tenías migraña ese día —recuerda mi amiga con una ceja levantada.
—Recuerda que te amo —confirma Nicolás, abrazándola con más fuerza.
—También me acuerdo de que a mamá siempre le coqueteaba el mismo guardia de seguridad —añade Camille con nostalgia.
—Y papá lo insultaba en italiano cada vez que lo veía —dice Gabe, riendo suavemente.
—¡Gabe tuvo su primera novia aquí! —exclama Cam de repente.
—Bethany —revela Nicolás, riendo abiertamente.
Miro a Gabe con los ojos abiertos y una sonrisa traviesa.
—Lo había olvidado —susurra a mi lado.
—Cuéntame de esta novia tuya —le pido, disfrutando de su incomodidad.
—¿Celosa? —pregunta con una ceja levantada y una sonrisa.
—Extremadamente celosa de la novia que tenías a los...
—Nueve años —admite, sonrojándose—. Ella me seguía a todos lados. No sabía cómo deshacerme de Beth.
—Así que le pediste que fuera tu novia —concluye Camille con una carcajada.
—Fue lo único que se me ocurrió.
La imagen de un joven Gabe tratando de escapar de una niña persistente me hace reír.
—Cam, no me hagas contar ya sabes qué —amenaza mi supuesto novio entre risas.
—¿Qué? —inquire Madeline, divertida.
—¡Cuenta! —suplica Liam con los ojos brillando de curiosidad.
—Gabriel, no se te ocurra —reprocha Cam tratando de mantenerse seria, aunque sin poder ocultar su nerviosismo.
—Camille se hacía pipí en la cama y se despertaba a las cinco de la mañana para pedirme que la ayudara a cambiar las sábanas para que papá y mamá no se enteraran —dice finalmente Gabe.
—Oh, pequeña... —La miro con adoración, imaginando a una encantadora Camille y a un Gabriel protector.
—Tenía once años, no era tan pequeña —indica Gabe, tratando de mantener una expresión seria, pero el brillo en sus ojos lo delata.
Todos soltamos una carcajada y nuestra risa resuena en el paisaje nevado.
—Cam —dice Alex con lástima, poniendo una mano en su hombro para consolarla.
—Eso explica muchas cosas —agrega Mads, todavía riendo.
—¿Qué podría explicar? —consulta Cam cruzándose de brazos y mirando a Mads con incredulidad.
—Tu aversión a la diversión —responde Madeline dando rienda suelta a su humor.
—Eso no tiene sentido. —Cam se defiende, pero su tono es más divertido que molesto.
Seguimos caminando con el viento frío golpeándonos el rostro y la maravilla del paisaje. El

sendero está iluminado por pequeñas luces que cuelgan de los árboles, creando un ambiente mágico y acogedor.

Pasamos el resto del camino escuchando historias de los hermanos de Santis. Gabe cuenta cómo Nicolás solía robar dulces y culpar a Camille, mientras Nick se defiende entre risas, asegurando que nunca fue atrapado. Camille comparte anécdotas de las bromas que le jugaban a Gabe, quien siempre encontraba la manera de devolverlas con ingenio.

—¿Llegamos? —inquire Alex cuando finalmente aparecen las primeras señales de vida.

—Escucho música —declara Emily con emoción.

—Debe ser un violín —añade su novio.

Nos encontramos en una pequeña cima con vista a una ciudad aún más pequeña, como si hubiera sido arrancada de las páginas de una novela de fantasía. Las casas, cubiertas de nieve, parecen salidas de un cuento de hadas, con sus techos inclinados y chimeneas humeantes. Las luces colgantes se reflejan en la nieve creando un resplandor mágico.

A lo lejos, las luces colgantes de las tiendas y los restaurantes parpadean, dando la bienvenida a los visitantes nocturnos con un destello. Personas recorren las estrechas calles empedradas, envueltas en abrigos y bufandas, con bolsas que intuyo llenas de compras en las manos. El bullicio de la actividad se mezcla con la música que flota en el aire, avivando un aire festivo pese a que es ya está avanzada la noche.

Es sorprendente ver que todas las tiendas y establecimientos están abiertos y en pleno funcionamiento a esta hora. La ciudad parece estar viva, vibrante, como si el tiempo se detuviera en este rincón encantado del mundo, donde la noche no es más que una continuación del día, llena de actividades y emoción.

No sé bien cuántas casas hay, pero se nota que esta es una zona turística en la que no viven más que los dueños de las tiendas. Hay restaurantes con jazz en vivo, bares, cafeterías abiertas y...

—¡Hay una librería abierta! —exclamo, mirando a Cam y Emily, mis queridas lectoras.

—Había olvidado esto —admite Gabe con una sonrisa nostálgica.

Nos dirigimos hacia la librería con los hombres siguiéndonos de cerca. Recorremos todos los pasillos comentando los libros que llaman nuestra atención, proponiendo algunos para nuestro club de lectura. La emoción del momento me envuelve, pero un recordatorio frío y duro me golpea: no tengo el dinero necesario para comprar todo lo que quiero. El monto que me pagó Gabe no es más que para sustentar la situación actual de Mia. Y ahora que Emily se irá a vivir con Nick tengo que guardar cada centavo.

Dejo todos los libros que había acumulado en mis brazos en un rincón sin que nadie me vea, sintiéndome un poco avergonzada. Sé que mis amigos no tienen estos problemas. No es que esté en una situación tan complicada, pero entre pagar mis deudas estudiantiles y el arriendo del departamento que pronto asumiré sola, tengo que ser cuidadosa con mis gastos.

—¿No vas a comprar nada? —pregunta Gabe, sosteniendo un par de libros de fantasía. Incluso Madeline está comprando algunos libros, aunque desconozco si es tan ávida lectora como el resto de nosotros.

—No hay muchos libros que me llamen la atención —miento, intentando mantener la voz firme.

Camino hacia Emily, quien tiene tres bolsas llenas de libros.

—Veo que estás controlando tus impulsos —bromeo, tomando un *thriller* de su pila.

Emily siempre ha sido más aficionada a las novelas negras y de misterio que yo, aunque también tiene una debilidad por los romances eróticos. Es parte de por qué la amo tanto. Nos complementamos en todos los sentidos. Ella me enseña cómo sobrevivir a un asesinato, mientras que yo le muestro cómo seducir a un alienígena en caso de una invasión extraterrestre.

Salimos de la librería, la mayoría con brazos cargados, y buscamos un lugar donde sentarnos y relajarnos.

Busco a Gabe con la mirada, pero no logro encontrarlo entre la multitud. Pido a los demás que se detengan un momento para intentar localizarlo.

Camille sonríe antes de señalar a su hermano, que está saliendo de la librería con tres bolsas igual de cargadas que las de Emily.

—Pensé que solo querías comprar dos libros —comento, sorprendida.

—Compré dos. Para mí. Y otros quince para ti —susurra mientras se acerca a mí.

—¿Disculpa?

—Lo que mi novia quiere, mi novia obtiene —dice, besando mi mejilla.

Sé que es solo un gesto para el resto del grupo, pero eso no justifica que me compre tantos libros. Termino de confundirme cuando veo las bolsas y noto que son exactamente los que estaba mirando en la librería, además de otros que dije que parecían interesantes.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto en tono bajo para que nadie más nos escuche.

—Es un regalo por toda tu ayuda —susurra en respuesta.

—Gracias —susurro, sin saber qué más agregar—. Déjame al menos ayudarte a cargar una de las bolsas —ofrezco.

—No. Permíteme ser un caballero y cargar tus cosas.

—¿Qué quieren comer? —pregunta Alex. El vaho de su aliento forma pequeñas nubes en el aire frío.

—El clima está ideal para chocolate caliente —comenta Nick, mientras envuelve a Emily en un cálido abrazo y le besa la frente. Sus palabras se mezclan con la brisa gélida que atraviesa nuestras prendas de abrigo.

Todos asienten y nos dirigimos hacia la cafetería más cercana, cuyas luces cálidas y acogedoras brillan en contraste con la oscuridad de la noche.

Sentados alrededor de una mesa, pasamos la siguiente hora compartiendo historias de nuestras

vidas. El aroma del chocolate caliente se mezcla con el del café recién preparado, mientras las risas y el murmullo de conversaciones animadas llenan el ambiente. Compartimos recuerdos de amores pasados, anécdotas de nuestra infancia y sueños para el futuro.

Nunca me había sentido tan en casa.

El ambiente en la mesa cambia de manera notoria cuando Dean se une a nosotros. Nicolás se levanta emocionado para recibir a su amigo, quien parece sorprendido por la cantidad que somos en el grupo. Desde lejos, nos saluda a todos con entusiasmo, pero sus ojos se detienen en mí por un momento más prolongado. Su sonrisa se amplía cuando le hago un gesto con la mano en señal de saludo.

—¡Dean! —exclama Madeline, feliz cuando él se sienta a su lado.

—Hola, hermosa —responde él con una sonrisa, y es imposible no notar la complicidad entre ellos.

Madeline, por supuesto, forma parte del equipo directivo del Hotel de Santis. Durante casi un año asumió las responsabilidades de Nicolás cuando él se ausentó para colaborar con la empresa en la que trabaja Emily y así sacarla de la bancarrota. Dado que Nick está contemplando la posibilidad de expandir el negocio a otros lugares del país, es comprensible que busque también la opinión de su colega de negocios. La familiaridad con la que se comunican y su evidente complicidad lleva a pensar que podrían ser algo más que simples compañeros de trabajo, pero sé que es imposible.

A mi lado, Gabriel observa con gesto adusto al recién llegado.

—¿Qué hace este imbécil aquí? —murmura en tono apenas audible.

—Tenemos que hablar —susurro, sintiendo el peso de la conversación que se avecina.

Me levanto de mi asiento y salgo de la cafetería seguida de cerca por Gabriel, quien parece impaciente por conocer los detalles.

—¿Recuerdas a Dean? —pregunto, notando la tensión entre nosotros.

—Ahora se llaman por sus nombres —responde él con una mirada intensa que parece atravesarme.

—¿Y a ti qué? —pregunto, dejando ver un dejo de irritación por la dificultad de la situación —. En fin. Me comentó que Nick lo está considerando para administrar el hotel.

Mis palabras son suaves en comparación a lo fuerte que está corriendo el viento, que parece traspasar su ímpetu al corazón de Gabe por la manera en que me mira.

—Lo sé —responde por fin, exhalando de manera profunda.

—¿Qué quieres decir?

—Siempre supe que había un candidato que tenía el trabajo prácticamente asegurado —confiesa con solemnidad.

—Es decir que conocías a Dean —concluyo, sintiendo una oleada de confusión.

—Conocer es una palabra que aquí no cabe. Solo sé de su existencia. Ha estado en nuestras vidas por más tiempo del que me gustaría.

—¿Sabías de esto, entonces? —inquiero con el corazón latiendo rápido en mi pecho, mientras intento comprender qué más podría estar ocultándome.

—Cam me lo mencionó hace un tiempo. Pero tengo que confesarte algo... —Sus palabras se interrumpen de manera abrupta cuando el resto del grupo emerge de la cafetería, cada uno sosteniendo tazas humeantes de chocolate caliente. Nos informan que es hora de regresar al hotel antes de que la tormenta empeore. Nos unimos al grupo, pero mi ánimo, al igual que el de Gabriel, está por los suelos después de nuestra breve conversación.

* * *

—Mierda, qué frío —murmuro, agradeciendo que acá dentro el aire se sienta agradable.

Estamos de vuelta en la habitación. Me afano armando mi cama improvisada en el sofá, cubriéndolo con mantas gruesas que pedí a los encargados del hotel para evitar pasar frío durante la noche.

De reojo veo a Gabe salir del baño envuelto en un conjunto de pijama navideño adornado con osos polares y pinos. Una sonrisa se asoma en mis labios.

—Ese rojo te queda realmente sexy —bromeo.

—Mejor que tu pijama de... ¿quién es?

Dejo escapar un exagerado suspiro teatral.

—¿Acaso no conoces al señor Darcy? Para tu información, es el interés amoroso de la gran novela clásica *Orgullo y prejuicio*, escrita por Jane Austen. Este Darcy en particular es de la aclamada película de 2005, con Keira Knightley y Matthew...

—No sabes cuánto me arrepiento de haber preguntado —interrumpe con una mueca divertida que delata su resignación.

—¿Sabes qué? No hemos sido tan cuidadosos sobre lo que sí o sí deberíamos saber del otro. Por ejemplo, Emily sabe que cualquier novio mío se sabría esta película de memoria. No solo porque la veo cada vez que estoy triste, sino porque obligo a cada novio a verla para saber qué le parece —concluyo.

Gabriel levanta una ceja con curiosidad, su gesto muestra interés genuino en mi comentario acerca de mis rituales de selección de pareja.

—¿Y si no les gusta? —inquiere, acomodándose en la cama.

—Digamos que ya no estoy con los hombres que no han disfrutado la película. —Una risa nerviosa escapa de mis labios, recordando algunos encuentros frustrados en el pasado.

—No creo que haya sido por eso —dice con humor.

—Los hechos siguen manteniéndose iguales.

—Entonces... —comienza, dejando ver un atisbo de interés.

—Veremos *Orgullo y prejuicio* —decido emocionada, disfrutando de la idea de compartir esta película con Gabe.

—Estupendo —responde con sarcasmo, aunque no me engaña. Sé que le provoca curiosidad.

—Anímate. De esta manera aprenderás un poco mejor cómo se debe tratar a una mujer.

—Sé suficiente.

Suelto una carcajada ante sus palabras.

—Tan iluso y patético... —murmuro en su dirección.

—Sabes que te escucho.

Sin hacerle caso, me dirijo hacia el teléfono de la habitación para pedir comida. No podemos interrumpir nuestra película por un ataque de hambre repentino, así que me adelanto a nuestras necesidades.

—Ve al baño ahora, porque una vez que empiece la película no podrás moverte de la cama —le insto con un gesto que indica que estoy lista para sumergirnos en la película.

—¿En qué me he metido? —dice mientras se levanta y cierra la puerta del baño. Su voz está llena de una mezcla de resignación y anticipación.

Una vez organizado todo, pongo Netflix en la televisión y busco la película. Me emociono al encontrarla. Esperamos unos minutos más hasta que llegan nuestras hamburguesas, bebidas, vino, tacos y papas fritas que hacen del ambiente uno acogedor y perfecto para la noche de película.

—¿Cuánta comida pediste? —indaga Gabe mientras toma una de las hamburguesas.

—Te he visto comer, príncipe. Sé que te puedes tragar todo esto.

No se nota. Con el cuerpo que tiene se podría intuir que come solo proteína y ensalada, sin permitirse el gusto de comer comida frita. Pero he pasado suficiente tiempo a su lado como para saber que ama comer tanto como yo.

Me instalo en el sofá, lista para iniciar la película y culturizar a este hombre.

—Puedes acostarte en la cama para esto —indica Gabe, de pronto tímido—. Solo si quieres, pero, eh, desde el sofá tu cuello está en un ángulo incómodo.

Es casi el récord de palabras que ha exhalado en una oración. Sorprendida por su oferta, decido aceptarla para mantener esta paz que llevamos construyendo el último tiempo. Es inesperada y, a la vez, he llegado casi a confiar en ella. Después de todo, nos vemos casi todos los días por las mañanas y las tardes, y hemos tenido que enfrentar instancias que requieren nuestra sociabilización. Por lo mismo, es normal que a su lado mis defensas se derriben de a poco, ¿cierto?

Estoy segura de que me quedará la noche sobreanalizando la situación.

—Está bien, pero no te pongas a pensar cosas que no son —bromeo.

—¿Cómo me atrevería?

Me siento a su lado con las piernas estiradas y los dos apoyamos nuestra espalda en el respaldo, casi como si estuviéramos en una cita. Dejamos la comida sobre una manta y con el control inicio la película. Son pocas las personas que conozco que nunca la han visto, por lo que estaré demasiado atenta a cada uno de los gestos de Gabriel y esperaré sus reacciones cada vez que pase algo emocionante o triste.

La luz tenue de la habitación crea un ambiente acogedor. Afuera la nieve sigue cayendo silenciosamente, envolviendo el mundo en un manto blanco. Adentro, el calor de la calefacción y el olor de las hamburguesas y papas fritas llenan el aire. La primera escena aparece en la pantalla y siento cómo Gabe se relaja a mi lado; su cuerpo se acomoda más cerca del mío, propiciando una inesperada sensación de intimidad.

Con cada escena mis ojos se desvían hacia él para observar su reacción. Cuando mister Darcy hace su primera aparición lanzo una mirada rápida a Gabe, buscando cualquier signo de interés o aburrimiento. Sus ojos están fijos en la pantalla y me pregunto qué estará pensando. A medida que la historia avanza me siento más cómoda, casi al punto de olvidar que esta noche empezó como una mera actuación para nuestros amigos.

—Deja de mirarme —comenta Gabe, lanzándome una mirada de reojo.

—¡El señor Darcy la invitó a bailar! ¿Dónde está tu entusiasmo? —pregunto, sorprendida por su falta de reacción.

—Después de haber sido increíblemente desagradable con Elizabeth —argumenta, mordiendo papas fritas y enfocando la pantalla.

—Me recuerda a alguien —murmuro despacio.

Gabe, sin pensarlo dos veces, agarra una almohada y la lanza en mi dirección, golpeándome suavemente en la cara. Me echo a reír y, en venganza, le devuelvo el golpe. La habitación se llena de nuestras risas, como si fuéramos adolescentes en una pijamada. La sensación de estar juntos, riendo y bromeando, hace que el momento se sienta aún más especial. Podría pasar toda la noche viendo películas románticas y comiendo mientras discutimos todas las maneras en las que los hombres ficticios han elevado mis expectativas en el amor.

A medida que el tiempo avanza me doy cuenta de que Gabriel es de los que hablan mientras ven una película. A cualquier otra persona ese hecho le podría molestar, pero a mí me encanta. Me alivia saber que no soy la única. Adoro poder ver una escena y comentarla, compartir la emoción y las impresiones en tiempo real con quien está a mi lado.

Cuando llegamos a la escena en que las manos de Darcy y Elizabeth se tocan, Gabriel no dice nada, pero su expresión lo dice todo. Sus ojos se iluminan con una mezcla de sorpresa y aprieta una almohada entre sus manos sin quitar la vista de la pantalla.

—¡Sus manos! —chillo sin poder contener la emoción.

—Entiendo tu obsesión con la película —admite después de un rato.

—¿Cierto? Es, simplemente, espléndida.

Me acurruco más en las mantas, disfrutando de la cercanía de Gabriel y de la complicidad. La conversación fluye entre nosotros, alternando entre comentarios sobre la película y anécdotas personales que nos hacen reír y discutir.

—Cuéntame qué otra película tienen que ver tus novios. No queremos que piensen que soy una mala pareja —anuncia Gabe una vez que pasan los créditos. Sus palabras llevan un tono juguetón, pero hay algo en su mirada que me hace pensar que está disfrutando esta dinámica más de lo que quiere admitir.

—Necesitamos una semana entera para ver todas las comedias románticas —digo entre risas.

—Partamos con esta noche —responde con una sonrisa que hace que mi corazón dé un vuelco.

Hay algo en su expresión, una calidez y preocupación que hacen que quiera abalanzarme sobre él y llenarlo de besos. Pero la duda me asalta. ¿Está siendo sincero? ¿Debería creer en su interés y actuar sobre mis sentimientos o es esto solo una fachada, un trato mutuamente beneficioso sin ningún propósito más allá de lo acordado?

El ambiente de la habitación se siente más íntimo, casi mágico. Las luces suaves de la pantalla y el resplandor tenue de las lámparas crean un refugio contra la tormenta de nieve que sigue cayendo afuera.

La manera en que sus ojos bajan a mis labios y se quedan allí por varios segundos me hace pensar que él desea esto tanto como yo. ¿Podría ser que, al pasar tiempo juntos, ambos hayamos descubierto que no somos el peor equipo y que la posibilidad de algo más no es tan descabellada?

O quizá...

Quizá, al igual que en todas mis relaciones anteriores, estoy imaginando escenarios que nunca se materializarán. ¿Cuántas veces he creído en las promesas de un hombre solo para que, poco después, ese mismo hombre me destroce el corazón? ¿Hasta cuándo permitiré que me utilicen para satisfacer sus deseos y luego me desechen apenas se aburren de mí? ¿Por qué soy yo quien siempre lo da todo mientras solo recibo migajas a cambio?

Estoy cansada de entregarme a cualquier extraño que me preste una pizca de atención. Me ilusiono, pienso que he encontrado al amor de mi vida, para luego descubrir que me engañan con mi mejor amiga o resultan ser los peores seres humanos posibles. Gabriel no es el tipo de hombre que tiene novias. Lo ha mencionado más de una vez. Y está bien, es válido. Por eso no debo ilusionarme y pensar que las mariposas que siento en mi estómago cada vez que lo veo son recíprocas. Como máximo, Gabe quiere sexo.

Y quiero, desesperadamente, ser el tipo de persona que puede tener sexo sin compromiso. Resolvería tantos de mis problemas y dilemas. Pero no lo soy. Soy incapaz de separar el corazón del cerebro, por más que lo haya intentado tantas veces en el pasado. Mis amigos tienen una

imagen errónea de mí. La chica sin sentimientos que se acuesta con cualquier hombre y luego los desecha. Pero me avergüenza admitirles la verdad: *que lo siento absolutamente todo*.

Cada hombre que no me llama al día siguiente me lastima.

Cada vez que se me acercan solo con la idea de sexo sin conocerme me lastiman.

Cada vez que quieren pasar una hora conmigo, no el resto de nuestras vidas, me lastiman.

Y ya no puedo soportarlo más.

Quiero encontrar un amor sano y duradero, alguien que sea mi compañero y mejor amigo, que me dé el mismo amor que yo entrego. Quiero merecer ese amor. Y creo que lo merezco. Es momento de empezar a aceptarlo y no caer rendida ante cualquier persona que me sonría.

Decido poner un poco de distancia entre Gabriel y yo. Me muevo ligeramente hacia un lado y empiezo a buscar en Netflix alguna otra película.

—¡*Una hija diferente*! —exclamo, cambiando el tema para liberar la tensión en el aire.

—Veamos qué tal —responde con voz ronca.

Pasamos veinte minutos antes de que volvamos a la normalidad. Gabe comenta cada incongruencia de la película con un tono crítico y yo defiendo cada escena con fervor.

Terminamos *Una hija diferente* y pasamos a *Diario de una pasión*. Los ojos de Gabriel se suavizan en las escenas más emotivas y siento una ternura inesperada al verlo así. Finalmente, ponemos *Legalmente rubia*. La película avanza y el cansancio empieza a vencerme. Mis párpados se sienten pesados y los mantengo abiertos con esfuerzo. La voz de Gabriel se convierte en un arrullo que me envuelve.

Antes de darme cuenta, el sueño me gana. La última cosa que veo es la sonrisa suave de Gabriel mientras me acomoda la manta. Me hundo en la oscuridad con una sensación de paz, aunque también con una pequeña chispa de esperanza. Quizá, solo quizá, esta vez podría ser diferente.

Despierto de a poco después de uno de los mejores sueños que he tenido en mucho tiempo. No solo dormí calentita, sino que también tuve espacio para moverme sin problemas, al igual que en casa. Aunque... el sofá no es tan grande.

Mierda.

Me quedé dormida en la cama.

Y, oh, por Dios, ¿estos son los brazos de Gabriel alrededor de mi cintura? Hay otro ser humano a mi lado, acurrucándome como si fuéramos una pareja enamorada. Su nariz está enterrada en mi cuello y siento cómo se mueve de manera sutil para acariciarme la nuca.

De verdad quiero gritar, levantarme y pedirle a Gabe que se aleje de mí. No puedo. Y no es porque sus brazos me incomoden, sino porque no recuerdo la última vez que se sintió tan bien compartir cama con alguien.

El sol entra por las ventanas cubiertas de escarcha, iluminando la habitación con un resplandor bonito.

—Buenos días —dice contra mi sien con voz baja y ronca.

¿Está despierto? ¿Es decir que es consciente de lo que está haciendo y no se detiene? Sus dedos recorren lento mis brazos, dejando escalofríos en el camino. Me estremezco y él toma esta oportunidad para acercarme aún más a su cuerpo. Un centímetro más y voy a sentir... oh, ya lo siento. Su erección matutina.

¿Por qué se debe sentir tan bien? Que alguien controle este cuerpo que quiere frotarse contra él y hacerlo perder todo el autocontrol que tiene. Quiero que me necesite de la misma manera en que mi cuerpo pide a gritos ser tocado por él. Necesito que le duela estar alejado de mí. Porque en este momento, si alguien me para de esta cama, estaré todo el día malhumorada.

—¿Qué haces? —inquiero en un susurro al notar que no se detiene.

—Hago lo posible por no perder el control —responde. Su aliento cálido choca contra mi piel.

—¿A qué te refieres?

Sé exactamente a qué se refiere. Necesito escucharlo.

Sus labios rozan mi oído, su voz se vuelve aún más grave y cargada de deseo.

—Mírate, *mia cara* —susurra antes de mordirme la oreja con delicadeza. Un gemido se escapa de mi boca de manera involuntaria—. Mírate y dime cómo se supone que no debo perder los estribos estando a tu lado.

Su proximidad hace que cada centímetro de mi cuerpo se electrifique. Mi corazón late tan

fuerte que parece que podría salirse de mi pecho.

—Ese no es mi problema —comento, tratando de mantenerme inmóvil, aunque mi cuerpo traiciona mi intención.

—No. Pero cuánto quieres apostar que si te toco entre las piernas voy a retirar mis dedos húmedos.

Su voz es un murmullo cargado de provocación. Trago saliva, mi respiración se vuelve más pesada.

—Estás equivocado.

—Dime que me detenga, entonces. Dime que no quieres esto. Que soy el único que desea tocar al otro. Dime que no me deseas —suplica, dejando pequeños besos por mi espalda, cada uno quemando más que el anterior.

—No puedo —susurro despacio, sintiendo el rubor subir a mis mejillas, avergonzada por la verdad.

—Eso pensé.

La seguridad en su voz me hace estremecer. No puedo evitar sentir una mezcla de emociones; su cercanía, su toque, todo en él me está llevando al borde.

—Debo admitir que no me gusta esta versión presumida de ti —intento bromear, aunque mi voz sale más entrecortada de lo que quisiera.

—No presumo, *mia cara*. Solo tengo fe. Fe en que me desees, aunque sea una cantidad insignificante al lado de lo que yo te deseo.

—Haz algo al respecto —murmuro, casi rogando.

Sus labios besan mi cuello cada vez con más urgencia. Sus manos se aferran a mis caderas, tirándome hacia él con una fuerza que me deja sin aliento. Puedo sentir su dureza contra mí, su necesidad tan palpable como la mía. Cada beso, cada caricia, me acerca más al abismo de mi propio deseo.

—Bajo una condición —me obligo a decir, luchando contra la oleada de sensaciones que me embriaga.

—Lo que sea —murmura con su voz ronca cargada de anhelo.

—No me puedes besar.

El silencio se instala entre nosotros, tenso, mientras espero su respuesta. Me veo obligada a voltear la cabeza para asegurarme de que me ha escuchado.

—Si eso es lo que deseas —dice, confundido.

—Sí.

—Sin besos, entonces.

Con un movimiento decidido me levanta de la cama, dejándome con las manos y rodillas apoyadas en ella. Siento su presencia detrás de mí, su cercanía me envuelve, y aunque sus labios

no tocan los míos, el calor de su aliento se siente en mi piel. Sus manos recorren cada centímetro de mi cuerpo, cada caricia enciende una chispa de deseo.

—Veremos cuánta razón tengo —murmura antes de arrancarme la ropa interior e introducir uno de sus dedos en mi sexo.

Con el primer contacto mi espalda se arquea, anhelando más fricción y velocidad.

—Estás empapada.

Y después mete su lengua en mí.

Son pocas las personas que me han dado sexo oral. Y nunca se había sentido así. Podría correrme fácilmente si Gabriel continuara como va. Muevo mis caderas desesperada a medida que siento la tensión aumentar; mis piernas empiezan a temblar y mi cuerpo a debilitarse. Debe sentir mi pendiente orgasmo, porque lame con más ganas y *Dios*. Agarro las sábanas dentro de mis puños para no desvanecer de placer. Inserta un dedo mientras sigue besando mi interior, provocando todo tipo de gemidos vergonzosos. Y cuando inserta un segundo dedo es que el orgasmo me golpea con violencia, borrando todo lo demás de mi mente y dejando mis piernas débiles e incapaces de sostenerme.

—Feliz cumpleaños —digo con la escasa energía que me queda.

—Oh, esto es solo el comienzo —gruñe, volteándome una vez más hasta que mi espalda queda presionada contra la cama.

Verlo así, tan dominante y seguro de sí mismo, me deja sin aliento. En este momento deseo intensamente retirar mi condición de no besarnos. Anhele sentir sus labios contra los míos, saborear su boca, morderle con pasión y dejar que nuestros gemidos se entrelacen en un baile apasionado. Sueño con uno de esos besos que nos consumen por completo, que nos dejarían sin respiración y que nos harían olvidar el mundo que nos rodea. Pero no puedo. No. Esto lo hago para proteger a mi corazón.

El sonido metálico del envoltorio del condón rompe el silencio y mi corazón late con fuerza ante la anticipación. Siento el roce del látex contra su piel, un preludio al momento que está por venir. Estoy por decirle que se apresure cuando entra de una embestida en mí. Su cara se contrae en una mueca de placer cada vez que me froto contra él, necesitando más.

—Mierda —jadeo—. Quién diría que así se comportaban los príncipes.

—Avery, me la pones tan duro —gime contra mi sien—. Quiero despertar todas las putas mañanas así.

Cuando sus movimientos comienzan, me sumerjo por completo. Por un instante me permito olvidar todo lo demás: Mia, los problemas, el mundo exterior, Ethan. Ahora, acá, solo existimos él y yo.

Sus labios trazan un camino de fervor y urgencia por mi piel, besando mis pechos con una agresividad que me hace jadear. Recorre mi cuello con desesperación y acaricia mis manos con una dulzura inesperada. Cada centímetro de mi cuerpo es honrado por sus besos, salvo mis

labios. Como si quisiera desviarme de ese deseo prohibido, clavo mis uñas en su espalda, recorro sus brazos con frenesí y presiono mi trasero contra él, buscando cualquier distracción para alejar mi mente de la necesidad de sus labios.

Pero mis ojos no pueden evitar desviarse hacia ellos y se pierde en la fantasía de cómo se sentirían contra los míos.

Todo se desvanece cuando Gabe levanta mi trasero, profundizando la penetración en esta nueva posición. Siento cómo toca mi punto G, cómo lo tienta con otro orgasmo.

—Más... —le pido.

—Me voy a correr —advierde.

Siento cómo mi interior se contrae alrededor de él antes de liberarse completamente. Nuestros gemidos aumentan en volumen, nuestros cuerpos se mueven en sincronía, buscando alcanzar el punto más alto de placer. Y entonces caemos juntos. Nos dejamos llevar por la intensidad del momento.

Escucho su voz gritando mi nombre cuando se corre, una súplica desesperada.

Nunca había tenido sexo sin besar a la otra persona. Se sintió tan... poco íntimo que agradezco haber tomado la decisión. Si bien hay una conexión única que se establece cuando dos cuerpos desnudos se encuentran y se entrelazan, hay algo tan íntimo en un beso que me rompería el corazón entregarlo si él no tiene intenciones de pasar el resto de la vida devolviéndomelos.

Y no sé en qué momento pasó esto. Ya es evidente que en los últimos meses mi percepción inicial de Gabriel ha cambiado de manera radical. Cada momento compartido, cada taza de café que me ha regalado, cada conversación sobre libros que hemos tenido ha construido un puente entre nosotros. Ahora, lo que siento por él va más allá del simple aprecio. Se ha convertido en alguien en quien no solo confío, sino a quien quiero seguir conociendo. Es la primera vez en mucho tiempo que me siento igual de cómoda con un hombre que como lo estoy con mi mejor amiga.

Gabe es un hombre apasionado, preocupado por los demás, aunque a veces lo exprese de manera un tanto gruñona. He visto cómo se esfuerza por apoyar a quienes ama, incluso cuando no lo hace de la manera más evidente.

Recuerdo una conversación en la que me confesó que enviaba flores cada semana a su hermana, simplemente porque nadie antes lo había hecho por ella. Desde entonces, Gabriel dedica parte de su tiempo a visitar una florería y seleccionar las flores que mandará. Incluso en medio de las disputas o desacuerdos continúa con este gesto.

Y eso derrite mi corazón.

—¿Qué piensas, *mia cara*? —pregunta, trazando delicados símbolos por mis brazos.

Quiero mentirle e inventar alguna excusa para que no se aterre con los pensamientos de mi mente.

—En el amor. —Suspiro, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

Hay un breve silencio. Luego siento cómo se acomoda en la cama y gira su cuerpo hacia mí. Sus ojos buscan los míos con intensidad, esperando mis palabras.

—Cuéntame más —me insta con paciencia.

—No hay mucho que decir. ¿Crees en el amor verdadero? —pregunto, sintiéndome vulnerable.

—Es imposible no creer en él cuando crecí viendo a mis padres amarse incondicionalmente —responde sin apartar la mirada de la mía, en un tono lleno de convicción.

—Sin ánimos de ofender, ¿crees que era un amor real? ¿O crees que solo eran apariencias por

el bienestar de ustedes? —Siento un nudo en la garganta.

Mientras reflexiona sobre mi pregunta, Gabriel juega con mi cabello, enrollando un mechón dorado alrededor de su dedo una y otra vez, como si buscara inspiración en cada movimiento.

—Lo que tenían era genuino. Sé que no soy la persona más imparcial para convencerte de eso, pero era un amor que no solo se veía, sino que se sentía. Estuvieron veinticinco años casados y mi padre nunca dejó de conquistar a mi madre, y ella nunca hizo más que apoyarlo. Por supuesto que tuvieron problemas; no toda la relación fue perfecta, pero al final del día, siempre lo hacían funcionar —continúa Gabriel con una mezcla de nostalgia y admiración en su voz—. Eran mejores amigos tanto como amantes, lo cual hacía todo más ameno. Cuando la otra persona entiende tu alma mejor que tú mismo, comunicarse resulta más natural —concluye, con una expresión de gratitud en sus ojos.

—Pensé que Nick era el romántico empedernido —bromeo.

Gabriel se queda en silencio con los ojos fijos en el techo, como si estuviera buscando las palabras adecuadas en las sombras.

—Creo en el amor, pero eso no significa que esté activamente buscándolo —confiesa.

—¿Por qué?

Duda un instante, antes de compartir su verdad conmigo.

—Momento de la verdad, Avery. Esto es algo que te quiero confesar, pero entiendo si después ya no quieres seguir con el trato —dice en voz baja, apenas audible, como si estuviera revelando un secreto profundo y oscuro.

—Mientras no hayas asesinado a alguien, estamos bien.

Puedo ver una pequeña sonrisa esbozándose en sus labios, aunque sus ojos aún reflejan cierta seriedad.

—No asesinaste a nadie, ¿cierto? —pregunto en tono ligero.

—No por falta de ganas.

—Estoy escuchando —digo, preparada para oír lo que sea que Gabriel tenga que decir.

—Después de la muerte de mis padres... no estuve bien. Por años. Creo que sigo sin estarlo —comienza. Sus palabras temblorosas revelan la profundidad de su dolor. Se detiene por un momento, como si necesitara reunir fuerzas antes de seguir—. Esa noche debí haber sido yo el único afectado —continúa, lleno de culpa y remordimiento—. Había cumplido dieciséis años hacía un par de meses y ya tenía mi licencia de conducir en mano. Aun así, me aterraba manejar, sobre todo en la noche. Y ese día, en el cumpleaños número dieciocho de Nicolás, tenía una fiesta. Hasta ese momento no era un tipo popular, que fuera invitado a todas partes, entonces no podía perder la oportunidad. Así que le supliqué a mis padres que me llevaran hasta allá. Pude haber pedido un taxi o incluso pude haber tomado el bus. Fui cómodo al pedirles a ellos. Pero estaban tan felices por mí, pues sabían que el colegio estaba resultando ser socialmente más desafiante de lo que esperaba.

Puedo ver cómo su mandíbula se tensa y sus manos se aferran a las sábanas, como si reviviera cada segundo con dolorosa claridad.

—Estábamos a cinco minutos de la casa de William cuando un auto nos chocó. Fue un momento surreal. El auto dio un par de vueltas, hasta que nos estrellamos contra un árbol. Mareado por los giros y rasguñado, les empecé a gritar a mis padres para que saliéramos de ahí. Mamá no contestaba, y te juro por Dios que el dolor que sentí es algo que no le deseo ni a mi peor enemigo. Darme cuenta de que mi madre nunca más me volvería a enseñar italiano o a decirme que me ama o contarme de las recetas que estaba aprendiendo a cocinar fue... Papá todavía estaba vivo, pero tenía las piernas rotas y estaba sangrando por todos lados. Resulta que una de las ramas del árbol atravesó el vidrio y se enterró en uno de sus brazos. Camino al hospital falleció. Dicen que fue debido a la pérdida de sangre, pero estoy seguro de que una parte de él ya se había rendido cuando vio al amor de su vida irse.

»Y quedé completamente solo. Recuerdo haber llorado tanto que me desmayé. El dolor me impedía mantenerme consciente. No sé cuánto tiempo estuve en el hospital sanando mis heridas superficiales, pero nada podía sanar lo que viví. Lo que pasó con mis padres. Y saber que todo fue mi culpa.

Puedo sentir el peso de su dolor mientras habla, como si cada palabra fuera un recordatorio de sus pérdidas. Una parte de mí quiere interrumpirlo, pedirle que deje de revivir este dolor. Pero también puedo percibir que necesita desesperadamente compartir esta carga que lleva sobre sus hombros, así que lo dejo continuar y me preparo para escuchar más de su historia.

—Cuando la policía encontró a la persona responsable, fui a su casa y lo golpeé hasta dejarlo inconsciente —continúa con ira contenida—. Me detuve porque escuché movimiento en la casa de al lado; de lo contrario, no sé si hubiera sido capaz de parar.

Mi corazón se estremece ante la imagen de un joven Gabriel enfrentando solo la oscuridad de su dolor, luchando con sus demonios en un intento desesperado por encontrar algo de paz.

—Oh.

—Después, con tan solo dieciséis años, aprendí a escapar de mis problemas con el alcohol. Tenía un hermano mayor que nos dirigía la palabra una vez al mes para asegurarse de que estuviéramos vivos y una hermana menor que iba a fiestas todos los días con la única intención de no poner un pie en casa. Nadie lo decía en voz alta, pero sé que mis hermanos me culpaban por lo sucedido. ¿Cómo no hacerlo? Una noche fui al estudio de papá y agarré una de sus botellas de whisky. Descubrí que, si tomaba lo suficiente, entonces no recordaría aquello que me tenía tan triste.

»No fue sino hasta hace un año que todo cambió. Estuve toda la noche bebiendo el alcohol que estuviera a mi alcance y, por alguna razón, se me ocurrió ir al exacto lugar en que fue el accidente. Fui en auto, estando ebrio. Y choqué a otro auto, con una pareja dentro. Te mentí cuando dije que fue contra un poste. Había personas, gente real. Solo ahí decidí que el ciclo

debía acabar. No fue un choque grave, por suerte. La pareja está bien y yo salí con unos cuantos rasguños, nada más. Pero me di cuenta de que el final pudo haber sido el mismo que hace diez años.

»Fui a Alcohólicos Anónimos —dice con una risa sarcástica—. Ninguno de mis hermanos lo sabe. Nunca supieron lo mal que estuve realmente. Esos meses, después de ese accidente, mientras luchaba por mantenerme sobrio, fueron los más oscuros de mi vida. Me vi forzado a enfrentar todos los sentimientos que había mantenido encerrados con llave. Dejar el alcohol fue solo el comienzo; la depresión se instaló como una sombra que se aferraba a mí, sin intención de marcharse. Quería... simplemente quería dejar de sentir este dolor. Quería dejar de existir. Sabía que nadie me extrañaría. Mi relación con mis hermanos estaba peor que nunca, y los únicos «amigos» que tenía eran aquellos que me alentaban a tomar cada vez que me sentía mal. Para el décimo aniversario de su muerte... me hice daño con pastillas. Y mientras perdía la conciencia le supliqué a quien sea que estuviera escuchando que me diera otra oportunidad. Logré llamar al 911 y pedir ayuda. Ahí me di cuenta de que mi historia aún no tenía el fin que quería y que estaba dispuesto a dar la pelea.

—Siento mucho que hayas pasado por eso. Pero no fue tu culpa. El accidente de tus padres fue culpa del maldito hijo de puta que estaba manejando con alcohol en el cuerpo. Me frustra que te hayas convertido en esa persona unos años después, pero... me alegro de que estés mejor ahora —digo en voz baja, incapaz de encontrar las palabras que puedan reconfortarlo.

—Lo estoy. Ha sido difícil, no te lo voy a negar. Ahí fue cuando la pintura se convirtió en mi salvación. Siempre me encantó, pero por unos años dejé de practicar. Usé el arte como vía para comunicar mis sentimientos y no retenerlos. Me ayudó a expresar la rabia, pena y frustración que tenía. Aunque, también, a través del arte fui capaz de encontrar belleza en lo cotidiano, en la rutina. Sé que el trabajo que tengo como Gerente de Tecnología es cincuenta veces más lucrativo que las horas a la semana que paso enseñando arte a distintas personas, pero nada se siente tan correcto como eso —responde.

—Después de todo, ¿crees que has construido una vida que te hace feliz por haber tenido una segunda oportunidad? —pregunto, curiosa.

—Estoy en camino —dice, y sus ojos se clavan en los míos de una manera que parece significativa.

—¿Qué te falta?

—Tú.

Estoy segura de que mi corazón se detiene con sus palabras. Mejor dicho, estoy segura de que lo que escuché no fue lo que dijo.

—¿Qué? —pregunto, sintiendo cómo las palmas de mis manos sudan tras su declaración.

—Me haces falta tú.

—Sigo sin entender.

—Déjame ayudarte a entender. Eres una mujer extraordinaria. Y no me refiero exclusivamente al hecho de que seas la creadora de uno de mis juegos favoritos de la vida, lo cual es el sueño húmedo de cada adolescente. Eres tan auténtica que paso cada segundo de mi vida pensando en ti. En qué puedo hacer para merecerte y estar a tu altura. Quiero... —se detiene, de repente inseguro.

—Continúa —aliento, esperando con ansias que termine lo que comenzó.

—Quiero ser la persona que desees. Aquella en quien piensas cuando estás acostándote y a quien te imaginas cada vez que te tocas. Más importante: quiero ser tu mejor amigo, Avery. El que conozca cada centímetro de tu cuerpo y cada pensamiento de tu mente. Quiero hacerte sentir bien y estar ahí para ti cada vez que estés mal. Estos casi tres meses a tu lado han sido los más felices de mi vida. Después del accidente, me cuestionaba si sería capaz de volver a sonreír y *sentir tanto*. Dios, *mia cara*, me haces quererlo todo si es contigo.

—Gabriel...

Quiero, con todas mis fuerzas, creerle. La sinceridad en su voz y la intensidad de su mirada me hacen desear aferrarme a cada una de sus palabras, como si fueran un faro en medio de la oscuridad de mis dudas. Ignoro el eco de declaraciones similares que resonaron en mi pasado, las promesas vacías que se desvanecieron con el tiempo. Esta vez es diferente. Es *Gabriel*, con su esencia auténtica y su determinación.

Con él, mis días se convierten en un respiro profundo, en un alivio para un alma que había estado sumida en la turbulencia. Cada gesto suyo, cada palabra, me reconforta de una manera que nunca había experimentado. Anhele decirle a Gabriel que cada día a su lado se siente como una bocanada de aire fresco. Que mis pulmones se expanden y se limpian estando en su presencia después de tanta toxicidad. Quiero creerle.

Y aun así...

Y aun así, a pesar de la profunda conexión que siento, persisten las dudas. Recuerdo de manera muy clara la última vez que confié en alguien y cómo todo se transformó en una

comprobación de la fragilidad de las relaciones humanas. Aquella época me dejó marcada, con cicatrices invisibles, pero profundas en mi corazón.

Quiero ser tu mejor amigo.

Recuerdo a la perfección cuando esas mismas palabras salieron, hace nueve años, de la boca de mi profesor.

Antes de que todo se fuera a la mierda.

Hace nueve años

Me deslizo en el vestido que resalta mis curvas con una elegancia casual, y que seleccioné cuidadosamente para la ocasión: mi tan esperado reencuentro con Ethan después de meses de distancia. Desde que me gradué y entré a la universidad, nuestra comunicación se ha ido desvaneciendo poco a poco, algo que agradezco, ya que las cosas se volvieron intensas al terminar mi último año del colegio. Él insistía en que fuera sola al baile de graduación, confesando que le daba celos no ser él quien me acompañara, lo cual es un pensamiento completamente ridículo, considerando que era mi profesor y estaba prohibido. Finalmente, asistí sin pareja, aunque por otros motivos. Pero encontrármelo en Long Island fue una grata sorpresa, sobre todo al verlo más guapo que nunca. Sé que lo nuestro nunca fue apropiado ni sano, pero había una especie de codependencia que no podía desaparecer de un día para otro. Necesitaba saber si seguía siendo su persona favorita, si aún no había encontrado a nadie más. Quería saber si, finalmente, había dejado a Maya, su esposa.

Lo más importante era descubrir si esto podía convertirse en algo real.

Así que, cuando Ethan propuso la idea de reunirnos para ponernos al día, no lo dudé ni un instante antes de aceptar. Después de todo, *es Ethan*, la persona de la que estuve secretamente enamorada durante los últimos dos años del colegio.

La primera vez que me di cuenta de que la atracción era mutua fue cuando estábamos sentados juntos en el sofá de la sala de profesores, con apenas un pequeño espacio entre nosotros. Llevaba una camiseta un poco más escotada de lo habitual, decidida a conquistarlo. Pasamos veinte minutos hablando de todo y de nada, y cuando tuve que irme a otra clase, nos despedimos con un abrazo. Ahí fue que sentí su erección contra mi vientre. Se disculpó, visiblemente avergonzado, y yo le aseguré que no había necesidad de preocuparse. Por dentro me sentí halagada y emocionada por provocar ese efecto.

Esa vez, algo dentro de él cambió. Poco después, comenzó a mostrar más afecto físico. Mientras hablábamos, sus manos rozaban mi rostro, mis piernas, mi espalda. Lo hacía de manera sutil, pero no lo suficiente. Gradualmente, empezó a corresponder a mis sentimientos.

Nunca tuvimos una relación; claro, eso habría sido demasiado escandaloso y no tenía ganas de ser el centro de atención una vez más. Aun así, era evidente que ambos deseábamos más del otro.

Por otro lado, cada vez que recibía demasiada atención de otro hombre, Ethan se enojaba o

hacía comentarios sobre mí. Y, la verdad, nunca me molestó; supongo que en su lugar también me pondría celosa si alguna mujer se le acercara con ciertas intenciones. En cuanto a su esposa, empezó a decirme que no era feliz en su matrimonio y que estaba esperando el momento adecuado para dejarla.

Por ende, por supuesto que accedí a salir con Ethan.

Vine a Long Island para las fiestas con la intención de estar junto a mi madre en sus tiempos libres. Esta noche tiene turno, por lo que le aviso por texto a mamá que usaré su auto para salir y me dirijo al restaurante italiano al que me invitó Ethan, que está un poco lejos de Long Island. Comprendo sus medidas de precaución... aunque ya no sea mi profesor, sería un poco extraño que lo vean cenando con una exalumna.

Salgo del coche de mi madre y entro al imponente restaurante, sintiendo los latidos desbocados de mi corazón resonar en mi garganta como tambores de guerra. Los nervios me invaden con una intensidad abrumadora. Tomo respiraciones profundas para calmar la ansiedad que me consume antes de acercarme a la mesera para indicarle con voz temblorosa que alguien me está esperando.

Ella me guía con elegancia a través de los distintos salones; mi anticipación aumenta a cada paso, hasta que entramos al más apartado de todos, el más íntimo y privado. Y ahí está él, con una camisa azul que realza sus bien definidos bíceps y una sonrisa radiante que provoca una danza frenética en mi corazón.

—Avery, me alegra mucho que hayas podido venir —me saluda con una gran sonrisa en los labios y su voz suena como música en mis oídos.

—No me perdería esto por nada del mundo —respondo, tratando de mantener la compostura mientras mi pulso se acelera.

Se levanta de su asiento para recibirme y me da un beso en la mejilla que envía corrientes eléctricas por todo mi ser. Luego, con un gesto elegante, señala la silla junto a él, invitándome a que me siente a su lado.

Pasamos minutos sin apartar la mirada el uno del otro. Cualquier observador externo pensaría que estamos en una cita, y tal vez lo estemos, porque cuando desvío la mirada hacia su mano, noto la ausencia de un anillo en su dedo angular.

—¿Cómo has estado, querida? —pregunta, inclinándose hacia adelante para prestarme atención.

La siguiente hora transcurre entre charlas y risas, mientras nos ponemos al día. Han pasado casi cuatro largos meses desde la última vez que nos vimos, aquel último día de clases que quedó grabado en mi memoria. Habría deseado haberlo visto durante el verano, pero Ethan tenía un viaje planeado con su esposa, lo que hizo imposible cualquier encuentro.

Después de terminar de comer, decidimos dar un paseo para digerir la deliciosa comida italiana que acabábamos de disfrutar.

—Te he extrañado mucho, Ave —confiesa Ethan, encogiéndose de hombros con sinceridad—. Intenté cortar la comunicación cuando comenzaste la universidad, para que te enfocaras en conocer a gente de tu edad.

—Entonces ¿por qué me invitaste a salir? —pregunto, intrigada por su confesión.

—Porque necesitaba verte. Ver cómo estabas, asegurarme de que todo estuviera bien —responde con convicción.

—Lo está... todo está bien —miento, deseando que Ethan no se preocupe por mí, pese a que las cosas en la universidad no estén siendo tan fáciles como había imaginado.

—Me alegra saberlo. —Una sonrisa sincera ilumina su rostro.

De repente, se detiene frente a mí y sus dedos acarician suavemente mi mandíbula. Estamos tan cerca que puedo sentir su calor envolviéndome por completo, nuestras rodillas casi se tocan.

—Admito que he extrañado verte todos los días. Te convertiste en mi refugio —susurra. Su voz resuena en el aire cargado de emociones—. Fuiste una amiga para mí, Avery. Quería ser lo mismo para ti. Aún quiero. Quiero ser tu mejor amigo.

Exhalo de manera profunda, sin saber qué responder ante sus palabras.

—¿Puedo confesarte algo? —pregunta, tomando mis manos con ternura.

—Sí. —Mi curiosidad crece mientras espero oír qué más tiene que decir.

—Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida —susurra.

Sus manos se deslizan con delicadeza alrededor de mi cuello y su boca se acerca a la mía en un movimiento tan inesperado que me deja aturdida por un instante.

Y me besa.

Siento el roce de su lengua, tentadora y atrevida, intentando abrirse paso en mi boca. Me entrego por completo a este beso desesperado que ambos hemos anhelado durante años.

Ethan me apoya contra la pared con firmeza y continúa explorando cada rincón de mi boca. Anhele que este momento no termine nunca, que sus besos sean infinitos, que este instante perdure por toda la eternidad.

Después de un buen rato, entre susurros entrecortados y respiraciones agitadas, le propongo que vayamos a mi auto para tener más espacio y privacidad. Nos acomodamos en la parte trasera y me siento a horcajadas sobre él, sintiendo cada duro centímetro de su entrepierna contra la mía. Dios, saber que está así por mí me excita tanto que necesito tenerlo dentro mío.

—Avery, te deseo desde el primer instante en que te vi.

Lo silencio con besos hambrientos, ansiosa por sentir sus manos deslizarse por mi piel, desesperada por ser despojada de mis prendas. Mis movimientos provocan una respuesta inmediata en su erección, y el gemido gutural que escapa de sus labios resuena en el aire, enviando escalofríos de placer a través de mi cuerpo.

Un tono de llamada nos interrumpe, pero decido ignorarlo y concentrarme en explorar cada

centímetro del cuello de Ethan con mis labios y mi lengua, deleitándome en cada suspiro y susurro que escapa de él. Me detengo de manera abrupta al notar que Ethan acepta la llamada.

—¿Hola?

A pesar de que no logro captar las palabras exactas de la otra persona, reconozco la voz femenina que resuena al otro lado de la línea.

—Salí a cenar con un colega, cariño. Vuelvo pronto a casa —dice Ethan con calma, como si no estuviera en medio de una sesión pornográfica con su exalumna en la parte trasera de un auto. Oh.

De repente, todo se aclara. Me equivoqué, no está soltero. La revelación me golpea como un puñetazo en el estómago, y siento la mirada de Ethan quemándome el rostro, así que la evito a toda costa. Estoy demasiado avergonzada por lo que acaba de suceder con alguien que tiene a otra persona esperándolo en casa. Sin decir una palabra, abro la puerta del auto y salgo, dejando a Ethan en el interior del vehículo para que termine su conversación. Necesito tomar aire fresco y espacio para procesar lo ocurrido.

—Lo siento. —Con tono apesadumbrado y cabeza gacha, Ethan se disculpa.

—No vi un anillo en tu dedo, asumí que... —comienzo a decir, luchando por encontrar las palabras adecuadas para expresar mi confusión y dolor.

—Lo hice a propósito. Quería que pensaras que...

—¿Por qué? —lo interrumpo, llena de rabia.

Nunca creí que Ethan podría ser una más de las personas que me utilizaba.

—¿Acaso no es obvio? —responde, pero su explicación suena vacía y sin justificación.

—Adiós, Ethan. —Mis palabras son firmes y definitivas.

Sin darle espacio a que replique, entro de nuevo al auto y arranco el motor. Me marchó sin mirar atrás, dejando no solo a Ethan, sino también la ilusión de lo que podría haber sido.

Me pongo ropa y me marchó de la habitación, buscando desesperadamente aire fresco. Camino hacia el *lobby* con pasos apresurados, llena de confusión. Llego a una acogedora cafetería cercana, donde pido un té y un rollito de canela, esperando que la calidez de la bebida y el dulce me ayuden a calmar la ansiedad que siento.

Gabriel no es Ethan.

Gabriel no es Ethan.

Gabriel no es Ethan.

—¿Ave? ¿Estás bien? Te ves pálida.

La voz de Cam me sorprende. Aparece frente a mí con un libro en la mano y una mirada llena de preocupación. Se sienta, esperando que diga algo.

—Sí —respondo, aunque mi voz suena vacía y poco convincente.

—Inhala, cuenta hasta cinco, exhala —me dice, guiándome con paciencia. Sigo sus instrucciones, recordando un momento similar hace un año, cuando yo ayudaba a Emily de la misma manera.

Una vez que mi respiración se estabiliza, paso mis temblorosas manos por mi rostro y me limpio las lágrimas que se habían escapado.

—¿Necesitas algo? —inquire con suavidad.

Niego con la cabeza, sintiendo las palabras atoradas en mi garganta, tomo un sorbo de té. El calor me brinda un pequeño consuelo antes de intentar hablar de nuevo.

—Gracias. Yo... ¿puedo hacerte una pregunta?

—Adelante —responde Cam, con toda su atención puesta en mí.

—¿Cómo haces para ser tan segura? Me refiero a que eres una persona relativamente solitaria y, aun así, nunca te he visto suplicar por atención o validación de otras personas.

—Ah. ¿Se trata de mi hermano? —adivina.

—No. Sí, pero no. Creo que... creo que me estoy enamorando de Gabriel. Y algo me dice que sus sentimientos son similares.

—No hay duda alguna de que Gabe ya está enamorado de ti —asegura con una dulce sonrisa que ilumina su rostro.

—¿A qué te refieres? Llevamos poco tiempo juntos —replico, confundida.

—Oh, Ave, mi hermano está obsesionado contigo hace más de un año. Una vez encontré un

dibujo de tu rostro en su cuaderno. Y eso fue dos semanas después de que se conocieran en la fiesta de Halloween.

¿Me habrá dibujado de memoria? La idea de que Gabriel haya estado pensando en mí todo este tiempo, plasmando mi imagen en su cuaderno, me confunde más que cualquier otra cosa.

—Pero... —comienzo a decir. Mi mente aún tambalea por todo lo que he escuchado.

—Volviendo a tu pregunta original, no es tan fácil ser una persona cien por ciento segura de sí misma. Todos tenemos días en los que buscamos en otros lados nuestra validación, ya sea académica, sexual o amistosa. Lo importante es no dejar que esos días nos definan. Tenemos que encontrar valor en nosotras mismas, independiente de si al resto le gusta o no cómo somos. Al final del día, la única persona que estará contigo para siempre eres tú misma. Debes trabajar en quien eres, y así sabrás lo que quieres del mundo —responde Cam con sus ojos fijos en las montañas que se alzan a lo lejos, majestuosas y tranquilizadoras.

—¿Crees que uno puede trabajar en eso estando en una relación? —pregunto.

—Claro que sí. He estado en más relaciones de las que me gustaría admitir, y cada una de ellas me ha ayudado a darme cuenta de las cosas que quiero o no quiero en un hombre o una mujer. ¿Qué importa si no le caes bien a una persona? ¡Habrá más personas que te amarán por cómo eres! Tienes a Emily, Alex, Gabriel... y me tienes a mí. Sé que no pasamos tanto tiempo juntas, pero puedes contar conmigo.

—Cam, siempre he pensado que eres la mejor de los de Santis —digo, extendiendo mi mano en un gesto de agradecimiento.

—Lo soy —responde con una sonrisa, y ambas nos reímos.

—Gracias —digo con sinceridad.

—Recuerda que mereces ser amada. Pero es importante que te ames a ti primero para saber qué es lo que quieres. Y tranquila, mi hermano te esperaría una vida entera. —Su tono está lleno de calidez y seguridad.

—No sabes cuánta paz me han brindado tus palabras.

—Todo mi conocimiento lo saco de libros —dice con una sonrisa traviesa.

—Cam, yo sé qué tipo de libros lees, no me mientas — acuso entre risas.

—Todos los libros dejan una linda enseñanza, ¿bueno? No me juzgues.

—Estoy leyendo un romance erótico de un dragón. Soy la última persona en juzgarte.

—¡Avery! —Dean aparece a mi lado junto con Nicolás. Los dos tienen unas sonrisas inmensas que iluminan sus rostros.

—Hola. —Cam los saluda con un tono que roza la irritación.

No puedo evitar notar la manera en que Dean se fija en la hermosa chica que está frente a mí, mientras ella hace todo lo posible por evitar su mirada.

—¿Qué tal? —pregunto, tratando de aliviar la tensión en el aire.

—Nick me acaba de contratar como su nuevo administrador para el Hotel de Santis —anuncia

Dean con entusiasmo.

Oh, no. Pienso en lo que esto significará para Gabe, en todo el esfuerzo que ha hecho para reconectar con su familia y hacer que todo funcione. Va a estar destrozado.

—Felicidades —le digo a Dean, aunque no me siento feliz por él. Luego me vuelvo hacia Nicolás—. Nick, ¿podríamos hablar un momento?

Cam abre los ojos, incómoda ante la idea de quedarse sola con Dean. Le ofrezco una mirada de disculpas y me levanto, guiando a Nicolás a un lugar fuera del alcance del nuevo administrador.

—¿Qué pasó? —pregunta Nick en tono neutral, pero atento.

—Estoy segura de que Dean es un candidato perfecto para la posición, pero ¿no has pensado en Gabe? —le digo en un tono cargado de preocupación y urgencia. Puede que sea muy tarde, aunque no pierdo nada intentando convencerlo de que su hermano es la mejor alternativa.

—Avery... —comienza Nicolás, pero lo interrumpo.

—Escucha —digo con firmeza—. Sé que han tenido sus dificultades en el pasado y que eso no es algo fácil de olvidar. Pero Gabriel se ha esforzado, lo prometo. Desde que estamos juntos está haciendo todo lo posible por hacer las paces contigo y con Cam. Está interesado en volver a trabajar contigo y ser parte de esto. ¿Sabes que planeó todo este viaje con el mero propósito de disculparse? ¿Por qué tienes que contratar a otra persona?

Nicolás sonríe. Es una de esas sonrisas maniáticas que esconden algo, una mezcla de misterio y desconfianza que me pone en alerta.

—¿Por qué me miras así? —pregunto con cautela.

—Anoche hablé con mi hermano —admite Nicolás en un tono más suave de lo usual—. Era tarde, todos estaban durmiendo. Me envió un mensaje y fuimos al bar a conversar.

Su confesión me sorprende. Me siento en el borde de la silla, esperando con ansiedad oír lo que viene a continuación.

—¿Y? —Mi voz es apenas un susurro.

—Y se disculpó. Estuvimos varias horas hablando sobre nuestros problemas y cómo podemos trabajar juntos para estar mejor. —Sus palabras se vuelven un poco más cálidas.

—Me alegra —respondo, y una sonrisa genuina asoma en mis labios.

—Pero Gabe no quiere este trabajo. —El tono de Nick cambia drásticamente.

—No entiendo —digo, con la confusión reflejada en mi rostro.

—Hace seis meses hablé con él al respecto. Si bien no estábamos en buenos términos en ese momento, me dejó claro que no tenía interés en tomar este rol —continúa.

—Nicolás, sigo sin entender —repito, tratando de juntar las piezas del rompecabezas.

—No sé qué te ha dicho Gabriel, pero debes saber que él *nunca* quiso esto.

La revelación de Nicolás me deja confundida y a la vez enojada con Gabriel por haberme mentido de esta manera. ¿Qué necesidad tenía de engañarme? ¿Cuál era el propósito? ¿Por qué hacer toda esta farsa e invertir tanto tiempo y dinero en un supuesto sueño que nunca se debía cumplir? Me siento traicionada y manipulada, y me pregunto si alguna vez llegué a conocer a Gabriel en realidad.

Agradezco haberme enterado de esto el último día del viaje en vez del primero —eso hubiese sido terrible—; sin embargo, nada mitiga el dolor y la confusión que siento. Paso las siguientes horas encerrada en mi mente, pensando en todas las posibilidades y las razones por las cuales Gabriel haría algo de esta magnitud. Por más esfuerzos que hago, mi cabeza sigue en blanco, incapaz de encontrar una respuesta satisfactoria.

Le pido a Emily que cambie su asiento con Gabriel para ir junto a ella en el avión. Le explico que tuvimos una discusión y prefiero no hablarle. Emily acepta sin cuestionar mis motivos y habla con Nicolás para que comparta asiento con su hermano, dejándonos a nosotras a solas. Agradezco que mi amiga no presione por sacarme información y me dé el espacio necesario para procesar todo por mi cuenta.

Durante el vuelo intento distraerme con un libro, pero las palabras se mezclan en las páginas y mi mente sigue regresando a Gabriel. ¿Por qué me mentiría sobre algo tan importante? ¿Qué esperaba ganar con todo esto? Las preguntas no dejan de martillarme, y cada una de ellas duele más que la anterior.

En cuanto llegamos a nuestro departamento en el Upper West Side me quedo dormida apenas mi cabeza toca la almohada. El cansancio por haber pasado el día dándole vueltas a lo mismo deriva en que mi cerebro se apague.

* * *

Despierto con diez llamadas perdidas de Gabriel y más de veinte mensajes de texto pidiéndome explicaciones por mi desaparición.

Gabe: ¿Ave?

Gabe: ¿Estás bien?

Gabe: ¿Quieres hablar?

Gabe: Por favor, respóndeme.

Ningún mensaje parece indicar que Nick le haya contado lo que me reveló. Debe estar confundido porque me marché después de su declaración de amor sin dirigirle una palabra y, para colmo, después lo evité como si fuera una plaga. Dios, soy una pésima persona.

Gabriel tomó la decisión de ser vulnerable frente a mí y confesarme que tiene sentimientos que quiere seguir explorando, solo para que yo lo dejara ahí, abandonado. De seguro debe estar sobre analizando todo lo que dijo, tratando de descubrir si algo fue dañino.

Me disculparía si no estuviera dividida por lo otro. Nunca quiso el trabajo. ¿Qué hemos estado haciendo estos últimos meses, entonces? ¿Quería manipularme como todos los hombres de mi vida han hecho? ¿Por qué?

* * *

Después de pasar toda la semana lamentándome y trabajando desde casa, decido ir al Centro de Rehabilitación a ver a Mia.

—Hola, Mia —saludo con una sonrisa. Está en su habitación leyendo una novela romántica. Esboza una tímida sonrisa y me hace gestos para que me siente. Me alegra que se vea un poco mejor que la última visita.

—Avery, ¿cómo te encuentras?

—¿Qué estás leyendo? —pregunto, desviando el tema. Mia siempre fue capaz de ver a través de mis mentiras.

Mi distracción no pasa desapercibida, pero me sigue la corriente.

—Enemigos que pelean en bandos distintos de la guerra.

—¿Se enamoran? —inquiero, tratando de mantener la conversación ligera.

—Claro que sí —responde con una sonrisa más amplia, aunque sus ojos siguen observándome con preocupación.

Miro alrededor de la habitación y noto los pequeños toques personales que Mia ha añadido: dibujos coloridos pegados en la pared, flores en un jarrón de cerámica pintada y una manta tejida a mano sobre la cama. Todo habla de su esfuerzo por hacer este lugar menos clínico, menos frío. Habla también de cuánto ha mejorado. No creo que aún esté recuperada por completo, pero parece estar encontrando más razones para seguir adelante.

—¿Cómo has estado? —Me siento frente a ella.

—Tengo mis días —confiesa—. Dejar el alcohol me ha hecho recordar más vívidamente todo

aquello que llevaba años intentando olvidar. ¿Y sabes qué? No puedo creer que un hombre tan poca cosa provocara esto en mí —dice, enojada.

—Me alegra que lo veas de esa manera.

—Personas así no se merecen un segundo de nuestro tiempo, querida. Además, ha sido agradable tener compañía, sobre todo la del chico.

Me mira de manera sugerente, pero no entiendo a qué se refiere. Quizá habla de algún enfermero guapo, lo que me provoca una sonrisa. Me alegra verla así, con la vista despejada, las pupilas de tamaño normal y el aliento fresco. Es un gran contraste con aquella mujer a quien me encontré en el parque.

—¿Cómo está mi hija? He querido llamarla, pero estoy siguiendo tu consejo de esperar— indica, tocando su panza con una expresión de ternura.

Oh, es cierto.

—Ya tiene cinco meses de embarazo. ¡Está tan grande su panza! —digo, con una sonrisa, esperando parecer genuina.

—Me encantaría verla —suspira Mia. Sus ojos se llenan de una mezcla de amor y nostalgia—. Pero entiendo que aún no es el momento. Estoy trabajando en ello, de verdad.

Después de lo de Gabe, me duele mentirle a Mia con algo importante... *pero es distinto*. Considerando su frágil estado, decido continuar con este engaño hasta que se recupere. Espero que en el futuro pueda revelarles la verdad sin que le cause tanto dolor.

—Cuéntame todo sobre su pareja —me pide, buscando distracción en las historias de otros.

Le relato sobre el viaje que emprendimos recién hacia Canadá y todas esas cosas que Nicolás ha hecho por Emily. Pero también le cuento de todos los logros de su hija, de cómo ha enfrentado la vida sin el cuidado y la guía de sus padres. Le cuento que es la persona más valiente que conozco.

No sé en qué momento Mia comienza a llorar, pero eso no me detiene. Quiero que estas historias le sirvan como un recordatorio de que tiene a alguien maravilloso esperándola fuera de estas paredes.

—¿Tú crees que me aceptará de vuelta en su vida? —pregunta con la voz entrecortada. Su mirada refleja temor.

—Le costará —respondo con cautela, sintiendo el peso de cada palabra sobre mis hombros—. Ha dedicado los últimos años de su vida a cuidarte, asumiendo una responsabilidad que no le correspondía. Siguió adelante con la cabeza en alto cuando tú no podías levantarte. Te resiente mucho, Mia. Tienes que entender que esto no será fácil. Pero también te extraña. Extraña a esa madre con quien compartía todo y que la hacía sentirse en casa.

El timbre del departamento resuena a través de las paredes, interrumpiendo la monotonía de mi tarde. Debido a mi poca energía para cocinar, opté por pedir comida a casa. Abro la puerta esperando encontrarme con el repartidor, pero en cambio me encuentro con Gabriel, la última persona con la que quiero hablar en este momento.

—Hola —me saluda, extendiéndome la bolsa con mi pedido como si fuera un gesto de paz.

—¿Acaso eres el repartidor? —pregunto, intentando mantener un tono neutral.

—Algo así. ¿Podemos hablar?

Lo dejo entrar, sintiendo un peso adicional en el ambiente. Camino hacia mi habitación, resignada ante la inevitable conversación que se avecina. He ignorado sus llamadas y mensajes de texto, atrapada en un torbellino de incertidumbre y confusión, porque, francamente, no sé qué decirle.

Se para frente a mí con expresión preocupada. Mi cuerpo reacciona ante su cercanía, anhelando el calor reconfortante de su abrazo, pero me contengo y entierro mis uñas en las palmas de mis manos para mantener la compostura.

—Hola —repite, esta vez con menos convicción.

—Hola. —Mantengo mi mirada firme en la suya.

—Lo siento. Sé que no debí haberte dicho lo que sentía por ti. Nunca me has dado indicaciones de que los sentimientos son recíprocos. Esa mañana sentí una plenitud que me impulsó a decir todo eso. Pensándolo claramente, seríamos un pésimo equipo. Soy una persona de mañana y tú de noche —bromea.

Sus palabras llenan el vacío que hay entre nosotros. Antes de que pueda responder, decido revelar la verdad que he estado ocultando.

—Sé que nunca quisiste el cargo —suelto, liberando el peso de esa información que he estado llevando en silencio.

—¿Cómo? —Su expresión cambia, parece sorprendido por el repentino cambio de tema.

—Nick me contó que nunca quisiste administrar el hotel —afirmo.

Un silencio incómodo se cierne sobre nosotros mientras Gabriel procesa mis palabras, buscando una respuesta que justifique sus acciones.

—Lo lamento. No quería que te enteraras de esta manera —se disculpa, en un tono que parece genuino.

—Explícate —exijo, con la necesidad de comprender sus motivaciones.

Mientras habla, una cascada de pensamientos atraviesa mi mente, y me cuestiono cada decisión que tomé desde el principio. ¿Por qué acepté sus razones sin dudar? ¿Cómo pude ser tan ingenua? Quizá la desesperación por encontrar una solución a mis problemas me nubló el juicio.

—Sí, quería mejorar la relación con mis hermanos —dice, tratando de justificar sus acciones.

—Podías haberlo hecho sin involucrarme —replico, frustrada por su falta de consideración.

—Es cierto. Pero eso no cambia el hecho de que tu ayuda fue invaluable —argumenta.

—¿Me usaste? —Mi voz suena más rígida de lo que pretendía.

—Nos usamos mutuamente —concluye, resignado.

Pero su respuesta no es suficiente para calmar mi confusión y decepción. Necesito entender el porqué de sus acciones, aunque sea para poder dejar atrás esta situación.

—No entiendo por qué me mentiste y dijiste que querías obtener el cargo —insisto, buscando respuestas claras.

Gabriel juega con uno de sus anillos nerviosamente, mientras intenta encontrar las palabras adecuadas.

—Sentía que necesitaba una justificación más sólida —confiesa, evitando mi mirada.

—¿Justificación para qué? —Mi frustración crece.

Incapaz de quedarme quieta, comienzo a moverme de un lado a otro de la habitación, tratando de canalizar mi agitación interna.

—Quería... quería mejorar la relación con mis hermanos, sí. Dios, esto va a sonar tan patético —admite, cubriendo su rostro con la mano.

—¿Qué cosa? —Mi impaciencia comienza a aflorar.

—Quería conocerte —susurra.

—Sigo sin entender.

—Quería pasar tiempo contigo, Avery.

—¿Qué?

—¡Todo fue una excusa para tenerte cerca!

Mis movimientos se detienen.

Mis pensamientos se congelan.

Mi corazón parece dejar de latir por completo.

—Sabes que nada de lo que me dices tiene sentido, ¿cierto? Gabriel, me pagaste cincuenta mil dólares para pasar tiempo conmigo. ¿Cuál es tu puto problema? —Mi voz, llena de furia contenida, apenas logra escapar de mi garganta.

—Avery... —Su intento de explicación se ahoga en medio de mi ira.

—¿Por qué querías pasar tiempo conmigo?

—¿Recuerdas la fiesta de Halloween de Nick? —Sus palabras, que son apenas un murmullo, se deslizan entre nosotros. Es como si estuviera revelando un secreto profundo y oscuro.

¿La fiesta de Halloween? Por supuesto que la recuerdo. Fue la noche en que nos conocimos.

—Sí. El sonido metálico del impacto retumba en el estacionamiento, sacudiéndome en el asiento del conductor. Un grito de sorpresa se escapa de mis labios mientras siento cómo mi corazón salta en un latido. Un rápido vistazo al espejo retrovisor confirma mis temores: un automóvil está pegado a la parte trasera de mi vehículo, la bocina sonando de manera frenética, como un eco irritante en el aire.

Me bajo con el ceño fruncido. Maldigo en voz baja mientras examino los daños en mi querido auto, una inversión que he protegido con uñas y dientes. Palabras groseras luchan por salir de mi boca al ver un topón en la parte trasera y la pintura dañada, todo cortesía del descuido de alguien más.

Justo lo que necesitaba el día de hoy.

El conductor del otro auto sigue tocando la bocina, como si eso pudiera arreglar lo que ha hecho. Dejo escapar un gruñido frustrado y me dirijo hacia su lujoso Mercedes Benz. Mi irritación alcanza un nuevo nivel cuando lo veo encerrado en su burbuja de música y vidrios oscuros, como si estuviera por completo ajeno a la situación.

Golpeo la ventana delantera con impaciencia, hasta que por fin la puerta se abre, revelando a un hombre que parece más molesto por ser interrumpido que preocupado por el accidente.

—¡Me chocaste! —exclamo con furia.

—Estabas detenida en la entrada del estacionamiento —responde con una calma que solo sirve para avivar mi ira.

Mis manos se aferran a los bordes del automóvil mientras lanzo chispas por los ojos.

—¡Estaba buscando un lugar para estacionarme!

—Llevabas al menos cinco minutos sin moverte —argumenta en tono tranquilo, exasperante.

Casi puedo sentir el vapor saliendo de mis oídos mientras me acerco a él llena de determinación.

—¡Eso no te da una maldita excusa para chocarme!

—Entonces...

—No he terminado. —Lo silencio, apoyando mi dedo índice sobre su pecho—. No todos tenemos el lujo de reemplazar nuestros autos sin pensarlo dos veces, príncipe. Espero que te hagas responsable de esto —declaro, señalando con furia los daños en mi auto.

—Jesús —musita él, molesto por la situación.

—Jesús no está aquí, príncipe. Solo estoy yo, y más vale que te hagas cargo.

—Cuando te choqué y saliste de tu auto para gritarme... esa fue la primera vez en mucho tiempo que sentí algo. Llevaba años sin sentir absolutamente nada, *mia cara*. Nada. Imagínate andar por la vida sin sentir felicidad, rabia, enojo, empatía, frustración. Y tú despertaste algo en mí, algo que había dado por perdido. Cuando me enteré de que eras la mejor amiga de la novia

de mi hermano... pensé que era algo como el destino —explica, con una leve risa que resuena en el espacio entre nosotros.

—No crees en eso —replico, recordando conversaciones previas en las que Gabriel había desestimado la idea de un futuro predefinido.

—Contigo sí. Me haces creer en el destino. Pero sabía que no querías nada conmigo, sobre todo por cómo manejé la situación del choque. Me disculpo por eso, fui un imbécil que solo quería hacer daño. Y cuando nos encontramos meses después fuera de tu trabajo y me pediste ayuda... vi que era mi segunda oportunidad —susurra, intentando acercarse a mí.

Me siento en la cama, sumida en una confusión abrumadora y sin palabras para responder.

—Pudiste haberme hablado como una persona normal —murmuro, intentando procesar la complejidad de lo que ha dicho.

—¿Me hubieras escuchado? ¿Me hubieras prestado atención?

—No, pero eso no significa que tuvieras que planear algo al respecto.

—No fue algo que llevara planeando desde que te conozco, Avery. Es algo que se fue dando de manera natural —explica, buscando encontrarme con la mirada.

—Me mentiste. —Soy incapaz de ocultar mi decepción.

—No sabía cómo decirte la verdad. Y quizá no hice las cosas de la mejor manera, pero, Avery, pasar tiempo contigo ha sido una de las pocas cosas que me ha recordado lo que es vivir. Y por eso no me arrepiento. —Su franqueza me deja sin aliento.

—El dinero... —comienzo a decir, preguntándome si tendré que devolvérselo. No, claro que no, ¿verdad?

—Es lo de menos. Ese dinero no significa nada para mí. Y lo necesitas para una buena causa —asegura, con una expresión sincera en sus ojos.

Esa discusión no merece la pena. Sea cual sea la resolución de esto y de nosotros, no voy a devolverle ese dinero al que se le está dando buen uso con Mia.

—Necesito procesar esto. Necesito que te marches.

Los siguientes días pasan en un abrir y cerrar de ojos. Son una mezcla borrosa de intentos fallidos de concentrarme en el trabajo y las responsabilidades cotidianas. Cada mañana me esfuerzo por enfocarme, por ser productiva, pero la verdad es que no lo logro. Odio ser el tipo de persona que no puede desconectarse de sus sentimientos, que siente todo de una manera tan abrumadora.

Mi mente da vueltas todo el día a la misma pregunta: ¿por qué? Estas dos simples palabras se ramifican en un torrente interminable de otras interrogantes: ¿por qué a mí? ¿Qué estoy haciendo mal? ¿Por qué atraigo al tipo de personas que no hacen más que lastimarme? ¿Por qué siempre caigo en sus trucos? ¿Cuál es el propósito de todo esto? ¿Por qué siempre me mienten?

Cada intento de concentrarme en mis tareas diarias se ve saboteado por estas reflexiones que parecen no tener fin. Mi trabajo, que antes era una fuente de satisfacción y orgullo, se ha convertido en una especie de castigo, un recordatorio constante de mi incapacidad para mantener mi mente en paz.

La noche trae consigo una calma engañosa. Intento leer, ver películas, hacer lo que antes solía darme placer, pero cada esfuerzo parece insulso y vacío. Los recuerdos de mis encuentros con Gabriel y la confusión de sus intenciones me persiguen. Sus palabras resuenan en mi cabeza: «Me haces creer en el destino». Pero ¿qué destino es este que parece estar empeñado en desgarrarme?

¿Por qué siempre me mienten? La pregunta se convierte en un mantra, un eco constante que reverbera en cada rincón de mi mente. Tal vez la vida me está enseñando algo a través de estos engaños, pero ahora mismo no puedo ver más allá del dolor y la confusión.

En un intento desesperado de entender, hago una lista de todas las personas que me han mentido:

1. Doctora Sullivan cuando me dijo a los seis años que la vacuna de la influenza no dolía, pero quedé una semana con dolores musculares. Recuerdo el consultorio con su olor a desinfectante y el brillo estéril de las luces blancas del techo. Su sonrisa amable y sus palabras tranquilizadoras contrastaron con la realidad de mi dolor prolongado.

2. Mamá cuando me comentó a los diez años que mi padre era un buen hombre, que simplemente no podía cargar con la responsabilidad de criarme. Recuerdo su rostro serio, los ojos azules idénticos a los míos llenos de una tristeza que no podía entender en ese momento. Ahora, viendo hacia atrás, no puedo considerar a un padre ausente como un buen hombre.

3. Doctor Jacobs a los doce años, quien indicó que mi cuerpo estaba sano y que todas las chicas se desarrollarían pronto. Su voz profesional y segura me dejó con la esperanza de que no estaría sola en mi desarrollo físico. Sin embargo, por un año escolar completo fui la única chica con pechos en mi clase. En esa época, cuando buscaba de manera desesperada pertenecer a un grupo, las posibilidades de encajar se reducían a cero, solo por ser la única que destacaba en apariencia.

4. Mamá, nuevamente a los quince años, con sus comentarios pasivo-agresivos hacia los hombres. Decía que los odiaba, pero aun así buscaba validación en ellos. No es un tema que hayamos hablado jamás, pero estoy consciente de que ambas sabemos de la existencia de esto. Recuerdo cómo sus palabras cargadas de veneno se enroscaban en mi mente adolescente, llenándome de confusión y dejándome una cicatriz invisible. Me costaba entender cómo alguien podía repudiar algo y necesitarlo al mismo tiempo.

5. Jonathan, mi ex prometido, a los veintidós años, sabía exactamente qué palabras usar para manipularme. Su voz era suave, susurrante, pero sus palabras eran como hilos invisibles que se enredaban a mi alrededor, inmovilizándome. Cada promesa, cada disculpa, cada excusa era un ladrillo más en la muralla que levantaba a mi alrededor. Me encontraba atrapada en un laberinto de manipulaciones y falsas esperanzas.

6. Ashley, la mejor amiga que creía tener a los veintidós, antes de que se acostara con Jonathan. Pensaba que era mi confidente, mi apoyo incondicional.

7. Ethan. No necesita explicación.

8. Gabe... ni siquiera sé por dónde empezar. Me dibujó a las dos semanas de conocerme. Sus ojos, llenos de intensidad, escudriñaban cada detalle de mi ser mientras su lápiz trazaba mi imagen en papel. Solo pretendía odiarme para generar algún tipo de ¿conexión conmigo? Es una paradoja ambulante, un enigma que no puedo resolver. Me ofreció cincuenta mil dólares a cambio de ser su novia falsa, un trato tan surrealista que me hizo cuestionar mi propia cordura.

Y la lista continúa...

Lo peor de todo es darme cuenta de que he sido partícipe de estas mentiras. He estado ocultando a todos mis amigos la situación real con Gabriel, cuando al final del día la razón por la cual tuve que ocultar esta supuesta relación era por él. Me siento atrapada en una telaraña de engaños y secretos. Dios, ¿en qué me he metido? La sombra de mis propias decisiones me persigue y me pregunto si alguna vez podré liberarme de estas cadenas que yo misma ayudé a forjar.

No solo eso... también está Mia. Todo lo que he hecho ha sido con la intención de proteger y cuidar a mis seres queridos. ¿Acaso eso no significa que Gabe hizo lo mismo? Me pregunto si el mundo me miente porque hago exactamente lo mismo. ¿En qué momento es que todo se fue al diablo? ¿O será que siempre fue así, pero nunca había sido consciente de ello y preferí vivir ahogada en las mentiras y engaños que me brindan algo de paz?

Gabe quería recuperar la relación con sus hermanos, sí. Lo pudo haber hecho sin mí, claro. Pero es cierto que quizá no hubiese tenido a una intermediaria que pudiera ayudarlo a suavizar las aguas. ¿Era necesario decir que estábamos de novios cuando no era cierto? Me inclino a pensar que no. Que pudimos haber sido honestos... aunque sí, me pagó. Acepté esas condiciones con el propósito de ayudar a Mia. Lo cual me lleva a la segunda —y quizá más importante— mentira.

El temor me invade al pensar en cuál sería la reacción de Emily al confesarle la verdad. Las noches se vuelven eternas mientras mi mente repasa una y otra vez la conversación que nunca hemos tenido. Imagino sus ojos llenos de dolor y sorpresa, sus labios temblando al descubrir la traición. El peso de mis decisiones se siente como una losa en mi pecho, una carga que me cuesta soportar. ¿Cómo podría explicarle que todo lo que hice fue por amor, aunque el camino elegido estuviera pavimentado con falsedades?

Dios, ¿en qué momento perdí el control? La línea entre lo correcto y lo incorrecto se ha difuminado tanto que ya no sé dónde empieza una y termina la otra. La vida se ha convertido en un juego de sombras y reflejos, y me aterra pensar que quizá nunca más podré ver la luz con claridad.

Salgo de casa con una mezcla de ansiedad y esperanza, dirigiéndome hacia la única persona que podría entender mi dilema. Subo al auto y emprendo el viaje a Long Island. Con el tráfico moderado, el trayecto no se hace tan largo y aprovecho esos momentos de soledad para reflexionar. Según nuestras conversaciones semanales, sé que mamá debe estar de turno en el hospital. Al llegar a casa, decido utilizar el tiempo en limpiar y ordenar la casa en la que pasé gran parte de mi vida, un refugio lleno de recuerdos.

Más tarde, me encuentro acostada en el sofá, con la mirada fija en la pantalla mientras veo *Orgullo y prejuicio*. Intento en vano empujar de mi mente la noche con Gabe, porque las imágenes y sensaciones siguen presentes. No puedo dejar de pensar en lo que nos reímos y conversamos, para que todo se desmoronara al día siguiente.

Dios, no puedo creer que haya arruinado mi película favorita.

Busco otra película romántica para ver cuando escucho el sonido crujiente de la puerta, indicando la llegada de mamá.

—¡Llegó tu hija favorita! —exclamo, levantándome del sofá y caminando hacia ella con entusiasmo.

Mamá entra en la habitación con esa gracia natural que siempre he admirado. Su cabello dorado, igual que el mío, cae en ondas suaves alrededor de su rostro. Suelen decirnos que nos parecemos mucho, y no solo en lo físico. Compartimos el mismo tipo de sonrisa, esa que ilumina una habitación y da consuelo en los momentos difíciles. Su piel clara tiene un brillo tenue y sus facciones, aunque marcadas por el tiempo, conservan una elegancia serena.

Mamá viste su uniforme de trabajo del hospital, que consiste en una blusa azul claro y unos

pantalones de algodón que resaltan su delgada figura. Al verla quitarse los zapatos y cambiarse a ropa más cómoda, puedo apreciar la familiaridad de sus movimientos, cada uno lleno de la mezcla de cansancio y dedicación que siempre ha definido su carácter.

Me abalanzo sobre ella y la envuelvo en un cálido abrazo. No hay nada comparable a ser abrazada por mamá. Aunque no fue una persona tan presente en mi vida debido a sus largos turnos de trabajo, siempre supe que todo lo hacía para darme una buena vida y educación. A pesar de las mentiras, las peleas y las dificultades, sé que puedo recurrir a ella en cualquier momento y que su abrazo siempre será una curita para el corazón. Nuestra relación ha florecido; se ha fortalecido con la distancia y el tiempo.

—¿No lo sabes? Ya no eres mi hija favorita —dice mamá, creando un poco de espacio entre nosotras.

Chillo con indignación ante sus palabras, simulando estar ofendida.

—¡Soy tu única hija! —protesto, lista para defender mi lugar.

—Ya no lo eres —responde ella con una sonrisa enigmática.

—¿Tuviste un bebé y nunca me dijiste? —pregunto, de repente confundida.

Es entonces cuando la veo: una pequeña bola de pelos entra tambaleándose en la habitación. La criatura me observa con ojos grandes y curiosos, moviendo la cola con entusiasmo.

—¡Oh, por Dios! —exclamo, arrodillándome para acariciar al nuevo miembro de la familia.

—Te presento a Pelusa. La adopté la semana pasada —dice mamá, riendo mientras observa mi reacción.

Es un adorable poodle cuya cola no deja de moverse con entusiasmo cada vez que mamá le hace cariño. Su pelaje es esponjoso y blanco como la nieve, y sus ojos grandes y brillantes reflejan una curiosidad y alegría contagiosa.

—Es hermosa —digo, admirando a la pequeña criatura mientras se acerca para olisquearme.

Continuamos conversando, disfrutando de la compañía mutua y de la nueva incorporación a la familia. La conversación es ligera al principio, como si tanteáramos el terreno antes de adentrarnos en temas más profundos. Sin embargo, después de unos treinta minutos, la ansiedad y la tensión que he estado conteniendo se vuelven insoportables.

—¿Qué pasa, Avery? —pregunta mamá. Con su voz suave no logra disimular que está llena de preocupación.

Las palabras desatan el torrente de emociones que he estado reprimiendo. Me lanzo a sus brazos, rompiendo en llanto. Ella me abraza de inmediato, su olor tan familiar y reconfortante me envuelve en una calidez que parece capaz de silenciar todos mis demonios internos. No me hace preguntas mientras las lágrimas fluyen; simplemente me sostiene para que me desahogue.

No sé cuánto tiempo permanecemos así, hasta que finalmente me separo, porque me doy cuenta de que estoy ensuciando su polera con mis lágrimas y mocos.

—Dios, qué desastre —digo entre sollozos, intentando limpiarme con las mangas de mi suéter.

Mamá se levanta del sofá y regresa unos segundos más tarde con servilletas para que me suene la nariz.

—Cuéntame qué te tiene así, amor —dice en un tono tan cálido y comprensivo como siempre.

Decido que ya estoy cansada de las mentiras y empiezo con una verdad.

—¿Recuerdas a Ethan? —pregunto y mi voz tiembla.

—Ethan... —repite mamá, tratando de recordar por qué el nombre le resulta familiar—. ¿Tu profesor del colegio?

Asiento con la cabeza, sintiendo el peso de lo que estoy a punto de revelar. Lleno mis pulmones de aire, preparándome para el difícil momento que sigue.

—Sí. Ethan... él me hizo daño.

Los ojos de mamá se llenan de lágrimas, su rostro se transforma en preocupación y su cuerpo se tensa. La atmósfera en la habitación cambia, volviéndose densa y cargada de emociones no dichas.

Pasamos las siguientes dos horas poniéndonos al día. Decido contarle absolutamente todo: lo de Ethan, Jonathan, Gabe y Mia. Cada mentira, cada secreto, cada engaño que he guardado en mi corazón durante los últimos años.

Mamá escucha en silencio, con un gesto de tristeza y comprensión. Cuando termino, me dice las palabras que llevo toda la vida esperando escuchar.

—Todo va a estar bien. —Con su convicción logra calmar mi tormento interior, aunque sea un poco.

Vuelvo a Manhattan sintiéndome un poco mejor. Nada se ha resuelto, pero al menos mi pecho ya no está tan pesado.

Al entrar en mi habitación, mis ojos se posan de inmediato en un sobre elegante que descansa encima de la colcha de mi cama. Me acerco, con curiosidad, y noto mi nombre escrito en una caligrafía delicada. El sobre irradia un aire misterioso y un leve nerviosismo se instala en mi pecho. Quiero preguntarle a Emily de qué se trata, pero no está; está ocupada buscando apartamentos con Nick. Tomo el sobre y lo abro con cuidado, como si estuviera desvelando un secreto preciado. Mi corazón late con anticipación mientras deslizo la carta de su interior.

El papel cruje de forma leve y sin más preámbulo me decido a leer las palabras. Al terminar, cierro los ojos un momento, dejando que las palabras se asienten en mi alma, trayendo consigo un respiro de alivio y una luz en medio de la incertidumbre.

Así, en mi habitación tranquila, con el ruido distante de la ciudad fuera de mi ventana, encuentro un momento de paz y una renovada sensación de esperanza.

Mia cara:

Comprendo que en este momento no deseas hablar conmigo. Respeto tu espacio y estaré aquí, esperando, paciente, hasta que decidas volver a hacerlo. Sin embargo, esta carta no trata sobre nosotros; se trata de Ethan. Desde que me confiaste lo que ocurrió entre ustedes he sentido una necesidad imperiosa de investigarlo más a fondo, buscando cualquier indicio que pueda ponerlo frente a las consecuencias de sus acciones. He contratado a un investigador privado para que se adentre en cada aspecto de su vida, para seguirlo de cerca y descubrir algo que pueda usar en su contra.

Lamentablemente, he encontrado algo. Y es peor de lo que temía.

Adjunto pruebas, por si deseas revisarlas, de al menos siete mujeres que han pasado por una situación similar a la tuya. Cinco de ellas eran estudiantes de colegio cuando Ethan se acercó, aparentando ser un apoyo emocional solo para manipular sus sentimientos. Dos más estaban en su primer año de universidad, pero eran apenas mayores de dieciocho años. De todas estas chicas, solo una hizo una denuncia formal, aunque debido a la falta de pruebas las autoridades no pudieron actuar. Me he comunicado con cada una de ellas para recabar sus testimonios; solo cuatro respondieron.

Dado estos patrones, estaba seguro de que lo seguía haciendo con otra chica. Les escribí a todas sus alumnas actuales y obtuve respuesta de Megan, de dieciséis años. Esto fue hace un mes. Decidió ayudarme a obtener evidencia.

La tenemos.

El grooming puede ser procesado bajo leyes federales y estatales. Podemos abrir un juicio en su contra para que sea sentenciado a prisión y quede registrado como delincuente sexual. Esperaré tu opinión antes de actuar,

pero estoy dispuesto a proceder. Creo que es crucial asegurarnos de que esto no se repita nunca más. Lo que Ethan hizo no está bien y nunca fue tu culpa.
Estaré atento a tu respuesta.

G. De Santis

Caigo al suelo y las lágrimas brotan sin restricción alguna. Para mí, lo que sucedió con Ethan siempre fue como una pesadilla recurrente, una historia sin fin que se repetía noche tras noche. Ahora veo la posibilidad de ponerle fin a este ciclo doloroso.

Que Gabe haya intervenido de esta manera, sin que yo se lo pidiera... nunca alguien había demostrado tanto cuidado por mí. En medio de mi agitación emocional, aprecio que no me presionara para hacer las paces de inmediato ni exigiera mi atención inmediata.

Mis manos temblorosas alcanzan el teléfono. Con cada palabra que escribo siento cómo un peso se levanta de mis hombros. El mensaje que envío a Gabe no es solo una declaración de acción, sino un acto de liberación emocional y un paso hacia mi propia recuperación.

Avery: Mandemos a este hijo de puta donde pertenece.

Gabe: Me encargo.

Por primera vez en mucho tiempo, puedo dormir sin complicaciones.

Al día siguiente, me encuentro con Emily en la cocina. Ella sostiene una taza de chocolate caliente entre las manos y me mira con una sonrisa resplandeciente, llena de emoción. Mi ánimo no está en su mejor momento como para devolverle la sonrisa, pero hago un esfuerzo por mostrarme amigable.

—Alguien tuvo buen sexo anoche —bromeo, buscando la manera de aligerar mi cuerpo tenso.

—Sí, pero no es la razón por la que sonrío esta bella mañana —responde.

—¿Quién eres y qué hiciste con mi mejor amiga? Ella es bajita, gruñona y tiene cara de que te asesinará en cualquier segundo —digo, mientras preparo mi café.

Sosteniendo nuestras tazas, nos dirigimos al sofá para sentarnos. Emily me mira con entusiasmo y levanto las cejas, indicándole que me cuente de una vez por todas.

—¡Encontramos un departamento! —exclama emocionada.

Mi estómago se hunde antes de poder alegrarme por ella. Entre todos los problemas que tengo en mi mente, este era el último tema en el que pensaba.

—No te preocupes, falta mucho para mudarnos, pero es precioso —asegura y saca su teléfono para mostrarme fotografías del amplio lugar.

—Felicidades, Em —digo con sinceridad.

—Le dije a Nicolás que no podemos tomar una decisión hasta que tú veas qué hacer. Pero te menciono que el departamento tiene cuatro habitaciones y estaría encantada si quieres vivir con nosotros —me ofrece Emily con una sonrisa cálida.

—No viviré contigo y tu novio. Tan patética no soy —respondo con un tono ligero de broma, pero con sinceridad.

—Hasta que encuentres dónde vivir —insiste Emily, tomando un sorbo de su chocolate.

—Lo resolveré pronto, lo prometo —le aseguro.

—Vale. ¿Qué ha sido de ti? Siento que hace mucho no tenemos una charla —comenta con una expresión preocupada.

Es cierto. Con lo agitada que ha estado la vida, no hemos tenido la oportunidad de sentarnos a ponernos al día. De alguna forma, también lo he estado evitando. No he querido enfrentar su mirada y seguir mintiéndole sobre Mia.

Decido que ya es momento de dejar de hacerlo.

—Tengo que confesarte algo —digo, nerviosa.

Emily deja su taza en la mesa de centro y enfoca toda su atención en mí. Sus ojos brillan con

una mezcla de curiosidad y preocupación.

—¿Qué hizo Gabe? —pregunta. Ahora su tono es serio y lleno de amenaza.

—No se trata de él... es sobre tu madre —admito, mordiéndome los labios con nerviosismo.

La noticia la toma por sorpresa.

—¿Mamá? ¿Has hablado con ella? —inquieta y su voz comienza a quebrarse.

—Sí. Ella... está en rehabilitación —digo con cuidado, sintiendo la gravedad de mis palabras.

—¿Disculpa? —Emily parece aturdida; sé que necesita desesperadamente que le dé más información.

—Sí. Lleva un poco más de dos meses. Debería terminar el próximo mes su internación.

—Necesito más contexto, Avery. ¿Lo dices en serio? ¿Por qué no estaba enterada?

Decido contarle todo. Desde el momento en que encontré a Mia tirada en el pasto helado de un parque, pasando por cómo la llevé a su casa y cómo tomé la decisión desesperada de decirle que Emily estaba embarazada para motivarla a entrar en rehabilitación.

—Le dije que estabas embarazada —confieso, consciente de que estas palabras podrían cambiar nuestra relación para siempre.

—¿Qué? —Emily parece abrumada por la revelación.

—Necesitaba darle una razón para que quisiera mejorar —explico, sintiéndome culpable por la manipulación.

—Claro, y estar bien para su hija no es suficiente —responde Emily con un dejo de amargura.

—Quizá sí, pero no le di la oportunidad. Simplemente lo solté —admito, y la culpa cae aún más pesada.

—Esto es... necesito procesarlo —murmura.

—Lamento haber actuado a tus espaldas. Todo está pagado, así que no debes preocuparte por eso —digo, anticipando su reacción—. Entiendo totalmente si quieres terminar con esta amistad y cortar todos los lazos.

—Avery, ¿qué dices? Lograste lo que llevo años intentando hacer.

—A través de una mentira —añado, sintiendo que debo ser honesta hasta el final.

—Sí, y me lo debiste haber dicho. Pero no voy a odiarte por hacer algo que ayude a mi madre —responde con sinceridad. Las lágrimas comienzan a deslizarse por sus mejillas.

—Pero...

—¿Cómo está ella? —pregunta, desviando la conversación hacia su madre.

—Mejorando cada día. La terapeuta dice que va por buen camino. Una vez que termine la internación tendrá que asistir a Alcohólicos Anónimos para seguir su recuperación —informo, tratando de ofrecer algo de esperanza.

—¿Puedo ir a verla? —pregunta con urgencia, sus ojos escrutando los míos en busca de una respuesta.

—Por supuesto que sí. —Siento un peso enorme levantarse de mis hombros al compartir esta

carga con ella.

* * *

Emily sostiene mi mano con firmeza mientras nos acercamos al centro de rehabilitación. Observo cómo inhala profundamente antes de cruzar el umbral. Camina con una postura erguida, con la cabeza en alto, pero sé que detrás de esa apariencia de fortaleza se esconde una niña que solo desea ver a su madre bien.

Una vez que llegamos a la habitación de Mia, Emily aprieta mi mano con fuerza. La miro con una sonrisa tranquilizadora.

—Tienes visita —anuncio suavemente al abrir la puerta.

Mia, vestida con colores vibrantes como solía hacer años atrás, se voltea en su asiento y me mira con sorpresa. Sin embargo, su atención se desplaza en un segundo hacia Emily, quien queda boquiabierta al ver a su madre tan transformada desde la última vez que la vio. Mia ahora irradia vida, como si hubiera recuperado la chispa que parecía haber perdido.

El tiempo parece detenerse cuando sus miradas se cruzan, llenas de amor y emoción contenida. Luego, como si el universo lo permitiera, se abrazan con fuerza, rompiendo en llanto. No puedo evitar que las lágrimas también broten de mis ojos al presenciar este emotivo reencuentro.

—Lo lamento tanto, hija —susurra Mia entre sollozos, mientras Emily la abraza con ternura.

Decido dejarlas a solas para que puedan compartir este momento íntimo. Salgo de la habitación y opto por dar algunas vueltas por el lugar para darles privacidad.

Llegando al jardín es que me lo encuentro.

Gabe.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, sorprendida de verlo.

Él sostiene un ramo de flores en la mano y me mira con una expresión de sorpresa posiblemente más grande que la mía, como si él tuviera más razones para estar aquí que yo.

—Oh... eh, vengo a visitar a Mia —responde, aún desconcertado por mi presencia.

Doy un paso atrás, confundida con sus palabras.

—¿Cómo? —Mi voz apenas sale en un susurro. Estar tan cerca de él despierta una oleada de emociones, una mezcla de nostalgia y anhelo. Su presencia, su aroma, la forma en que parece calmar todos mis miedos por el solo hecho de estar cerca me desconciertan.

—Una vez me dijiste que te gustaría que la conociera, para decirle que podía seguir adelante a pesar de su adicción —me explica con sinceridad.

—Nunca lo hicimos —recuerdo con pesar, retrocediendo mentalmente a aquel momento que ahora parece tan lejano, justo antes del caos que transformó nuestras vidas. Había olvidado por completo ese deseo.

—Averigüé dónde estaba Mia y vine a hablarle, como te prometí. Resulta que nos llevamos

bastante bien y hemos podido conectar de alguna manera. Ambos hemos arruinado la vida de nuestros seres queridos, en un sentido u otro. La he estado visitando todas las semanas —continúa.

Me quedo sin palabras, intentando procesar todo lo que está diciendo y lo que esto significa para mí.

—¿Por qué? —Es lo único que logro articular; necesito entender sus motivos más allá de cualquier cosa.

—Porque Mia te importa. Quiero cuidar todo lo que te importa, *mia cara* —responde con voz suave pero firme. Sus ojos buscan los míos con sinceridad.

Con el corazón apretado, me acerco a él y le doy un abrazo. Siento cómo sus brazos me rodean con seguridad y calidez. Estar así es como volver a casa después de un largo viaje, como si por fin mi cuerpo se liberara de una carga pesada.

—Esto no significa que te haya perdonado —susurro, consciente de que hay mucho por resolver entre nosotros.

—Está bien —responde, aceptando mis palabras sin protestar.

—Gracias. —Tengo un nudo en la garganta; me cuesta continuar hablando después de separarnos del abrazo—. Vamos a verla.

En la habitación nos encontramos con Mia y Emily sentadas en la cama, enfrascadas en una conversación íntima. Emily tiene la expresión de alguien que aún no puede creer lo que está sucediendo, como si estuviera esperando despertar de un sueño. Mia, en cambio, parece haber recuperado todo el brillo y la vitalidad de antes.

—¿Y cómo está el bebé? —pregunta Mia, con una sonrisa cálida.

Oh, no. Pensé que llegaríamos después de esa parte incómoda. A decir verdad, estaba evitando ser yo quien diera las noticias. Me tenso al lado de Gabriel, quien decide que es el momento perfecto para hacerse notar.

—Hola, Mia. Traje flores —anuncia Gabe, entregándole el ramo con una sonrisa. En ese momento noto que la habitación tiene otros tres ramos similares. ¿Se los habrá dado él?

—¡Gabriel! —exclama Mia emocionada—. ¿Conoces a mi hija?

Emily, confundida y a la defensiva, frunce el ceño.

—¿Por qué conoces a mi madre?

Mia se levanta de la cama con una gracia renovada y pone las flores en agua. Gabe aprovecha ese momento para sacar unos *bagels* de su mochila y entregárselos.

—¿Lo lograste? Oh, eres mi persona favorita —dice Mia, dándole un breve abrazo.

Emily y yo nos miramos perplejas, intentando comprender la escena que se desarrolla frente a nosotras.

—¿Qué está pasando? —pregunta mi amiga con un tono lleno de incredulidad.

Su madre se vuelve hacia nosotras sosteniendo la bolsa con *bagels*.

—Gabe viene a visitarme hace un mes y medio. Me trae flores y... contrabando —dice, levantando la bolsa con una sonrisa traviesa—. Cuando llegué, todo esto resultaba muy abrumador... Gabe fue un hombro en el que pude apoyarme. Me contó su historia y empezamos a empatizar el uno con el otro. Siempre supe que terminarías con un buen chico, Ave.

—Oh, no. Él no es... no somos... —comienzo a decir, pero Mia me interrumpe.

—Lo siento. Por la manera en que Gabe me habla de ti, pensé que estaban perdidamente enamorados.

Miro a Gabriel, confundida y curiosa por saber cómo es que habla de mí en sus visitas.

—Estamos trabajando en eso —murmura Gabriel, guiñándole un ojo a Mia con una sonrisa tranquilizadora.

Mia asiente, pero su atención se vuelve hacia Emily.

—¿Y cuándo conoceré a tu novio? —le pregunta—. Quiero conocer al padre de mi nieto o nieta.

Emily se tensa; su rostro palidece mientras se esfuerza por encontrar las palabras adecuadas. A continuación se vuelve hacia mí, buscando apoyo.

—Avery, ¿algo que decir? —susurra.

Me siento atrapada. Ha llegado el momento de ser honesta. Respiro antes de hablar.

—Mia... Millie no está embarazada. Te dije eso pensando que te ayudaría a querer mejorarte —admito con la voz temblando.

Mia nos observa. Sus ojos se mueven de una a otra, buscando la verdad en nuestras expresiones.

—¿Es cierto? —pregunta luego de unos segundos, mirando a Emily para una confirmación.

Emily asiente. Sus ojos brillan con lágrimas no derramadas.

—Sí. Me encantaría ser madre en algún momento, pero aún no estoy lista para dar ese paso.

Mia suspira, y por un momento parece que el aire en la habitación se vuelve más pesado.

—Oh. Yo... eh...

Su decepción es evidente. Toma asiento en la cama y se cubre los ojos con las manos. Miro a Emily, quien me devuelve la mirada con preocupación, sin saber qué hacer. Después de unos segundos, Mia se levanta y camina hacia el clóset.

—Entonces tendré que botar toda la ropa que he estado tejiendo—susurra, mientras saca una caja llena de lana y prendas de recién nacido.

—¿Has tejido ropa? —pregunta Emily, sorprendida.

—Sí. Es algo que me ha ayudado a mantenerme bien y centrada —responde Mia, con una pequeña sonrisa asomando en sus labios.

—No la botes. En un futuro no tan lejano podría servir —dice mi amiga.

—¿De verdad? —La mirada esperanzada de Mia nos ilumina a todos—. Entonces guardaré

toda la ropa. Perdón si me quedo sin palabras; estaba convencida de que pronto tendría una nieta o un nieto.

—Lo siento por mentirte, Mia. Solo quería una buena excusa para que aceptaras venir — admito con pesar.

Mia asiente y las lágrimas comienzan a acumularse en sus ojos.

—Si bien me apena saber que no estás embarazada, agradezco la oportunidad que me has dado al venir.

Emily la observa con cautela, aún con temor. Aunque ver a su madre en buen estado le ha levantado el ánimo, es difícil olvidar todo el sufrimiento que esta mujer le causó durante años. Por eso, sus siguientes palabras no me sorprenden:

—Después de esto no habrá más oportunidades.

Emily se queda hablando con Mia; todavía tienen mucho que resolver y sanar juntas. Al salir del centro de rehabilitación, el aire frío de marzo en Nueva York se cuela por mi abrigo, haciéndome estremecer. Gabe me sigue, con su presencia reconfortante y segura.

El bullicio de la ciudad nos envuelve. Las luces de los edificios brillan sobre el pavimento mojado y el aroma a café y *pretzels* de un *foodtruck* cercano se mezcla con el viento. El tráfico es constante; los taxis amarillos se confunden con los coches privados y los transeúntes pasan apurados, algunos con bufandas alrededor del cuello y otros con gorros que cubren sus orejas.

Me detengo y Gabe se acerca. Su expresión es serena, aunque firme, una figura de solidez en medio del caos urbano. Puedo ver su aliento en el aire helado, sus ojos reflejan preocupación y determinación. Se detiene a mi lado y su proximidad me da una sensación de seguridad que no había sentido en mucho tiempo.

—La policía ya está investigando —dice con voz tranquila.

Me volteo para mirarlo. Mis ojos buscan respuestas en los suyos.

—¿Qué dicen?

—Al parecer tienen evidencia suficiente para seguir adelante. Las chicas están dispuestas a dar sus testimonios en caso de que sea necesario. Esperamos que esto se resuelva en un tribunal y no tenga que ir a juicio. Se puede negociar con Ethan para que se declare culpable. En caso de que no lo haga, esto puede ser más largo —indica. Su tono es una mezcla de determinación y preocupación.

—Me gustaría hablar con él —digo con firmeza.

—¿Estás segura? —Gabe frunce las cejas.

—Sí —respondo, segura de mi decisión.

—Veré qué se puede hacer. —Su mano roza la mía en un gesto de apoyo.

—¿Por qué haces todo esto? —pregunto.

—Avery... ¿acaso no te has dado cuenta? Estoy dispuesto a entregar mi cuerpo y mi alma si eso significa hacerte feliz. Estoy dispuesto a encarcelar a cualquier persona si eso significa que puedes descansar por la noche. Estoy dispuesto a perderte si es que eso significa brindarte paz. Quiero lo mejor para ti —dice, lleno de convicción, mientras una ráfaga de viento nos envuelve haciendo que su chaqueta ondee.

—No entiendo, Gabriel. ¿En qué momento desarrollaste estos sentimientos? —Busco en sus ojos alguna pista que me indique cuándo todo cambió.

—Los tengo desde ese primer día, cuando me gritaste —responde con una sonrisa suave—. Pero me enamoré de ti cuando me di cuenta de que todo lo que hacías era para cuidar al resto. Cuando vi que tu corazón era más grande que tu ego. Me haces reír cuando la gente usualmente me hace enojar. Me enamoré de ti cuando dijiste mi nombre y, por primera vez, no sentí odio en tus palabras. Me enamoré de ti cuando escupiste mi café. Llevo todos los días enamorándome más de ti. Y no creo que sea capaz de dejar de hacerlo.

La gente pasa apresurada a nuestro alrededor, pero nosotros estamos atrapados en nuestra propia burbuja de confesiones y promesas.

—Me mentiste... —susurro, recordando todas las veces en que las mentiras de otros me han destrozado.

—Y me arrepiento —dice con dolor—. Fue algo egoísta, tenía el propósito de beneficiarme a mí. No pensé en cómo podía afectarte. Estoy dispuesto a hacerlo todo para ser perdonado. Para que me veas una vez más como el hombre que es capaz de dártelo todo.

—Siempre me han mentido. No será demasiado fácil que te disculpe.

—Amor, amarte se siente tan natural como respirar. Si necesito suplicarte todos los días para que me vuelvas a dar una oportunidad, lo haré con una sonrisa en la cara. —Su determinación me desarma.

—Eres tan extraño —digo y no puedo evitar sonreír ante su intensidad.

Gabriel sonríe también y esa sonrisa parece ser un rayo de esperanza entre las nubes.

—¿Aún quieres ser mi mejor amigo? —pregunto.

—Quiero ser lo que estés dispuesto a darme. Pero sí, quiero ser tu mejor amigo; ese que te despierta con besos en el cuello y te toma cada vez que te portas mal. También ese en el que puedas confiar y con quien puedas llorar.

—¿Qué harás para conquistarme? —Una sonrisa se esboza en mis labios.

—No te lo diré. Pero quedan tres semanas para tu cumpleaños... espero poder besarte ese día.

—Dos semanas no es mucho tiempo. ¿Nos sentimos ambiciosos? —pregunto, alzando una ceja.

—Espero tener suficiente suerte como para conquistarte —responde, apretando mis manos con suavidad.

Catorce días para mi cumpleaños

Me llega una caja con mi nombre escrito a mano en el frente. La abro con curiosidad y adentro encuentro un libro. No lo reconozco, lo cual me sorprende, dado que la portada es impresionante y siempre me fijo en los libros con portadas deslumbrantes. Sí, por supuesto que juzgo un libro por su portada, ¿quién no lo hace? Al acercarlo más a mí, me doy cuenta de por qué no lo reconozco. Esta portada la creó Gabe.

Somos nosotros. Estamos en la nieve, mirándonos fijo, como dos personas profundamente enamoradas. Los detalles son tan fascinantes que olvido que hay más contenido dentro. La escena parece cobrar vida, con copos de nieve pintados sobre nuestros cabellos y nuestros ojos reflejando la luz invernal.

Abro el libro y me encuentro página tras página con dibujos... de mí. Cada hoja contiene una obra maestra en donde se han capturado mis facciones con una precisión asombrosa. Dios, debe haber más de cincuenta. Algunos dibujos son de mi rostro y tienen tantos detalles que parecen fotografías; otros se centran en mis labios, mis ojos, mis pecas, mi cuerpo. ¿Cuánto tiempo le habrá tomado? La mayoría de estos, si no todos, debió haberlos hecho hace tiempo, de lo contrario no hubiese alcanzado a terminarlos.

Cada página parece latir con una vida propia, mostrando distintos ángulos y expresiones. Me veo en momentos de risa, contemplación, tristeza. Me veo en posturas naturales, a menudo capturada en momentos cotidianos que Gabe ha transformado en arte. La dedicación y el cariño invertidos en cada trazo son palpables; casi puedo sentir su mano moviéndose con precisión sobre el papel.

Al llegar al final, veo que hay una última pintura. Somos nosotros dos en su departamento, sentados en el sofá con Gato en nuestro regazo, hojeando un libro. La calidez de la escena es reconfortante; el resplandor suave de una lámpara de pie ilumina nuestras figuras y el ambiente se siente tan real que casi puedo escuchar el ronroneo de Gato y el crujir de las páginas del libro.

Al pie de esta ilustración hay una nota escrita a mano. Dice: *Lo lamento*.

Trece días para mi cumpleaños

Llega otra caja. Es más grande y pesada que la anterior, lo que me llena de curiosidad. La abro con cuidado y adentro encuentro una laptop. La enciendo. En cuanto la pantalla cobra vida, una pestaña se abre de manera automática.

Es un video. En él aparece Gabe sonriendo con ojos brillantes. Empieza a hablar en detalle de cada una de mis películas favoritas, compartiendo sus opiniones y análisis en relación con ellas, y explicando qué cambios haría si pudiera.

La sorpresa y la emoción me embargan. Me preparo unas palomitas y un café bien cargado y me acomodo en el sofá. Mientras saboreo las palomitas y doy sorbos al café, me dejo llevar por las palabras de Gabe. Su esfuerzo por conectar conmigo a través de algo que amo me envuelve por completo.

Doce días para mi cumpleaños

Llega un sobre. Lo abro con cuidado y adentro encuentro una llave reluciente acompañada de una nota que dice: *Para que tengas a donde ir.*

Hay una dirección escrita al pie de la letra. Mi curiosidad se enciende de inmediato y, sin pensarlo dos veces, agarro las llaves de mi auto y salgo de casa. Con el corazón latiendo rápido conduzco por las bulliciosas calles de Nueva York, cubiertas por el sol de la tarde que ilumina los rascacielos y se refleja en los ventanales.

Llego a un edificio antiguo y elegante en el Upper East Side. Busco el departamento indicado en el sobre. Entro. Mis pasos resuenan en el mármol del vestíbulo y subo al ascensor que se eleva con un chirrido.

Cuando llego a la puerta, mi imaginación se desborda con posibilidades. ¿Qué podría haber aquí? Inserto la llave y giro el pomo, con mi mente paseándose por escenarios que van desde asesinos en serie hasta tesoros escondidos. La puerta se abre con un suave crujido y lo que encuentro al otro lado me deja sin palabras.

El departamento es amplio, inundado de la luz natural que entra por grandes ventanales. Las paredes están pintadas de blanco, lo que hace que se vea más grande y acogedor. Está vacío, salvo por una pared llena de estanterías que albergan unos cuantos libros.

Mis ojos recorren el espacio, tomando cada detalle. Las estanterías vacías parecen susurrar promesas de libros futuros. El suelo de madera cruje con suavidad bajo mis pies mientras avanzo, y la vista desde los ventanales muestra un horizonte urbano que se extiende hasta donde la vista alcanza.

Y finalmente entiendo. Este departamento es para mí.

Once días para mi cumpleaños

Quinientos tulipanes enviados a mi dirección, una avalancha de color en medio de una estación que no es la suya.

Mierda, se está tomando esto demasiado en serio.

Diez días para mi cumpleaños

—Vamos —dice Emily. Me mira con una sonrisa traviesa mientras me toma de la mano y me guía hacia la calle.

Descendemos por las escaleras y al salir nos encontramos con una limusina reluciente que nos espera. La puerta se abre con un suave chasquido y nos deslizamos dentro, acogidas por el lujo y la comodidad de su interior.

El conductor nos lleva por las calles ocupadas de la ciudad hasta llegar a un teatro que parece sacado de una época pasada, pero que permanece deslumbrante y grandioso.

El interior está adornado con elegancia, con cortinas de terciopelo que caen majestuosas desde el techo alto y ornamentos dorados en las paredes. A lo largo del pasillo principal vemos una gran mesa cubierta con una variedad impresionante de manjares: desde pequeños bocadillos gourmet hasta exquisitos postres que parecen salidos de una pastelería de renombre.

—¿Qué significa esto? —pregunto, incapaz de contener mi asombro mientras observo el festín.

Emily se ríe y señala hacia el centro del teatro, donde un póster gigante captura mi atención. En él se muestran imágenes de clásicos del cine romántico; historias épicas de amor y comedias encantadoras que han resistido el paso del tiempo.

—Tenemos el cine entero para nosotras —anuncia mi amiga con una chispa de emoción en los ojos.

Nueve días para mi cumpleaños

—Vamos —comenta Emily. Apenas puede contener la emoción, lo que me hace sentir curiosidad por lo que vendrá.

Abro los ojos, sin poder creer que las sorpresas sigan llegando.

—¿A dónde vamos ahora? —pregunto, dejándome llevar por su entusiasmo.

Emily me guía por las calles de la ciudad hasta llegar a una librería grande, de esas que

siempre están repletas de hermosas obras y de gente. Es de noche; la tienda debería estar cerrada, pero una chica sonriente nos espera en la entrada.

—El señor de Santis nos comentó que pueden llevarse todos los libros que deseen —dice la vendedora, saludándonos con amabilidad mientras nos invita a pasar.

El interior de la librería está iluminado con luces suaves que crean un ambiente mágico. Los estantes están llenos de ejemplares de todos los géneros imaginables, desde novelas clásicas hasta las últimas novedades literarias. Caminamos por los pasillos, explorando los mundos encerrados entre las páginas.

Emily parece estar en su elemento; se mueve con gracia entre las estanterías y examina los títulos con atención. Me contagio de su entusiasmo mientras imagino todas las historias que podríamos descubrir esta noche.

—¿Por dónde empezamos? —pregunta Emily, mirándome con una sonrisa traviesa que revela su alegría.

Ocho días para mi cumpleaños

Recibo una *gift card* cargada con suficiente dinero para cubrir mis capuchinos con un *shot* de canela, vainilla y caramelo en mi cafetería favorita durante al menos un año. Junto a la tarjeta encuentro una foto firmada por Jack Evans, lo cual me hace soltar una carcajada.

Siete días para mi cumpleaños

Estoy en el estudio de yoga, concentrada en mis posturas, cuando de repente escucho la canción «In Your Eyes», de Peter Gabriel, sonando a volumen bajo en el ambiente. Una sonrisa se forma en mis labios al recordar que la escuché por primera vez en la película *Digan lo que quieran*.

El ambiente tranquilo del estudio se ve interrumpido por la curiosidad de mis compañeras. Me detengo un momento, intrigada, y me acerco a la ventana con una leve sensación de incredulidad.

Ahí está Gabriel, sosteniendo un *boombox* sobre su cabeza como en la icónica escena de la película. La luz del sol de la tarde ilumina su figura mientras la música llena el espacio entre nosotros.

Seis días para mi cumpleaños

Emily me entrega una bolsa... con una cartera Birkin.

Cinco días para mi cumpleaños

—Vamos —dice Emily entornando los ojos con una sonrisa.

Un taxi nos lleva directo a Times Square, cuyas pantallas enormes proyectan un video especial. Entre la multitud y las luces brillantes, nos encontramos frente a imágenes de él desplegadas en varias pantallas gigantes alrededor de la plaza.

—Soy solo un chico, frente a una chica, pidiéndole que lo ame. —Gabriel repite la frase icónica de *Un lugar llamado Notting Hill*, logrando captar la atención de los transeúntes. Y la mía.

Un día para mi cumpleaños

Los siguientes días transcurren sin la llegada de ningún regalo, lo que no me molesta en absoluto, aunque me sorprende no recibir ninguna novedad de Gabe. Me doy cuenta de que me estaba acostumbrando a sus gestos y a la constante certeza de estar en sus pensamientos. Tal vez se ha rendido. Tal vez ha decidido alejarse y no quiere saber más de mí.

Cada mañana me despierto con una mezcla de anticipación y nerviosismo, esperando un mensaje, una nota, cualquier cosa que indique que sigue pensando en mí. Pero la bandeja de entrada de mi teléfono permanece vacía y el buzón no contiene más que facturas y folletos de publicidad.

Decido dejarlo ir y disfrutar mi último día con veintiséis.

De pronto suena el timbre del departamento, interrumpiendo mi décima maratón de *Gilmore Girls*. Con un suspiro, me levanto de la cama y camino hacia la puerta. Al abrir, me encuentro con Gabe, quien luce impresionante vestido con un traje elegante. Su barba de dos días y su cabello ligeramente despeinado añaden un toque de encanto desenfadado a su apariencia.

—Hoy no es mi cumpleaños —es lo primero que se me ocurre decir al verlo. Estoy sorprendida y un tanto aturdida por su presencia, es como si él mismo fuera un regalo que no esperaba recibir.

—Lo sé. Acompáñame —responde con una sonrisa, extendiendo su mano hacia mí.

—Estoy en pijama —le advierto.

—Y nunca te habías visto tan hermosa —asegura, lo que me hace sonreír.

—¿A dónde vamos?

—Acá abajo —responde, enigmático.

—Dame diez minutos —pido, y voy deprisa a arreglarme. No espero un lugar muy elegante, así que opto por un vestido azul sencillo, con medias y botas largas para enfrentar el clima de marzo en Nueva York. Completo mi conjunto con una chaqueta blanca que combina de forma perfecta.

Cuando estoy lista, bajamos al primer piso del edificio. Al no ver ninguna señal de lo que

podría ser la sorpresa, me giro hacia él en busca de explicaciones.

Es de noche y las calles están relativamente tranquilas, salvo por la persistente lluvia que parece envolverlo todo. Gabriel me mira con una sonrisa traviesa y se aleja rápido, dejándome perpleja en la entrada de mi edificio. Convencida de que está a punto de protagonizar algún tipo de episodio maníaco, decido seguirlo. Nos dirigimos hacia Central Park y mi confusión solo aumenta.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto, alzando la voz sobre el sonido de la lluvia.

—Bailar bajo la lluvia —responde Gabe con determinación, sacando su teléfono del bolsillo y buscando una melodía adecuada. Cuando la música romántica comienza a sonar, extiende su brazo hacia mí con una sonrisa expectante.

—¿Qué? —inquiero, confundida.

—Es uno de los gestos más románticos en las películas —asegura.

A estas alturas, ambos estamos completamente empapados. Siempre he imaginado el baile bajo la lluvia con el amor de mi vida, pero nunca pensé que lo viviría en realidad. ¿Cómo sabe Gabe que esto es parte de mi sueño?

—Baila conmigo —me invita y no puedo resistirme a la paz y la felicidad que se reflejan en su rostro a pesar de las circunstancias: la lluvia, el frío y la gente que nos mira de reojo.

Tomando su mano, me dejo llevar por la música, sus pasos seguros y el latido acelerado de nuestros corazones. La lluvia cae sin piedad, pero entre sus brazos me siento protegida, como si nada más importara en ese momento.

—Te vas a enamorar de mí, príncipe —le advierto.

—Ya es muy tarde, *piccola ladra*.

El día de mi cumpleaños

Gabriel: Mira el cielo.

Levanto la vista rápidamente y mi corazón da un vuelco al ver una avioneta surcando el cielo, dejando tras de sí una estela de humo blanco que va formando lentamente las palabras: «Feliz cumpleaños». El mensaje brilla en el cielo azul y, por un momento, el mundo parece detenerse.

Durante el resto del día, llegan mis cosas favoritas: una taza de café preparado de manera perfecta para empezar la mañana, libros que había mencionado de pasada, flores hermosas que llenan mi departamento de vida y un montón de pequeños detalles que solo alguien que me conoce bien podría elegir. Considero que cada regalo es una parte de Gabe cuidando de mí.

A pesar de haber recibido saludos de todos mis amigos cercanos, mi único deseo es ver a Gabriel, el hombre que ha inundado mi vida con estos gestos de amor. Mi deseo se cumple antes de lo esperado. Llega a eso del mediodía, vistiendo una camisa blanca y pantalones negros, impecable y elegante como siempre.

—Estás loco —es lo primero que digo al verlo, porque nadie en su sano juicio haría todo esto por conseguir a una persona. La luz del sol se refleja en su cabello desordenado y su barba de unos días le da un aire irresistible.

—Por ti —responde sin dudar, con una sonrisa que desarma cualquier barrera que pudiera haber levantado.

—Además, cursi —digo, fingiendo enojo. A decir verdad, creo haberlo perdonado hace tiempo.

En el pasado, las personas que me han mentido no han hecho un esfuerzo tan grande por recuperarme. Pienso que lo perdoné cuando tuve la posibilidad de escoger cualquier libro en la librería y recorrer sus pasillos sin más personas. Pero tenía que hacerme de rogar. La librería vacía, con sus interminables estantes llenos de historias y sueños, fue uno de los regalos más considerados y personales que jamás he recibido.

Gabriel se acerca a mí, con sus ojos llenos de arrepentimiento y determinación.

—Una vez más, lo siento. No te debí haber mentido. La única razón por la cual lo hice fue

para tenerte cerca. No podía existir en el mismo universo que tú y no hacer algo al respecto, no intentar enamorarte.

—¿Valgo la pena? —Mi voz tiembla al hacer esta pregunta que me deja tan vulnerable.

—*Mia cara*, eso no entra ni en discusión. Lo que yo me pregunto es cómo mierda fui el primero en verlo. Eres extraordinaria. —Sus palabras resuenan en el aire entre nosotros, llenas de sinceridad.

—Te odio —digo, y siento una mezcla de emociones arremolinarse dentro de mí.

—¿Lo dices en serio? —Su tono suave revela temor de mi respuesta.

—Fue lo primero que sentí hacia ti. Nunca nadie me había inspirado tanto odio. Eras un arrogante príncipe, un egoísta hombre que solo se interesaba por sí mismo. Ahora... Dios, Gabriel, ahora eres mi puta perdición. —Mis palabras salen con una intensidad que me sorprende.

Luego de mi declaración me abalanzo sobre él para besarlo. Gabriel responde con la misma urgencia y sus labios se encuentran, los míos en una danza apasionada. Sin romper el beso, cierra la puerta tras de sí, sellando el mundo exterior. La cerradura hace clic, aislándonos en la intimidad de mi apartamento.

Nuestros besos son cada vez más desesperados, una mezcla de anhelo y alivio que se intensifica con cada segundo que pasa. Puedo sentir su respiración acelerada contra mi piel y el latido frenético de su corazón en mi pecho, sincronizándose con el mío. Sus manos se deslizan por mi espalda, explorando cada curva con una ternura que contrasta con la urgencia de sus movimientos.

—Eres tan preocupado, empático, protector —susurro entre besos, pero Gabe me calla, moviéndose hacia mi cuello. Su boca encuentra un punto sensible y un suspiro escapa de mis labios. Cierra los ojos, disfrutando de la sensación de sus labios suaves contra mi piel. Con cada beso envía oleadas de placer a través de mi cuerpo.

Me quita la sudadera que llevo puesta, dejándome en sujetador. La habitación se siente más cálida de lo que debería o quizá es mi piel la que está ardiendo bajo sus caricias. Sus manos son firmes, pero me tocan con una suavidad que me hace sentir querida y deseada.

Desabrocho su camisa y en cada botón siento una anticipación a lo que se viene. Sus ojos no se apartan de los míos, con una mezcla de deseo y adoración que me hace temblar. Cuando la tela se desliza sobre su cuerpo y puedo ver su pecho desnudo, me quedo sin aire.

Me detengo un momento para trazar con mis dedos los contornos de su piel. Es entonces cuando me fijo en cada uno de sus tatuajes. Su pecho, su torso, sus brazos, sus bíceps... todo es arte en tinta. Los tatuajes se entrelazan en un mosaico intrincado de símbolos y figuras, algunos oscuros y poderosos, otros sutiles y llenos de significado personal. Ahora que conozco mejor su manera de pintar, me doy cuenta de que la mayoría fueron creados por él mismo. Cada línea y sombra, cada detalle es una parte de su alma puesta en su piel.

De pronto tomo conciencia de lo que este hombre significa para mí. Lo sé hace un rato, sí, pero tenerlo acá, vulnerable, me hace sentir que estoy recuperando el control que por tantos años me quitaron.

—Arrodíllate —susurro, insegura.

Gabriel me mira con una mezcla de sorpresa y deseo. Hay un destello de algo en sus ojos, algo primitivo.

Sin decir una palabra, se arrodilla frente a mí. Tenerlo así me llena de un poder que nunca había sentido.

—Quítame los pantalones —demando.

Gabe se arrastra hacia mí sin apartar sus ojos de los míos. Su mirada es intensa, llena de devoción. Mi respiración se entrecorta cuando baja la cremallera y desliza mis pantalones hasta el suelo, dejándome en ropa interior. Puedo sentir el latido de mi corazón acelerarse, cada pulsación resonando en mis oídos.

—¿Qué más necesitas? —pregunta. Su voz ronca revela desesperación contenida. Sus manos tiemblan de forma leve mientras se detiene para contemplarme, como si no pudiera creer lo que está viendo.

La luz tenue de la habitación proyecta sombras suaves sobre su cuerpo, realzando cada músculo definido y cada línea de arte en su piel.

En este instante, todo lo demás desaparece. No hay pasado, no hay futuro, solo el presente y la conexión entre nosotros.

Quiero decirle que lo necesito a él. Pero en cambio...

—Desnúdate —ordeno con firmeza.

Gabe se levanta. Sus movimientos son calculados y llenos de obediencia. Baja sus pantalones con lentitud, dejando al descubierto su erección palpitante, dura y necesitada. La visión de él así me hace desearlo aún más. Se me hace agua la boca al pensar en tenerlo dentro de mí una vez más, al sentir esa conexión física que siempre nos deja sin aliento.

—No te dije que te podías parar —le digo. Mi voz adopta un tono más dominante, apropiándome de este nuevo rol con facilidad.

—Lo lamento —susurra y se arrodilla otra vez, sumiso.

—Esa parece ser tu palabra favorita —respondo, observándolo.

—Es lo que siento.

—Quiero que sientas otras cosas —digo, acercándome más a él.

—¿Cómo qué, *mia cara*? —pregunta en voz baja. Su mirada se encuentra con la mía y puedo ver la absoluta entrega en sus ojos—. Puedes hacer lo que quieras conmigo. Todo.

Ideas y fantasías empiezan a pasar por mi mente, cada una más tentadora que la anterior. Pero me esfuerzo por enfocarme en la tarea que tengo a mano, en este momento compartido. Me arrodillo frente a él y escucho cómo nuestras respiraciones se entrelazan.

La habitación está en silencio, salvo por el ritmo de nuestros corazones.

—¿Eres consciente de cuánto significas para mí? —murmura.

—Sí —respondo, en un tono apenas audible. Pero no es suficiente. Necesito que sienta cuánto lo deseo, cuánto lo necesito.

Así que me siento a horcajadas sobre él. De inmediato noto cómo sus músculos se tensan bajo mi peso.

—Me estás matando, Avery —murmura lleno de deseo—. ¿Quién diría que la ladrona de billeteras amaría tanto tentarme?

—¿Quién diría que el *drama queen* más grande de Nueva York estaría tan desesperado por tenerme? —respondo con una sonrisa juguetona.

Antes de que pueda decir algo más, Gabe me silencia con un beso profundo que devuelvo con gusto. Su boca es suave y exigente y nuestras lenguas se encuentran en una danza familiar. Con delicadeza me empalo en él, tomando unos segundos para ajustarme a su gran tamaño, hasta que me llena por completo. Gabe gime con cada uno de mis movimientos; el sonido resuena en la habitación, avivando aún más el fuego dentro de mí.

Muevo mis caderas a un ritmo lento y tortuoso. Sus manos se posan en mi trasero, pero no se quedan quietas; recorren cada centímetro de mi cuerpo, como si quisiera memorizar cada curva y cada línea. Me acerca más a él, besa mi cuello y mis hombros susurran palabras de deseo.

—Más rápido —murmura Gabe contra mi piel, y yo obedezco, acelerando el ritmo. Mis movimientos se vuelven más urgentes, más desesperados. Cada vez que me muevo siento que me acerco más al borde, siento el placer construyéndose dentro de mí como una ola gigante.

Sus manos me guían y sus dedos dejan rastros de fuego en mi piel. No hay nada en el mundo que importe más; solo nosotros, juntos, perdiéndonos el uno en el otro.

—Eres mío, Gabriel —digo contra sus labios.

—Siempre lo he sido. —Su voz tiembla por la intensidad del momento.

Sus manos, cálidas y firmes, recorren mi espalda trazando caminos que queman y luego bajan hacia mi clítoris. Cuando sus dedos por fin llegan a su destino, un jadeo escapa de mis labios. La sensación es electrizante, como si cada fibra de mi ser estuviera conectada a ese punto de placer.

Su toque en mi clítoris es más urgente, más rápido. Mi respiración se vuelve errática, mi corazón late con fuerza en mi pecho. Cada vez que se mueve, cada vez que sus dedos se deslizan sobre mí, siento que me acerco más al orgasmo. Estoy al borde del éxtasis y cada célula de mi cuerpo vibra con anticipación.

—Gabriel, no pares —gimo.

—Nunca —responde con una voz baja y grave, cargada de determinación.

Su toque hábil me lleva más y más alto. La tensión se acumula dentro de mí y noto una burbuja de placer que amenaza con romperse.

Hasta que no aguanto más. Con un grito de puro éxtasis, el orgasmo me envuelve en un placer

que me recorre entera. Me aferro a Gabriel, mi cuerpo tiembla contra el suyo mientras él sigue moviéndose en mí, prolongando mi liberación.

Cuando la ola finalmente retrocede, me desplomo sobre él, con mis fuerzas agotadas. Gabriel me envuelve en sus brazos y sus labios presionan mi frente. Nos quedamos así, entrelazados, con nuestros corazones latiendo al unísono.

* * *

Pedimos pizza para recuperar energías. Sentados en el sofá, entre bocados de comida caliente y conversaciones que fluctúan entre lo trivial y lo profundo, Gabriel finalmente revela la noticia más esperada y significativa de todas.

—Mi último regalo es este... hoy arrestarán a Ethan —dice con una especie de satisfacción oscura.

—¿Qué? —susurro, incrédula por lo que acabo de escuchar.

—Luego viene la presentación ante el tribunal —continúa con voz firme—. Tenemos suficiente evidencia, Avery. Ese hijo de puta estará tras las rejas.

Sus palabras resuenan en mi mente y el peso de lo que está diciendo comienza a asentarse. Miro a Gabriel; está serio, pero en sus ojos verdes hay también una chispa de victoria. Es como si un peso enorme se hubiera levantado de sus hombros y puedo empezar a sentir la misma liberación en mi pecho.

De pronto, la habitación se siente pequeña; las paredes se cierran mientras trato de procesar lo que esto significa. Las imágenes de Ethan, sus amenazas y su sombra oscura sobre mi vida... todo empieza a desvanecerse. La idea de que pagaré por lo que ha hecho, de que no podrá hacerle daño a nadie más, es abrumadora.

—Esto es real, ¿verdad? —pregunto, temblando.

—Más real de lo que puedas imaginar. —El tono de Gabe es suave, aunque firme—. Mereces estar segura, libre de miedo. Mereces justicia.

Las lágrimas comienzan a acumularse en mis ojos. Siento una mezcla de alivio, gratitud y libertad.

Epílogo

Nunca pensé que estaría aquí, visitando a la persona que juré amar por tanto tiempo. Pero este es el lugar al que pertenece.

Han pasado cuatro meses desde que se declaró culpable. Cuatro meses desde que respiro sin el temor constante de encontrármelo por la ciudad, desde que puedo caminar con la tranquilidad de saber que no aparecerá en cada esquina. Cuatro meses en los que he redescubierto el simple placer de respirar sin dolor, de sentir el aire fresco en mis pulmones sin que se convierta en una bocanada de ansiedad. Aún hay noches en las que los recuerdos me persiguen, pero cada día me siento un poco más libre, un poco más fuerte. He vuelto a terapia, he reconstruido mi vida paso a paso, y he descubierto una red de apoyo sólida que me sostiene en los momentos difíciles.

Pongo un pie en la prisión y el ambiente me golpea: es un lugar frío y desolado, con muros altos y alambrados que parecen inquebrantables. La luz fluorescente ilumina los pasillos de manera impersonal y el eco de mis pasos resuena en el piso de concreto. Guardias uniformados vigilan con expresiones severas y las cámaras de seguridad monitorean cada rincón.

Me dirijo a la sala de visitas, donde espero a que llamen mi nombre para hablar con él.

Primera vez desde que todo se fue al infierno.

La sala está llena de mesas y sillas atornilladas al suelo, con divisores de vidrio que separan a los visitantes de los internos. Las conversaciones se llevan a cabo a través de teléfonos que cuelgan de las paredes y la tensión es palpable. A mi alrededor veo otras visitas, algunos rostros llenos de esperanza, otros de tristeza o resignación. Hay familias que intentan mantener la normalidad en medio de la adversidad, niños que se aferran a sus madres, parejas que se miran a través del vidrio con lágrimas en los ojos.

Yo solo siento determinación.

Finalmente, escucho mi nombre y mi corazón late con fuerza. Respiro hondo y camino hacia la cabina asignada. Mis manos tiemblan ligeramente al levantar el teléfono. Al otro lado del vidrio, lo veo: luce más viejo y cansado. Sus ojos encuentran los míos y, por un momento, el mundo exterior desaparece.

—Avery —dice como una súplica. Su voz evoca la misma fragilidad que la primera vez que me dio un beso.

Sus palabras me golpean en el estómago, pero ya no soy la joven que busca su validación. Ahora soy alguien diferente, alguien más fuerte.

—Ethan. —Pronuncio su nombre una última vez. No me permitiré volver a decirlo en voz alta.

No merece tener ese poder sobre mí. Nunca más.

—Lo lamento —susurra con voz temblorosa, llena de un arrepentimiento que podría ser genuino o tratarse solo de otra de sus manipulaciones.

Lo miro con desprecio y asco. Inclino la cabeza para observarlo mejor, para escudriñar si sus palabras son sinceras o más mentiras que se traga.

—Todo el mundo lo lamenta —respondo, mordaz.

—Pero esto no era necesario —suspira, mirando a su alrededor, esas cuatro paredes de las que espero que no salga.

Las luces fluorescentes parpadean de vez en cuando, emitiendo un zumbido que resuena en mis oídos. El vidrio que nos separa tiene huellas dactilares, rastros de viejas conversaciones.

Lo detengo, cansada de escuchar las excusas de una persona que no merece más que un minuto de mi tiempo.

—Tú no eres el que hablará acá, ¿entiendes? —Mi tono es frío—. De lo contrario, le diré al guardia que me estabas amenazando y me aseguraré de que tengas una mala estadía las próximas semanas.

Él traga saliva, con precaución ante mi presencia por primera vez.

—Sé que te dieron quince años de prisión, pero quiero prometerte que, cuando salgas, estaré observándote. Seguiré cada uno de tus pasos, asegurándome de que esto no vuelva a pasar. Y si algún día me llego a enterar de que estás volviendo a hablar con menores... no tienes ni puta idea de lo que soy capaz.

—¿Es esta... una advertencia? —pregunta en un susurro, tratando de mantener la compostura.

—No, Ethan. Es una amenaza.

Sin esperar una respuesta, me doy la vuelta y camino hacia la salida, alejándome de la sombra de su control. Cada paso que doy me libera.

* * *

El sol de verano brilla con intensidad sobre Nueva York, llenando las calles de una energía vibrante y contagiosa. Estamos en una acogedora cafetería en una esquina del Greenwich Village, un lugar con un encanto bohemio y mesas al aire libre que ofrecen una vista perfecta de la vida urbana. Las sillas de metal están decoradas con cojines coloridos y hay macetas colgantes con flores que añaden un toque de frescura al ambiente.

En una de estas mesas, rodeada de mis amigos más cercanos, me encuentro saboreando un delicioso café helado. La mesa está cubierta de libros, tazas y postres, testimonio de nuestra prolongada y animada reunión. Gabe, con su camiseta que dice «Amo consentir a mi novia», se ve relajado y contento. La prenda, un regalo mío, le queda fenomenal; realza su figura y deja al

descubierto sus musculosos brazos bronceados por el sol, lo que me provoca ciertos pensamientos inapropiados que trato de apartar mientras estamos frente a sus hermanos.

—Es, en definitiva, el mejor libro que ha leído este club de lectura —comenta Gabe, orgulloso, y su sonrisa ilumina aún más el día.

Alex, burlón, se inclina hacia adelante.

—Nunca me había aburrido tanto.

Emily frunce el ceño y señala el libro con desprecio.

—En serio, ¿cómo puedes leer estas cosas?

Después de todo lo sucedido con Mia y luego de ver los gestos grandiosos de Gabe, Emily lo ha aceptado del todo... salvo por sus gustos literarios. Él le explicó los desafíos que su madre tendría por delante y ha estado ayudando a ambas con sus conocimientos sobre adicciones.

—Me tomaba diez minutos leer cada página, porque me quedaba dormido —añade Nick.

—¿Quién mierda lo invitó al grupo? —interviene Cam, divertida. Lleva un vestido verde que realza su esbelta figura y combina con sus ojos.

—¡Soy tu hermano! —exclama Gabe, alzando las manos en un gesto de indignación fingida.

—Lo que sea. —Camille encoge los hombros y le lanza un guiño juguetón.

—Acordamos, entonces, que Gabriel nunca más propondrá una lectura —concluyo, esbozando una sonrisa cómplice.

—Acepto —dice Nick y alza su taza en señal de brindis.

—Amén —comenta Emily con un toque de dramatismo.

—Cualquier cosa para detener este sufrimiento —agrega Alex, haciendo una mueca de dolor.

—Son lo peor. —Mi novio se cruza de brazos, resignado.

—Sabes que amo la fantasía, *mio caro*, pero este tipo pasó unas cincuenta páginas explicando cómo funciona la magia sin siquiera presentarnos un interés amoroso en el camino.

—Propongo que la próxima lectura sea entre un sacerdote y una monja —añade Cam con una sonrisa maliciosa.

—¿Qué? —Gabe la mira, perplejo.

—Gabe aún no está preparado para eso —comento entre risas.

—Es momento de que lo esté —insiste su hermana.

La conversación fluye, llena de bromas y risas que rebotan entre nosotros como las olas del mar. El ambiente es cálido, lleno de complicidad; cada comentario arranca una carcajada o algún debate ridículo sobre escenas eróticas. El café helado se mezcla con el dulce aroma de los pasteles y el aire veraniego, creando una sensación de hogar que me envuelve por completo.

Disfrutamos no solo de la conversación, sino, sobre todo, de la compañía. En esta tarde, bajo el brillante sol de Nueva York y rodeada de mis seres queridos, siento que todo está en su lugar.

Llegamos a casa después de una jornada llena de emociones. Acepté este departamento, uno de mis regalos de cumpleaños, con una mezcla de asombro y gratitud, asegurándome de que estuviera legalmente protegido, una precaución que cualquier persona sensata tomaría.

El lugar es un santuario de luz natural, inundado por los destellos de la ciudad que se filtran por las ventanas. En sus rincones se respira tranquilidad, y me hace feliz ver la larga pared que ya alberga los libros que elegí aquella noche especial en la librería. También cuelgan cuadros pintados por Gabriel que capturan un pedazo de nosotros y de mí. La decoración es sencilla pero significativa, con detalles que marcan el inicio de una nueva etapa.

—¿Estás segura de que me quieres aceptar en este lugar la próxima semana? —pregunta Gabriel.

—Si vas a llenar mis estantes con libros mediocres, podría ser un problema —bromeo, sabiendo que su amor por la literatura es tan profundo como el mío.

—Entonces compraré un Kindle y dilema resuelto —responde con una sonrisa juguetona, mientras sus ojos verdes brillan con complicidad.

—Respondiendo a tu pregunta, sí, estoy segura. —Nos miramos fijamente con afecto sincero—. ¿Quién más podría prepararme el peor café del mundo a las siete de la mañana?

—Nunca lo olvidarás, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Soy tu novia, tengo que saber cómo humillarte —digo entre risas.

Gabriel se para frente a mí y extiende sus brazos para rodearme en un abrazo cálido y reconfortante, con su mandíbula apoyada sobre mi cabeza. Puedo sentir el ritmo constante de su respiración, el calor que emana de su cuerpo, creando una sensación de seguridad y paz en medio de nuestro nuevo hogar.

—Quiero un futuro contigo. Una vida junto a esa brillante sonrisa. —Sus palabras son un susurro cargado de promesas.

—Ya sabes qué hacer... en caso de pelea, una cartera Birkin soluciona todos los problemas. —Le guiño un ojo, jugando con la idea de que incluso en los momentos difíciles encontraremos la manera de entendernos.

—Bueno, *mia cara*. Prometo que te voy a amar en voz alta hasta el fin de los tiempos.

Edición en formato digital: octubre de 2024

© 2024, Martinez, Karla

© © 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.

Av. Andrés Bello 2299, Oficina 801, Providencia, Santiago, Chile.

Diseño de la cubierta: Penguin Random House /Portada Julio Valdes/ Diagramación Alexei Alekin/

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 9789566393061

Conversión a formato digital: www.acatia.es

www.penguinlibros.com